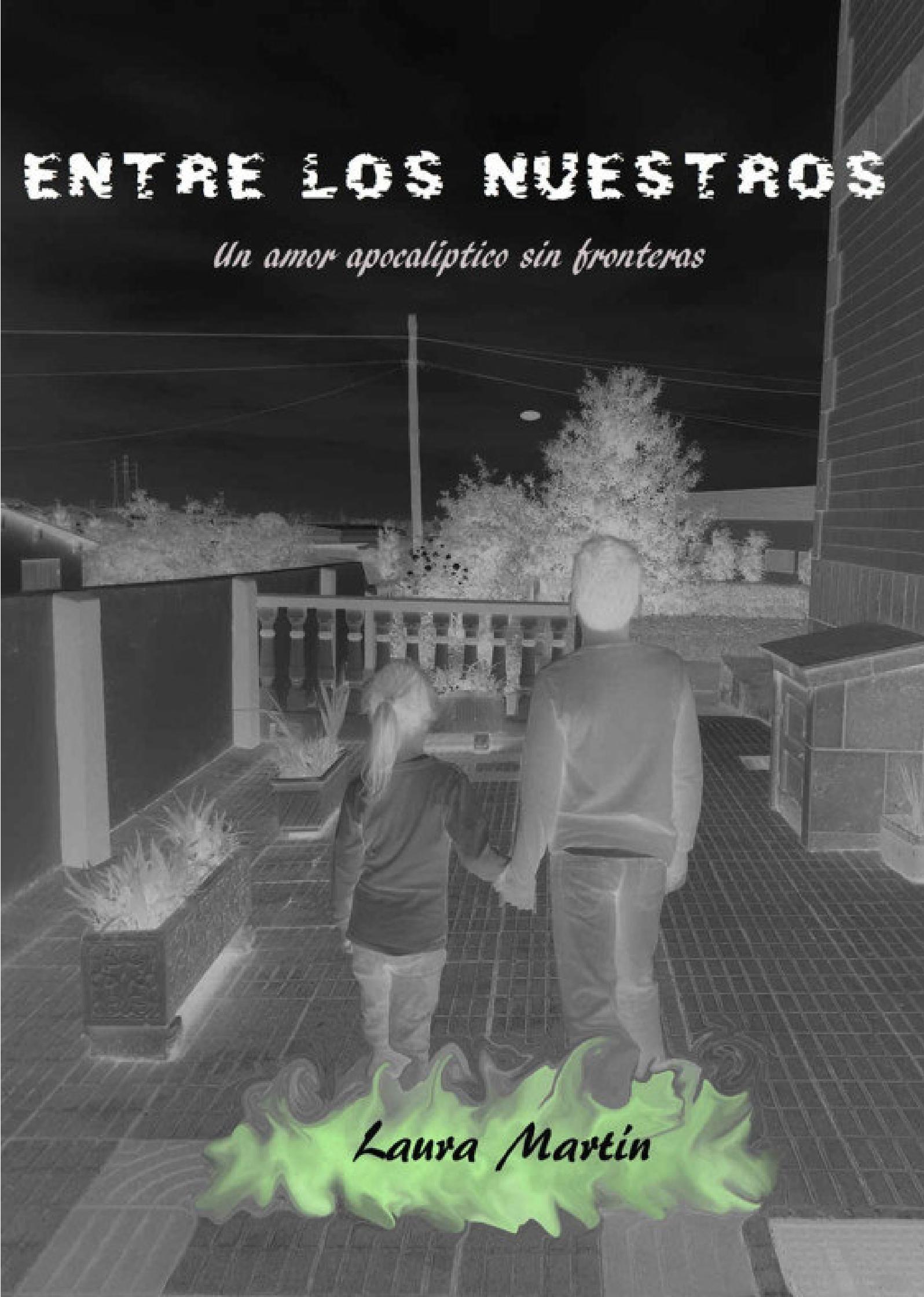


ENTRE LOS NUESTROS

Un amor apocalíptico sin fronteras



Laura Martín

Entre los nuestros

(Serie Raselanis 1)

Laura Martín

Título original: Entre los nuestros

Laura Martín, 2016.

Diseño portada: Jose Barredo.

Todos los derechos reservados.

Para mi marido utópico,
que soporta día a día a su mujer distópica.

Capítulo 1. AGNOSIA

Mina llegó a casa después de su fructífera jornada estudiantil en la Universidad de Trabajo Social. El efecto colateral de hacer pellas en la cafetería del Campus Universitario de Viesques había sido de lo más prometedor.

A ella, que siempre le había costado conocer gente nueva, en especial del género masculino, le provocaba una sensación de irrealidad el hecho de estar ilusionada y pensando en Gabriel. Y aún más satisfactorio era ese sentimiento al pensar que había superado el enamoramiento hacia su vecino, Marco, que por costumbre le tenía el juicio nublado y conseguía que todos palidiesen al hacer las comparaciones.

La chica se deleitó frente al espejo de la entrada al comprobar los efectos que ese flechazo repentino había causado en su rostro. Observó cierto rubor en las mejillas y un adorable brillo en los ojos que hizo que su prominente nariz le pasara desapercibida por una vez en su vida.

Saludó brevemente a su familia, la cual estaba disfrutando de una sobremesa demasiado larga, dada la hora que era, y subió corriendo las escaleras hacia su habitación antes de darles tiempo de indagar en el motivo de su ausencia.

Era viernes, por el amor de Dios, pensó excusándose de que lo que había hecho no se salía tanto de madre. Día tras día cumplía con rigor los estrictos horarios familiares como una hija ejemplar. Su madre, a la que remordía la conciencia por continuar con un trabajo como profesora de inglés en una academia que reportaba pocos beneficios y con pésimo horario, insistía en que, a mediodía, se sentaran todos juntos a la mesa para compensar su ausencia en las cenas. Mina no estaba segura de que compartir un primero, a veces un segundo, y el postre con el telediarario de fondo, fuera muy necesario para que la estructura familiar no se resintiera. Aun así, nunca había expresado su opinión por miedo a ofenderla, Clara era demasiado susceptible.

Se desembarazó de su ropa apretada para ponerse algo más cómodo mientras intentaba inventar alguna buena excusa para su mensaje en el móvil: “hoy no me esperéis a comer, besos”.

La verdad era evidente que no la iba a contar: “sí papá, fuimos con unos chicos que conocimos esta mañana, mientras nos escaqueábamos de clase de antropología, a la sidrería de al lado para tomar unas tapas y unos culines de sidra. No, no te preocupes, sus intenciones eran puras, solo pretendían flirtear un poco y quedar otro día”... Mejor sería recurrir a: “Noelia estaba deprimida porque su último novio le ha dejado, y hemos ido a la sidrería esa tan mona que hay bajando la carretera a comernos unos pinchos de tortilla mientras desahogaba sus penas”. Sí, mucho mejor y, además, verosímil.

Mina se tumbó sobre la cama en un absurdo intento de hacer que los efectos del alcohol se disiparan. Se sentía fatal por tener que mentir a sus padres, nunca lo había hecho, bueno, al menos no de una manera tan descarada. El caso es que tenía dieciocho años, una edad más que aceptable para salir con chicos, ¿por qué no podía decir con naturalidad que había conocido a uno interesante y se había dejado llevar? Su abuela, con total probabilidad, se haría cruces, su madre le soltaría un sermón sobre la importancia de hacerse valer y no aceptar invitaciones de desconocidos si no quieres dar una falsa impresión, y su padre frunciría el ceño y no diría nada, lo cual, Mina no sabía por qué, era peor.

Miró el reloj, las tres y media. Su madre subiría a vestirse de un momento a otro. Así, tumbada boca arriba, parecía que la cama se moviera como si formara parte de un carrusel. Decidió que sería mejor bajar a la cocina, no fueran a pensar que le había pasado algo y el interrogatorio se volviese mucho más duro.

Entró en la cocina y les dedicó una sonrisa mientras iba hacia la cafetera para servirse un reconstituyente, presentía que lo iba a necesitar.

Su abuela se levantó de la mesa y se dispuso a recogerla, ayudada por Clara, su madre.

—¿Dónde has comido? —preguntó Nacho, su padre, a la vez que apagaba el televisor con

el mando a distancia.

—He ido a una sidrería con Noelia. —Mina metió la taza en el microondas evitando cruzar la mirada con su padre. Hasta entonces todavía no había mentido.

—¿Y eso? —preguntó Clara posando los platos en el fregadero, a un metro escaso de ella.

—Bueno, ya sabéis cómo es. Estaba deprimida porque su último rollo pasa de ella.

— ¡Jesús!, ¿qué es un rollo? —preguntó Carmina

—Tienes que modernizar tu vocabulario, güeli⁽¹⁾. —Mina le pasó una mano por la espalda y le dio un beso en la mejilla. Su abuela era muy antigua, y desde que había muerto su abuelo aún más. Sin embargo, no era la típica anciana cascarrabias que siempre criticaba la forma de vida de la gente joven, era más bien una enternecedora abuela que, de vez en cuando, hacía aflorar la hilaridad de Mina con la inocencia de algunos de sus comentarios.

Sonó la señal del microondas y cogió su café mientras contenía la respiración y cruzaba los dedos mentalmente con la esperanza de que las preguntas se hubiesen acabado.

—Mmm, café. Me apetece uno. —Marco irrumpió en la cocina sin previo aviso, como siempre. Había entrado por la puerta de atrás, a la que se accedía atravesando el garaje y después la cuadra, que siempre dejaban abierta bajo la protección de su perra Luna.

—Vaya, el hijo pródigo. —Mina echó un sorbo a su café y se sentó a la mesa. Dejó que fuera su abuela quien sirviera al invitado. Estaba enfadada con él por la escasa frecuencia de sus visitas los últimos días.

Desde que había empezado Magisterio en la especialidad de Educación Física estaba muy ocupado. Apenas tenía tiempo para dejarse caer por allí. A Mina le parecía desmesurada su dedicación a los estudios, Magisterio no era una carrera difícil y él siempre había destacado por su inteligencia. De hecho, a menudo se preguntaba cómo un chico con sus posibilidades no se había decantado por una licenciatura complicada con más expectativas laborales en un futuro.

En su caso, Trabajo Social había sido casi la única opción. Una carrera asequible para su nivel y con unas asignaturas atrayentes, no podía quejarse. Por eso le daba rabia que Marco desperdiciara su talento.

El chico caminó hacia Mina sin apartar su mirada, como si quisiese escudriñar sus pensamientos a través de sus ojos. Mina se sintió incómoda y cogió el mando de la tele como excusa para evitarle. Marco se sentó a su lado y al cabo de unos segundos ya tenía su café humeante en frente de sus narices.

Su padre se levantó y golpeó con el índice su reloj de pulsera para señalar a Clara que se apresurase.

—¿Habéis visto las noticias? —preguntó el vecino alzando la voz para hacerse oír a través del ruido del grifo del fregadero.

—Uff, sí. Tremendo, ¿verdad? —Clara estaba parada en la puerta, preparada para marcharse en cuanto hiciese su comentario—. ¿Qué le habrá pasado a toda esa gente? —Y, sin esperar respuesta, se fue a su habitación a vestirse para trabajar.

—Seguro que es una broma. —Nacho aprovechó para marcharse al baño antes de que lo ocupase su mujer.

Mina miraba a unos y a otros sin entender nada.

—¿De qué narices habláis?

—¿No has visto las noticias con tu familia? —preguntó Marco arrugando la frente—. Ah, ya veo, no has comido en casa.

Mierda, lo que faltaba, pensó Mina llena de fastidio por su perceptivo sexto sentido. A él no le podría engañar tan fácilmente, era como si conociera todos sus gestos y tics a la perfección; cuando estaba enfadada, cuando estaba triste, cuando mentía... Era un polígrafo andante. Mejor sería cambiar de tema.

—Me dices de una vez qué ha ocurrido. —La chica miró a su vecino alzando las cejas y agarrando con fuerza su taza de café.

—Pues que ha desaparecido toda la población de Tuvalu.

—¿Qué es Tuvalu?

—Es un país insular que está en el océano Pacífico y es el segundo menos poblado del mundo —recitó Marco de memoria mientras revolvía el azúcar de su café.

—Y, ¿de cuánta gente estamos hablando? —preguntó Mina pensando que no pasaría de una veintena de personas.

—Diez mil personas, algunas menos.

—Ya, eso es imposible. —Una sonrisa ladeada de incredulidad rasgó el rostro de la chica—. Tiene que tratarse de una broma televisiva.

—A mí no me pareció que estuviesen bromeando.

—Y, ¿qué causas se barajan?

—No lo atribuyen a nada, —Marco se pasó la mano por el pelo de la nuca, un gesto que solía emplear cuando estaba nervioso—, se limitan a exponer los hechos.

—Y tú, ¿qué crees?

—Mmm, no sé. —Marco evitó la mirada de la chica—. Me he metido en Internet y se ve cada paranoia...

—Ya, pero tú, qué crees. —Casi gritó las últimas palabras, le desesperaba cuando Marco divagaba, algo que acostumbraba a hacer cuando creía que a ella no le iba a gustar lo que tenía pensado decir.

—Bueno, de todo lo que he leído... ¿y si fueron abducidos por extraterrestres? —Marco levantó la cabeza para mirarla a los ojos, intentando captar su más leve reacción.

—Claro, eso lo explicaría todo...—dijo Mina mientras arrugaba el entrecejo para luego chasquear la lengua y negar con la cabeza—, vamos, no me tomes el pelo.

—Nunca se me ocurriría. —Marco la miraba concentrado en su rostro—. Es lo que creo. ¿Acaso eres tan arrogante como para pensar que somos los únicos seres del universo?

—Sabes de sobra que nunca he descartado que haya algún planeta, en alguna lejana galaxia que albergue vida inteligente pero... suponiendo que su objetivo sea experimentar con los terráneos, ¿no serían suficientes una docena de personas?

—Quizás sus intenciones sean otras. —Marco apuró su taza de café y se levantó a dejarla en el fregadero.

—Como qué ¿estamos dentro de su cadena alimentaria?

—Esa es otra idea pero...—Marco se acercó y se agachó para hablarle al oído—. ¿Y si se tratara de una invasión silenciosa?

—¿Silenciosa? Pues no están siendo demasiado sutiles. —Mina alzó las cejas, cada vez estaba más perpleja ante las elucubraciones de su amigo.

Marco se sentó a su lado y puso las manos entrelazadas encima de la mesa.

—A lo mejor llevan escondiéndose en nuestro planeta un tiempo y ha llegado la hora de actuar. Vamos Mina, a mí también me cuesta asimilarlo pero no hay otra explicación posible. Eso, o la intervención divina.

Mina mantuvo silencio unos instantes. No era propio de Marco especular con cosas que no tuviesen sentido. Y bromear, lo que se dice bromear, no es que se le diese demasiado bien. Ya de niño parecía un adulto en diminuto, casi daba la sensación de que se esforzaba para seguir sus juegos infantiles. Si Marco pensaba que se trataba de extraterrestres, seguro que detrás había un tiempo de seria reflexión.

—Sabes, pensando y pensando, esto puede tener una similitud con el triángulo de las Bermudas —dijo Mina mirando hacia atrás y dándose cuenta de que se habían quedado solos en la cocina—, no sé si sabes de lo que te hablo.

—Sí, claro, me acuerdo de esa época tuya en la que no parabas de hablar de unos extraterrestres que habitaban en las profundidades marinas y que secuestraban barcos —dijo Marco con una mueca de condescendencia.

—Oh, perdona, desde luego que tiene mucho menos sentido que tu teoría de la conspiración marciana —se mofó Mina a la vez que hacía aspavientos con las manos.

—Vale, tienes razón, pero no entiendo la similitud.

—Entonces hubo quien pensó que se trataba de abducciones, sin embargo hay una

explicación científica para todos esos sucesos. —Mina contempló por un momento cómo su vecino la miraba con persistencia, con esos ojos enormes que le quitaban el aliento. Se puso algo nerviosa y se levantó a por un vaso de agua, como excusa para alejarse, mientras continuaba hablando—. Burbujas de algún gas creo recordar, estas, al emerger, eran las causantes de que los barcos se hundiesen.

—Pero también desaparecieron aviones.

—Cierto, creo que las burbujas hacían algo con los motores que les hacía caer al mar.

—Ya, hoy he leído de todo en Internet, incluyendo lo de las Bermudas. —Marco hizo una pausa para dar más dramatismo a sus palabras.

— ¿Y? —Mina elevó los ojos al cielo porque detestaba cuando se hacía el interesante.

—Cómo explicaría tu perfecta teoría científica la aparición de barcos intactos, en perfecto estado, sin rastro de la tripulación.

Mina se quedó mirando a su vecino. Lo conocía desde que eran unos bebés, podía decirse que habían crecido juntos. Era el chico por el que suspiraba desde que era una niña y del que, quizá, aún siguiera enamorada. Pero no lo reconocía. El hecho de que él sostuviera la hipótesis más absurda le hacía sentir el impulso de echar a correr. Era como si algo hubiese cambiado para siempre y no hubiese manera de retroceder. Estar hablando en serio sobre una posible invasión alienígena con el perfecto y sensato Marco le ponía los pelos de punta. ¿Estaría perdiendo el norte? O peor, ¿estaría coqueteando con algún tipo de droga? En las universidades, por lo menos en la suya, había vía libre para fumar hierba, quizás eso explicaría su extraño comportamiento del último mes...

Mina sonrió con cierta pesadumbre y cambió de tema.

—¿Sabes qué? Es la hora de *Friends*, ¿te apuntas?

Era su primera fiesta universitaria y Mina no tenía ni idea de cómo vestirse. Se estaba acercando el invierno así que debería abrigarse un poco, aunque no demasiado, que no quería acabar sudada y con el pelo encrespado. Sería buena idea ponerse capas como una cebolla y así poder poner o quitar en función de la temperatura del lugar. Había que contar también con que Gabriel estaría allí, y los nervios sumarían algún grado.

No era una cita propiamente dicha, más bien Álex y Gabriel habían dejado caer que irían a la fiesta de Peritos del sábado. Noelia, rauda y veloz, se había lanzado a afirmar que ellas también tenían pensado ir, burda mentira, lo cual le obligó a pasarse la tarde del viernes buscando algún contacto que les consiguiera un par de entradas. Por fortuna, el entorno social de Noelia era mucho más amplio que el de Mina, que de haber sido ella la responsable, se hubieran quedado compuestas y sin cita.

Se miró al espejo del armario, los pantalones de pata de elefante eran lo suyo. Le encantaba cómo se ajustaban a sus piernas y caderas para ensancharse después y disimular sus enormes pies. Iría con una bota plana, como casi siempre, pero esta vez con más razón, Gabriel no era mucho más alto que ella y no quería incomodarle. Su altura le había jugado malas pasadas en anteriores ocasiones. Los chicos, por lo general, no se fijaban en alguien que les sacara la cabeza.

Se dejó el pelo suelto, había que sacarse el mejor partido posible, y su larga y frondosa melena ondulada era su mayor orgullo.

—Vamos Mina —gritó su padre desde debajo de las escaleras.

Ella le había pedido el favor de que la acercara en coche hasta casa de Noelia. El plan era cenar con los padres de la chica y después ir caminando hasta la fiesta.

Era una faena vivir en un barrio a las afueras de Gijón. Tremañes estaba muy mal comunicado, sobre todo los fines de semana. Siempre que salía de fiesta tenía que llamar a un taxi para regresar, ningún búho llegaba hasta allí. O eso o volver en el primer autobús a las siete de la mañana, opción no aprobada por sus padres, que le ponían como tope las cuatro de la madrugada. El problema era que un taxi implicaba la inversión de la mitad de la paga semanal, con lo cual casi nunca podía tomarse ninguna copa si no quería quedarse sin un duro. Y no era muy divertido estar sobria en un entorno donde todos estaban bolinga. Así que rara vez salía de noche, a no ser que quedase con Marco para volver y compartir los gastos, y eso era algo que

evitaba por todos los medios, no soportaba ver a un montón de perras en celo a su alrededor en cada pub que pisaba. Era increíble el magnetismo de su vecino con el sexo contrario. Aun así debía reconocer que nunca le había visto en actitud cariñosa con ninguna, de hecho Noelia le había sugerido en varias ocasiones que su amigo era gay. Claro, como a ella no le habían funcionado sus tácticas de seducción, estaba un pelín despechada.

Mina nunca le había confesado a su amiga sus sentimientos hacia Marco. Por alguna extraña razón, expresarlo en voz alta le hacía pensar que se produciría una catástrofe. Prefería guardárselo para sí misma, de cualquier manera nunca pasaría nada entre ellos, así que, ¿para qué airearlo? Marco siempre la había visto como una hermana, de hecho sospechaba que tenía más apego por su familia que por la suya propia. Siempre se le veía solo, desde bien pequeñito, con sus padres absortos en sus respectivos trabajos. Lo cierto era que, más de una vez, Clara y Carmina se habían hecho cargo de su cuidado. Agustín, su padre, era Inspector Jefe de la Policía Nacional y casi vivía en Comisaría. Zulema trabajaba para una importante empresa de compra-venta de oficinas de farmacia y viajaba a diario por toda España. Era un auténtico cuadro de familia, cada uno por su lado.

Mina bajó corriendo las escaleras y cogió la cazadora de pana verde que estaba colgada en la barandilla. Su madre siempre le advertía de que ese no era su sitio, pero rara vez hacía algo al respecto. A Mina le gustaba dejarla allí, así la tenía siempre muy a mano.

Su padre la miró divertido, él nunca se hubiera atrevido a desafiar así a su mujer, se convertía en una auténtica leona cuando se enfadaba.

En diez minutos ya estaba en casa de su amiga. Al verla nada más abrir la puerta sintió una punzada de envidia, estaba espectacular. Llevaba una minifalda muy mini con una camisa blanca ajustada y una chaqueta torera que le resaltaba sus enormes pechos.

Como era tradición, llamaron al Pizza Móvil de la esquina. La madre de Noelia se tomaba los fines de semana de descanso total y se negaba a cocinar. Dinero no les faltaba para concederse esos caprichos, si bien en lo que a la nutrición respecta no era una familia modelo. Hamburguesas, comida precocinada, cualquier cosa fácil y rápida les valía. Noelia siempre achacaba sus kilos de más a esos excesos, y prometía que el siguiente sábado se prepararía una ensalada, solo que el siguiente sábado nunca llegaba.

—Cómo te envidio, te tragas esa pizza entera y sigues como una sílfide —refunfuñó Noelia mientras se aplicaba el maquillaje en el baño.

—No te quejes, a los chicos les gustan las curvas. —Mina puso una mueca de disgusto, ojalá tuviera ella esas redondeces, además de ese rubio natural, claro.

—Depende de dónde —protestó Noelia señalándose la barriga.

Se despidieron de los padres de la chica y se dirigieron al recinto ferial, que era donde se celebraría la fiesta. Ambas se sentían exaltadas y no paraban de parlotear acerca de tonterías. Mina estaba exultante, por una vez sería ella una de las protagonistas. Nunca había salido en serio con ningún chico, únicamente se había besado con uno en una ocasión y había jurado que jamás repetiría. En su día lo había hecho por cerrar las bocas de las amigas de Noelia. No las soportaba y se le hacía muy difícil disimularlo delante de su amiga. Estaba harta de que se burlaran de ella a causa de su castidad y hastiada de oírlas hablar del sexo como algo frívolo y de su sola exclusividad. Esa noche se cambiarían las tornas, lo presentía. Ese chico era especial, nada parecido a los buitres que se le acercaban los sábados por la noche. Tenía conversación y su físico le atraía muchísimo, irradiaba personalidad. Llevaba unas patillas estilo Elvis que le quedaban fenomenal a su tez morena, y sus ojos rasgados le daban un toque muy exótico.

Llegaron demasiado pronto. Apenas había una treintena de personas. Se acomodaron en una esquinita con su cacharro[®] en mano después de haber dejado sus bolsos y abrigos en el guardarropa. Mina sentía su estómago revuelto, y no creía que se tratara de la pizza. Tuvo la tentación de marcharse, se sentía ridícula allí esperando y la música de fondo le parecía un horror. Entonces apareció Álex, el de los rizos rubios como decía Noe, junto con otros cuatro chicos más. Ninguno era Gabriel. Mina se sintió estúpida y temió que sus ojos se humedecieran. Cogió aire para saludar y fingir que no le importaba.

Álex saludó a Noelia en primer lugar, era de esperar, al fin y al cabo era la chica que le interesaba. Seguro que fue Gabriel al que ayer le tocó bailar con la fea, pensó Mina con amargura.

—Gabriel tuvo que quedarse a cuidar de su hermanastra, un problema de última hora —informó Álex con naturalidad. Mina pensó que estaría más que acostumbrado a dar excusas.

Mina asintió y bebió un trago de su vaso. Se lamentó de no haber pedido algo más fuerte para amortizar al máximo la consumición gratis que se conseguía con la entrada. Y ahora qué haría, ¿sujetar las velas? Esperaría un tiempo prudencial para disimular su decepción y pediría un taxi fingiendo algún malestar.

La chica miró con desespero a la nueva pareja. Era increíble lo rápida que era su amiga. No había pasado un cuarto de hora y ya se estaban besando como dos amantes desesperados. Mina se sintió pequeña, diminuta, y lo peor era que no podía pedirse otra copa porque no le quedaría dinero para el taxi.

¿Sería muy descarado marcharse tan pronto de la fiesta? Entre los murmullos de su cabeza y el ruido estridente de la música pudo oír parte de la conversación de los amigos de Alex, que parecían estar bastante afectados por el alcohol, evidencia de que habían empezado su propia fiesta mucho antes.

—Que sí tío, lo que yo te diga, dos años para el dos mil, el fin del mundo. Ya lo dijo Nostradamus —dijo un chico de gafas y pelo negro hasta los hombros.

—Sí, sí, lo que tú digas —se burló un chico de gran barriga cervecera.

—Tú riéte, riéte, lo leí en Internet, palabras textuales: el año mil novecientos noventa y nueve, séptimo mes, no sé qué, no sé qué, antes, después, Marte reinará por buen dicha.

—¿Textuales? —dijo uno muy bajito y el más guaperas de los cuatro seguido de una sonora carcajada.

—Qué quieres, a estas horas de la noche no me acuerdo al pie de la letra —protestó el de gafas tambaleándose un poco hacia los lados—. Y tú ¿qué opinas?, morena. —El chico se dirigió hacia Mina, que estaba al lado intentando disimular que estaba escuchando.

—Bueno, si lo dice Nostradamus. —Mina se encogió de hombros.

—No nos han presentado, yo soy Samuel. —El chico de gafas le tendió la mano como si de una entrevista de trabajo se tratara.

—Mina. —La chica se la estrechó con una sonrisa forzada. ¿Qué le contarían a Gabriel de la chica del plantón que se les acopló de mala manera? Menuda humillación.

—Coño, Mina, la chica de Trabajo Social. —Samuel se golpeó la frente como amonestándose—. Te imaginaba distinta.

—Vaya, gracias. —Mina estaba confusa, ¿eso era bueno?, creía que no.

—Bueno, es que las chicas de Gabriel suelen ser más...—Gesticuló con las manos sin saber muy bien que expresar con ello.

—Yo no soy una chica de Gabriel —contestó Mina toda digna.

—Vale, vale...no digo nada, ¿te apetece una cerveza?

Ella no solía aceptar invitaciones de ningún chico porque sabía que eso podía implicar que el chico en cuestión se creyera con ciertos derechos sobre su persona. Pero esa noche era tan deprimente que no tuvo más remedio que asentir. Si tenía que continuar la fiesta con ese friki y el resto de amigos borrachos, sería mejor no estar sobria del todo.

Mina estaba absorta en sus propios pensamientos. Ni siquiera estaba prestando atención a las explicaciones del profesor de estadística. No se podía quitar de la cabeza la noche del sábado, y no debido a la ausencia de Gabriel, sino a causa de lo surrealista que le había resultado. No lo había pasado mal, se sintió integrada en todo momento e incluso echó unas risas con los chicos. Lo que no podía quitarse de la mente era el simposio de ufología que le había brindado Samuel.

El chico no cesó de insistir en que, en los últimos cinco años, se había producido un incremento de los avistamientos de ovnis. Explicó que el gobierno tenía perfecto conocimiento de la situación pero que no quería hacerlo público para evitar crear alarma social. También la ilustró acerca de incidentes pasados como el ocurrido en Roswell⁽⁴⁾, los avistamientos acontecidos

en las Islas Canarias y el caso Manises^(s). Incluso se permitió hablar de un tal matrimonio Hill^(o), que dijo ser abducido por extraterrestres.

Mina se debatía entre considerarlo un loco o un genio. No sabía qué pensar. ¿Y si tenía razón y los extraterrestres acechaban detrás de cada esquina? ¿Y si, después de todo, Marco estaba en lo cierto respecto a lo de Tuvalu? El domingo por la tarde había estado viendo una película con él y no le había comentado nada al respecto. Se negaba a reconocer que eso podía ser una realidad. En el fondo pensaba que lo de Tuvalu sería un incidente aislado al que pronto encontrarían una explicación. De hecho, como de noche no era capaz de conciliar el sueño, bajó al salón a distraerse con la programación y se entretuvo con un debate sobre el tema en el que, de un lado estaban los defensores de la teoría extraterrestre, y de otro los partidarios de explicaciones más científicas, como por ejemplo, un tsunami repentino que habría arrasado la población sin dejar rastro. Estos últimos alegaban que, al tener la isla tan solo una altitud máxima de cinco metros sobre el nivel del mar, no era improbable que una alteración en el fondo marino hubiera podido provocar un desastre de tales magnitudes.

Pero Mina no quería engañarse, sabía que esto último era bastante inverosímil ya que, de ser así, hubiera dejado algún rastro en la isla y los informativos se hubiesen hecho eco de la noticia.

—Eh, Tierra llamando a Mina. —Noelia le dio un codazo con cierta diversión en su rostro.

Mina se espabiló y se dispuso a recoger sus apuntes al darse cuenta de que la clase había finalizado. Frunció el ceño al ver que no había escrito nada en toda la hora. Noelia la miró con una sonrisa y le tendió sus hojas.

—Anda toma, para una vez que estoy más aplicada.

Mina le sonrió y aceptó la ayuda.

—Es que anoche dormí muy mal —se disculpó para no tener que explicarle sus preocupaciones.

Noelia asintió con cara de comprender la situación y juntas abandonaron la clase en silencio. Mina apreciaba mucho a Noelia pero era consciente de que no tenían las mismas inquietudes. El único tema de conversación de su amiga eran chicos, películas y poco más. Era muy divertida aunque muy poco seria. Sospechaba que ni siquiera habría escuchado la noticia de Tuvalu, y ni por un momento se le había pasado por la mente preguntarle qué era lo que pensaba sobre el tema. ¿Estaría considerándola demasiado frívola?, pensó llena de remordimientos.

Se paró en la copistería de la entrada para poder devolverle sus apuntes cuanto antes. Resopló al comprobar que tendría que esperar turno, con el hambre que tenía... Seguro que perdería el autobús, pensó. Una mano le rozó el hombro y ella se dio la vuelta malhumorada.

—Hola Mina —saludó Gabriel con una sonrisa.

—Hola —musitó Mina sorprendida y confusa. No sabía cómo actuar, ya había asumido que no le volvería a ver.

Noelia se retiró para dejarlos solos y se fue a sentar a unos sofás de cuero que estaban justo en frente. Mina la miró con descontento, preveía que a continuación se desarrollaría una conversación incómoda y no tenía ni idea de cómo manejarla sin su ayuda.

—Me dijeron que estuviste en la fiesta de Peritos. —Gabriel metió las manos en los bolsillos de su chaqueta. Daba la impresión de que no se había esperado esa reacción tan poco entusiasta de la chica.

—Sí. —Mina no quería bajar la guardia, no había olvidado el plantón y no pensaba ponérselo nada fácil. Gabriel miró hacia el suelo ocultando una sonrisa.

—¿Estás enfadada conmigo? —preguntó intentando ponerse serio.

—¿Por qué habría de estarlo? —Mina se giró y se acercó al chico de la copistería para ofrecerle los folios.

—Me hubiera gustado ir, pero falló la niñera a última hora, y mi padre y su mujer tenían una cena de negocios...

—No tienes que darme ninguna explicación —interrumpió Mina apenas girando un poco la cabeza para mirarle de reojo.

—Ya lo sé, es que me pongo en tu lugar y...bueno, casi habíamos quedado, ¿no?

Mina se encogió de hombros a la vez que pagaba al chico y recogía sus copias. Se dio la vuelta y le miró a los ojos.

—No habíamos quedado, así que no me debes ninguna explicación. —Mina relajó su tono de voz. Decidió creer que era verdad lo que le contaba. De ser así, el chico era un hermano responsable, eso le gustaba—. No estoy enfadada. —Gabriel sonrió de nuevo.

—Tengo el coche aquí fuera, ¿te acerco a tu casa?

—No, gracias. Darías mucho rodeo. Además, Noelia me está esperando para coger el autobús. —Miró hacia los sillones pero allí no había nadie.

—Tu amiga se marchó hace unos minutos con Álex —dijo Gabriel intimidándola con su mirada—. No me importa rodear.

Mina suspiró. Pensó que, con total seguridad, la traidora de su amiga lo había sabido todo desde un principio. Ojalá le hubiese confiado los planes de Gabriel para así haberse ahorrado la sorpresa y su bochornosa y fría reacción. Ahora el chico pensaría que era una antipática y una mal tomada. No le quedaba otro remedio que aceptar la invitación si quería intentar llegar a algo con el chico. ¿Quería? Sí, claro que sí, a quién quería engañar.

—Vale, si insistes.

Mina caminó a su lado con timidez, reflexionando sobre el significado que tenía que hubiera ido hasta allí después de sus clases en la Universidad de Informática. ¿Significaba eso que le interesaba, o tan solo era que quería limar asperezas con la amiga de la nueva pareja de Alex?

Gabriel le abrió la puerta del coche invitándola a subir.

—¡Vaya, qué caballeroso! —se mofó Mina inquieta ante tantas atenciones.

Gabriel se sonrió de nuevo y fue hacia su asiento.

—¿Tremañes, no? —preguntó mientras accionaba la llave de contacto.

—Sí, bueno, Lloreda en realidad —le aclaró mientras observaba como se incorporaba a la carretera.

—Antes de nada quiero decir que no me responsabilizo de las opiniones de mis amigos.

—Está bien saberlo —respondió Mina con una mueca de diversión—, ya me había empezado a preocupar.

—Creo que Samuel te habló del fin del mundo.

—Sí, y créeme, por un momento me hizo pensar que se iba a acabar justo esa noche.

Gabriel se carcajeó.

—Es un buen chico, pero está un poco pirado, de ahí lo de Piri.

—¿Piri?, no lo sabía. Pero qué buenos amigos sois. —Mina gesticuló con la cara para acentuar su burla.

—Todos tenemos motes. —Gabriel la miró de reojo.

—¿Cuál es el tuyo?

—Si quieres saberlo tienes que ganártelo. —Le guiñó un ojo con picardía.

Mina bufó fingiendo enfadarse.

—A mí no me habrán puesto ninguno, ¿no?

Gabriel se rio de nuevo y le sostuvo la mirada unos segundos aprovechando que esperaba en un semáforo. Después encendió la radio. El coche se llenó de las notas de *Devil came to me* de Dover. ¿Sería un cd o la radio? A Mina le interesaba conocer la respuesta para poder calificar sus gustos musicales. Que escuchara Dover no era malo, a ella también le gustaba, aunque a ella le gustaba casi de todo, era muy ecléctica en cuanto a estilos musicales. Pero no hubiese podido soportar que escuchase a artistas como Luis Miguel o Whitney Houston. Nunca podría estar con un chico que escuchase en su día a día esa clase de pasteladas. Asociaba baladas y música latina con chicos empalagosos que regalaban flores. Quizá se equivocara, no se podía decir que fuera su experiencia la que hablara. Lo que no quería era un chico romántico en exceso, no toleraban bien las cursilerías.

Se preguntó por el motivo de esas cavilaciones absurdas. Aquello no era ninguna cita, solo

un momento compartido entre dos conocidos que se atraían, bueno, por lo menos en su caso.

—Estás muy callada. —Gabriel la miró preocupado.

—Disfruto de la música —se justificó Mina intentando pensar, sin éxito, en algo ingenioso que decir.

Llegaron a Tremañes y Mina sintió una mezcla de disgusto y de alivio. Menuda manera de desaprovechar un momento a solas con él. Ahora seguro que pasaría de ella, pensó con amargura mientras le daba las oportunas indicaciones para llegar a su casa.

—Vaya, tu casa no está nada mal —dijo Gabriel observando con detenimiento la fachada desde el coche—, y vaya terreno que tiene, ¿llega hasta esa otra? —preguntó señalando a una casa vecina que estaba más o menos a ochenta metros.

—Sí, esta es mi humilde morada. Como ves, no te mentí cuando te dije que era una muchacha de campo —respondió con orgullo.

—Tu abuela tiene un buen pedazo de tierra que cultivar.

—Sí, la pobre está todo el día trabajando. A veces viene un primo suyo a ayudarla, pero es ya muy mayor. —Mina estaba complacida de que Gabriel se acordase de toda la conversación que habían tenido cuando se conocieron, la mayoría de los chicos desconectaban cuando les hablaba de algo que no fuese de su interés—. Se está planteando dejar de vender en la plaza y cultivar para uso personal.

—Y ¿por qué no lo hace?, ¿tanto dinero gana allí?

—No te creas, se saca un dinerillo. Aunque lo que le da pena es dejar algo a lo que se ha dedicado toda la vida. Tiene amigas allí, y clientas fijas. Le viene bien para distraerse.

—¿Tus manos son demasiado delicadas para ayudar? —preguntó Gabriel rozándole la mano izquierda que tenía sobre su pierna. Mina sintió que sus mejillas ardían de repente.

—Supongo que algún día tendré que aprender para coger el relevo, pero ni mi abuela ni mis padres quieren que pierda el tiempo en la tierra, quieren que estudie.

—A mí me da la sensación de que no te desagradaría mancharte las manos.

—No, la verdad es que no. —Mina le sonrió, ¿un chico empático? No sabía que eso fuera posible.

Gabriel le sostuvo la mirada unos segundos y después se aproximó a ella poco a poco. Oh, Dios mío, ¿qué hago?, pensó Mina, que no tenía demasiadas referencias de experiencias anteriores. Deseaba que las cosas salieran bien con ese chico, pero dada su falta de pericia en las relaciones con el sexo contrario, temía no gustarle. Cuando estaba a medio camino de su boca, Gabriel se paró y retrocedió.

—¿Y ese? —Señaló con la cabeza a Marco, que estaba apoyado en la portilla de entrada de la casa de Mina, esperándola.

—Es mi vecino. —Mina puso cara de fastidio—. No sé qué hace aquí a estas horas.

Gabriel permaneció pensativo unos instantes.

—¿Te apetece que hagamos algo el sábado? Prometo no dejarte tirada otra vez. —El chico puso su mano en el corazón para dar dramatismo a sus palabras.

—Vale. —Mina asintió intentando disimular su entusiasmo.

—Pues dame tu teléfono y te llamo. —Sacó su móvil del bolsillo y anotó el número que le dictó Mina. Después la miró y le dio un casto beso en la mejilla—. Hasta el sábado.

Mina se bajó del coche con la sensación de que se había perdido algo importante. Maldijo por lo bajo a su vecino que había estropeado el mejor momento de su corta vida.

—¿Desde cuándo te dedicas a espíarme? —preguntó Mina con los brazos enlazados debajo del pecho.

—Te estaba esperando. —Marco movió las manos en señal de defensa—. ¿Quién era ese?

—¿Ya has comido? —preguntó Mina evitando contestar.

—No, intentaba conseguir que me invitaras.

—¿Otra vez estás solo en casa? —Mina no pudo evitar sentir lástima.

—Sí, mi madre estará fuera toda la semana y mi padre come en el trabajo.

—Pasa a comer con nosotros anda. —Mina abrió la portilla y sacó las llaves para entrar

por la puerta principal.

—Mientras volvía de la universidad escuché por la radio que ha vuelto a ocurrir. Han desaparecido más personas.

Mina sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo.

—¿Dónde?

—Unas islas venezolanas. Otras diez mil aproximadamente.

—Encendamos la tele...

A las cinco y media del sábado, con la puntualidad de un reloj suizo, Gabriel estaba esperando en el coche a que Mina saliera de su casa. Estaba nervioso por primera vez en su vida. Siempre había estado muy seguro de sí mismo en el terreno sentimental, aunque hay que decir que la regla general era que las chicas babeasen detrás de él. Mina era la única a la que había tenido que dar caza, era muy diferente a las demás. No era de las que se dejaban impresionar por su coche ni por su dinero. Eso le gustaba, estaba harto de chicas materialistas e interesadas. Cuando la conoció no permitió que la convidara a nada, ni siquiera al diminuto pincho de tortilla que se tomó. Eso no le había pasado en la vida. Que una chica le dijera que no a alguna invitación de tipo económico era nuevo para él, de hecho, hasta entonces ni siquiera se había dado cuenta de que, en realidad, no había tenido ninguna obligación económica con ninguna de sus “chicas”, aun cuando ellas pensarán justo lo contrario.

Le encantaban los retos, y esa chica suponía uno muy importante para él. Tendría que esforzarse.

Salió del coche y se apoyó en el capó a pesar de que Mina le había advertido de que su madre estaría espiando tras las cortinas. Causar esa expectación en su familia le había gustado, saber que era el primer chico que había pasado por allí significaba que no era una chica fácil.

Miró hacia la casa vecina que casi pegaba con la de Mina. ¿Qué tipo de relación tendría con ese rubiales de dos metros? Seguro que no tendría nada de lo que preocuparse, ni siquiera pareció alegrarse cuando lo vio el otro día esperándola a la puerta de su casa.

Después de los diez minutos de rigor establecidos por ley en el mundo de las mujeres, apareció por la puerta con una apariencia increíble. Llevaba un abrigo negro ajustado que le llegaba hasta las rodillas, medias y botas altas, y supuso que por dentro llevaría un vestido que se le pegaría a su esbelto cuerpo como si fuera una segunda piel. Mmm, le encantaba fantasear con la imagen de la chica sin ese abrigo. Mina le parecía muy atractiva, era alta, delgada pero con curvas, tenía una nariz un poco grande, sí, aunque lo compensaba con unos ojos expresivos y una boca sugerente. Le atraía, era tan opuesta, incluso en lo físico, a las otras chicas con las que solía estar. Aquellas vestían dejando muy poco a la imaginación y prefería el estilo de esta última, aun siendo consciente de que no sabía vestirse para sacarse el mejor partido posible, excepto esa noche.

—Estás impresionante —le dijo al tiempo que le abría la puerta para que entrara. La chica se sonrojó, parecía no estar muy acostumbrada a los cumplidos.

Después de un rato buscando un aparcamiento llegaron a los cines Hollywood para ver *Lo que la verdad esconde*. A Gabriel le pareció que esa película sería del gusto de la chica e hizo el sacrificio. Las películas de suspense con tintes de fenómenos paranormales no le iban en absoluto.

De nuevo Mina insistió en pagar su entrada. Por una parte le gustaba esa actitud, denotaba personalidad y carácter, el problema era que a él le gustaba derrochar y no reparar en gastos cuando salía, y no estaba seguro de que Mina le pudiese seguir el ritmo si no se dejaba invitar. ¿Le dejaría al menos pagar las palomitas? Decidió esperar sus intenciones respecto a picar algo ante la gran pantalla.

Mina pasó de largo sin pedir ni tan siquiera una Coca-Cola. Gabriel frunció el entrecejo, si ella no pide nada yo tampoco, pensó, y la ayudó a buscar la sala donde se proyectaría la película.

Llegaron justo a tiempo, antes de que las luces se apagaran, así que no hubo ningún tipo de conversación previa ni de miraditas de interés, para disgusto del chico.

Cuando la película estaba llegando a su final Gabriel se lamentó de no haber compartido

una bolsa de palomitas, eso hubiera dado juego para roces inesperados. Era la primera vez que iba al cine con una chica con la que no se ponía en las filas de atrás para aprovecharse de la intimidad y el morbo de la situación. Sin embargo, tenía sus ventajas, había pillado el argumento de la película y pudo disfrutar de ella, al menos hasta que llegó el final previsible donde la protagonista pasa de largo del malo cuando está tirado en el suelo medio inconsciente.

Después del cine Gabriel insistió en ir a cenar al Mike's de la esquina, estaba muerto de hambre.

—Puff, es que mi presupuesto de esta noche ya me lo he gastado. —Mina le miraba avergonzada, como si lamentara aguarle la noche por no tener dinero.

—Pago yo —se ofreció Gabriel que se desesperó ante la mueca de disgusto de la chica ante la propuesta—. Oh, vamos, que no voy a dar por supuesto que por invitarte me debes algo.

Mina le sonrió.

—No es eso, es que no quiero abusar —dijo la chica mientras se sonrojaba de nuevo.

—Pues a mí no me importaría que abusases. —Gabriel la miró con un brillo pícaro en los ojos. Mina le dio una palmada en el brazo, y agachó la mirada.

—Está bien, abusaré. —Levantó los ojos y le ofreció una promesa de algo más.

Gabriel sintió un hormigueo en su estómago. ¿Sería ese el momento perfecto para su primer beso? Creía que no, al menos no para una chica como ella. Las cosas que se hacen esperar se disfrutan mucho más.

Cenaron un par de hamburguesas y patatas fritas. Gabriel disfrutó al verla comer con fruición. Las otras chicas con las que había salido solían pedirse ensaladas y cosas así, y siempre dejaban algo en el plato. Sin embargo, sus ojos se perdían cada vez que él se llevaba a la boca cualquiera de sus exquisitos manjares. Era como comer delante de un niño hambriento, salvo que ellas estaban así por decisión propia.

—¿De dónde viene tu nombre? —preguntó Gabriel. Había tenido esa curiosidad desde el primer día.

—Mi madre, que está un poco loca. Mina es la reencarnación de la mujer de Drácula en la novela de Bram Stoker, su favorita. Ya ves, un nombre muy desafortunado aquí en Asturias.

—A mí me gusta, es auténtico, como tú. —Gabriel observó cómo Mina se ruborizaba de nuevo. Estaba tan bonita con sus mejillas encarnadas que le apeteció besarla allí mismo, aunque tampoco quería que su primer beso fuese en una hamburguesería—. ¿Te gusta bailar?

Mina asintió. Gabriel se levantó y le tendió la mano para ayudarla.

—Pues vamos.

La llevó a un pub en el barrio de La Arena. La música sonaba muy alta y apenas podían hablar si no era gritándose al oído. Gabriel cogió a Mina por la cintura y empezaron a moverse por la pista. No se le daba nada mal.

—Bailas muy bien —le gritó Mina lo más cerca del oído posible.

—Lo sé —contestó haciéndose el interesante y provocando la risa de Mina—. ¿Sabes lo que dicen de los chicos que bailan bien?

—¿Qué tienen tendencias homosexuales? —bromeó Mina riéndose de nuevo.

—Eso ha sido un golpe bajo —respondió Gabriel fingiendo pesadumbre.

—Oh, cuánto lo siento. —Mina le siguió el juego y le acarició la cara, aunque al momento apartó la mano azorada.

—Sigue. —Gabriel la miró con fijeza, con un deseo latente en sus ojos.

—¿Qué? —preguntó Mina nerviosa.

—Puedes acariciarme cuanto quieras, no te apartes.

Mina le sonrió y puso de nuevo la mano en su mejilla. Él se la cubrió con la suya y, despacio, se aproximó a su boca. Primero la besó con ternura, muy lento y apenas acariciando sus labios con la lengua. Se sorprendió cuando Mina lo tornó más ardiente, nunca se la habría imaginado tan osada. Pero no le importó en absoluto, le gustaban las chicas apasionadas.

Salieron de allí abrazados y se dirigieron a dar un paseo por la Playa de San Lorenzo. Caminaron en silencio deteniéndose, de vez en cuando, para darse algún tórrido beso.

—¿Qué piensas acerca de las desapariciones en las islas? —preguntó Mina rompiendo el momento romántico.

—Bueno, no sé. Al principio, cuando pasó en Tuvalu, pensé que en unos días los informativos arrojarían luz al asunto. Pero ahora que ha sucedido otra vez en esas islas venezolanas...no sé qué pensar.

Mina agachó la cabeza pensativa y permaneció callada. Gabriel se preguntó que sería lo que opinaba ella. ¿Crearía, como él, que podía deberse a una invasión extraterrestre? No se atrevía a confesarle eso. ¿Y si creía que estaba loco y no la volvía a ver jamás? La verdad es que en la universidad no se hablaba de otra cosa, entre murmullos, pero era una realidad. Hasta se había planteado unirse a ese grupo que se hacía llamar la Resistencia. Parecían tener bastante claras las cosas y le tenían medio convencido. Sin embargo, no sabía por qué, quería mantener esa faceta suya al margen de Mina. Únicamente quería conocerla y disfrutar de su compañía, nada más. No quería involucrarla.

Gabriel se sentó en la arena e indicó a Mina que se acomodara entre sus piernas. Ella obedeció sumisa y él la apretó con sus rodillas abrazándola fuerte por detrás. Estuvieron un rato así, observando el mar en el horizonte, hasta que Gabriel empezó a besar el cuello de la chica.

Ella se dio la vuelta para ofrecerle su boca y acabó tumbada encima de él. Se besaron durante largo rato hasta que la marea, que estaba subiendo, les alcanzó.

Al principio se miraron asustados, la ola les había cogido de improviso. Se pusieron de pie entre grandes carcajadas y comprobaron el alcance de los daños. Mina había empapado casi al completo las botas, y los bajos del pantalón de Gabriel estaban hechos una pena. Para disgusto de ambos, el incidente puso fin a la velada.

El domingo, después de un frugal desayuno, Mina cogió la bicicleta y salió a dar un paseo. Pedaleaba con fuerza, vigorizada por el recuerdo de los momentos vividos la noche anterior. Aún percibía la sensación de mil hormigas en su vientre al evocar la calurosa, y a la vez tierna, despedida de la noche anterior. Rememoraba cada gesto de Gabriel, los hoyuelos de sus mejillas al sonreír, su perfil arabesco y su manera de besar tan pasional. Ahora sí que le daba la sensación de haberse perdido algo importante los últimos años, incluso podía llegar a entender la promiscuidad de Noelia y sus amigas. Si unos simples arrumacos provocaban en ella ese efecto, ¿cómo sería el sexo?

Mina se paró a la entrada de un prado que estaba cerrado por unos palos en forma de cruz. Era propiedad de su abuela. Lo tenía muy descuidado ahora que ya no tenía ganado. Al morir su abuelo, Carmina se había deshecho de trabajo y responsabilidades, bastante tenía con la huerta. Mina sonrió al evocar los veranos con su abuelo en ese prado, segándolo con la guadaña y recogiendo en unos cugurros toda la hierba recién cortada. Miró al cielo, hacía un día espectacular para el mes de noviembre, casi parecía primaveral. De pronto, Mina centró su mirada en un extraño objeto ovalado que atravesaba el cielo. Parecía una especie de zepelín gigante que avanzaba muy deprisa. ¿Qué podría ser? ¿Un ovni? Bueno, sin duda era un objeto que ella no podía identificar pero... ¿no podría tratarse de cualquier otra cosa? La chica se asustó al recordar las palabras de Samuel que aseguraban que cada vez se avistaban más objetos desconocidos y no tuvo ninguna duda. Dio la vuelta con la bicicleta de regreso a casa, ya se le habían quitado las ganas de hacer ejercicio.

Al llegar decidió darse una ducha rápida. Pensó que lo mejor sería relajarse antes de afrontar la comida familiar. ¿Debería comentarles lo del ovni? Tenía la certeza de que ninguno de los tres creía en esas cosas. Sería mejor tantear el terreno, preguntar qué era lo que pensaban ellos acerca de las extrañas desapariciones.

Y así lo hizo, cuando estaban degustando el delicioso postre que les había preparado su abuela, sacó a relucir el tema que tanto le preocupaba.

—Pues qué va a ser, hija. Se tratará de alguna secta o algo parecido —alegó Nacho con tranquilidad, atento a la pantalla de la televisión que estaba explicando el tiempo para los próximos días.

—Un suicidio colectivo o algún grupo terrorista que los ha exterminado a todos —dijo

Clara mirando a su hija con amabilidad—. Cariño, no tienes que preocuparte de nada, en España no va a suceder nada de eso.

—Y... ¿extraterrestres? —preguntó Mina con timidez, desviando su mirada hacia su tarta de manzana.

—Tonterías, si fueran extraterrestres ya estaríamos en guerra —agregó Nacho con rotundidad.

—Esto va a ser cosa de los gobiernos de esos países que están corruptos —añadió Carmina con vehemencia.

—¿Corruptos? ¿Y qué tiene eso que ver con las desapariciones? —preguntó Mina un poco enfadada ante el pasotismo de su familia al dar por sentado que ellos no correrían ningún peligro.

—¡Qué sé yo! —dijo su abuela encogiéndose de hombros.

Mina terminó su postre y subió a su habitación a navegar por Internet. Estaba claro que a ellos no les podía contar sus inquietudes. Se dedicó a buscar noticias de avistamientos y se fijó sobre todo en las fechas que, casualidad o no, eran todas bastante recientes. Después de una hora leyendo multitud de cosas similares, aburrida y un poco desesperada, tecleó *solución invasión extraterrestre*. Apareció un enlace a un página que trataba de un grupo llamado Resistencia. Leyó que dicha congregación se hallaba repartida por todo el mundo y que existían unas sólidas vías de comunicación y coordinación entre ellos para optimizar recursos y datos. Creían que la invasión extraterrestre era un hecho constatado y que los invasores se hallaban en nuestro planeta desde hacía varios años. Su principal cometido era concienciar a la población del peligro que corría e invitarla a participar en su propia salvación. Al final de la página estaban anotados unos números de contacto.

A Mina no le pareció que ellos fuesen una solución real al problema. Echó de menos alguna prueba, alguna justificación de que lo que decían era de verdad un hecho constatado.

—¿Qué haces? —La voz de Marco resonó en la habitación detrás de Mina que se movió sobresaltada.

—Nada importante —dijo a la vez que apagaba el monitor del ordenador para evitar que fisgoneara.

—¿Qué tal lo pasaste con el chico ese? —Marco se sentó en la cama de Mina a esperar la respuesta.

—Bien, muy bien. —Mina se encogió de hombros y se sentó en la cama al lado de Marco—. ¿Cómo sabes que salí con un chico?

—Tengo ventanas. —Marco se tumbó de lado apoyándose en su brazo flexionado.

—No conocía tu faceta de mirón. —Mina se tumbó hacia atrás y miró hacia el techo. Sentía la mirada penetrante de Marco sobre su cara.

—Bueno, estuvo un buen rato aparcado. Lo vi por casualidad.

—Jo, qué suerte.

—¿Qué estabas mirando en el ordenador? —preguntó Marco cambiando de tema.

—Qué cotilla te has vuelto de repente. —Mina ladeó su cabeza y le puso cara de enfado. Cuando vio sus enormes ojos mirarla con lo que podría describir como ternura, su actitud cambió—. Estaba mirando temas de ovnis. Hoy he visto uno.

Marco se echó a reír pensando que se trataba de una broma hasta que cayó en la cuenta de que la chica hablaba en serio.

—¿Cómo era?

—No sé, grande, ovalado, de color clarito.

—¿No crees que te has podido confundir?

—Yo qué sé. —Mina se sentó de nuevo en la cama—. No sé si era un ovni, un zepelín, o E.T. en su bicicleta, lo que sé, es que fue algo que no había visto en mi vida.

Marco se sentó también y se quedó un rato en silencio. Mina le miró, estaba esperando que dijera algo al respecto, no que se quedase callado.

—¿No dices nada? —preguntó perpleja—. Te digo que he visto un ovni y te quedas tan pichi.

—¿Qué quieres que diga? Ya sabes que pienso que estamos siendo invadidos.

—¿Tú has visto alguno?

Marco negó con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué estás tan seguro? ¿Pertenece a la Resistencia?

—¿La Resistencia? ¿Dónde has oído hablar tú de eso? —Algo en los ojos de Marco le indicó que estaba enfurecido.

—En Internet.

Mina percibió que suspiraba aliviado.

—En la Resistencia hay gente muy perturbada, no debes mezclarte con ellos, ¿me oyes?

—Bueno, con quien yo me mezcle lo decidiré yo, ¿no crees? —Mina le retó con la mirada, no le gustaba que le dieran órdenes.

—Sí, claro. Perdona. Quería decir que me parece un grupo algo sectario. No me gustaría que te pasara nada malo.

—¿Y tú de que lo conoces? —preguntó más relajada después de la disculpa.

—Suelen ir charlatanes de esos por las universidades. Algo me dice que no son buena gente.

—A lo mejor son nuestra única opción.

—No, no... —Marco negó agachando la cabeza para erguirla de nuevo y mirar a la chica con seriedad—. Tu única opción es permanecer con tu familia y conmigo, y no involucrarte en nada raro, esa es tu única opción. —Marco apartó un mechón de pelo de la cara de Mina y se lo recogió con delicadeza detrás de la oreja. Después le cogió una de las manos y la puso entre las suyas—. Debes comprender que lo que está pasando es algo serio y es mejor que te mantengas alejada de toda esa gente de la Resistencia.

Mina parpadeó confusa. Cierto que Marco y ella siempre habían sido como uña y carne, se contaban todo y hablaban de cualquier tema sin ningún pudor, al menos hasta hacía unos meses; pero jamás de los jamases, Marco había tenido un acercamiento como aquel en su vida. Lo máximo había sido un abrazo rápido para consolarla cuando tenía uno de sus berrinches adolescentes, nada más.

—¿Y qué puedes hacer tú y mi familia contra una invasión de ese tipo? —preguntó sin apartar sus manos y con el corazón latiéndole a mil por hora.

—Bueno, por el momento mantenernos unidos es lo más importante, ¿no crees?

Mina sonrió, sonaba muy melodramático, aunque le gustaba. Era lo más parecido a un te quiero que podía salir de los labios del chico, eso sí, suponía que como amigo o como hermano.

—Me asusta cuando te pones tan intenso —bromeó Mina que no sabía muy bien qué decir.

Marco no sonreía, mantenía esa pose seria y concentrada que tanto le había atraído antes. Mina se quedó atrapada en sus ojos, eran tan bonitos de ese color indescriptible entre miel, gris y amarillo que no podía escapar de ellos. Entonces Marco se acercó despacio y la besó con dulzura. Mina le correspondió hasta que se percató de lo que estaban haciendo. Se apartó y se levantó para separarse de él lo máximo posible.

—¿Qué haces? —gritó furiosa con él y consigo misma. A ella le gustaba Gabriel, ¿o no?

—Creí que era lo que querías. —Marco se levantó para abrazarla pero Mina le rechazó.

—Ah, muy bonito. Me besaste porque creías que era lo que yo quería. Buena respuesta, sí señor. —Mina caminaba enfurecida de un lado a otro de la habitación. Sentía una mezcla de rabia y vergüenza a partes iguales.

—No quiero decir que yo no lo desease. Lo deseo desde hace tiempo. —Marco permanecía sereno y de pie siguiendo los pasos de Mina con la mirada.

—¿Desde hace tiempo? ¿Cuánto exactamente? —Mina se paró en seco. Sus ojos empezaron a humedecerse y luchó con todos sus medios para no derramar ni una sola lágrima, sin conseguirlo.

—Desde siempre supongo. —Marco se acercó a ella y le limpió las lágrimas de los ojos con sus dedos.

—¿Y por qué esperas a decírmelo justo ahora? —Mina se apartó de nuevo. Cualquiera

contacto con él era como si le quemara—. ¿Acaso no se notaba que yo sentía lo mismo?

Mina estaba muy dolida. Sabía que en todos esos años no había podido disimular sus sentimientos ante él, estaba convencida.

—No quería estropear nuestra amistad. —Había dolor en la expresión del chico.

—¿Y ahora sí?

—Ahora no me importa porque quizás podría ser nuestra última oportunidad.

—Oh, vamos. ¿No será porque otro te ha quitado a tu juguetito?

—No niego que verte con otro me haya dolido y haya servido para precipitar las cosas pero...no lo tenía planeado, ¿vale? Surgió, me apeteció besarte y me pareció que estabas receptiva. Siento haberlo hecho.

—¿De verdad? —preguntó Mina desesperada por la posibilidad de que estuviese arrepentido.

—No, la verdad es que no.

Se mantuvieron unos minutos en silencio. Marco buscaba que sus ojos se encontraran y Mina mantenía su vista fija en la ventana. Pareció pasar una eternidad antes de que ella se decidiese a hablar.

—Llegas tarde —dijo Mina muy a su pesar. No podía dejar pasar la oportunidad de conocer a Gabriel. Era un chico fantástico y tenían muchísimo más en común el uno con el otro. Marco y ella eran polos opuestos. Marco era demasiado perfecto, con su manera correcta de hablar, sus notas intachables, su actitud siempre amable y atenta, su seriedad ante cualquier tema de conversación. Ella era más corriente, más normal, con su lenguaje soez y su ironía ante los hechos cotidianos. ¿Qué futuro tendrían? Ninguno.

Marco asintió, se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla antes de marcharse.

Hasta en eso era educado, pensó Mina, que hubiese juzgado más natural haberse marchado dando un portazo. Había hecho lo correcto. Debía centrarse en Gabriel. Marco había jugado mal sus cartas.

Mina se dejó caer sobre la cama y se abrazó a uno de los cojines. Maldita sea, pensó, ¿por qué Marco había esperado tanto tiempo? Y, lo más importante, ¿por qué no se podía quitar su beso de la cabeza?

Capítulo 2. RECELO

Mina apartó la mirada del televisor unos segundos para contemplar a sus padres. Nacho acariciaba el pelo de su esposa y soportaba el peso de su cabeza entre sus piernas. Su madre se hallaba recostada en el sofá mientras su padre mantenía una pose recta y estoica, claramente el más incómodo de los dos. Mina les sonrió con orgullo, algo así quería ella, una pareja con la que poder repantigarse en el sofá. Desvió la vista hacia sus piernas, que colgaban solitarias sobre los reposabrazos del sillón.

Aún no había asimilado el beso de Marco. Intentaba no pensar en ello demasiado, pero cada vez que pretendía concentrarse en *Siete Vidas*, se identificaba con Homer Simpson, incapaz de procesar las conversaciones entre sus personajes. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso no tenía claras las cosas? Había conocido a un chico interesante que le correspondía y que había estado seguro de sus sentimientos desde el primer momento. El asunto estaba claro, debía olvidar lo que había pasado con Marco, no le convenía un chico que actuaba como el perro del hortelano.

Pensaba en lo injusto que resultaba que, hasta sus dieciocho años, hubiese permanecido virgen en experiencias sentimentales, entre otras, y ahora, de repente, dos chicos a escoger. Además, le preocupaba admitir que, en el fondo, se sentía muy halagada, entre los dos habían conseguido subirle la autoestima. ¿Sería de esa clase de chicas egocéntricas que les gustaba sentirse veneradas por los hombres?

Se sobresaltó al oír una carcajada de sus padres. Javier Cámara debía de haber dicho algo realmente gracioso, pensó. Pero, ¿qué narices estaba haciendo ella allí sentada? Estaba claro que no iba a poder disfrutar ni un poco de la comicidad de la serie. Hizo cálculo mental de su colección de dvd's. Visionar un drama le vendría de perlas. *Sommersby* estaría bien. Una historia de amor sin final feliz era justo lo que necesitaba para sentirse menos miserable.

Apenas había empezado a hacer el amago de levantarse, una noticia interrumpió la programación. Mina se acomodó con el pulso acelerado, ¿qué suceso sería tan importante que no podía esperar a los informativos del día siguiente? ¿Un atentado al Rey? Algo le decía que nada tenía que ver con eso. Bastaba con ver la cara compungida del presentador, no era el rostro apasionado que solían adoptar los periodistas cuando estaban ante una noticia importante, parecía que hubiese muerto su madre.

El locutor relató, con voz temblorosa, uno de los mayores horrores imaginables. La Isla de El Hierro, en las Islas Canarias, había corrido la misma suerte que Tuvalu y las islas venezolanas de Coche y Cubagua. Como continuación de la noticia, proyectaron diversas entrevistas a familiares de los desaparecidos, quienes habían dado la voz de alarma al no poder localizarles.

Mina estaba aterrorizada, recordó las palabras de su madre asegurándole que nada de eso pasaría allí en España, y estuvo tentada a recriminarle su errónea manera de pensar. Pero no quiso hacer leña del árbol caído. Su abuela, que hasta ese momento había estado ocupada con un programa de cotilleo en la cocina, apareció y se sentó en el único sillón libre del salón.

¿Qué pensarían sus padres y su abuela de lo ocurrido? ¿Seguirían pensando que se trataba de suicidios colectivos?, pensó Mina. Por el amor de Dios, menuda sincronización y compromiso, ¿ni uno solo se había echado para atrás?

—¡Esto es una guerra santa! —Carmina, furiosa, casi escupió las palabras.

—Calla mamá, quiero oír lo que dicen —dijo Nacho iracundo.

Mina puso los ojos en blanco. Seguro que su padre esperaba una revelación que aclarara los extraños sucesos. Pues ya se podía ir olvidando, pensó. La única noticia adicional que escucharían esa noche sería el testimonio de los familiares afectados, los cuales, en una alta proporción, vivirían en alguna otra isla de las Canarias y estarían muy asustados. De estar ella en el archipiélago Canario, se pondría rumbo a la península en menos que canta un gallo.

Mina se levantó y abandonó a su familia que estaba absorta en la caja tonta. No podía remediarlo, lo que le apetecía era ir a ver a su vecino, la única persona capaz de escuchar sus temores y compartir los suyos propios.

Llegó hasta el paredón que separaba su casa de la de Marco y comprobó que hubiera luz antes de ir a tocar el timbre, no quería despertar a nadie. No fue necesario, observó al chico salir de su casa y dirigirse hacia ella como si todo el rato hubiera sabido que estaba allí esperándolo. Qué poético resultaba que entre ellos mediara un paredón.

—Supongo que te habrás enterado —dijo Mina con timidez. Tal y cómo habían quedado las cosas entre ellos, no sabía cuál sería la mejor manera de dirigirse a él.

—Sí, están hablando de ello en todas las cadenas. Ya no son tan descabelladas mis especulaciones, ¿no?

—Tengo miedo. ¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Son unas criaturas que tienen una extraña predilección por las islas, o cuando acaben con todas ellas empezarán con los continentes?

—Tranquila, no permitiré que te pase nada —dijo Marco con ternura posando sus manos sobre las de Mina, que estaban descansando en la cima del paredón.

—Como si tu pudieras evitarlo. —Mina sonrió a la vez que analizaba las facciones de Marco. Nunca antes se había permitido fijarse con detenimiento en su rostro. Le pareció hermoso, daba la sensación de tener una perfecta simetría.

—Si esto es de verdad una invasión, ¿qué crees que pueden querer de nuestro planeta? —preguntó la chica intentando cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Ojalá lo supiera.

—Quizá estén superpoblados. Hace tiempo leí en una revista que, a este ritmo de crecimiento poblacional, la única alternativa para sobrevivir en un futuro será la conquista del espacio, encontrar otro planeta donde expandirnos. ¿Podría ser ese el motivo, no?

—Podría ser, supongo, aunque qué importan sus razones, el problema no disminuye. —La miró serio al tiempo que retiraba sus manos de las de la chica como si le molestara que ella intentara excusarlos de alguna forma.

—Mi abuela cree que es una guerra santa.

Marco resopló divertido.

—No te creas que es una conclusión demasiado absurda. Aunque no creo que nadie tenga la solución para volatilizar adiezmilpersonas.

Mina sonrió ante el comentario. Marco siempre conseguía reconfortarla, incluso cuando insinuaba que estaban viviendo el final de los tiempos.

Clara los interrumpió al salir de casa con el teléfono móvil de Mina sonando en su mano. Esta miró extrañada al aparato y le dio las buenas noches a Marco antes de contestar. Era Gabriel.

—Hola, quería saber cómo estabas. Te he echado de menos hoy.

—Yo también —mintió Mina que, en realidad, se maldecía por no habersele ocurrido acudir a él con sus preocupaciones, en vez de ir corriendo a casa de su vecino.

—¿Has oído la noticia?

—Cómo no, aún no me lo creo. ¿Qué piensas que pasó?

—Bueno, no sé, es complicado, nadie aporta ninguna información que esclarezca lo ocurrido...yo qué sé, ¿extraterrestres tal vez? —preguntó Gabriel con cautela.

—Sí, a riesgo de parecer una chiflada, también creo que es la explicación más lógica. —Mina exhaló, no se había dado cuenta de que había estado conteniendo la respiración a la espera de escuchar su respuesta. Era un alivio que creyeran lo mismo.

—Entonces ya somos oficialmente una pareja de pirados —bromeó Gabriel.

La palabra pareja resonó en los oídos de Mina, ella no se hubiera atrevido a etiquetar así su corta relación, de todos modos le complació.

—Hace unos meses me hubiera reído de la idea de que existieran los extraterrestres. Siempre he creído que se trataría de formas de vida microscópicas —dijo Gabriel.

—¡Vaya! ¿Y por qué pensabas así? Del mismo modo que nosotros nos hemos desarrollado de forma inteligente, al menos algunos —ironizó Mina—, ¿por qué no es posible que en otro planeta de iguales características la vida evolucionara de la misma manera?

—Visto así...supongo que nunca me he detenido a pensar en serio en esas cosas.

—Pues es algo que yo siempre he tenido presente —afirmó Mina—, aunque yo siempre he sido un poco rarita, ya sabes.

Se produjeron unos instantes de silencio que suscitaron la inquietud de Mina, ¿estaría reflexionando acerca de sus rarezas?

—¿Sabes qué es la Resistencia? —preguntó Gabriel provocando el desahogo de la chica.

—Sí, algo he leído por Internet, ¿y tú?

—He acudido a alguna charla, las hay casi a diario. ¿No han estado en Trabajo Social?

—Que yo sepa no.

—¿Te apetecería venir mañana a una de sus reuniones? —sondeó el chico un poco dudoso—. Bueno, en realidad no es una reunión, se trata de una primera toma de contacto, que conozcas un poco en qué consiste y esas cosas.

—¿Eres uno de sus miembros?

—Soy una muy reciente incorporación.

—Pues creo que acepto la invitación, tengo curiosidad por saber qué es lo que hacen. Me los imaginaba sectarios, con seguidores de mediana edad con metralletas. Pero en vista de que eres uno de ellos...

—¿Metralletas? Que daño a hecho a la humanidad —interrumpió Gabriel con sorna.

—Espero que la serie no sea un reflejo de la realidad, no quiero acabar como alimento de un lagarto.

—No, por favor, sería un auténtico desperdicio —bromeó Gabriel—. Ven a la cafetería del campus cuando acabes las clases, ¿de acuerdo?

Mina se sorprendió con una sonrisa en los labios. Le había agradado que se hubiese preocupado por ella, y le había encantado que le confesara que la había echado de menos. Miró hacia atrás, donde unos momentos antes había estado haciendo manitas con Marco. Llegó a la conclusión de que debería olvidarse de su vecino, Gabriel se merecía una oportunidad.

Mina llegó más temprano que Gabriel y se sentó en una de las mesas a esperarle. Confiaba en que los camareros no le llamasen la atención por no tomar nada, tenía el estómago cerrado a causa de los nervios. No entendía por qué el hecho de acudir a una conferencia sobre extraterrestres le causaba tanta excitación. Lo más normal hubiese sido estar aterrada al ver que cada vez se hacía más plausible la teoría de la invasión.

Reconocía que le causaba un morbo increíble pensar que los extraterrestres pudieran estar en su mundo. Eso lo cambiaba todo, no estaban solos en el universo. En el mejor de los casos podrían aprender muchas cosas de sus visitantes.

Cruzó las piernas adoptando una pose femenina y se irguió recta en la silla. Su madre siempre le reprochaba que su postura era chepuda, y no quería dar a Gabriel una mala versión de su persona. Los minutos pasaban y, sin poder evitarlo, se abstraía recordando la conversación que había tenido esa misma mañana con Noelia y dos compañeras de clase. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de comentar su punto de vista? La verdad es que le había interesado saber qué pensaban ellas acerca del controvertido tema de las desapariciones. Vero, desde el primer día de clase, le había dado la impresión de ser una tipa enrollada. Estaba claro que esa sensación se debía a su aspecto. La chica adoptaba una estética gótica poco habitual, con la cara llena de piercings. Una siempre esperaba que la gente que se salía de lo convencional tuviera una mente abierta. Con Ana había tenido sus dudas, una chica bonita de pueblo no parecía preocuparse demasiado por ese tipo de cosas, aunque nunca se sabía. Se moría de ganas por conocer sus opiniones, el creer tan fervientemente en extraterrestres a veces ponía en duda su estado mental. Abordó el asunto sin dar rodeos, preguntando directamente.

—Sí, es horrible. Mis padres creen que se trata de un atentado terrorista —dijo Ana

mientras leía algún mensaje en el móvil.

—Sería una buena explicación si se hubiesen encontrado los cuerpos —replicó Mina ofendida. ¿Atentado terrorista? ¿Cómo sacaron los cadáveres, en un submarino?

—Y tú, ¿qué es lo que crees más lógico? —preguntó Noelia con mirada recelosa.

—Lógico o no, la única hipótesis razonable que se me ocurre es que ha sido un ataque o secuestro extraterrestre. —Mina comprobó con desagrado la manera en que las tres chicas se miraron entre risas.

—Sí, claro. Es mucho más razonable —dijo Noelia con ironía.

—Sé que suena a locurapero,pensadlo bien. Aquí no existe tecnología capaz de hacer esfumarse a diez mil personas sin dejar rastro alguno —dijo Mina con vehemencia—, sin embargo,entras civilizaciones más avanzadas, quién sabe.

—Creo que si la NASAo alguna otra agencia espacial tuviera constancia de eso que tú dices ya hubiera salido en las noticias —expuso Vero mientras se acariciaba el piercing de una de sus cejas.

—¡Qué va!¿Crees que de ser así lo iban a contar? Eso crearía alarma social. ¿No sabes lo que pasó durante la obra radiofónica de*La Guerra de los Mundos*en Estados Unidos, cuando mucha gente pensó que se trataba de una invasión marciana real?

—¿*La Guerra de los Mundos*? Oye Mina, que nos conocemos. Apuesto a que has estado buscando por Internet toda clase de sucesos extraños y le has buscado una conexión con lo que está pasandopero,no jodas, es ridículo que te plantees una cosa así en serio. —Noelia la miraba ceñuda—. Si se tratara de extraterrestres, ¿por qué iban a preferir atacar a unas islas y alertar así a los núcleos más grandes de población? Lo normal, creo yo, sería atacar primero y por sorpresa a los puntos fuertes, ¿no crees?

—Sí, bueno, tal vez. —Mina no podía más que aceptar que su amiga pudiese tener razón, estaba sorprendida de que su superficial amiga hubiera creado fisuras en su teoría—. Entonces, ¿piensas que se trata de terroristas?

— Ni idea, solo sé que tengo hambre. —Y mordiéndolo por finalizada la conversación.

Mina era consciente de la incredulidad que su teoría suscitaba. No había nada que ella pudiese decir o hacer para convencerlas, así que decidió permitir que continuaran en la ignorancia. Y, por supuesto, nada de comentar su futura incursión en el mundo de la Resistencia.

Gabriel apareció por la puerta y la buscó con la mirada. No tardó mucho en dar con ella puesto que a esas horas la cafetería estaba casi vacía.

Mina le sonrió nerviosa, ¿qué debía hacer, levantarse o esperar a que se acercara? Además, no tenía ni idea de si lo correcto sería besarle, o si eso la delataría como una chica posesiva. Envidió a su amiga Noelia al comprender que, en su lugar, ella hubiese conocido el protocolo a seguir mejorando, incluso, las expectativas de su cita.

Mina observó al chico acercarse con cierto pasotismo en su andar, como si supiera lo que ella esperaba de él. Al llegar a su lado se agachó y le dio un casto beso en los labios. Le agarró de una mano para instarla a levantarse y caminaron en silencio hasta entrar en un aula.

No estaban solos, había mucha gente reunida. La mayoría parecían estudiantes,aunque algunos de los presentes ya novolveríannunca a cumplir los treinta. Gabriel saludó a varios chicos y presentó a Mina a alguno de ellos. Transcurridos unos cincominutos, un hombre de alrededor de cuarenta años, ataviado con vaqueros y jersey a rayas, se situó en la tarima y todos los demás buscaron un sitio donde sentarse.

A Mina le impactó el respeto que causó al entrar, ya le gustaría a alguno de sus profesores infundir tanta sumisión.

—Bienvenidos a todos —saludó observando a todos los presentes cuando la sala se quedó en silencio—. Veo muchas caras nuevas. Eso me gusta. —Sonrió unos instantes—. Para los que no me conozcáis, mi nombre es Orlando. Como sabréis la mayoría de vosotros, lo único que pretendo con esta reunión es acercaros a la Resistencia. Supongo que algunos estaréis aquí sentados para saber si podemos ofrecer alguna explicación para las extrañas desapariciones

acontecidas. Podéis respirar tranquilos porque podemos. —Hizo una pausa para mirar a su público y comprobar si había captado su atención—. La Tierra está sufriendo una invasión extraterrestre, de eso no tenemos ninguna duda, no solo debido a la inexplicable desaparición de cerca de treinta mil personas, sino por el índice de avistamientos de ovnis que ha sido quintuplicado en los últimos cinco años. Hasta ahora no podíamos dar la voz de alarma, nadie nos hubiese creído. Ahora sé que para muchos es la única explicación posible y están más abiertos a escuchar. —Se calló de nuevo para comprobar las reacciones de sus interlocutores—. Estamos indignados ante la inactividad de los jefes de estado que gobiernan este planeta. Aunque echando la vista atrás y comprobando el funcionamiento de este mundo, yo no pondría todas mis esperanzas en ellos. —Se oyó alguna risa ahogada en el fondo de la sala. A Mina no le resultaba gracioso aunque reconocía que poseía un talento natural para atraer a las masas, había algo en su tono de voz que seducía.

—Especulamos con que estos seres llevan entre los nuestros muchos años, estudiándonos, engañándonos. Partimos de la premisa de que su fisonomía es idéntica a la nuestra. ¿Cómo diferenciarlos? No lo sabemos, ahora mismo podría haber alguno sentado a vuestro lado, tal vez vuestro vecino lo sea, o vuestro panadero. Cualquiera puede ser el foráneo. Lo que es seguro es que ellos no nos quieren aquí y nosotros a ellos tampoco. Esto es una guerra, pero será una lucha soterrada puesto que hay mucha gente que no quiere creer en nuestra causa. Los políticos nos imaginan unos locos sin ningún tipo de fundamento. Lo único que pretendemos es que la humanidad sobreviva y que esos seres vuelvan a sus casas. Todos deberemos tener los ojos bien abiertos. Cualquier persona que demuestre un cambio de actitud, un comportamiento extraño, es susceptible de ser investigada. Necesitamos colaboración, nos gustaría formar un gran ejército. Sé que no todo el mundo está preparado para empuñar un arma pero cualquier ayuda es bienvenida, cuanta más gente se una a nuestras filas, mejor. Todos los que habéis venido, lo habéis hecho acompañados de uno de nuestros miembros. Si alguno, después de ir a sus casas, decide querer involucrarse, comuníquenoslo a su acompañante y nosotros nos pondremos en contacto. Pensad que mañana posiblemente pueda ser demasiado tarde.

Mina desconectó cuando Orlando empezó a explicar lo que él consideraba una maravillosa labor de la Resistencia al difundir su verdad entre la gente más adecuada para intervenir, los que desde siempre habían iniciado los cambios importantes, los estudiantes. Se aburrió soberanamente cuando enumeró las distintas ciudades españolas donde operaban con mayor repercusión, y se perdió con el número de afiliados en todo el mundo. ¿Para eso había ido hasta allí, para oír fanfarronear a alguien sobre los adeptos que había conseguido? Ella lo que quería eran explicaciones, datos, alternativas y soluciones, no un montón de palabras sin sentido.

—Muchas gracias por vuestro tiempo y recordar que esta lucha es de todos. —Orlando dio por finalizado su discurso y se vio rodeado de un aluvión de personas que ansiaban resolver muchas dudas.

Mina no pudo disimular su decepción. Lo único que le había merecido la pena escuchar era que conjeturaban con que tenían aspecto humano.

—¿Qué te ha parecido? —la tanteó Gabriel con expectación una vez que abandonaron la sala.

—Bueno, me esperaba otra cosa, la verdad, alguna declaración interesante que nos sirviera a todos para algo, o que nos tranquilizara de alguna manera —respondió con sinceridad. Suponía que para Gabriel serían la panacea pero ella no quería engañarle—. Los veo bastante perdidos.

—Ellos no desvelan sus cartas en la primera entrevista, ¿sabes? Ten en cuenta que nunca se sabe quién puede estar escuchando, ha sido una toma de contacto, para que la gente sepa dónde debe dirigirse cuando decida tomar parte.

—Entonces, ¿disponen de información importante? —se interesó Mina.

—Algo hay, claro. —Se quedó callado mientras accionaba la llave del coche para abrirlo.

Mina se sentó en el asiento del copiloto esperando a que él continuara su relato. Se impacientó al ver la calma con la que Gabriel se estaba tomando las cosas, introduciendo la llave

en el contacto con demasiada parsimonia. Se anticipó a que el chico arrancara, no podía esperar más.

—Y, ¿qué es lo que saben? —Mina le imploró con la mirada, estaba empezando a exasperarse.

—Vaya, ¿ahora ya no te parece que estén perdidos? —se mofó haciéndose de rogar—. Hay algo interesante pero, ¿cómo sé que no eres una extraterrestre?

—¿Lo dices en serio? —Mina no daba crédito.

—Totalmente. Para asegurarme tendría que verte desnuda. —Gabriel la miró de reojo y la cara de Mina se puso lívida. El chico soltó una sonora carcajada—. Es broma, me fío.

—Muy gracioso. —Minasintió un gran alivio pero aun así le dio un pequeño pescozón.

—¡Hey! Si me agredes no te contaré nada —mintió.

—Por favor —suplicó Mina juntando las dos manos en forma de ruego.

—Saben que manejan alguna forma de hipnosis.

—¿Hipnosis? —Mina abrió los ojos asombrada.

—Sí, por lo visto, un miembro de la resistencia alemana empezó a sospechar de un compañero de trabajo. Un día lo siguió hasta su casa armado con un cuchillo de carnicero.

—¿Un cuchillo de carnicero? —interrumpió Mina divertida ante la imagen en su cabeza.

—Sí, un cuchillo enorme me han dicho —contestó Gabriel mostrándole las dimensiones aproximadas con sus manos.

— ¿Y qué pasó?

— Pues que, tras una fuerte discusión, el alemán intentó apuñalarle,pero sintió que su mente se bloqueaba y que algo le impedía ejecutar la acción.

—Guauuu. —Mina miró a Gabriel entre incrédula y sorprendida—. ¿Y qué pasó al final?

—Pues que el extraterrestre huyó y no se le volvió a ver el pelo.

—¡Vaya! Estoy impresionada. ¿Sabes? Yo también debo de ser un poco extraterrestre, he conseguido que me lo contaras todo.

Gabriel negó con la cabeza con una sonrisa en la boca.

—¿Y quién es el que ha conseguido tenerte otra vez a solas?

—Oh, ¿y quién es la que ha conseguido que la lleven a casa gratis?

—No te confundas, gratis no —contestó Gabriel mientras se acercaba a ella para besarla.

A Mina le palpitaba el corazón. Estaba claro que Gabriel era un chico experimentado, sabía exactamente cómo moverse en su boca, ¿sería lo mismo en otros terrenos? Mina se sintió un poco avergonzada de haber tenido ese pensamiento. Ella nunca había deseado a ningún chico, a excepción de su vecino, y se encontraba un poco extraña en ese papel.

Gabriel continuó provocándola con su lengua y aprovechó para acariciarle la rodilla y subir poco a poco por su muslo. Mina se removió incómoda. No es que no le gustara lo que le hacía sentirpero, ¿aparcados en medio del campus? No le parecía el lugar más indicado. Se separó con cuidado de no herirle en el orgullo y dijo lo primero que se le ocurrió.

—¿Qué tengo que hacer para formar parte de la Resistencia?

—Pues primero de todo, pasar unas pruebas. —Gabriel se acomodó en su asiento y puso el coche en marcha. Al parecer, sí que le había herido en el orgullo.

—¿Unas pruebas, qué tipo de pruebas?

—Hay que descartar a los aliens y, como no sabemos qué diferencias físicas tienen con nosotros, optamos por unos simples análisis de sangre que confirmen que no haya nada extraño. Oye,y de paso sabes si estás sano gratuitamente, que no está mal. —Mina se alegró de que su humor hubiera renacido.

—No, no está nada mal, pero preferiría que pudiera demostrar mi humanidad sin ningunaprueba que implicase agujas. —Mina puso cara de aprensión.

—No me digas que con todo lo que está cayendo tienes miedo a un simple pinchacito de nada. —Gabriel hizo un gesto de insignificancia con los dedos a la vez que la miró con una sonrisa que a Mina le pareció encantadora.

—Me desmayo cuando veo sangre, así que creo que es mejor que la mía se quede donde

está —replicó no dando lugar a ningunadiscusión.

Gabriel sonrió y se concentró en la carretera. Mina se sumió en sus pensamientos. ¿Gabriel se habría sometido a los análisis? ¿De verdad no existía otra forma para diferenciarlos de los extraterrestres?

—¿Te apetece hacer algo esta tarde? —preguntó Gabriel cuando llegaron a casa de Mina.

—¿Qué tienes pensado? ¿No me prepararás una encerrona para que me desangren?

—Sí, esa era mi idea —bromeó—. Que tonta eres Mina —dijo acariciándole la mejilla—, yo nunca te obligaría a hacer nada que no quisieras.

Mina se deleitó con ese contacto, era tan bonito sentir cuando un chico te deseaba. Decidió tomar la iniciativa por una vez y le besó. Él pareció sorprenderse, pero pronto se entregó enterrando sus dedos en el pelo de la chica. Gabriel le atraía muchísimo, le gustaba su forma de ser y estaba cómoda a su lado. Sin embargo, al besarlo, sentía que estaba, de algún modo, traicionando a Marco.

Se despidieron hasta la tarde y Mina fue a su habitación a cambiarse de ropa, no sin antes echar un vistazo a la casa de al lado. Se moría de ganas de contarle a Marco todo lo que había averiguado. Quizá no le fuese novedoso pero necesitaba comentarle todas las cosas, saber qué era lo que pensaba de todo el asunto. A veces le preocupaba esa obsesión suya por compartirlotodo con Marco, no le podía guardar ni el más pequeño de los secretos. Pensó que no tendría otro remedio que superarlo si quería estar con Gabriel.

—Esta tarde no puedo Ingrid, ¿por qué no la va a buscar la abuela? —preguntó enfadado Gabriel.

Estaba harto de que su madrastra siempre intentase cargarle con el marrón de ir a buscar a su hermana a la guardería. Normalmente no le importaba, adoraba a esa bichita rubia y disfrutaba al percibir que casi todas las cuidadoras le ponían ojitos cuando aparecía por la puerta.

—No hace falta que me hables con ese tono, jovencito —dijo Ingrid asombrada de que su hijastro se negara con ese mal humor. El carácter de Gabriel siempre era muy afable y nunca rehusaba a nada en cuanto a los cuidados y atención a Lara se referían—. Cualquiera se diría que se trata de una chica.

Gabriel ocultó una sonrisa, Ingrid era muy perceptiva pero no le apetecía hablar de eso con ella. Cogió las llaves del coche y se despidió con un beso en la mejilla sin dar respuesta a las insinuaciones.

Ingrid era una mujer increíble, de no haber sido por ella su vida hubiese sido bien diferente. Su madre le había abandonado cuando contaba cincoaños. Eso sí, dejó una nota de despedida asegurándole lo mucho que les quería, a él y a su padre, y que lo hacía por el bien de los tres. Bueno, había sido duro pero el cambio había merecido la pena. Ingrid había sido una mujer capaz de dar amor a un niño que no era suyo y estaba muy agradecido. Mina le recordaba a ella. Parecía un chica cariñosa, altruista y capaz de ponerse en la piel del otro. No parecía la clase de persona capaz de abandonar a un hijo por egoísmo.

La llevó al Parque de Isabel la Católica, supuso que a Mina le gustaría el romanticismo que se creaba al pasear junto al estanque. Aunque, para ser francos, a él lo que le atraía del parque era la perspectiva de tumbarse en la hierba para darse unos achuchones.

—Así que te asusta ver sangre pero te encanta ver películas de terror donde se ven cosas que pondrían la piel de gallina al mismísimo Charles Manson —criticó Gabriel divertido con la controversia mientras arrojaban gusanitos a los patos.

—Porque sé que todo lo que se ve es mentira. Si fuera una película snuff me moriría de miedo —aclaró Mina—. De la misma manera que me encantan las pelis de ciencia ficción y las catastrofistas y, no por ello, me encantaría ser víctima de un tornado o una invasión extraterrestre.

—Pues yo tengo bastante con la vida real, hay muchas cosas del día a día que me ponen los pelos de punta. —Gabriel puso mala cara, un pavo real se acercaba amenazador. Tampoco le gustaba estar rodeado súbitamente de palomas—. Creo que ya hemos alimentado bastante a estos bichos.

—¿Te ponen nervioso unos pajaritos de nada? —preguntó la chica con una mueca burlesca.

—Creo que ese pavo es cualquier cosa menos un pajarito de nada. —Gabriel señaló al pavo real que acababa de extender todo su plumaje.

—Yo te protegeré —bromeó Mina cogiendo a Gabriel de la mano y ayudándole a sortear a las aves.

Gabriel se daba cuenta de que cuanto más tiempo pasaba con Mina más le gustaba, no era una chica para nada corriente. Él siempre había sido un poco golfo. Su físico y el dinero de su padre contribuían a allanarle el terreno. Jamás se había planteado tener una relación seria con ninguna de sus chicas, es más, debía reconocer que, en general, lo que era fuera de la cama se aburría bastante con ellas. Mina suponía un cambio importante. No es que no deseara arrancarle la ropa y poseerla allí mismo, la verdad es que no veía el momento. Lo que le preocupaba era que no le importaba ir despacio. Era capaz de disfrutar con su conversación, le seducía la forma que tenía de gesticular cuando hablaba y la manera en que se le iluminaban los ojos al reír. Se estaba volviendo, según la calificación que le darían sus amigos, un mariquita.

Cuando hubieron recorrido todo el parque se sentaron en el prado, al pie de un árbol. Gabriel le pasó un brazo alrededor y la atrajo para besarla. Notó cierta reticencia que le hizo sospechar que no estaba al cien por cien centrada en ese beso.

—¿Te ocurre algo? —preguntó preocupado mientras que un rostro se le dibujó en la mente.

—No, es que le estoy dando vueltas a que, con todo lo que está pasando, nosotros estamos aquí como si nada, me siento un poco ...irresponsable —contestó Mina algo titubeante.

A Gabriel no le convencieron sus argumentos, estaba seguro de que se trataba de algo más.

—Hay algo que quiero preguntarte desde hace unos días. —Gabriel no se caracterizaba por ser inseguro pero había una sombra de duda que le incordiaba bastante—. Ese vecino tuyo, ¿has tenido algo con él alguna vez?

—Nooo, solo somos buenos amigos.—Mina desvió la mirada y Gabriel supo que no estaba siendo sincera.

—Pues a mí me dio la sensación de que había algo más, ¿me equivoco? —La enganchó de la barbilla para enfocar su mirada, quería verle los ojos para descubrir si mentía.

—Bueno, hace poco me besó —confesó en un murmullo.

—¿Hace poco? —preguntó Gabriel enfadado.

—Ayer —admitió Mina demostrando pesadumbre.

Gabriel se separó de Mina, no le gustaban las mentiras ni los juegos.

—¿Qué sientes por él? —cuestionó entre dientes y sin mirarla a la cara.

—Antes me gustaba, pero eso fue antes de que tú aparecieras. —La chica le cogió la mano rogándole con la mirada.

—¿Antes, cuánto antes? —Se sentía dolido y engañado. Pensó que, después de todo, Mina sí que era como las demás, puede que no estuviera con él por su dinero, pero sí para dar celos a otro.

—No sé, desde la adolescencia me gustaba, pero siempre he pensado que no era correspondida. Cuando empecé contigo me olvidé por completo de él, ahora es un buen amigo. Por favor Gabriel, no te enfades conmigo, me gustas de verdad —suplicó.

¿Un buen amigo? Y tanto, él nunca había tenido una amiga de ese tipo.

—Te dejaré en tu casa —dijo Gabriel poniéndose en pie, necesitaba aclarar sus ideas.

—¿Estás enfadado? —Mina tenía los ojos llorosos.

—Necesito pensar —reconoció decepcionado por poner sus esperanzas en una chica que apenas conocía.

Mina no insistió y Gabriel se lo agradeció en silencio. Sabía que ella podía haberle ocultado las cosas, y el que no lo hubiera hecho era de valorar. De todas formas en ese momento lo único que quería era poner distancia entre ellos. Nunca le había costado trabajo olvidar a ninguna chica, se preguntaba si le sucedería lo mismo con ella.

Las cosas con Gabriel habían quedado en stand by, él dijo que ya la llamaría pero a ella le había sonado como una despedida. Solo habían salido dos veces así que, ¿por qué iba a salir en serio con una chica que no tenía las cosas del todo claras? Seguro que le sobran pretendientas, pensó Mina.

A la hora de preparar la cena apareció Marco, con el paso despreocupado de siempre. Mina le envidió, anhelaba esa seguridad que emanaba. Antes ella era así, en cierta medida, sabía justo lo que quería. Ahora la inestabilidad emocional la embargaba. El chico pareció darse cuenta de su devaneo mental, sin embargo no preguntó, se limitó a ofrecerle ayuda en la cocina. Mina aceptó, necesitaba distraerse.

—Yo pelaré las patatas, seré tu pinche —se ofreció el vecino.

—Me das miedo, ¿recuerdas la última vez que cocinamos juntos? Casi estropeas la sopa de marisco echándole cebolla —evocó Mina sintiéndose más animada en su compañía.

—La tenías picadita justo al lado de la olla y me dijiste que añadiera lo que había en la encimera —se defendió con falsa cara de inocente—, tendrías que haber especificado.

—Mea culpa, debí recordar que eres un inútil redomado en la cocina —se burló.

—¿Qué tal te ha ido el día? —se interesó Marco a la vez que comenzaba su tediosa labor.

—Bien, bueno...como siempre —titubeó. No quería hablar de Gabriel y se moría de ganas por contarle los nuevos descubrimientos del día. Decidió que no había nada malo en relatarle todas las averiguaciones que había hecho sobre los extraterrestres—. Hoy he conocido a uno de los peces gordos de la Resistencia, dio una charla en un aula de la universidad. —Iba a decir de informática, pero se contuvo. Marco asintió con la cabeza en señal de que la estaba escuchando—. Están buscando gente que se una a la causa.

—¿Cuál es su plan de ataque? —preguntó levantando las cejas denotando que no los tomaba demasiado en serio.

—Bueno, no han dicho nada, ha sido una especie de tarjeta de visita, ya sabes, para darse a conocer. —Mina empezó a cortar las patatas recién lavadas—. Creen que los aliens son idénticos a nosotros, que no hay modo de diferenciarlos.

—Alguna diferencia habrá.

—Bueno, hay algo más —dijo en voz baja, no estaba segura de si Gabriel se tomaría eso como una traición—. Dicen que son capaces de manipular nuestras mentes.

—Vaya, ¿cómo lo hacen? ¿Mediante un beso como Superman? —bromeó.

Mina sonrió ante el comentario, no porque tuviera mucha gracia, sino porque recordó la primera vez que habían visto la película de *Superman II* juntos. Marco se había indignado muchísimo a causa de que el extraterrestre borrara de la memoria de Lois Lane sus escarceos amorosos.

—¿Todo eso lo ha dicho delante de todo el mundo, o fue más bien una revelación privada? —preguntó Marco.

—Eso me lo ha contado Gabriel, también pertenece al grupo —confesó cohibida, no le parecía buena idea mencionarle.

—¿Ha sido con él con quien has salido esta tarde? —Evitaba mirarla, continuaba pelando patatas como si la pregunta no tuviera relevancia.

—Sí, dame eso, estás llevándote media patata. —Quería cambiar de tema fuera como fuese. Al arrebatarse la patata sus dedos se rozaron y Marco se giró y la miró a los ojos.

—Mina, ¿tienes dudas? —preguntó Marco.

La chica vaciló, no sabía qué decir. Reconocerlo serviría para darle seguridad e instarle a intentar avanzar con ella, y no estaba segura de querer cambiar las cosas. Dejó el cuchillo en la mesa y se colocó frente a él.

—Gabriel me gusta mucho, es distinto a todos los chicos que he conocido hasta ahora. O a lo mejor es como todos, solo que llega en un buen momento, no lo sé.—Le miró a los ojos con aflicción, no quería dañarle bajo ninguna circunstancia—. Tú también me gustas, ya lo sabes. Los sentimientos no cambian de un día para otro.

—¿La he...jodido bien, verdad? —preguntó aproximándose un poco más a ella.

Mina sonrió con ternura, era tan mono oír a Marco diciendo algún taco... En realidad sí que había estropeado las cosas, pero no entre ellos, sino con Gabriel. Le contestó con su silencio, no tenía otra respuesta.

Marco, presintiendo que sus defensas estaban más bajas y se hallaba vulnerable, cogió sus manos al tiempo que le acariciaba las palmas con los pulgares. Mina le miró con tristeza, pero apartó su rostro con rapidez incapaz de mantener contacto visual demasiado tiempo, le daba miedo de lo que sería capaz si continuaba de ese modo. Él sabía que era el momento de arriesgarse y se arrimó aún más, hasta que pudieron sentir la respiración el uno del otro. Mina permitió que sus ojos se posaran de nuevo en los de Marco. Justo cuando sus labios se estaban rozando entró el padre de Mina en la cocina. Se les quedó mirando con expresión de desconcierto y, pidiendo disculpas, se marchó azorado.

Mina se apartó con rapidez.

—Será mejor que te vayas —dijo Mina alterada—, ahora estoy con Gabriel. No quiero ni pensar el concepto que tendrá mi padre de mí por estar jugando a dos bandas. Si algún día sucede algo entre nosotros, no quiero que sea engañando a otra persona.

Mina era consciente de que estaba siendo muy hipócrita, ella ansiaba ese beso tanto como Marco. Si no hubiese sido por la interrupción de su padre no hubieran tenido ninguna consideración hacia Gabriel. Además, lo cierto era que no estaba segura de si seguían juntos o no. Tal y como habían quedado las cosas entre ellos no tenía muchas esperanzas de que Gabriel la llamara.

—Perdóname, no pretendía presionarte.

La chica sintió con la cabeza y Marco se alejó tranquilo, sin prisa. Mina pensó que no había nada en el mundo capaz de provocar su inseguridad y le admiró por ello. Le apeteció gritarle que no se marchara, que no hiciera caso de sus palabras y que la volviera a coger de las manos. Continuó haciendo la tortilla con la certeza de que, tarde o temprano, tendría que tomar una decisión y de que no sería fácil.

Después de cenar Mina recibió una llamada de Gabriel. Se asombró de que tuviera noticias de él tan pronto, aunque no supo si se alegraba por ello.

—Hola, ¿cómo estás? —preguntó la chica con precaución, no sabía de que humor estaría.

—He estado mejor. Me gustaría verte mañana —dijo cortante. Mina vaticinó la forma en que se desarrollaría esa cita, estaba claro que no la había perdonado—. Pasaré por tu casa a las cinco y daremos un paseo por allí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —Mina ya había empezado a asumir que era el fin de su corta relación. Le apenaba que las cosas hubiesen sucedido así pero tampoco se iba a deprimir en exceso. Eso le daba vía libre para estar con Marco, que era algo que hacía mucho tiempo deseaba.

Echada sobre su cama pensó que, dados los últimos acontecimientos, no estaba la cosa para lamentarse y desaprovechar oportunidades. A lo mejor, a la semana siguiente, ya no estaría allí ninguno de ellos. Había que vivir el momento. No obstante, Mina no estaba del todo conforme y maldijo a Marco en silencio. Todo hubiese sido más fácil si él se hubiese dado cuenta mucho antes de sus sentimientos, entonces Mina ni siquiera se hubiese fijado en Gabriel. Le hubiera dado igual que le presentaran al mismísimo Brad Pitt, ella no hubiera tenido ojos más que para su vecino.

Un ruido en la ventana de su habitación la distrajo de sus pensamientos. Se asomó para comprobar si se trataba de algún pajarillo y descubrió que se trataba de Marco, quien parecía tener un puñado de piedras en la mano.

—¿Estás loco? —Mina se llevó el dedo índice a la sien en un gesto que acompañó sus palabras.

—Quería desearte felices sueños, ¿no te habré despertado, verdad?

—¡Chissst! —Mina puso un dedo sobre los labios—. Ahora bajo. —Mina no quería hacer ruido. Sus padres y su abuela se habían ido muy temprano a la cama y no quería despertarlos.

Antes de bajar se miró en el espejo que había en su habitación. Estaba en pijama aunque, por suerte, era uno de los más atractivos de su armario, no como los de franela que se solía poner

más adentrado el invierno. Este tenía un dibujo de Betty Boop y le marcaba bien las curvas. Anotó mentalmente renovar su ropa de cama, si en el futuro había algún escarceo no quería que Marco la viera hecha un adefesio.

—Estás loco, si nos descubre mi padre...—susurró Mina al abrir la puerta con un aire de regocijo en la cara.

—¿Está enfadado por lo de esta tarde?

—No me ha dicho nada pero sus miradas durante la cena fueron bastante condenatorias—respondió Mina mientras observaba a Marco desde una nueva perspectiva. Él todavía no se había puesto la ropa de cama. Estaba tan atractivo con ese jersey que se le ajustaba al cuerpo marcándole los pectorales...Mina suspiró.

—No podía irme a dormir sin disculparme antes contigo. —Marco, para consternación de Mina, guardaba las distancias—. Sé que no debí intentar besarte. Comprendo que ahora tienes pareja y no me voy a entrometer.

—La verdad es que no sé si tengo pareja.

—¿No? —Marco intentó ocultar su alegría sin conseguirlo.

—Le confesé que me besaste la otra tarde y no se lo ha tomado bien. Hemos quedado mañana para hablar.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Vamos, si te digo que creo que Gabriel y yo ya no estamos juntos...¿qué crees que hubiera pasado?

Marco agarró la cabeza de Mina por la nuca para acercarla a él y la besó de una manera húmeda y abrasadora. Mina echó los brazos alrededor de su cuello para sentirse más cerca y él, a su vez, la estrechó fuertemente. Entre los dos cuerpos no se interponía nada más que la ropa, ni siquiera una mota de polvo hubiera tenido cabida entre ellos. Por un momento pasó por la cabeza de Mina pedirle que entrara, no quería separarse de él. La necesidad de contacto era tan grande que parecía como si poseyeran el mismo cuerpo, alejarse sería como desprenderse de algo vital. La razón dominó sobre la intrepidez y se despegaron a duras penas.

Una sonrisa se instaló en el rostro de los dos que apenas sabían si podrían ser capaces de esperar a mañana. Se despidieron con un nuevo beso que pretendía ser corto pero que duró, con total seguridad, más que el primero y que los dejó suspirando y deseando encontrarse de nuevo.

A las cinco, puntual como siempre, Gabriel tocó el timbre. Mina bajó las escaleras despacio, alargando todo lo posible el momento de la ruptura. Había decidido dejarlo hablar a él, no creía oportuno confesarle sus sentimientos hacia otra persona. Estaba bastante convencida de que sus intenciones eran cortar la relación, así que no había necesidad de complicar las cosas. Al ver a Mina Gabrielsonrió, eso le hizo sentir una punzada de culpa y plantearse, con rapidez, qué haría si la intención de Gabriel fuera continuar con ella.

—Hola, ¿qué tal estás? —Gabriel se acercó para darle un beso en la mejilla. Al menos, pensó Mina, no la había besado en los labios, eso le hubiese resultado bastante embarazoso.

—Bien, con ganas de hablar. —Mina miró de soslayo a la casa de Marco. Este estaba sentado en el banco del porche fingiendo que leía un libro.

Se dirigieron al paseo de la Muria, un lugar apartado para poder estar solos y hablar tranquilos, donde no hubiera vecinos cotillas espiando tras las ventanas.

—Yo también tenía ganas de hablar contigo. Ayer me porté como un tonto celoso.

El desconcierto de Mina era evidente, ¿se estaba disculpando?

—Hoy no pude ir a buscarte a la universidad porque tenía una reunión de la Resistencia. Han revelado cosas muy interesantes.

—¿Y qué cosas son esas? —preguntó Mina mientras aprovechaba para ganar algo de tiempo y ordenar sus ideas. ¿Tendría las agallas necesarias para reconocer que le había engañado con otro? Ciertamente pensaba que su relación estaba terminada, pero eso no era ninguna disculpa aceptable.

—Verás, hay algo muy importante que necesito explicarte. —Gabriel hizo una pausa para mirarla, quería calibrar si estaba tomándolo en serio—. Aunque primero tienes que contestar

unas preguntas.

—Adelante. —La curiosidad de Mina era más fuerte que la obligación de aclarar las cosas entre ellos.

—¿Cuál es la última familia de vecinos en incorporarse al barrio?

—No sé, ¿por qué?

—Vamos, haz un esfuerzo. Desde que túeras pequeña, ¿ha habido alguno nuevo?

—No, que yo sepa. Están todos los de siempre.

—¿Y el vecino de allado? Desde cuándo lleva en esa casa.

—Sus padres se trasladaron estando Zulema embarazada. ¿Me puedes explicar a qué viene todo esto?

—Así que son relativamente nuevos, ¿no? ¿De dónde dicen que vinieron?

—No se contesta a una pregunta con otra pregunta a menos que seas gallego, ¿vale?

Responde tú primero. —Mina estaba impaciente por saber qué era lo que estaba ocurriendo.

—Nuestros astrónomos han detectado destellos de emisiones de radio procedentes de un punto lejano del universo —aclaró Gabriel a la vez que enlazaba sus manos en las de ella—. Parece ser que uno de sus orígenes proviene de esta zona en concreto.

—Ya, ¿y qué tiene que ver todo eso con mis vecinos?

—¿No lo entiendes? Significa que alguno de ellos podría ser un extraterrestre.

Mina se carcajeó, no se imaginaba a ninguno de sus vecinos como un ser superior capaz de una invasión a gran escala. La mayoría eran bastante paletos, excepto Marco claro, pero con él no había duda.

—No te rías Mina. Creo que puedes estar en peligro. —Le acarició las palmas de las manos, justo como lo había hecho Marco la tarde anterior. Se sintió sucia y despreciable por no tener el coraje para aclarar las cosas.

—Gabriel, los conozco a todos bastante bien, puede ser que sean un poco raros pero no creo que ninguno de ellos sea un extraterrestre —bromeó Mina intentando calmarle.

—Deberás tener los ojos bien abiertos por si ves algo fuera de lo común, ¿de acuerdo? ¿Me llamarás si notas algo sospechoso? —imploró Gabriel con la mirada.

—Será lo primero que haga, lo prometo. —Mina todavía tenía una sonrisa en la boca a causa de la sugerencia de Gabriel, no se le ocurría nada más ridículo que eso, el barrio de Lloreda-Tremañes la sede de unos alienígenas que enviaban señales al espacio exterior, inconcebible.

—¿Me perdonas por haber desconfiado de ti? —La cogió de la cintura y se aproximó a ella.

A Mina se le formó un nudo en el estómago, no tenía previsto que las cosas discurrieran de esa manera.

—Claro —contestó afligida por lo que sabía que iba a suceder a continuación. Gabriel acercó sus labios a los de Mina y ella los abrió ligeramente para dejarle paso. Fue increíble lo sencillo que le resultó dejarse llevar. Ella siempre había jurado que no iba a ser de esas chicas capaces de jugar con los sentimientos de dos personas, aunque cierto es que era muy fácil afirmar tal cosa cuando no se estaba en situación de demostrarlo. Parecía mentira lo poco que se conocía. Amaba a Marco pero le atraía Gabriel, ¿estaba clara la decisión, no? Sin embargo necesitaba tiempo para pensar y arrojo para hablar.

—Pensaba que me ibas a dejar —confesó Mina.

—Me gustas demasiado para eso —afirmó Gabriel al tiempo que la estrechaba con firmeza contra su pecho.

Pasearon un rato charlando sobre trivialidades hasta que empezó a oscurecer. Entonces Mina acompañó a Gabriel a su coche para despedirse. Ella sabía que él quería sellar su marcha con un beso. Pensó una excusa rápida para que eso no se produjera, no quería que Marco presenciara tal cosa.

—Te advierto que mi abuela estará pegada a la mirilla observándonos —aseguró Mina con la esperanza de que comprendiera la situación.

—¿Te da vergüenza que nos vea besándonos? —preguntó Gabriel sorprendido de su mojigatería.

—Un poco —reconoció Mina con falsedad.

—¿Crees que tu abuela se escandalizaría por un beso de tornillo?

—Escandalizarse no, pero no quiero soportar comentarios durante la cena, es bastante incómodo.

Gabriel sonrió con expresión dolida. Se despidió con un beso en la mejilla y se marchó.

Mina se giró y miró hacia la ventana de la habitación de Marco. Sospechaba que estaría allí y que lo habría visto todo. Se preguntó qué es lo que estaría pensando. Resolvió enviarle un mensaje para que se pasara por casa después de la cena, necesitaba contarle todo lo ocurrido. Su conciencia impedía tener engañados a los dos.

Era una noche clara de luna llena. Mina se preguntó si sería verdad que la Luna tenía tanta influencia sobre el comportamiento de las personas. En tal caso, no sería un buen momento para explicar a Marco lo acontecido con Gabriel. ¿Cómo decir que aún seguían juntos? ¿Estropearía eso las cosas entre ellos? Esperaba que comprendiera por qué había actuado de esa manera, aunque la verdad era que no lo entendía ni ella. ¿Por qué no le había dicho que quería estar con Marco? ¿Es que no era evidente que quería más a su vecino? No podría quedarse con los dos y, a la hora de escoger, Mina tenía claro por quién se decantaría. Entonces, ¿por qué no lo había hecho?

A la hora señalada salió con sigilo por la puerta de atrás, atravesó la cuadra y entró al almacén que, igual que sucedía con el garaje, tenía una entrada directa desde el patio. Allí podrían hablar sin interrupciones. Unos golpecitos le advirtieron que debía abrir la puerta para dejarle pasar.

En el almacén había un sofá que su abuelo, antes de morir, usaba para echar la siesta con Luna a sus pies. En ese momento lo ocupaban Mina y Marco, un poco tensos y compungidos después de que ella le contara cómo se habían desarrollado las cosas con Gabriel.

—Lo siento mucho, no fui capaz de decirle la verdad. La tarde que me preguntó si sentía algo por ti le menté y no sé cómo deshacer todo lo dicho sin perder su amistad —se justificó. Marco la contemplaba con el semblante serio.

—No entiendo para qué quieres su amistad. Lo conoces de dos días, ¿no? ¿Crees de verdad que él se va a conformar con eso?

—Estamos en medio de un posible caos, no creo que herirle sea lo más oportuno.

—Entonces te importa más herirle a él que herirme a mí —dedujo Marco dolido.

—No es eso. Tú eres el vencedor de esta historia. ¿No puedes tener un poco de conmiseración con tu adversario?

—No, si eso significa que deba compartirte —replicó tajante.

—No tendrás que compartirme, la situación que se ha dado hoy no se volverá a repetir. Hoy no estaba preparada, pero hablaré con él —prometió con la esperanza de que Marco la perdonara.

El chico se levantó airado y se fue sin despedirse. Mina se hundió en el sofá y se echó a llorar. Pensó con amargura que antes su vida era más fácil, cuando amaba a Marco en secreto y pasaba inadvertida ante los demás chicos.

Se juzgó la peor persona del mundo, primero por dejar que Gabriel creyese que su ataque de celos no tenía ningún fundamento y, segundo, por decepcionar a Marco, no siendo valiente y capaz de afrontar la realidad. Y, lo más importante, por concederle demasiado valor a un problema insignificante comparado con la posible extinción de su especie.

Capítulo 3. ALARMA

Un ruido sobresaltó a Mina. La puerta había sido abierta con violencia, y la luz inundaba la habitación. Malhumorada, intentó enfocar al responsable de su repentino desvelo, aunque solo pudo reconocerlo a través de sus oídos, sus pupilas aún no se habían acostumbrado a tanta claridad.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó Nacho iracundo.

—No sé. —Mina cogió el despertador de su mesita y puso mueca de disgusto—. No ha sonado.

—Olvidarías poner la alarma, últimamente parece que estás en Babia —reprochó Nacho mientras subía las persianas para ahorrar en luz.

—Ya no me da tiempo a coger el autobús, ¿me acercas al centro? — El autobús que la llevaba a la ciudad pasaba cada hora. La única manera de no perderse la primera clase era contar con un transporte extra para poder coger el que iba hacia Viesques.

—Qué va, tendría que estar ya en el trabajo. Marco sigue por ahí, le preguntaré a él. —Nacho abandonó la habitación sin dejar tiempo para réplicas.

Mina se levantó como impulsada por un resorte. Si Marco accedía, cosa que haría porque era demasiado educado para negarse, tendría una oportunidad para retomar la conversación de la noche anterior.

Se vistió primero que sacó del armario y se adecentó un poco el pelo con los dedos. Fue a la cocina y cogió dos donuts, uno para Marco en ofrenda de paz. Se paró en el espejo de la entrada para comprobar que no tuviera legañas, y corrió a la calle con la esperanza de que Marco la estuviera esperando.

Allí estaba el chico, recio dentro del coche y con la mirada al frente. Mina abrió la puerta del copiloto y tomó asiento. Marco no se inmutó, parecía irritado.

—Si tienes prisa, no es necesario que me lleves. —Mina se sentía violenta. Nunca antes había estado así de frío con ella.

—Abróchate el cinturón —exigió Marco al tiempo que arrancaba el motor.

—Espera, para. —Mina impidió que metiera la primera marcha al colocar su mano en la palanca de cambios—. Si molesto me voy.

La chica tenía su orgullo. Era consciente de que era culpable de su hosquedad, pero tampoco creía que se mereciera ese trato.

Marco se giró haciendo visibles unas profundas ojeras. Mina se compadeció de él, al parecer no había sido la única a la que le había costado conciliar el sueño.

—Te llevo a cambio de que no me des conversación, por favor. —Marco la miró con hastío.

—Mira, es obvio que no tienes ganas de estar conmigo, así que lo mejor será que espere al siguiente autobús. —Mina se bajó del coche reprimiendo las ganas de llorar. Esperaba que Marco intentase denegarla de alguna manera, que se disculpara o algo así, pero no sucedió.

Observó partir el coche con el corazón encogido, y preguntándose si lo habría perdido para siempre. Aunque tenía la esperanza de que, cuando se le pasara el enfado, se mostrara más razonable.

Se dirigió a la parada de autobús dispuesta a esperar lo que fuera necesario mientras se comía los dos donuts. Se le llenaría la cara de granos, pensó, como siempre le sucedía cuando abusaba de los dulces. Se encogió de hombros y siguió degustando su manjar, en esos momentos su aspecto físico era la menor de sus preocupaciones.

Su transporte llegó antes de lo que había previsto y, sobrándole media hora hasta la próxima clase, decidió pasarse por la cafetería de la universidad para tomar leche con ColaCao, los donuts le habían dado sed. Su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró con sus amigas jugando a las cartas.

—¿Para eso madrugáis? —cuestionó Mina con sorna.

—El profesor se está retrasando. La mayoría de la gente está esperando en el aula, pero nosotras hemos decidido aprovechar el tiempo —respondió Noe mientras repartía las cartas—. Y a ti, ¿qué te ha pasado?

—Me he dormido. —Minase buscó un hueco en la mesa—. Esas son de Segundo. —Señaló con la barbilla a varias chicas que entraron en tropel por la puerta.

—Sí, creo que nuestro profesor no ha sido el único al que se le ha pegado las sábanas —dijo Noelia concentrada en sus cartas.

—¿Y no os parece raro? —preguntó Mina.

—Un poco, pero tampoco es que nos importe demasiado, ya lo ves —contestó Noelia señalando su improvisada mesa de juego.

Fueron varios los profesores que esa mañana se ausentaron. Mina estaba preocupada, no creía que esas faltas fueran algo fortuito. Estaba convencida de que algo extraño estaba ocurriendo. Y no era la única persona inquieta, Vero intentó en varias ocasiones sintonizar la radio de su cd portátil sin éxito.

A la salida de la universidad Mina casi se dio de bruces en la puerta con su padre.

—Papá, ¿qué haces aquí? —Mina se asustó, lo primero que se le pasó por la mente fue que algo les había sucedido a su madre o a su abuela.

—He venido a buscarte —dijo Nacho.

—¿Por qué, ha pasado algo? —preguntó Mina con angustia.

Nacho cogió a Mina del brazo para animarla a caminar hacia el coche.

—Iba conduciendo a casa mientras escuchaba música en la radio, cuando interrumpieron para hablar de nuevas desapariciones. —Nacho parecía calmado, como si se hubiera concienciado para que su hija no percibiera su ansiedad—. Dijeron que se iba a establecer el estado de excepción, y que se iba a instaurar un toque de queda de siete de la tarde a siete de la mañana. También informaron de la suspensión de los trabajos. Después se han cortado las comunicaciones.

—¿Cómo que se han cortado las comunicaciones? —Mina no daba crédito. Esperaba que se tratara de un error, una exageración de su padre al haberse estropeado la radio.

—No me funciona el móvil, y los semáforos se han estropeado también.

Mina se puso a buscar su móvil en el bolso. Intentó hacer una llamada a casa, error de red. Un millón de preguntas querían salir de su boca.

—¿Qué significa eso del estado de excepción? —Mina imaginó la ciudad llena de militares.

—No sé, en mi vida he vivido algo semejante. En la radio dijeron que era un mecanismo del gobierno para afrontar amenazas o algo así —aclaró Nacho.

—Así que no podremos salir de casa de siete a siete, ¿no? Y eso ¿en qué nos ayuda?

—No lo sé, pero habrá que hacer caso —sugirió Nacho con seriedad—. Noelia, ¿dónde está?

—Ella va en coche con otras dos compañeras, se han quedado un rato en la cafetería, ¿voy a buscarlas? —Mina hizo ademán de darse la vuelta.

—No, no hace falta alarmarlas. —Nacho movió las manos nervioso negando a su hija que se entretuviera—. Te dejaré en casa y me pasaré después por el supermercado a comprar provisiones.

—Si quieres te acompaño, así ahorrarás tiempo —se ofreció Mina, a pesar de que lo que más ansiaba era comprobar que Marco estuviera bien. Era una faena que los móviles no funcionaran.

—No, prefiero ir solo —dijo Nacho tajante mientras abría el coche.

—¿Por qué, piensas que puede ser peligroso? —preguntó Mina, sobresaltada, antes de tomar asiento.

—Prefiero que vayas a casa a cuidar de tu madre y tu abuela. —Su padre la miró con dulzura y una sonrisa.

Mina no le creyó, aunque tampoco puso objeciones, su padre sabía bien lo que se hacía.

Una nueva preocupación emergió en su mente, si no podía ponerse en contacto con Gabriel, ¿significaba que no lo volvería a ver nunca más y que las cosas quedarían inconclusas entre ellos? Entonces, ¿cómo podría enmendar su error frente a Marco?

Al momento alejó de su mente ese pensamiento. Al mirar por la ventanilla se dio cuenta de que tenía otros problemas más acuciantes. Llegar a casa no iba a resultar sencillo. Los semáforos estaban sin luz y, aunque había algún que otro policía municipal organizando el tráfico, no era suficiente. Quedaron bloqueados unas cuantas veces en largas caravanas, y su padre aprovechó las calles con ausencia de vigilancia para saltarse a la torera las normas de circulación, y conducir por las aceras cuando le era posible.

Una vez alcanzado su destino, decidió comprobar, en primer lugar, si Marco ya estaba en casa. Se le hizo raro cruzar la verja de entrada, le pareció como si estuviera haciendo algo prohibido. Siempre había existido un acuerdo tácito de verse en casa de Mina, desde bien pequeños. De hecho no sabía qué aspecto tenía su hogar, y hasta ese momento nunca se había cuestionado las razones. ¿Serían sus padres descuidados con las tareas de limpieza? Llamó al timbre y el silencio fue su única respuesta. Se fijó en que las persianas estaban cerradas. La casa vacía no era algo inusual. Mina echó una ojeada al reloj, era temprano para Marco, pero no podía quitarse de encima una alarmante sensación de inquietud.

Se encaminó a paso lento en busca de su abuela y su madre. Las encontró en la cocina, Clara tenía los ojos vidriosos, era evidente que había llorado. Su abuela estaba sentada a su lado revolviendo el azúcar de una taza de tila. Mina se acercó y se sentó también a la mesa, dejando los apuntes de clase, su bolso y su abrigo en la silla de al lado.

No preguntó nada, no hizo falta. Ellas estaban al tanto de todo. No había nada que añadir, tan solo les quedaba compartir un silencio que no auguraba nada bueno.

Nacho llegó a casa con los nervios destrozados. Se miró en el espejo del retrovisor para comprobar cuál era su aspecto, ante todo no quería inquietar a su familia. Había pasado por una auténtica odisea en el supermercado. Las imágenes que le acudían a la memoria no eran agradables, y le era imposible desterrarlas. Había sido mucho peor de lo que había imaginado. La gente se mostró desquiciada intentando apropiarse del mayor número de víveres posible. Había presenciado de todo, desde dos hombres liándose a puñetazos para hacerse con un paquete de macarrones, hasta a una mujer haciendo una felación a un hombre para, suponía, que este le permitiera coger latas en conserva. El caos era increíble. Había guardias de seguridad apostados en las cajas con el propósito de evitar que la gente se marchara sin pagar y, sin embargo, era tal el número de personas y la desesperación que tenían, que poco pudieron hacer para eludir los robos.

Nacho había tenido intención de pagar su compra, pero temió verse envuelto en una pelea y escapó con lo que pudo sin que nadie lo detuviera. No había suficiente comida para todos, las estanterías estaban prácticamente vacías, así que ponerse a la cola con su botín le pareció una idea muy arriesgada.

¿Cómo iba a explicar a su familia la excentricidad de su compra? Se había hecho con agua mineral, algo que nunca consumían ya que utilizaban el agua corriente del grifo, pero claro, ¿y si se cortaban los suministros? Las únicas latas que pudo conseguir eran de mejillones en escabeche y tiras de cefalópodos en salsa americana, sabores que no gustaban demasiado a ninguno de los cuatro. Varios paquetes de arroz integral ocupaban parte del maletero, sería la primera vez que probaran ese tipo de arroz. Leche, solamente pudo conseguir desnatada, y poca, y no quería ni pensar en lo que diría su madre y su mujer cuando le vieran aparecer con un arsenal de patatas fritas y gusanitos. Eso era todo lo que había podido conseguir sin meterse en jaleos.

Pensó, tarde ya, en que debería haber hecho caso a su vecino Pedro, que llevaba almacenando en el garaje, desde lo de Tuvalu, cantidades ingentes de comida. Le había advertido que se acercaba una guerra y que debían ser previsores. Claro está que, en su día, había pensado que Pedro había perdido la cabeza. Qué triste pensar que un hombre de setenta años medio

analfabeto había sido más inteligente.

Apenas le dio tiempo a bajar del coche cuando aparecieron sus tres chicas en el garaje.

—Dios mío, ¿piensas que van a cortar el agua? —preguntó Clara al comprobar las existencias del maletero.

—No creo, pero hombre precavido vale por dos —respondió Nacho forzando una sonrisa. Lo último que quería era aumentar sus preocupaciones.

—¿Y todas esas bolsas de gusanitos? ¿Vamos a montar una fiesta o qué? —preguntó su hija intentando relajar el ambiente.

—Antes de que continuéis con las críticas, diré que en el supermercado quedaba muy poca cosa. Había mucha gente con la misma idea, y la multitud se puso a comprar a lo loco. —Nacho apretó el brazo de su hija con un gesto cariñoso y continuó descargando el coche.

Sopesó mentalmente cómo se tomaría su familia todos los planes que tenía pensado desarrollar. Su mujer era muy débil, ya veía que la situación la estaba superando, y no creía que fuese capaz de aguantar más declive. Su madre era fuerte y había vivido una guerra civil, sin embargo estaba demasiado acostumbrada a latranquilidad de sus hábitos cotidianos, sabía que le costaría un gran esfuerzo no venirse abajo. Pensó que la persona con mejor actitud y apta para afrontar las vicisitudes era Mina. Se había limitado a ayudar en silencio y con buena cara, sin formular preguntas comprometidas. Pero no dejaba de ser una niña. Cuando imaginaba que quizá no pasara de los dieciochoaños se le encogía el corazón. Tenía claro que haría todo lo que estuviera en su mano para que la vida de su única hija no se viese truncada.

Cuando estuvo todo recogido las reunió en la cocina.

—Mañana madrugaremos para coger lechugas, acelgas...todo lo que haya para recoger —informó Nacho al tiempo que estudiaba sus reacciones.

—Pero hijo, cogemos lo que vayamos a comer —protestó Carmina.

—He dicho que todo lo que haya —recalcó Nacho advirtiendo con la mirada a su madre.

—Pues vamos a echar a perder lo que no comamos pronto. —Carmina seguía en sus trece, ella era la única de los cuatro que sabía cómo hacer esas cosas.

—Si no lo hacemos, alguien nos podría robar y se desperdiciaría de todas formas, ¿no? Congelaremos lo que sobre —razonó Nacho con la intención de zanjar el tema—. Y esta tarde voy a poner tablones en las ventanas de la cuadra y del almacén.

—¿Para qué? —preguntó Clara

—No tienen persiana, por lo que es una zona vulnerable para que entre cualquiera —justificó—. Quiero que las persianas de la parte de abajo de la casa estén siempre cerradas y con el seguro, y que las ventanas de arriba solo las abráis para ventilar, comprobando antes que no haya nadie en los alrededores. También que todas las entradas a la casa permanezcan bien cerradas y, por supuesto, vosotras dentro a salvo de cualquier amenaza —ordenó Nacho sereno y con determinación.

—Creo que exageras, estás actuando como si fuéramos víctimas de una bomba nuclear. De momento, el único cuidado que hay que tener es con el toque de queda —expuso Clara resentida porque su marido se tomara tantas molestias, bajo su punto de vista, innecesarias.

Mina observaba con atención sin pronunciar ninguna de sus dudas. Acompañó a su padre a recopilar tablas para su cometido, buscando un momento a solas con él.

—¿De verdad crees que son imprescindibles tantas medidas? —preguntó Mina.

—Espor precaución, es mejor prevenir que lamentar. En estados de necesidad, las personas pueden tener comportamientos insospechados. —Nacho miró al rostro sereno de su hija, circunstancias así le hacían sentirse orgulloso de ella—. ¿Por qué no te relajas un poco? Me apañaré yo con esto. —Señaló un montón de maderas viejas que había amontonadas en un cuarto al lado del gallinero, bajo el hórreo.

Nacho contempló cómo su hija hacía caso omiso a sus órdenes, y se ensuciaba sus delicadas manos buscando las tablas más adecuadas. A veces podía ser muy obstinada. Decidió permitir que se sintiera útil, pensó que, tal vez, ella también necesitaba una distracción para no pensar en el día de mañana.

Cuando todas las tareas de su padre estaban más o menos encauzadas, Mina aprovechó para comprobar si Marco estaba en casa. Descubrió con alivio que el garaje estaba abierto, y su coche estacionado dentro. No fue a buscarlo, con saber que estaba a salvo le bastaba. Después de su encuentro esa mañana no quería presionarle.

Permaneció apoyada en el paredón que mediaba entre ellos. Se entretuvo imaginando cómo serían esos seres que, presuntamente, habían provocado toda esa vorágine. ¿Serían entes invisibles que se apoderaban del cuerpo y mente de las personas? ¿Se trataría de clones humanos con una inteligencia superior capaces de lavar el cerebro de la gente? O, por el contrario, ¿serían como los describían en algunas películas de terror, verdaderos monstruos con apariencia de babosas que se introducían en el organismo haciéndolo suyo bajo terribles dolores? Ninguna de las alternativas le parecía buena, casi prefería que se tratase de un atentado terrorista, y que desaparecieran todos bajo una gigantesca bomba nuclear.

—Estamos viviendo la Tercera Guerra Mundial. —Su abuela apareció por detrás sigilosa y le pasó un brazo por los hombros—. ¿Estás esperando a Marco? —La chica agarró a su abuela de la cintura y se dirigieron juntas a uno de los bancos que había en la entrada, en frente de un bello jardín que su abuelamantenía con mucho cariño.

—En realidad no, creo que está algo enfadado conmigo. —No sabía por qué había revelado eso. Se figuraba que era debido a que las cosas habían cambiado tanto, que ya no importaban los pequeños secretos cotidianos.

—Ya se le pasará. Él te quiere Mina, se nota. —Su abuela sorprendió a Mina al evidenciar tal cosa, no solía ser una una mujer muy perceptiva. Le gustó tener ese momento de complicidad con ella. Normalmente se mostraba ausente en su vida, siempre faenando en la huerta y únicamente compartiendo con ella las conversaciones en las sobremesas.

—¿La Tercera Guerra Mundial, y quién lucha contra quien? —preguntó Mina interesada en saber su opinión.

—No sé hija. ¿Qué importa? —contestó encogiéndose de hombros. Y en realidad, pensó Mina, no era muy relevante, un gobierno contra otro, extraterrestres contra humanos, qué mas daba. Lo trascendental era el resultado.

Estuvieron un rato más así sentadas, abrazadas contemplando el atardecer, y con el ruido de fondo de los martillazos de Nacho contra los marcos de las ventanas. Mina se preguntó qué es lo que estaría haciendo su madre, la había notado muy rara y nerviosa, tampoco era para menos. Se fue a confirmar que todo estuviera bien, dejando a su abuela ensimismada en su mundo. Encontró a Clara tirada en su cama leyendo una revista.

—¿Estás bien mamá? —Se le hacía extraño ver a su madre en plena tarde tumbada sin hacer nada, acostumbraba ser una persona muy dinámica.

—Sí cariño. Es que estoy aprovechando estas vacaciones forzadas. —Clara forzó una sonrisa.

—¿Qué te preocupa? —Mina se sentó en la cama dándose cuenta de que la pregunta había sido absurda. La vida como ellos la habían entendido hasta el momento estaba en proceso de pausa, y no se sabía si algún día las cosas volverían a ser como antes. Esperó su contestación, que se demoró un poco.

—Nada, es que verme encerrada en casa sin nada que hacer me resulta... aburrido. —Volvió sus ojos hacia la revista en señal de que daba por terminada la conversación.

Mina sintió lástima de su madre, había sufrido y mucho en la vida. Siendo una joven inmigrante en Australia, perdió a sus padres en un accidente de coche. Debió resultar muy duro verse sola en un país extraño, a miles de kilómetros del familiar más cercano. Siete años después, ya en España, murió su abuela, el único pariente vivo que le quedaba, y ahora, el fin del mundo. Pero nada podía hacer por ella si no se dejaba ayudar, era mejor dejarla sola.

Bajó a la cocina a comprobar que hubiera algo en la nevera para cenar. Encontró una fiambrera llena de ensaladilla rusa que había sobrado del mediodía. No prepararía nada más, no pensaba que ninguno tuviera demasiado apetito. Además, suponía que no era muy inteligente derrochar comida. No obstante, necesitaba ingerir alguna cosa, algo que calmara el vacío que

sentía en la boca del estómago. Decidió hacerse un café, eso la ayudaría a animarse un poco.

—¿Me sirves uno a mí también? —Mina se dio la vuelta ante la voz tan familiar. Su corazón dio un vuelco, llevaba todo el día esperando ese momento, y ya pensaba que no se iba a producir.

—Claro. —Mina le sonrió y sacó otra taza—. No esperaba que vinieras hoy.

—Estuve bastante ocupado. Después de la universidad fui a buscar avituallamiento con mi padre. Las cosas están bastante caóticas en la ciudad.

—Sí, mi padre también fue esta mañana y trajo un montón de cosas raras, lo único que había dijo.

—La verdad es que todo escaseaba aunque, si necesitáis algo, estamos justo al lado, ya sabes —se ofreció Marco.

—Lo mismo digo. —El café estaba listo y Mina lo sirvió en la mesa de manera que se sentase uno en frente del otro. Marco torció el gesto y cambió su taza para poder sentarse al lado de Mina.

—Perdona por lo de esta mañana. —Marco clavó los ojos en los de Mina y ella se ruborizó.

—No pasa nada, lo comprendo. —Sorbió un poco de café percibiendo la mirada de Marco taladrándola.

Se tomaron el café en silencio, cruzando miradas taciturnas. Cuando terminaron Mina se dispuso a recoger la mesa pero, cuando empezó a levantarse, Marco la agarró de la muñeca. Ella lo miró sorprendida pero se sentó de nuevo. Entonces él le cogió la barbilla y la besó. La tomó muy hondo con su boca, como si quisiera entrar dentro de ella, casi como si le estuviera haciendo el amor. Mina no pensó en que cualquiera pudiera entrar y descubrirlos, en que su madre estaba en el piso de arriba y su padre en el almacén, no le importaba nada, ni siquiera Gabriel, solo quería vivir el momento.

—Te deseo tanto —susurró Marco apenas separándose un centímetro de sus labios—. ¿Puedo venir a verte esta noche? —suplicó.

—Me gustaría, pero olvidas el toque de queda, es peligroso. —Ella no quería ni pensar que algo malo pudiera pasarle, era preferible esperar—. Pásate mañana después de comer, buscaremos un sitio donde nadie nos moleste.

—El toque no me preocupa, ¿crees que van a poner a algún militar vigilando la zona? Además, saltaré el muro, así técnicamente no pisaré la calle. —Acercó su boca de nuevo a la suya y le acarició los labios con la lengua.

A Mina su exigencia le producía mucha satisfacción, y ella experimentaba lo mismo, no sabía lo que le sucedía cuando sus cuerpos se rozaban, solamente advertía que ella también quería más. Pero incluso así el peligro no compensaba.

—Por favor, Mina. Te prometo que tendré cuidado. —La besó de nuevo con pasión, como si fuera una anticipación de lo que vendría después si ella consentía.

—De acuerdo —aceptó, tenía tan nublada la mente que no podía hacer otra cosa, apenas se podía contener—. Pásate después de cenar por la puerta principal, les diré a mis padres que vienen a ver una película y, cuando se acuesten, nos escabulliremos al almacén.

—No sé si podré esperar. —Sus manos recorrieron con parsimonia y mimo el cuerpo de Mina mientras sus miradas se mantenían fijas el uno en el otro. Mina estaba muy excitada, su lascivia era tal que sentía un dolor muy intenso en una zona de su anatomía que nunca pensó que pudiera hincharse y atormentarla. Jamás le había pasado nada parecido. Pensó que, tal vez, se debiera a la situación que estaban viviendo. Lo único que le obsesionaba era experimentar con Marco, tener algo que atesorar en su memoria. Debían aprovechar el tiempo, se acercaban tiempos difíciles.

Mina y Marco estaban en la habitación de la chica con una película de fondo. No le estaban prestando atención. Estaban tan expectantes por lo que pasaría después, que *Titanic* traía sin cuidado. Además, ya la habían visto. Se sentaron en la cama colocando un montón de cojines en la espalda para que pareciera un sofá, mejor recostados que tumbados, porque tanta provocación

no serían capaces de resistirla. No obstante, cuando Leonardo DiCaprio y Kate Winslet se metieron en ese coche a hacer lo que tanto ansiaban hacer también los dos vecinos, Marco no se pudo contener y empezó a besar el cuello de Mina. Ella sintió un fuerte cosquilleo recorriéndole todo el cuerpo, estar esperando hacía aumentar el deseo. Se preguntaba cuánto tiempo tardarían sus padres en irse a la cama. Intentó resistir, pero su excitación era tan fuerte que no pudo hacer otra cosa que corresponderle. Marco empezó a hacerle unas leves cosquillas en el estómago mientras la miraba, y después subió poco a poco sus dedos hasta llegar a sus pechos. Mina, que estaba al borde de la desesperación, le sujetó la mano y la guió por dentro del jersey, después se desabrochó el sujetador para facilitarle el acceso. Marco le subió el jersey y le retiró el sujetador para poder acariciar los pezones con su lengua. Mina estaba enloquecida, por su mente pasaron toda clase de depravaciones que quería practicar con Marco. Por suerte para ellos, la escalera de la casa era de madera, así que cuando sus padres empezaron a subir, los oyeron justo a tiempo de arreglarse un poco para que no sospecharan nada de lo que allí estaba pasando.

—Tienes que cambiar esa expresión de tu cara, sino se darán cuenta —se mofó Marco que parecía encantado de verla tan radiante.

—¿Tan evidente es? —preguntó preocupada, sabía que sus padres entrarían a despedirse, y no le apetecía que pensasen que su hijita se lo estaba montando con su vecino en su habitación.

Pero en penumbra como estaban, nadie pareció darse cuenta de nada, así que todos se quedaron tranquilos. Mina descubrió que Marco estaba impaciente por bajar al almacén, el pantalón parecía que le fuera a explotar. Tuvo una punzada de miedo, ¿dolería? Esperaron un poco para darles tiempo a que se durmieran, y después apagaron todo y bajaron con cautela las escaleras. Mina advirtió a Marco los escalones que debía evitar pisar para hacer el menor ruido posible.

Giraron con suavidad la llave de la puerta que separaba la casa de la cuadra. Allí estaba Luna, meneando encantada la cola al ver que tenía compañía. Abrieron la puerta que daba al almacén y cerraron con cuidado evitando que la perra pudiera entrar. A Luna le disgustó tanto su aislamiento, que empezó a arañar la puerta que les separaba. Marco la instó a parar con un tono conciliador, y la perra obedeció sumisa.

Una vez allí se miraron, resultaba muy excitante esa intimidad. Mina temblaba, no sabía si de nervios si de frío. Iba a ser la primera vez que se desnudara ante un chico, y la primera vez que haría el amor. El hecho de que se tratara de Marco la persona con la que iba a compartir esos primeros momentos la sosegó un poco. Se conocían tan bien el uno al otro, que le pareció algo natural e inevitable. Se quitó el jersey de la manera más sensual que pudo, sin apartar su mirada, y después los pantalones y calcetines hasta quedar en ropa interior. Posó sus pies desnudos encima de su ropa, el suelo estaba helado.

Marco la observaba con atención, posando sus ojos despacio en cada recoveco de su cuerpo. Mina se acercó y, sintiéndose muy osada, empezó a desabrocharle los pantalones. Marco no pudo reprimir una mueca de dolor, y Mina dudó de si se debía a que le había hecho daño o a que, como ella, ya no podía soportar más la espera. Se empezaron a besar salvajemente, eran dos lenguas lamiéndose la una a la otra, parecía algo animal. Él se despojó de toda su ropa y se mostró asombrado cuando Mina rozó su miembro con los dedos. Mina se sentía poderosa, adoraba esa impresión de libertad que le daba estar con él y poder tocarlo de esa manera. Al principio lo acarició con cierta timidez, pero cuando descubrió su suavidad le gustó y deslizó la mano por toda su longitud. Marco le introdujo la mano entre sus braguitas para darle reciprocidad. Mina nunca había experimentado una tortura tan deliciosa, estaba desinhibida, no quería que aquello acabara nunca. El bajó un poco sus bragas, sin llegar a quitárselas, lo justo para poder introducir su pene y que sus sexos se pudiesen rozar. Empezaron a frotarse el uno contra el otro. Marco liberó sus pechos al desprenderle el sujetador, y los atrapó con sus manos calibrando su peso.

—¿Traes preservativo? —preguntó Mina con la voz entrecortada. Marco se separó y la miró con gesto de disgusto.

—¿Cuándo te vendrá el periodo? —Sus ojos estaban oscurecidos y tenía la voz ronca.

—¿Para qué lo quieres saber? —replicó ella avergonzada.

—Para saber si estás en período fértil. —Él continuó besándola.

—Me toca la semana que viene. —Empezó a importarle poco la falta de protección, su lujuria empezaba a oscurecer su mente de nuevo.

—Entonces no hay problema, pero para tu tranquilidad, haré la marcha atrás. —Su lengua estaba en la oreja de la chica y aprovechó para susurrarle—. Necesito entrar dentro de ti.

En una ráfaga de segundo serias dudas sobre el peligro de las enfermedades de transmisión sexual poblaron su cabeza. Él siempre le había dicho que era virgen. Sin embargo, su comportamiento denotaba experiencia, sabía bien lo que se hacía y no creía que se debiera a un exceso de cine erótico, la verdad.

—Eres la primera —le dijo mirándola a los ojos como si hubiese leído sus pensamientos—, y espero que la última.

Mina no necesitó escuchar nada más, le sobraban las palabras. Marco, al leer la confirmación en su rostro, la alzó y ella le abrazó con sus piernas. La sentó encima de una mesa enorme que estaba justo en medio de la estancia, y empezó a estimularla con las manos para conseguir que su cuerpo se preparara para recibirle. Cuando Mina pensó que no podía resistirlo más, la penetró. Lo hizo muy suavemente, con embestidas lentas y profundas. Mina no pudo reprimir sus gemidos, esperaba que desde allí nadie pudiera oírla. Estaba siendo todo tan diferente a cómo pensaba que sería. Sus amigas siempre habían afirmado que la primera vez era dolorosa y poco placentera, y nada más lejos de su realidad. Se preguntaba que si la primera era la peor, ¿cómo serían las demás? Todavía no habían terminado y ya estaba ansiosa por repetir.

El momento de alcanzar el clímax se aproximaba, y empujó sus caderas contra Marco para que se introdujera más adentro. Le pareció que, en cualquier momento, estallaría y, en cierta medida, así fue, se arqueó hacia atrás para recibir el orgasmo, que la dejó exhausta, muy relajada y satisfecha.

Marco se retiró poco después, y Mina dudó que hubiese alcanzado la culminación, no había notado ningún derramamiento ni dentro ni fuera de ella. Él percibió sus inquietudes en su rostro.

—Ha sido increíble. —La besó con dulzura en los labios.

—Pero, ¿has llegado? —Quería que su primera vez hubiese sido completa para los dos, no se conformaba con que solo hubiese disfrutado ella, de ser así tendría que poner remedio.

—Sí, tranquila. —Se recostó en el sofá con una expresión facial de relax total. Mina se dirigió a un armario para coger una manta que estaba allí desde que murió su abuelo, y se sentó al lado de él, cubriendo a los dos con ella.

La cara de incredulidad y preocupación que tenía Mina se estaba haciendo muy evidente para Marco.

—Tranquila. —La acercó para que se acurrucara sobre su hombro—. No te he dejado embarazada, sé lo que hago, tengo mucho control sobre mi cuerpo.

Mina estaba confusa, cierto que ella no tenía ninguna referencia, pero cualquiera sabía que el orgasmo del hombre se producía con la eyaculación, ¿o acaso estaba equivocada? No sabía si confiar o no en él.

—Tenía entendido que la primera vez de una chica era dolorosa y sangrienta —comentó Mina intentando entablar una conversación.

—No siempre tiene que ser así, depende de la pericia del amante —contestó Marco con suficiencia.

—¿Y cómo llegaste a tener esa pericia y ese control? Debes de haber ensayado mucho —preguntó Mina con sarcasmo.

—Todos los chicos tenemos nuestras necesidades y nos aliviamos como podemos. —Marco apretó su abrazo para serenarla.

—¿Y en quién pensabas mientras... te aliviabas? —Ella le miró con mucha picardía.

—Tengo una colección de revistas calientes. —Le guiñó un ojo y se rio cuando comprobó la cara de indignación de ella—. Solo en ti, tontita.

—¡Vaya! Tú bromeando, esa sí que es una sorpresa. —Mina abrió los ojos exagerando su desconcierto.

Marco, como venganza, le comenzó a hacer cosquillas. Mina no podía dejar de reír. Le suplicó clemencia entre sus carcajadas.

Una vez recuperada la compostura, Mina empezó a dibujar círculos con su dedo índice en el pecho de Marco, algo se le estaba despertando de nuevo. Marcocaptó sus intenciones rápidamente, encantado, empezó otra vez con su juego del amor.

Al día siguiente Mina se levantó tarde, su cuerpo estaba agotado de tanta acción, y su mente en un estado de aturdimiento agradable. Era magnífico despertarse con una radiante sonrisa. De pronto se acordó de su padre. Había dicho que esa mañana debían madrugar para trabajar en la huerta, ¿qué habría pasado? ¿Por qué nadie le había despertado? Se levantó y se vistió la misma ropa que el día anterior, no quería perder tiempo. Bajó corriendo las escaleras, descubriendo todo el piso inferior a oscuras. Recordó la nueva norma de no subir las persianas y se tranquilizó. Cogió las llaves y salió por la puerta principal en busca de su familia. Los divisó a lo lejos, en la tierra. Según se acercaba escuchó los lamentos de su madre, los esfuerzos de su padre para que colaborara un poco más y, entre todo eso, vislumbró a su abuela demostrando garbo recogiendo lechugas.

—¿Por qué no me habéis despertado? —preguntó Mina con cara de inocente.

—Estabas tan profundamente dormida que no quise despertarte. Sé que estos días te ha costado dormir. —Nacho se encogió de hombros restándole importancia—. ¿Has desayunado?

—No, aún no, pero puedo esperar. —Mina se arremangó el jersey y se acercó para recibir instrucciones.

—Lo primero es alimentarse, débil no rendirías nada —dijo Nacho tajante.

Mina echó un vistazo a su madre, nunca la había visto tan derrotada. Se acercó a uno de los manzanos que bordeaban el camino y arrancó una manzana. La limpió un poco con el jersey y comenzó a comérsela a bocados. Su padre torció el gesto, no parecía muy conforme con la alimentación de su hija. Mina le guiñó un ojo, no quería empezar el día discutiendo con su padre. Este negó con la cabeza y continuó con su trabajo.

Se apoyó en el árbol mientras disfrutaba la fruta y, como entretenimiento mental, se preguntó qué sería lo que se traía Marco entre manos. Le había sorprendido saber que esa mañana tenía pensado ir a la universidad. Por lo visto, el que no se impartieran clases no era impedimento para que los estudiantes se reunieran allí pero, ¿para qué? Se había mostrado esquivo respecto a esa cuestión. Supuso que también pertenecía a la Resistencia. Eso explicaría la vez que intentó disuadirla de que se acercara a ellos, quedaba claro que sabía de primera mano los riesgos que correría implicándose.

Eso le hizo recordar a Gabriel, ¿cómo estaría? ¿Volvería a verlo alguna vez? Incluso le pareció extraño no sentirse ni una pizca culpable después de su tórrida noche de amor.

Tiró el corazón de la manzana al suelo y se dispuso a seguir las órdenes de su padre.

Trabajar la tierra no era fácil, era una labor muy dura y fatigosa, y Mina pudo comprender a qué se debía la vitalidad de su abuela, que se beneficiaba día a día de un buen entrenamiento para músculos y huesos.

Mina no soportaba ver a su madre con ese desánimo. Su padre no le daba tregua, suponía que para mantenerla ocupada, pero dudaba que estuviera actuando de la mejor manera posible. Reconocía que su madre era una mujer complicada, las circunstancias la habían hecho así. Pero en su vida diaria solía mostrarse alegre, siempre cantando y con la sonrisa puesta. Recordó la canción favorita de su madre, *Cum on feel the noize*. Acostumbraba a cantarla en la ducha. Hasta Mina se la sabía de memoria de tanto escucharla. Pensó que, tal vez, si empezaba a entonar la canción, su madre se le sumaría.

—*Cum on feel the noize. Girls rock your boys. We'll get wild, wild, wild.*

Clara se quedó mirando a su hija perpleja y con los ojos humedecidos. Mina dejó de cantar avergonzada. Menuda estupidez, pensó.

Entonces, Clara continuó trabajando mientras tarareaba la canción, eso sí, con la voz un

poco quebrada de la emoción. Mina se alegró de haber roto un poco la barrera que parecía se había instalado entre ellas desde que había empezado la supuesta invasión.

Con energías renovadas todos continuaron con la faena. Lechugas, cebollino, puerros, coles y acelgas, eso era lo que recolectaban, mucho de ello para congelarlo dada su temprana caducidad. Disponían en el almacén de un congelador enorme, como esos que hay en los restaurantes para guardar los helados, así que el espacio no supondría un problema. Lo solían utilizar para guardar los chorizos y morcillas que elaboraban dos veces al año. Con todo y con eso, sobraba mucho sitio.

Estuvieron dos horas trabajando duro, y ninguno hizo comentario alguno. Para alivio de Clara, le tocó prepararles la comida, así su jornada terminó un poco antes que la de los demás.

—Esta tarde tenemos que trasladar todas las patatas del hórreo a la tenada[®]. Después podremos tomarnos el día libre, ¿vale? —dijo Nacho mientras saboreaba, como sustitución del postre, un café más aguado que de costumbre.

—Pero hijo, están mejor allí, en la tenada hay mucha humedad y ratones —protestó Carmina, que no entendía ese afán de su hijo por cambiar las viejas costumbres.

—Pues pondremos trampas para ratones, en el hórreo cualquiera puede entrar y robarnos.

—Toda la vida he tenido cosas allí y nunca me han robado —constató Carmina indignada.

—Antes no había la necesidad que hay ahora —replicó Nacho.

Cuando finalizaron las labores encomendadas estaban todos para el arrastre. Mina tenía un dolor de espalda insoportable y los demás, a excepción de su abuela que estaba más acostumbrada al trabajo duro, estaban parecidos. Lo que no se esperaba ninguno era que las horas, sin nada que hacer ni ningún ocio en que ocuparse, transcurrieran tan despacio.

A las seis llegó Marco. Mina suspiró con alivio al verle entrar en la casa, ya había empezado a preocuparse de que no diera señales de vida. Se unieron en un abrazo que fue precedido de un inocente beso en los labios.

Marco la separó un poco de su cuerpo y la miró a los ojos con una sonrisa. Mina pensó en lo maravilloso que era sentir esa adoración por la persona amada.

—¿Te apetece ir a dar una vuelta? —preguntó Marco.

—¿Tú crees que es un buen plan? —El toque de queda se aproximaba, y su padre le había infundido el miedo necesario como para tener cautela a la hora de alejarse de su hogar.

—Volveremos a tiempo, no pasará nada —insistió Marco cogiéndole de la mano—. No es bueno estar siempre entre estas cuatro paredes.

No se podía resistir, la idea de estar a solas con él y actuar como una pareja normal era tentadora. Fueron al salón a avisar a sus padres. Dos días atrás hubieran salido por la puerta sin más miramientos, claro que antes su casa no era un búnker.

Nacho se mostró muy reticente, pero Marco supo ser persuasivo y convencerle.

—He revisado la zona y no hay nada peligroso, volveremos antes de las siete. No se preocupe, cuidaré de ella. —Marco le miraba con seriedad, parecía que estuviera hablando con su jefe en vez de con su recién estrenado suegro.

—Marchaos antes de que me arrepienta —aceptó Nacho a regañadientes.

Al atravesar la verja de entrada Mina se sintió rebosante de felicidad. Ese era su momento, no le dedicaría ni un segundo a hablar de catástrofes ni de planteamientos derrotistas. Pasearon cogidos de la mano. Resultaba tan sencillo, que los días en los que habían sido simples amigos parecían muy lejanos.

—Mina, hay algo que necesito contarte —dijo Marco cuando llegaron a una zona apartada, deteniéndose para mirarla a la cara.

—Adelante —le animó Mina con un suspiro, algo le decía que no le iba a gustar.

—Prométeme que escucharás, sin interrumpir, hasta la última palabra.

—¿Tan grave es? —preguntó con una sonrisa nerviosa. Mil cosas se le pasaron por la cabeza, ¿tendría novia y se lo había ocultado hasta ahora? ¿Le confesaría que años atrás había perdido la virginidad con una profesora del instituto?

—Depende de lo que entiendas por grave —respondió Marco con una sonrisa.

—Venga tarzán, no te andes por las ramas —dijo Mina ansiosa.

Marco asintió con la cabeza y tomóaire. Mina puso los ojos en blanco ante tanto dramatismo, ¿qué podía ser tan importante? En los tiempos que corrían, ambos deberían saber que ella sería capaz de perdonar cualquier cosa.

—Tengo la sabiduría necesaria para responder todas tus preguntas acerca de lo que está pasando. —Marco la miró a los ojos sin pestañear. Mina frunció el entrecejo en señal de extrañeza.

—Pertenece a la Resistencia —dedujo Mina.

—No exactamente.

—Puff, explícate de una vez. —Mina estaba irritada. Ladeó su cabeza y se cruzó de brazos mientras esperaba a que Marco hablara.

—El planeta Tierra está siendo invadido, sin embargo los invasores no pretenden hacer ningún daño a los terráqueos. —Marco esperó a que ella reaccionara.

—¿Cómo lo sabes? —Mina entrecerró los ojos—. ¡No! ¿Estás colaborando con ellos? —Mina dio un paso hacia atrás, asustada de que Marco fuese un traidor.

—Tranquila Mina, espera a que termine antes de juzgarme. —Marco le cogió las manos y la acercó de nuevo a su lado—. Su planeta, Raselanis, se está muriendo y necesitan otro donde habitar.

Mina resopló incrédula. Si se tratara de otra persona pensaría que todo formaba parte de una broma macabra.

—¿Por qué sabes tú todas esas cosas?

—Porque, aunque nací aquí, desciendo de los raselianos. —Marco sujetó más fuerte las manos de Mina para impedir que la chica echara a correr.

—Mientes. —Mina estaba negando con la cabeza. No era posible que aquello fuera verdad.

—Cálmate Mina. —Marco leclavó la mirada y ella sintió cómo se relajaba poco a poco—. Provengo del planeta Raselanis, perteneciente a la Galaxia Enana de la Osa Menor o, al menos, así es por el nombre que la conocen aquí en la Tierra.

—Y ¿qué quieres de mí? —Mina albergaba sensaciones contradictorias. Por una parte sabía que con él estaba a salvo, por otra la decepción de haber sido engañada.

—Te quiero, solamente quiero estar contigo. —Podía sentirse la emoción en la voz de Marco, la desesperación por hacerla comprender.

—¿Cómo puedo confiar en ti después de que me engañaras todos estos años? —gritó Mina con rabia e intentando zafarse de sus manos. Marco la abrazó contra su voluntad. Ella permaneció rígida, no quería doblegarse.

—Nunca te he engañado —dijo Marco manteniéndola contra su cuerpo e intentado calmarla.

—Y una mierda, me hiciste creer que eras humano —dijo Mina un poco más serena.

—Soy humano —aclaró Marco separándola lo suficiente para que pudiera ver su cara.

—¿Cómo puedes ser humano si provienes de otro planeta? —Mina se fijó en su pelo y en sus ojos, le parecieron demasiado perfectos, con un color miel nunca visto en otros. Su complexión también estaba fuera de lo común, sobre todo teniendo en cuenta que no acudía a ningún gimnasio. Qué estúpida había sido, estaba claro, era demasiado perfecto, nunca se enfadaba, nunca se confundía, nunca lo había visto llorar o quejarse por nada. ¡Por el amor de Dios, se había enamorado de un alien! ¿En qué clase de persona le convertía eso? Las lágrimas se acumularon en sus ojos impidiéndole ver claramente. Quiso echar a correr y dejarlo todo atrás pero algo le instaba a quedarse.

—Es verdad, desciendo de otra especie pero, ¿qué entiendes tú por humano?

—La raza de la tierra, ¿no? —Mina estaba confundida.

—Si entiendes que los humanos son una raza evolucionada del homo sapiens, no lo somos. Sin embargo, si los entiendes como unos seres vivos con cualidades como el raciocinio, el lenguaje y la convivencia en sociedad, entonces sí lo somos.

Mina permaneció callada intentando comprender. Estaba aturdida, no sabía si se debía a

que le costaba digerir la información que estaba recibiendo, si era por las escasas horas de sueño, o porque le había sentado mal la comida. El caso es que tenía el estómago revuelto, le dolía la cabeza y sentía un profundo malestar.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Mina haciendo un esfuerzo por mantenerse erguida.

—Hace unos quinientos años Raselani envió una expedición de científicos a este planeta con el fin de investigar su validez para subsistir y para descubrir qué clase de gente lo habitaba. Al principio no hallaron diferencias entre la forma de ser de los raselianos y los terráneos, salvo que estaban en un estadio evolutivo muy inferior. Fue todo un hallazgo saber que nuestra anatomía y fisonomía era prácticamente igual a la vuestra. Era un lugar apto para nosotros. —Marco la miraba a los ojos, y ella no sabía si quería saber o permanecer en la ignorancia—. El problema surgió al encontrar que existía un dilema moral, ¿era lícito aniquilar a unos seres que en un futuro, con toda probabilidad, se desarrollarían como nosotros? Esos científicos volvieron a Raselani llevando esperanza a sus gentes, pero también inquietudes, debates y enfrentamientos. No todos los raselianos deseaban sobrevivir a cualquier precio. Pasaron muchos años de controversias, se sucedieron los gobiernos, y no eran capaces de tomar una decisión. Entonces, cuando la necesidad era más apremiante, determinaron enviar de nuevo investigadores, con el fin de dilucidar si los humanos merecían o no morir. No disponíamos de ningún otro planeta compatible, así que éramos nosotros o vosotros.

—Ya veo que escogisteis el camino más fácil —comentó Mina resentida aunque, en el fondo, una parte muy minúscula de su cabeza le decía que, de ser al revés y ser la Tierra la que se moría, los terráneos no se hubiesen tomado tantas molestias por los raselianos.

—No es tan fácil. Llevamos unos cien años en este planeta. Hemos venido de forma progresiva, mezclándonos con vosotros para estudiaros con meticulosidad. Por desgracia, los resultados no os han sido muy favorables. No os desarrollasteis como habríamos esperado. Con los años y los grandes avances, en vez de comprender que todos los terráneos sois iguales, independientemente de la raza, sexo o religión, y luchar por una vida en común justa y equilibrada para todos, cada vez os habéis distanciado y diferenciado más unos de otros. No comprendemos las discriminaciones norte y sur de este planeta, no entendemos por qué unos valen más que otros, por qué se comercia con personas, con sustancias nocivas, con armamento y por qué no se reparten de manera equitativa los recursos naturales. Por no hablar de la impotencia que sentimos al ver cómo destrozáis poco a poco el planeta. A este ritmo acabaréis con la Tierra antes de que envejezca y desaparezca por sí misma. ¿Es eso justo?

Mina escuchó haciendo un esfuerzo por asimilar y comprender lo que estaba diciendo. Reconoció que no era fácil de rebatir, todo lo que había dicho era verdad. ¿Los raselianos eran realmente mejores? ¿Se merecían perdurar más que ellos mismos? Ella no creía que fuera capaz de urdir un plan para aniquilar a toda una especie por su propia salvación. Su conciencia le impediría vivir tranquila. ¿Significaba eso que los raselianos carecían de moralidad?

—No obstante, mi pueblo es benevolente. La decisión fue no exterminar la raza terrestre —expresó Marco con seriedad.

—No entiendo nada —susurró Mina. Un ligero mareo le invadió, seguido de un sudor frío. Desde que se había levantado no se había encontrado demasiado bien, ella creía que era debido a los excesos de la noche anterior y al arduo trabajo de la mañana. Ahora empezaba a tener dudas. Tenía el estómago dolorido, y los brazos y la cabeza le empezaron a pesar demasiado. Intentó advertir a Marco de que algo extraño le pasaba, pero fue incapaz de articular palabra. Empezó a ver borroso, Marco se le desdibujaba delante de sus narices. Lo último que vio fue a su vecino acercarse a ella preguntándole si se encontraba bien. Luego, oscuridad.

Capítulo 4. PELIGRO

Marco cogió a Mina mientras se caía, evitando que se golpeará la cabeza con el suelo. Se quedó unos segundos inmóvil, con ella entre los brazos, pensando qué hacer. Luego, con cuidado, la depositó a lo largo en el suelo. La contempló durante unos instantes antes de proceder a comprobar sus signos vitales. Presionó en su cuello la arteria carótida para verificar sus pulsaciones. Altas, pensó con el ceño fruncido.

Se preparó para el siguiente paso, medir la frecuencia respiratoria. Puso una mano en la frente de Mina, la otra en su barbilla, y tiró suavemente hacia atrás. Acercó su mejilla a la boca de la chica, y centró su mirada en los movimientos de su pecho a la vez que calculaba un minuto. Diez respiraciones por minuto, y su piel no se ha tornado azulada, se dijo procurándose algo de consuelo. A continuación, introdujo su dedo índice en la boca de Mina. Mierda, masculló entre dientes, sorprendiéndose a sí mismo por emplear semejante vocabulario. Se preguntó qué pensaría Mina de él, si juzgaría que, esa vez, le había salido la palabra con naturalidad. Ella acostumbraba a tildarle de “señorito” por su manera de expresarse. Para él, decir algo inadecuado era tan innecesario que, a veces, se esforzaba por parecer normal soltando algún taco delante de Mina. Nunca era acertado, y Mina se reía de cada infructuoso intento. Sabía que no se hubiera reído esa vez, lo había bordado.

Pasó los brazos por debajo del cuerpo de Mina con tal cuidado, que parecía tener miedo de romperla. La acunó en su regazo y caminó a buen paso hacia su casa.

Nacho le vio acercarse y salió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nacho sin ni siquiera mirarle a la cara. Marco pudo percibir el desprecio y la desconfianza que le causaba al padre de su chica.

Había decidido llevarla a su universidad, allí estaba ubicado el hospital raseliano más importante de la zona norte. Sabía que la familia de Mina se opondría a abandonarla a sus cuidados, pero era imposible que ellos pudiesen acompañarles.

Sería su primera vez, después de años y años de entrenamiento. Sabía que podía hacerlo, aunque le parecía muy poco ético, y más tratándose del padre de Mina, su “suegro” por así decirlo.

No encontró ninguna barrera, accedió fácilmente a su mente sin provocar ningún tipo de suspicacia. Nacho estaba tan concentrado en el estado de su hija, que no se dio cuenta de la intromisión paulatina de su vecino.

Al poco rato Nacho miró a Marco y se despidió entrando en su casa con tranquilidad. Marco le miró con cara de preocupación, ¿conseguiría convencer a su madre y a su mujer de la improvisada excusa? Era una lástima que no poseyera la desbordante imaginación de Mina. Seguro que ella hubiese ideado una coartada más sostenible. Se encogió de hombros, no había tiempo para hacer nada más. Sus escasos conocimientos de medicina le vaticinaban lo peor para Mina.

En momentos como ese era cuando se arrepentía de su elección. Podía haber estudiado cualquier cosa, tenía capacidad de sobra para ser un buen médico. Pero un acto de rebeldía contra los consejos de su madre hizo que se decantara por la historia de su pueblo. ¡Qué estupidez!, pensó con amargura.

Colocó a Mina con delicadeza en la parte de atrás de su coche y se puso al volante con premura. Había que averiguar cuanto antes la causa de su estado de coma. Marco confiaba en los suyos, no existía enfermedad terráquea que no pudiesen curar, absolutamente ninguna, aunque tampoco podían hacer milagros. La prontitud en la intervención era de vital importancia.

Condujo deprisa sorteando todos los obstáculos que encontró por el camino. La gente se había vuelto muy descuidada en los primeros días del aviso de invasión, había coches

diseminados por toda la ciudad. La autopista era una maravilla comparada con el centro, aunque había algún que otro vestigio de accidentes pasados.

Aparcó en doble fila sin preocuparse, como haría normalmente, por su civismo, y entró con Mina en la universidad.

A su encuentro llegó Tais, uno de los celadores del edificio. Su parecido con la raza terráquea era asombroso, igual que el propio Marco. Siempre escogían a los raselianos más bajos, menos corpulentos, y con los rostros más redondos posibles, para puestos de contacto directo con los nativos de la Tierra. Todos los demás serían grotescos al ojo de los terráqueos y, de ser mezclados con la raza aborigen, más de uno sería propuesto como firme candidato a entrar en el Libro Guinness de los récords.

Tais y Marco se comunicaron a través de la mirada. El celador acercó el intercomunicador que le colgaba del cuello a su boca, y susurró unas palabras en una lengua que a Marco le era familiar, pero que no dominaba al completo. Estaba pidiendo ayuda médica.

A los pocos segundos apareció un gigante de casi tres metros con una camilla, y ayudó a Marco a depositar a Mina con suavidad. Marco se sintió intimidado ante tal espécimen. Debía pertenecer a los raselianos de la isla Cardith, los seres con más altura de su planeta.

Marco le siguió en silencio hasta el piso de arriba. La incertidumbre le estaba matando. ¿Serían capaces de salvarla? ¿Llegaría tarde? ¿Condenarían su relación?

Llegaron a un aula blanca llena de vitrinas con material médico. Había tres camas vacías y alguna que otra silla.

“¿La preparo yo o prefieres hacerlo tú?”, el gigante se dirigió hacia Marco con expresión neutral, señalando un camisón rosa que había colgado en una de las sillas.

“Lo haré yo”. Marco no soportaba la idea de que nadie tocara el cuerpo de su chica.

El raseliano ayudó a Marco a acomodar a Mina en una de las camas, y después se marchó con la camilla dejando intimidad a Marco para desvestirla.

Poco después aparecieron dos médicos. Uno de ellos se llamaba Leo. Era uno de los pocos raselianos albinos que existían. Marco se asombró de su apariencia, de ninguna manera hubiera pasado desapercibido en el planeta Tierra. Rondaría los dos metros y medio, y los músculos del brazo se le marcaban a través de su bata azulada. Su piel era tan clara que parecía traslúcida, y sus ojos recordaron a Marco el fragmento de una película de terror que había visto con Mina. Aunque no había nada que temer en Leo.

Tirso, sin embargo, se hubiera podido mezclar perfectamente entre los terráqueos. Lo único destacable era su falta de pelo. Estaba totalmente calvo y desprovisto de vello corporal. Esa era una rareza en su especie. Aunque el vello era prácticamente inexistente en todos los raselianos, el cabello siempre era vigoroso y no escaseaba hasta los últimos años de vida.

Ambos médicos procedieron a examinarla y, mientras lo hacían, excluyeron a Marco en sus pensamientos.

Marco se pasó una mano por el pelo de la nuca. Estaba sudando, cosa infrecuente en él. Paseó de un lado a otro de la habitación preguntándose por qué no le dejaban acceder. Necesitaba saber algo de inmediato, de lo contrario pensaba que le daría un ataque de ansiedad.

Leo, al percibir la inquietud del muchacho, se puso en frente de Marco y le agarró por los hombros procurando que se serenara.

“Debes tener paciencia”. Leo le miraba directo a los ojos, intentando infundirle algo de calma.

“¿Qué le pasa?”. Marco era reacio a tranquilizarse, necesitaba tener noticias.

“Hay que hacerle pruebas”. Leo le soltó y se giró para continuar con la evaluación de la chica.

Marco se paró en medio de la estancia y observó cada una de las pruebas a las que Mina era sometida. Cuando le pareció percibir que Tirso introducía una especie de bastoncillo alargado en la vagina de Mina, apartó la vista y se puso de espaldas a los médicos. Recordó un refrán de la abuela de Mina, “ojos que no ven, corazón que no siente”. Sí, después de todo, era mejor así.

Después de varios minutos de escrutinio, los dos médicos se dieron la vuelta y convocaron mentalmente la atención de Marco. Este se dio la vuelta para colocarse a su altura.

“La vida de la chica corre peligro”, transmitió Leo con seriedad.

“¿Por qué?”. Marco no esperaba ese diagnóstico, confiaba en exceso en las habilidades de su pueblo.

“Marco, al relacionarte con ella en la intimidad, le has contagiado una bacteria que todos los raselianos tenemos en nuestros órganos genitales”. En los ojos de Leo se podía adivinar compasión.

Marco tanteó con su mano hacia atrás en busca de una silla y se sentó. No podía concebir que la culpa por el estado de Mina fuese suya.

“Esa bacteria es inocua para nosotros, en cambio las consecuencias del contagio en terráqueos son impredecibles”. Leo se acercó unos pasos a Marco y le puso una mano en su hombro. “Existe un precedente, el caso de un hombre hace unos cincuenta años”.

“¿Se salvó?”, preguntó Marco con esperanza.

“Me temo que no”. Leo apretó la mano que todavía seguía en el hombro de Marco y se alejó unos pasos para atrás. “Voy a consultar ese caso en la biblioteca, quizás encuentre alguna idea de qué paso debemos seguir”.

Marco asintió con la cabeza y observó cómo los dos médicos partían en busca de una solución.

Se levantó y se acercó a la cama donde estaba Mina. Los recuerdos se le agolparon en la mente. Evocó a Mina cuando se le cayó su primer diente. Ella se mostraba preocupada al pensar que perdería toda su dentadura, y que no podría comer más bocadillos de Nocilla, cuando en realidad, lo que le inquietaba era la posibilidad de parecerle fea. En esos momentos su inseguridad le produjo ternura, y algo se despertó en su interior, la certeza de que nunca podría separarse de ella.

Pero las reglas estaban por algo. Los raselianos tenían prohibido relacionarse sentimentalmente con los terráqueos, ahora sabía por qué. Antes había pensado que sus congéneres pasarían por alto su pequeña insumisión. Pensaba que la prohibición se debía a una cuestión preventiva, no a un peligro real contra los terráqueos. ¿Por qué no le habían advertido? Sus padres conocían sus sentimientos hacia Mina. Tendrían que haber supuesto lo que podía pasar entre ellos. ¿Habría sido su intención que la vida de Mina se viese comprometida? Marco tenía sus dudas. Sus padres siempre habían sido miembros activos de la invasión, sabía que harían cualquier cosa por el éxito de la misma. Aunque conocían a Mina desde que era una niña y nunca desaprobaron su buena relación. No podía ser posible que le deseasen algún mal. La incertidumbre corroía a Marco mientras estaba a la espera de conocer el desenlace.

Marco pasó horas velando a Mina. La chica no daba ninguna señal de mejora, mantenía su respiración lenta y constante. Marco había acercado una silla a la camilla, y permanecía sentado sosteniendo una de sus manos.

Tirso apareció con sigilo y se puso al lado del chico. Este lo miró sin separarse de Mina.

“No existe ningún tratamiento con garantías”. El raseliano parecía tener un rictus de amargura permanente. Marco no sabía si era algo habitual en él, o si se lo dedicaba en exclusividad. El hecho es que su cara, unida a su corpulencia, le recordaron al personaje de *Tiburón* de las películas de *James Bond*. Con excepción de sus dientes de acero, por supuesto.

El raseliano pareció percibir sus pensamientos. Daba igual, pensó Marco, no creía que hubiera visto en su vida *Moonraker*. Además, casi le había hecho un cumplido, al menos ese actor tenía una buena mata de pelo.

“Entonces, ¿la dejaréis morir?”, preguntó Marco con desafío.

“Podemos probar un método experimental”. Tirso pareció relajar sus músculos faciales por conmiseración. “Es arriesgado, podría morir”

“De todos modos es lo que pasará si no lo intentamos, ¿no?”. Marco estaba decidido a probar lo que fuera, no pensaba desahuciar a Mina por muy difíciles que se pusieran las circunstancias.

Leo entró en la habitación y se unió a la conversación. Marco sintió alivio, Tirso empezaba a ponerle de los nervios.

“Pensamos que una transfusión de defensas podría funcionar”. Leo transmitía positividad, para consuelo de Marco. “El riesgo está en cómo responda su cuerpo ante esa intrusión”.

“¿En qué consiste la transfusión?”, preguntó Marco.

“Extraeremos parte de tus defensas y se las inyectaremos a ella. En teoría eso provocaría el estado de inactividad de la bacteria”, explicó Leo.

“¿Inactividad?”. Marco arrugó la frente, no sonaba muy bien esa palabra. Significaba que, en un futuro, ¿podría activarse de nuevo?

“Nunca se reactivará en su organismo, en cambio sí es portadora”, aclaró Tirso con cara de desaprobación.

“Lo que Tirso quiere decir es que, una vez que su cuerpo acepte tus defensas, ya no puede hacerle daño. Por otro lado, si tuviera relaciones sexuales con algún terrícola, le transmitiría la bacteria y se volvería hostil para esa persona”, aclaró Leo con una nota de censura en la mirada dirigida a Tirso.

“Bien, puedes lidiar con eso”, pensó Marco. “Pues no perdamos tiempo, ¿qué tengo que hacer?”.

“Túmbate en esa camilla”. Leo le señaló el lugar y empezó a preparar el material necesario para la extracción. “Quédate en ropa interior”.

Marco obedeció y se quedó esperando semidesnudo. Leo se acercó con una jeringuilla y le indicó que se tumbara de costado. Sintió cómo le empapaba la zona con un líquido frío.

“Ahora tienes que estar muy quieto, voy a introducir la aguja en la médula espinal. No te dolerá”, explicó Leo.

“¿Cómo sabéis que sirvo como donante?”. Marco no tenía conocimientos de medicina, pero sabía que había que hacer pruebas de compatibilidades en las transfusiones.

“No existe raseliano compatible”. Leo extrajo la aguja con cuidado y le desinfectó la zona. “Separaremos el hemocitoblasto que, en realidad, es lo que le vamos a implantar. Que haya rechazo, o no, es impredecible”. Leo se puso a trabajar con unos tubos de ensayo y unos útiles de trabajo que Marco no había visto en su vida.

“¿Solamente hay que inyectarle eso y ya está?”. Marco necesitaba conocer el procedimiento, saber cuál era el siguiente paso.

“Tómame esto”. Leo le entregó un vaso con un líquido amarillo que Marco tragó sin saborear. “Hay que dormirla para hacerlo, no me atrevo a usar nuestra anestesia en su estado, así que emplearé medicina terráquea. En unos minutos vendrán para llevarla a quirófano”.

Marco se acercó a Mina y le acarició el pelo, su aspecto era muy vulnerable.

—Te pondrás bien —le susurró Marco al oído provocando un movimiento bajo los párpados. Acto seguido dos enfermeras la trasladaron a una camilla y se la llevaron.

Marco se derrumbó en la silla. Si Mina moría, él la seguiría. No podría vivir con la culpa.

Pasada una hora interminable, Leo llegó a su lado.

“Ya está hecho todo lo que estaba de nuestra mano, ahora solo queda esperar. La bajaremos aquí en un rato para que puedas verla”. Leo tenía una sonrisa afable.

“¿Podré quedarme a dormir aquí?”. Marco no soportaba la idea de dejarla sola en medio de extraños. Y menos después de haberle confesado la verdad. Si se despertaba sin su compañía se aterrorizaría.

“Pediré que te suban un butacón reclinable, así estarás más cómodo”. Leo se levantó y se fue para dar las instrucciones. Marco se sintió aliviado, quería ser la primera persona que viera al despertar. Si es que despertaba.

Intentó abrir los ojos, los párpados le pesaban y sentía como si sus pestañas estuvieran pegadas. Logró desprenderlas un poco, lo suficiente para comprobar que la luz le molestaba y que sería mejor mantenerlos cerrados un poco más. Segundos después otro intento, esta vez consiguió abrirlos casi del todo. Parpadeó para ahuyentar la humedad, sus ojos le lloraban por el esfuerzo.

¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era que estaba dando un paseo con Marco, y que se había empezado a encontrar muy mal.

La habitación a su alrededor era muy grande y blanca. El Sol entraba por la ventana iluminando toda la estancia. Había camas y lo que parecía material médico. ¿Estaba en un hospital? Alguien le tenía cogida la mano, el mismo que parecía dormir con la cabeza apoyada en su brazo. Intentó levantar la cabeza para poder descubrir su identidad, pero apenas pudo unos milímetros, se encontraba muy débil. El jersey a rayas rojas y negras se asemejaba a uno de Marco.

—¿Marco? —intentó formular la pregunta en voz alta pero le salió un susurro. El chico no dio muestras de oír nada, pues seguía inerte a su lado.

Pensó que, quizá, moviendo la mano conseguiría llamar su atención. Se tuvo que concentrar para que su cerebro diera la orden a la articulación correcta. ¿Qué le habría pasado? ¿Estaría inválida?

Alcanzó su objetivo de una manera modesta aunque suficiente.

—¿Mina? —Marco irguió la cabeza para ponerse al nivel de la chica. Tenía los ojos hinchados y la cara arrugada, surcada por las marcas de la sábana.

Una sonrisa le iluminó la cara al verla. Debía haber estado muy grave, supuso la chica. ¿Y dónde se había metido toda su familia?

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Marco al tiempo que le acariciaba con la mano una mejilla.

—Como si me hubiera atropellado un camión —acertó a decir la chica con voz ronca.

Marco la miró con preocupación. Le llevó una mano a la frente para comprobar su temperatura. Después sonrió de nuevo, aliviado.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó Mina con temor.

—Perdiste el conocimiento —contestó Marco a la vez que pulsaba el botón de un mando para que Mina adoptara una posición más elevada—. Has estado inconsciente más de doce horas.

—¿Por qué? —A Mina no le gustaba la cara de gravedad del chico.

—¿Recuerdas la noche que pasamos en el almacén?

Mina se ruborizó ante la mención de esos momentos. Claro que se acordaba, era algo que nunca olvidaría. Asintió con la cabeza para que continuara.

—Ha sido todo culpa mía, no debí desobedecer las normas.

¿De qué normas estaba hablando? ¿Qué relación podía haber entre lo que le había pasado y la noche en que mantuvieron relaciones sexuales?

Marco arrugó el entrecejo.

—¿No recuerdas nuestra conversación? —preguntó Marco.

Mina intentó recordar. Reminiscencias aparecieron en su cerebro, palabras incompletas hasta que una sola prevaleció sobre todas las demás, Raselanis. Entonces recordó. Miró a Marco con desconsuelo, de repente todo formaba parte de una pesadilla. Detuvo sus ojos en sus manos, todavía unidas. Dudó. No le apetecía que se fuera, no quería separarse de él, pero era malo, era enemigo. Finalmente apartó su mano y miró para otro lado.

—¿Dónde estoy? —preguntó con la seguridad de que ya sabía la respuesta.

—Estás en mi universidad, actual centro médico y hospitalario de los raselianos en Asturias.

—¿A eso te dedicabas realmente, verdad? Nunca has estudiado magisterio. —Mina lo miró a los ojos. ¿Algo de lo que le había contado a lo largo de su vida sería verdad?

—La medicina no es mi especialidad. Estudiaba la historia de mi pueblo, entre otras cosas. —Marco permanecía al lado de la camilla de Mina, en pie y con sus manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Y, ¿qué se supone que me has hecho al acostarte conmigo?

—Te contagié una bacteria.

—¿Una bacteria?

—Una bacteria de origen extraterrestre. Inofensiva para los raselianos y letal para los terrícolas.

—¿Letal? —Mina se asustó, ¿significaba eso que iba a morir?

—Han probado una nueva cura que ha funcionado contigo. Ya está superado. —Marco intentó tocar el brazo de Mina para darle consuelo, pero ella lo rechazó antes de que se produjera el contacto.

—¿Tendré alguna secuela?

—No lo creo. Llamaré a los médicos para que te examinen.

—No —gritó Mina haciendo el intento de taparse con la sábana. Solo pensar que le fuera a tocar alguna de esas criaturas le provocaba pavor.

—No debes tener miedo, te han salvado la vida. —Marco se acercó a ella sin tocarla.

—¿Y mi familia? —Mina notó la humedad de una lágrima resbalando por su cara.

—A salvo en casa.

—¿En casa? —Mina abrió los ojos sorprendida. ¿Sabrían que había estado enferma?

—Les he hecho creer que querías pasar la noche conmigo.

—¿Y mi padre accedió? —Mina arrugó la frente, algo no le cuadraba en absoluto. Que su padre se hiciera el tonto ante lo que pasaba entre ellos era una cosa; consentir que su vecino se acostara con su hija en la casa de al lado con total impunidad era una bien distinta.

—Le persuadí. —Marco la miró fijamente, tanteándola.

—¿Cómo? —El enfado de Mina crecía por momentos.

—Es difícil de explicar. Digamos que su conciencia está totalmente convencida de que mi madre te necesitaba en casa.

Mina le miró desafiante. ¿Cómo había sido capaz de separarla de su familia en un momento como ese? ¿Y si hubiese muerto? ¿Qué les hubiera dicho de ser así?

—Si te hubiese entregado a ellos te hubiesen llevado a Cabueñes. —Marco miró hacia el suelo antes de proseguir—. De haberte llevado a Cabueñes hubieses muerto.

—Y si no te hubieses acostado conmigo nada de esto hubiera sucedido. —Mina quería hacerle daño, tanto como el que él le había proporcionado a ella. Sin embargo, al ver la expresión de su cara no pudo odiarle, ni tampoco temerle.

—Ven. —Mina le invitó con unas palmaditas en la cama que se sentara a su lado. La desolación que había en su rostro no era fingida.

Marco se sentó en la silla y colocó su cabeza en el regazo de Mina. La chica le pasó la mano por el pelo. Lo quería a pesar de todo, y sabía que no le había hecho daño deliberadamente.

—¿Cada vez que estemos juntos estaré al borde de la muerte? —preguntó Mina.

Marco levantó la cabeza esperanzado. Claro, ¿por qué no, Marco? Ya lo había hecho una vez, ¿qué había de malo en repetir?, pensó Mina con amargura.

—Ya estás inmunizada, aunque eres portadora.

—Ah. —Mina desvió la mirada. Era estupendo, a partir de ahora solamente se podría acostar con extraterrestres.

En ese momento Leo irrumpió en la habitación.

—Veo que el tratamiento ha sido un éxito. —Leo observó a los dos chicos con una sonrisa.

Mina se estremeció. Ese ser nada tenía que ver con Marco. Su presencia imponía respeto, se sentía insignificante ante su excepcional estatura. Su piel no era como la de Marco, se le transparentaban todas las venas. Su rostro alargado tampoco era común a su especie. ¿Cómo podía ser tan diferente de sus vecinos? ¿Acaso Marco proyectaba en su mente alguna imagen para que no le viera como a un alienígena?

Marco le cogió la mano y la miró. No, pensó Mina, Marco era tal cual se mostraba, no podía engañarla también en eso, de algún modo estaba segura.

Desconociendo que los raselianos le podían leer la mente, se cuestionó el hecho de si alguna vez podría regresar a su casa. Si después de todo lo que había visto y sabía, le permitirían volver indemne a su vida.

—Voy a efectuar una exploración y hacerte un nuevo análisis de sangre. Si todo está bien, te podrás ir a casa —dijo Leo clavando sus ojos en los de Mina.

Ella imploró a Marco con la mirada, le aterrizzaba quedarse sola con Leo.

—Marco no puede quedarse, debe comparecer ante el Comité —anunció Leo mientras preparaba el material necesario para la revisión de Mina.

—Estarás bien. —Marco se acercó a darle un beso en la mejilla—. Volveré en cuanto me sea posible.

Mina estaba asustada. No quería quedarse a solas con ese tipo. Además, eso del Comité le había sonado muy mal. Seguro que por su culpa Marco tendría problemas.

Respiró hondo. El médico alienígena estaba esperando su autorización para actuar. Qué surrealista estaba siendo todo. La cara de Noelia se coló entre sus recuerdos, casi se echa a reír al recordar la vehemencia con la que su amiga le había insinuado que era muy fantasiosa. Se había reído de su comentario sobre *La Guerra de los Mundos*. Pues toma guerra. Y ella a punto de ser explorada por un invasor. Demencial.

—Adelante —dijo Mina con fingida valentía mientras observaba, con recelo, cómo su supuesto salvador llevaba a cabo su labor.

Usur, Lione o Pitrae ¿Tal vez los tres a la vez? No, tenían demasiadas cosas que hacer que comparecer los tres por ese asunto. Sin duda, solo hablaría con uno de ellos. Marco prefería que se tratara de Usur, se rumoreaba que era el más compasivo.

Sobre todo esperaba que no le entrevistara Lione. Su fama le precedía. Sudominio de la hipnosis y del control mental era tan fuerte, que era capaz de usarlo con efectividad en raselianos. En teoría estaba prohibido interferir entre los miembros de su pueblo, pero él era un Sabio, uno de los mandamás, y nadie diría nada aunque fuera evidente. A Marco le aterraba que pudiese borrarle de la mente sus sentimientos hacia Mina. Para él, sin duda, sería casi un favor. Pero no quería ni pensar qué sería de Mina y de su familia si él no estuviese a su lado.

Entró en la sala indicada y se sentó en un gran sofá blanco. El cuarto estaba provisto de una gran pantalla, lo cual supuso un alivio para Marco, que dedujo que ninguno de ellos estaría en persona. A través de una videoconferencia nadie podría doblegar su voluntad, y su relación con Mina estaba salvada, al menos por el momento. Esperó unos diez minutos, impaciente por descubrir qué era lo que querían de él. Sin previo aviso, la imagen de Pitrae apareció ante sus ojos. Marco maldijo por lo bajo. Era la más anciana del Comité y, por lo tanto, la de mayor poder decisorio. Nunca hubiese esperado tener una conversación con ella debido a su fama de inaccesibilidad.

—Has quebrantado la Ley —acusó Pitrae con una mirada fría.

A pesar de tener ochenta y dos años era una mujer hermosa. Su larga melena rubia y sus ojos azules, casi violetas, le conferían un aura de sensualidad que ningún raseliano podía obviar. Su piel se mantenía tersa, por mucho que a su edad ya debiera empezar a notarse el paso del tiempo. Marco nunca la había visto tan de cerca, aunque alguna vez había admirado su imagen en los boletines que su madre traía mensualmente a casa.

—¿No tienes nada que decir? —El semblante de Pitrae era indescifrable. Marco supuso que se debía a un férreo aprendizaje, de esa manera nada podría delatar el rumbo de sus pensamientos.

—No era mi intención. —Marco procuraba adivinar qué palabras eran las adecuadas para salir airoso de la situación.

—¿Cuál era tu intención al tener relaciones con una terrícola? En tu pueblo está prohibido. —La mujer ni siquiera parpadeaba, seguía sin dar pistas.

—La he escogido como mi compañera. —Esa afirmación era demasiado arriesgada, lo sabía. Pese a ello se mantuvo firme en su declaración.

—¿Tu compañera? Eso es del todo inadmisibile. —Un leve tic en el ojo izquierdo de Pitrae reveló a Marco que debía irse con cuidado.

—La amo.

—¿Amor? Puedes amarla como a una mascota, como si de un terrícola y su perro se tratasen. Su estado evolutivo es muy inferior, ¿qué te podría aportar aparte de un poco de diversión?

—Puede que su cerebro no sea capaz de manejar la telequinesis ni la telepatía, pero en otros

aspectos del conocimiento están desarrollada como yo. Tiene una perfecta comprensión del entorno, es empática, le gusta saber y aprender ¿Acaso los raselianos no creemos en el amor sin condiciones? ¿No creemos que una persona puede amar a otra libremente sea cual sea su condición u origen? —Se estaba exponiendo demasiado, Marco era consciente de la tensión que había generado.

—No intentes jugar conmigo. Sé perfectamente en lo que creemos los raselianos. En deferencia a tus padres, voy a pasar esta relación por alto. Diviértete todo lo que quieras con tu terrícola ahora que puedes hacerlo sin riesgo de acabar con su vida. Confío en que te cansarás de ella tarde o temprano—dictaminó Pitrae con la misma impasividad de antes.

—¿Y si no ocurre así?

—De momento, confórmate con disfrutar de su compañía. Más adelante, ya veremos, es algo que tendré que discutir con el resto del Comité.

—Nunca me cansaré de ella —replicó desafiante.

Pitrae sonrió destruyendo sumáscara de inexpresividad.

—Eso ya lo veremos. —Y tras estas últimas palabras la imagen de Pitrae se desvaneció.

Marco no sabía en qué sentido tomarse la decisión de la sabia. Por el momento consentía que estuvieran juntos pero, ¿durante cuánto tiempo? Solo se trataba de una prórroga, nada alentador para el futuro de Mina y su familia. Aunque quizá más adelante no se tomaran la molestia de separarlos. Si ahora no lo veían como una amenaza que pudiera perjudicarles, es posible que en unos años su relación pudiera ser vista con buenos ojos.

Tomó el camino de regreso con ánimo, había temido salir peor parado.

Llegó junto a Mina justo a tiempo para escuchar el resultado de las pruebas.

—Los resultados son muy positivos, está curada. —Leo hablaba con Marco, ignorando el interés de Mina por su propio bienestar—. Gracias a ti, su sistema inmunitario está fortalecido. Su recuperación ha sido asombrosamente rápida. Después de un mal de los terrícolas necesitan más tiempo para restablecerse.

Marco miró a Mina, que le observaba con un aire de indefensión. Se sentía como una niña pequeña ninguneada por su pediatra. Le dedicó una sonrisa tranquilizadora. Mina bajó la mirada a su camión de hospital.

—Su ropa está en esa silla —señaló Leo al tiempo que abandonaba la habitación, dejándolos solos.

Marco esperó afuera para darle privacidad. Sus sentimientos hacia él eran contradictorios, todavía no estaba preparada para retomar la relación. Aunque lo estaría, haría todo lo que estuviera en su mano para que volviera a confiar en él.

Mina salió tímida a su encuentro.

—¿A qué se refería el doctor con aquello de que gracias a tu sistema inmunitario está mejor? —preguntó Mina guardando distancia de Marco, que estaba apoyado en la pared.

—Te han transferido parte de mis defensas —contestó Marco respetando su lejanía.

Mina asintió y se acercó despacio hasta colocarse a su lado.

—¿Y qué debo decir exactamente a mis padres?

—Puedes decirles que mi madre tenía una crisis de ansiedad y que te necesitaba.

—¿Mi padre se ha tragado eso?

—Si lo que me estás preguntando es si le he controlado la mente, la respuesta es sí —admitió Marco.

—Muy bonito. —Mina se puso a la defensiva con los brazos entrelazados en su pecho.

—¿Crees que si les hubieses dicho la verdad estarías viva? —preguntó Marco intentando controlar su tono de voz.

—No me gusta que manipules a mi familia. ¿Cómo sé que no has hecho lo mismo conmigo también?

—Fácil, si quisiera, ahora mismo estaría besándote sin ninguna resistencia. —Marco se posicionó frente a ella de modo que no tuviera escapatoria—. ¿Crees que no percibo cómo tu corazón palpita por mi proximidad, y cómo tu orgullo te impide aceptar que aún me quieres? Sería

muy sencillo convencerte de que dejaras todo eso a un lado, créeme, mucho más sencillo que convencer a un hombre que siempre me ha detestado para que su hija pasase la noche conmigo.

Mina se apretó contra la pared y Marco se mantuvo en el sitio saboreando esa cercanía. La deseaba, daría lo que fuera porque ella bajara sus defensas de una vez.

—¿Por qué no me preguntas todo lo que estás pensando? —Marco sentía una mezcla de enfado y excitación.

—¿Puedes leer mi mente? —preguntó Mina desafiándolo con la mirada.

—Sí.

—¿Siempre has podido? —preguntó con el ceño fruncido.

—Siempre.

—¡No! —gritó Mina empujándole el pecho con ambas manos. Marco no se apartó, la sujetó mientras ella intentaba desasirse. Mina empezó a sollozar—. Siempre lo has sabido todo.

—Es complicado. Desde pequeño me han inculcado que debo integrarme con los terrícolas pero sin encariñarme con ellos. ¿No lo entiendes? Libraba una lucha interna. —Marco la abrazó contra su pecho, ella ya no oponía resistencia. Todo su cuerpo temblaba a causa del llanto.

Permanecieron un rato así, hasta que Mina se calmó. La chica se separó de él y le miró a los ojos.

—No compartiré nada de lo que sé con mi familia, pero ahora mismo necesito tiempo.

Marco asintió con la cabeza. Comprendía la batalla que tendría que lidiar la chica, la de ser fiel a su pueblo o a sí misma. La misma que él había luchado en un pasado. Su pueblo había perdido. Esperaba que en el caso de Mina sucediera igual.

Al llegar a casa, Marco la encontró vacía, como siempre. Supuso que su madre estaría en algún lugar de España cumpliendo su misión como miembro del Brazo Ejecutor. Qué ironía que una mujer que había consagrado toda una vida a velar por la obediencia de las leyes raselianas, tuviera un hijo que, no solo las contraviniera, sino que, con gusto, las volvería a contravenir. ¿Por qué no intentó impedirselo? Le desconcertaba la actitud de su madre.

Marco oyó un ruido y se acercó a la ventana. Desde allí vio cómo su padre aparcaba el coche en el garaje. Le pareció extraño que se hubiese dignado a aparecer, hacía días que no pasaba por casa. Tuvo claras sospechas de sus intenciones. Fue hasta la cocina y puso agua en la tetera. Haría unas infusiones de aeris, era conveniente relajarse para afrontar la conversación pendiente.

Agustín entró en la casa y vislumbró a su hijo en la cocina a través del pasillo. Postergó unos minutos la conversación mientras se calzaba las zapatillas y le daba tiempo a Marco a preparar el brebaje milagroso.

Aeris era una planta traída de Raselánis. Se le atribuían propiedades que procuraban longevidad, y por eso era consumida, en crudo y en infusiones, a diario por los raselianos.

Agustín irrumpió en la cocina y se sentó junto a su taza caliente. Marco estaba justo en frente, sin poder apartar su mirada escrutadora de los ojos de su padre.

“Conocías las normas, debíamos dejar que tomaras tu decisión”. Agustín tocó la taza para calibrar si estaba a buena temperatura. Apartó las manos, seguía caliente.

“¿No os importaba el resultado que esa decisión pudiera tener?”. Marco intentaba mantenerse tranquilo, sabía que su padre no soportaba los espectáculos, pero le estaba costando trabajo mantener una actitud sosegada.

“Sabes cuál es nuestra filosofía de vida. Debes obediencia a tu pueblo. Si hubieses dejado de hacerlo a causa de las consecuencias, no hubiese sido una decisión leal a tu raza”. Agustín se mostraba levemente irritado. No le gustaba justificarse.

“Está claro que vosotros sois más leales a la causa que a vuestro propio hijo”. Marco entrecerró los ojos. Siempre le había quedado claro que, para su familia, estaba en un segundo plano.

“Es así como debe ser y lo sabes”.

“No os importó lo más mínimo lo que la muerte de Mina pudiera causar en mí, ¿no?”. Marco se levantó de la silla alterado. Si una cosa había aprendido de sus vecinos, es que el amor

por la familia era lo más importante. En cambio, para su pueblo, la familia no era más importante que el propio pueblo.

“Sabes que sufrimos por ti”. Agustín estiró un brazo con la intención de acariciar a su hijo pero este se apartó.

“No padre, no lo sé”. Marco le dió la espalda. No soportaba mirarlo.

“No debes renegar de nosotros, la hemos salvado”. Había cierto tono de súplica en sus palabras.

“Fue una cuestión de azar”. Marco permanecía de espaldas, con la vista perdida en algún punto en el suelo.

“Podríamos habernos negado a tratarla, no es de los nuestros”.

“Oh, pero los raselianos no son así. Son un pueblo bondadoso que ayuda a otros a evolucionar. Buscan el mal menor para el Universo”, recitó de memoria frases que había oído desde niño, cuando le habían corroído las dudas acerca de las acciones de su gente. Se dio la vuelta y miró a su padre. En el fondo sentía lástima por él. Los raselianos proclamaban ser un pueblo libre, donde cada uno podía tomar sus propias decisiones. Menuda hipocresía. Salió de allí y se encerró en su habitación.

Miró por la ventana la casa de Mina. ¿Qué tal le habrían ido las explicaciones a su familia? Supuso que mal. Poner de coartada a una madre desde semanas ausente no había sido muy inteligente.

Se acostó en la cama y cerró los ojos. Años atrás se había sentido afortunado por pertenecer al bando ganador, a los buenos, solía decirse. Ahora ya no estaba tan seguro.

Capítulo 5. TREGUA

Mina estaba sentada en la silla rotatoria de su habitación, mirando el horizonte por la ventana mientras se balanceaba de un lado a otro para matar el tiempo. Se le hacía extraño ser esclava en su propia casa. Su padre les tenía prohibido salir al exterior, a no ser que fueran todos juntos y armados con una escopeta. Era para volverse loco, se mostraban esquivos y huraños los unos con los otros. Menos mal que la casa era lo bastante grande para perderse. Su madre se pasaba casi todo el rato en la cama releyendo viejas novelas, solo se levantaba si Nacho le encomendaba alguna tarea, inventada claro, porque ya no había nada que hacer. Ya habían organizado todos los alimentos en lateneda, congelado las verdurase incluso, en un alarde de exaltación de la enajenación mental, habían metido cuatro gallinas en el almacén.

Haciendo un recuento de comodidades, todavía disponían de luz y agua. El dvd y el ordenador funcionaban, suficiente para ver alguna película o jugar a algún juego. Últimamente le había dado por *Resident Evil*. La historia no distaba mucho de la realidad, y por lo menos descargaba su rabia matando a algunos de los monstruos que estaban causando el caos en la Tierra.

Los alimentos durarían dos meses, tal vez tres, sin seguir una dieta muy equilibrada pero sin caer en la inanición que no era poco. Después, Dios diría.

Habían pasado cinco días sin tener noticias de Marco. Se había dedicado a espiarlo a través de la ventana del cuarto que daba directamente al frente de la casa vecina. Era una habitación minúscula que albergaba un sofá cama y una tele pequeña que, a esas alturas, no servía para nada. Pero se sentía bien allí, así no se perdía detalle de los movimientos de los vecinos. Presentía que Marco era consciente de su vigilancia. Suponía que no era fácil burlar a uno de esos seres. Aunque para ella era el Marco desiempre, comedido y atento, que estaba allí cuando lo necesitaba. No lograba verlo como un extraterrestre.

Albergaba sentimientos contradictorios. Se odiaba a sí misma por añorarle y, al mismo tiempo, detestaba su cobardía al no luchar por ser leal a sus sentimientos. Es que había tantas cosas que sopesar... Si lo aceptaba como pareja, ¿significaba eso que se ponía del lado de los usurpadores? ¿Tendría que luchar por la conquista y renunciar a su humanidad? ¿Qué pensaría su familia de eso, y sus amigas, y Gabriel? Era incapaz de apartar esos pensamientos de su cabeza. Era consciente de que nunca podría estar con Marco sin tener algún tipo de remordimiento o duda.

Sin embargo, en ocasiones, flaqueaba en su determinación de que lo suyo era imposible. Lo había amado desde siempre, y eso no se podía borrar de un plumazo. Además, estaba convencida de que a él le pasaba lo mismo.

En esos largos días rememoró todas las situaciones que atesoraba en la memoria y que guardaban relación con Marco. Una sospecha se cernía sobre ella, la de que en el pasado Marco la había protegido sin hacerla consciente. Había actuado como su ángel guardián.

Recordó una ocasión en la que estaba haciendo funambulismo en el paredón que divide sus parcelas. Después de un buen rato haciendo "el gambas" perdió el equilibrio. Entonces pensó que había sido capaz de enderezar la trayectoria de su cuerpo, y siempre se había vanagloriado de sus reflejos pero, ¿había sido su mérito? Ahora estaba segura de que no. Marco la había ayudado de algún modo para evitar daños mayores.

También era muy probable que una vez, a los seis años, cuando decidieron probar unas moras un tanto extrañas de unos matorrales, él evitara que ella ingiriera más de lo recomendable mostrándose voluntario para la cata. Mina apenas había probado una cuando Marco irrumpió diciendo que le picaba la lengua. Quizás, en su sabiduría de extraterrestre infantil, presintiera que se trataba de algún veneno y obstaculizara su ingesta masiva.

Mina barajaba todos los pros y los contras de estar con él. Con seguridad, sería la única

forma de que sobreviviera junto a su familia a la masacre. Aunque, siendo objetivos, nunca estaría con Marco tan solo por ese motivo. Le daba pavor vivir en un mundo extraño, rodeada de gente hostil, eso sin contar el terrible cargo de conciencia por los amigos que se quedarían en el camino.

Su cabeza le retumbaba, sabía que, más temprano que tarde, tendría que tomar una decisión al respecto. El dilema era a qué debería hacer caso, ¿a su corazón o a su moralidad?

Miró por la ventana, estaba lloviendo, lo que no contribuía a mejorar su estado de ánimo. Vio llegar un coche a la casa de Marco. Se levantó para ir al cuartín y mejorar su visibilidad, desde su habitación veía poco más que la calle y la entrada a la casa. Era el padre de Marco. Siempre le había tenido simpatía, era un hombre muy agradable en el trato. Sin embargo, la madre de Marco le parecía una estirada. ¿Serían todas las madres raselianas así de despegadas de sus hijos? De ella no le sorprendía que perteneciera a otro planeta, la verdad. En cambio Marco y su padre...le daba escalofríos pensar en ello.

Divisó a Marco en el garaje hablando con su padre. Parecía que se iba a hacer cargo de cerrarlo. Pero justo cuando estaba cogiendo la puerta corredera se detuvo y miró hacia ella. Mina se sobresaltó y el corazón le empezó a latir muy deprisa. Le daba mucha pena la situación. Nunca habían pasado tanto tiempo separados, jamás. Ciertamente que desde que habían empezado la universidad se había mostrado esquivo pero, aunque fuera diez minutos, siempre se pasaba a saludar. Marco salió del garaje y se colocó frente a la ventana permitiendo que la lluvia le empapara. ¿Estaba loco? Cogería una pulmonía si permanecía así mucho rato. Era como si le estuviese suplicando. Mina se apartó de la ventana, no iba a consentir que lo accionara, ojos que no ven corazón que no siente, decía su abuela.

Estuvo un rato de espaldas a la ventana hasta que no resistió la tentación de comprobar si seguía allí. Así era, calado hasta los huesos. Le enfureció su obstinación. Está bien, pensó, hablaremos. Le hizo una señal con la mano para que fuera hasta su casa, de todas formas, tarde o temprano, el momento tenía que llegar.

Mina recibió a Marco con frialdad forzada. No podía ser de otra manera, al menos no hasta aclarar las cosas. También sabía que, con total probabilidad, él habría intuido sus ganas de darle una cálida bienvenida. Y eso, claro está, le daba ventaja sobre ella. No era nada bueno que supiera con nitidez todos sus pensamientos, mientras ella lo único que percibía era una máscara de contención.

Decidió ir con él hasta el desván. Allí nadie les oiría, era el lugar más alejado posible. Mina cogió la llave sin que nadie la viera, y cruzó la cuadra hasta el almacén con Marco haciéndole de escolta. Subieron las escaleras que partían del almacén hasta la tenada, y de allí otras que iban directas al desván. No era muy recomendable subir allí, los peldaños de madera estaban medio podridos y, además, estaría atestado de ratones. El riesgo lo merecía, desde la tenada cualquiera que estuviera en el almacén podría oírlos. Y a Mina no le faltaba más que eso, que su familia se enterara de que tenían un extraterrestre en casa.

Abrió la puerta con dificultad, la cerradura era del año de Matusalén. Se apartó para dejar paso a Marco y cerró para amortiguar el sonido al máximo. Encendió la luz y removió con una mano el polvo que había en un banco de madera, que su padre había rescatado de la Parroquia de Tremeñes, para poder tomar asiento. Marco la imitó sin aproximarse demasiado. Mejor así, de momento que corriera el aire entre ellos.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Mina con la mirada esquiva. No se le ocurrió otra pregunta mejor para aligerar la tensión.

—Estar contigo —contestó Marco clavando sus ojos en ella.

—¿Y ya está? —Mina le miró con cara de sorpresa.

—Estar contigo y protegerte —añadió ladeando la cabeza y apoyándola contra la pared sin apartar la vista de Mina.

—Y ¿qué hay de mi familia? —preguntó Mina de manera algo ofensiva.

—Todo lo que es importante para ti, lo es para mí —respondió el chico con seriedad. Intentó deslizarse unos centímetros en el banco, pero desistió al percibir la mirada de

desaprobación de Mina—. Intentaré protegerlos a ellos también.

—Y ¿qué pasa si no lo consigues? —Mina no pudo disimular la angustia en su voz.

—La idea que tienes en tu cabecita de que todos son exterminados es incorrecta. —Marco se tocó levemente la cabeza con el índice—. Los elegidos son evacuados.

—¿Los elegidos?

—Sí, los terrícolas que los raselianos estiman merecedores de ese destino.

—¿Dónde los lleváis? —El corazón de Mina latía muydeprisa, la esperanza empezaba a resurgir, aunque pendía de un hilo muy fino.

—Es complicado.

—No me cabe duda —ironizó Mina frunciendo la frente.

—Estoy hablando en serio. Es difícil de entender.

—Inténtalo, quizás una humilde humana como yo, sea capaz de comprender vuestros tejemanejes.

Marco la observó unos instantes con seriedad, obviando la burla implícita en sus palabras como si no hubiese comprendido la ironía.

—No sé por dónde empezar. —Marco se puso ambas manos en la nuca y miró hacia el techo unos segundos.

—¡Vaya! Es la primera vez que te quedas sin palabras. Pues sí que debe de ser complicado, sí. —Mina no podía parar de burlarse, los nervios la impelían a evitar los momentos prolongados de silencio.

Marco la miró irritado.

—Creo que lo primero quedebo explicar, es que nuestro universo es un plano dimensional entre otros muchos —dijo Marco.

—¿Crees de verdad que esa información va a allanarme el camino a la comprensión?

—Por favor, deja el sarcasmo aparcado por unos minutos. Ya te dije que no era fácil.

—Marco se mostró enfadado ante la actitud de la chica.

Mina se encogió de hombros y se torció en el banco para mirar mejor a su interlocutor.

—Digamos que vais a permanecer en el planeta Tierra, aunque en otra dimensión.

—Tenías razón, no entiendo nada.

—Bien, voy a intentar explicártelo de una manera más simple. —Marco hizo una pausa hasta que comprobó que Mina le prestaba toda su atención—. Este mismo mundo que tú conoces se ha desarrollado igual en otra dimensión, es decir, existe otra España y otra Mina en otro mundo paralelo.

—Entiendo. Así que no supondrá tanto cambio después de todo...

—No exactamente. No pueden enviaros al mismo espacio tiempo porque cabría la posibilidad de que la materia y la antimateria colisionaran.

—Ah, claro. La materia y la antimateria... ¿y qué narices es eso?

—Pues es como si tú te encontraras contigo misma. Eso podría traer consecuencias catastróficas para la totalidad del universo.

Mina arqueó los labios hacia abajo y asintió con la cabeza. Le resultaba demasiado complicado para tomárselo en serio.

—Creo que entiendo... viajaremos a épocas pasadas entonces. ¿Utilizaremos un DeLorean?

—Mina —dijo Marco en tono de amonestación.

—Tienes que entender que me tome todo esto un poco a chunga... es difícil de asimilar. Me estás diciendo que vamos a vivir en un universo paralelo... ¿y no hubiera sido más fácil que vosotros os fuerais a vivir allí? Se hubieran evitado mucho trabajo, ¿no?

—Sí, desde luego. —Marco sonrió como si fuera un adulto escuchando las incoherencias de un niño—. Todos los terráqueos elegidos irán aparar al Neolítico, al año cuatro milantes de Cristo.

Mina pestañeó incrédula y miró a Marco a la espera de que aclarara que todo era una broma pesada. Eso no va a pasar, pensó, Marco nunca bromea.

—¿Nos vais a mandar a la prehistoria?

—Eso parece.

—¿Y por qué no vais vosotros?

—Dentro de unos ochenta años un gigantesco meteorito colisionará con este planeta. Nosotros podemos evitarlo. De esa manera serán dos civilizaciones salvadas.

—Qué detalle. No, si vais a estar haciéndonos un favor y todo.

—Vamos, ¿prefieres que seáis extinguidos por una piedra enorme? Tendréis la posibilidad de reescribir la historia, al menos en uno de los mundos posibles.

Mina se apoyó contra el respaldo, pensando en las implicaciones que tendría para ella el hecho de irse a convivir con neandertales.

—La verdad es que casi están extinguidos —aclaró Marco sin poder resistirse, sabía que a Mina no le hacía demasiada gracia que le leyera los pensamientos.

—¿Qué? —Mina lo miró con extrañeza, era difícil comprender una respuesta a una pregunta no verbal—. Oh, ¿y con qué especie vamos a tener el gusto de coincidir?

—Con los Homo sapiens.

—¿Y son más agradables? —ironizó Mina mirando fijamente a Marco.

—Son más parecidos a vosotros.

Mina cerró los ojos intentando alejar las ganas de gritar a Marco que se callase. ¿Acaso no entendía las vaciladas?

Después de unos minutos de silencio Mina reanudó la conversación.

—¿Qué pasa con vuestro planeta?

—Nuestro sol se muere.

—¿Podrías especificar más? —Mina levantó las cejas—. Por favor.

—Todas las estrellas tienen fecha de caducidad. Aquí, en la Tierra, ocurrirá dentro de cinco mil millones de años.

—¿Y por qué se mueren?

—Las estrellas queman hidrógeno y, cuando escasea, comienzan a usar el que se hay en las capas más profundas, propagando la combustión a la superficie y haciéndose mayores y más brillantes. Se convierten en gigantes rojas.

—¿Y qué pasa con eso? —interrumpió Mina.

—El calor desprendido por esas gigantes propiciará que los océanos se evaporen paulatinamente. En un futuro no muy lejano, Raselanis se convertirá en un desierto y la vida no será posible. Después, la gigante roja se convertirá en una enana blanca e irá cambiando de color hasta desaparecer.

Mina volvió a apoyarse en su respaldo y centró su mirada en el techo hasta que cayó en la cuenta de algo.

—¿Quiénes son los elegidos?

—Se descarta a los presidiarios y expresidiarios no reintegrados.

—¿Qué pasará con ellos?

—¿De verdad lo quieres saber? —Marco la miró con rostro cansado.

Mina comprendió y esperó unos segundos antes de seguir con la conversación.

—¿Y tú crees que todo el mundo que está en la cárcel merece morir? —preguntó Mina apesadumbrada—. Algunos están allí por unas cartas mal jugadas. Y eso sin contar que, por error, pueda haber algún inocente.

—Mi pueblo se basa en la premisa de que si vosotros mismos los habéis encerrado, es porque no los queréis conviviendo en vuestra sociedad. ¿Te gustaría que los liberaran allí junto al resto de vosotros? En el neolítico no se han inventado las cárceles todavía —dijo Marco.

Mina se paró unos instantes a pensar. Visto de ese modo... desde luego que no le haría gracia convivir con violadores y asesinos.

—¿Y no habrá ningún terráqueo al que permitáis permanecer aquí? —preguntó Mina.

—Primero me gustaría que no hablaras en esos términos, como si me incluyeras a mí en el lote de los responsables. Soy un chico que intenta sobrevivir en el mundo donde le ha tocado nacer. No quiero el destierro de los terráneos, me inclino por una convivencia pacífica y sufro

al contemplar todo el daño que mipueblo está haciendo al tuyo.

Mina percibió dolor en el rostro del chico. Nunca se había parado a pensar en cómo todo eso afectaba a Marco. Había nacido en la Tierra, se había relacionado con su gente, y ahora tenía que ver cómo eran expulsados. Supuso que su situación tampoco era fácil.

—Perdona, tú no tienes la culpa —reconoció Mina arrepentida de emplear la segunda persona del plural en todas sus preguntas.

Marco asintió, aceptando las disculpas, y empezó a dar la explicación asu última cuestión.

—A algunos de los terrícolas los consideran aliados, han ayudado a los raselianos desde el principio. Muchos lo han hecho porque la lógica les decía que los humanos perderían la guerra y sería la única forma de que ellos y sus familias pudieran continuaren este mundo. Otros han sido presa de cierta manipulación mental. A todos ellos les permitirán quedarse, aunque les designarán un lugar apartado para que estén controlados en todo momento. —Marco la observaba esperando a que planteara el siguiente interrogante.

—¿Un lugar apartado? —Mina frunció el ceño adoptando una mueca de extrañeza.

—Sí, están barajando confinarlos a Tuvalu —dijo Marco moviéndose unos milímetros en el banco aprovechando el despiste de Mina.

—Tuvalu será inundado por el mar en unos años. Lo he leído en Internet.

—Supongo que, para entonces, los trasladarán a otra isla. Lo que más les interesa de ese país es que dependerían absolutamente de los raselianos. Apenas hay agricultura porque las tierras no son fértiles, sería una manera de hacerlos dependientes —declaró Marco poniendo un brazo a lo largo del respaldo del banco, casi rozando a Mina con su mano.

—Y, ¿por qué no preservan a más gente recluyéndolos en, yo que sé, Australia por ejemplo? —Mina no concebía que pudiendo ayudar a millones de personas, se conformasen con amparar a unas miles.

—No creen que la mezcla entre especies sea recomendable. Cuantos más terrícolas permanezcan más fácil será que, en un futuro, pudiera formarse algún híbrido. Además, la población raseliana aumentará algún día y, cuanto más espacio dispongan, mejor —evidenció Marco apenas rozando con la yema de sus dedos el hombro de Mina.

—Esa sí que es una manera egoísta de pensar. No me digas que los raselianos son mejores que nosotros, si en vez de amparar al mayor número de gente posible, la condenan por tener más espacio en un futuro o por evitar un mestizaje —dijo Mina altiva, muy erguida en el banco. Empezaba a darse cuenta de la necesidad de contacto de Marco, sus dedos le rozaban el hombro con poco disimulo. Ella no se movió, prefirió ignorar el gesto.

—Está claro que la decisión de invadir un planeta demuestra falta de piedad y grandes dosis de crueldad, mi pueblo no es perfecto. A su favor debo decir que su forma de vida es mucho más meritoria que la terráquea a la hora de perdurar en el universo.

—Ilústrame, convénceme de que es así —le retó Mina con fuego en la mirada.

—Para empezar tenemos un único lenguaje. No entendemos por qué vosotros no escogéis, de todos los idiomas que tenéis, uno universal para mejorar las comunicaciones —dijo Marco con aire de suficiencia.

—El lenguaje es sinónimo de riqueza cultural —espetó Mina intentando pensar algo de prisa para rebatir su ataque—. Es lógico que cada país tenga uno independiente, en cada zona se ha evolucionado de manera diferente. No podéis pretender que renunciemos a nuestra identidad para hablar un idioma ajeno —defendió, reconociendo en su fuero interno que no sería mala idea tener un habla común para todos—. Además, hay algunos pueblos que necesitan una especificación más amplia de ciertas palabras. ¿Sabías que los esquimales tienen varias formas de denominar la nieve y el color blanco? Aquí, en España, eso carece de sentido. —Mina sintió cierto regocijo al pensar que sus clases de antropología, las que pensaba que eran tiempo perdido, le estaban resultando muy útiles en ese momento.

—Entiendo la evolución del lenguaje perfectamente, en los primeros tiempos de Raselania pasaba igual. Pero reconocerás que no estaría de más disponer de un lenguaje en común para las relaciones internacionales. Iba por el buen camino con el esperanto, no entendemos por qué no

funcionó.

—¿El esperanto? —Mina nunca había oído hablar de eso.

—Es un idioma artificial creado por un oftalmólogo polaco en el año 1887. Fue diseñado para ser un idioma auxiliar internacional, como segunda lengua de comunicación, después del idioma natal. Pero nunca fue aceptado por Naciones Unidas ni por ninguna otra organización internacional —explicó Marco ante la atenta mirada de Mina.

—Es que es algo imposible. Si llegara a fraguar la idea, seguramente con el tiempo los otros lenguajes desaparecerían. —Mina estaba haciendo de abogada del diablo, como de costumbre en sus conversaciones. En realidad, le parecía un planteamiento interesante.

—Eso no está del todo claro. Como ejemplo tienes a España. En este país existen varios idiomas oficiales y uno global para todos. No veo que en las comunidades bilingües se haya perdido ninguna lengua. —Marco hizo una pausa para observar su reacción—. El fin de cualquier idioma es comunicarse con la gente, así de simple. Un idioma universal acerca tu cultura al resto del mundo y te permite entender las demás.

—De todas formas tenemos el inglés. En casi cualquier país puedes comunicarte recurriendo a él.

—Tú lo has dicho, en casi cualquier país, y has sido generosa.

—Está bien, supongamos que la idea de un idioma universal me convence, a parte de eso, ¿qué más hay que pueda persuadirme de que sois más merecedores de la continuidad en este planeta? —El rostro de Mina denotaba desafío. Marco sonrió aceptando el reto.

—Nuestra forma de pensar es global, no diferenciamos entre regiones. Tenemos un gobierno único que dista mucho de cualquiera de los vuestros. Para empezar, nos rige un Comité de Sabios, que consta de tres de las personas más eruditas de Raselanis. Ellos solo existen para resolver conflictos e incidentes que puedan surgir. No existen las cárceles, puesto que rara vez nos salimos de las normas establecidas. Cada uno trabaja en función de sus posibilidades y habilidades. No hay pobreza ni clases sociales, todos somos iguales —dijo Marco con orgullo.

—Eso suena demasiado idílico ¿Todos iguales? ¿Para vosotros está igual de valorado un médico que una chica de la limpieza? —A Mina le parecía demasiado bueno para ser verdad.

—¿Por qué no? Cada uno elige lo que quiere desempeñar y todo es igual de importante y necesario.

—¿Y quién iba a preferir limpiar la porquería de los demás pudiendo hacer otra cosa? —Para ella era muy difícil pensar que alguien quisiera hacer cierto tipo de trabajos si no había una imposición o una necesidad detrás.

—Hay gente que lo prefiere, es una forma de contribuir al bien común sin implicarse demasiado. Hay oficios que tienen más responsabilidades y no todo el mundo está dispuesto a asumirlas, y menos en una sociedad en la que se mide a todos por el mismo rasero. —Marco quitó el brazo del respaldo con hastío.

—¿Y ganan lo mismo? —La cara de Mina era como la de una niña imaginando un mundo maravilloso.

—No ganan nada ninguno de los dos —declaró Marco con obviedad.

—No hay sueldo, entonces...¿cómo compran la ropa, alimentos y demás? —Cada vez estaba más fascinada con el modo de vida de esos seres.

—Se les proporciona la indumentaria, van todos iguales. Así no se fomenta el materialismo ni la diferenciación. —Marco se encogió de hombros, para él parecía muy razonable esa idiosincrasia.

—¿Y la comida y la vivienda? —Estaba asombrada, ¿sería posible todo lo que Marco describía? Pensó en lo que diría su profesora de sociología ante tales revelaciones. Casualmente, dos semanas atrás, había hablado en clase de la existencia de experiencias similares entre comunidades pequeñas como el falansterio, que se basaban en la idea de que cada individuo trabajara en función de sus capacidades, y en las que no existía concepto de propiedad privada o común. Pero había resultado un fracaso.

—Todo nos lo proporciona el sistema —dijo Marco satisfecho de lo que sus palabras

suscitaban en Mina.

—Me cuesta trabajo creerlo. ¿Cómo sabes que es verdad si nunca has vivido allí? —Mina no creía que Marco estuviera mintiendo, sin embargo ¿y si era a él al que habían engañado?

—Porque conozco Raselanis gracias a todas las evocaciones de mis congéneres.

—¿Evocaciones? —Otra vez frunció el ceño, esa tarde se había convertido en una costumbre.

—Sí, nos leemos la mente. A veces ni siquiera nos comunicamos con la voz. La telepatía es nuestro verdadero lenguaje universal. Si tuvieras la misma capacidad que nosotros podría demostrarte mediante imágenes, como si fuera una película, todo lo que tengo en la cabeza acerca de mi planeta —aclaró Marco.

—¿Y no podrían mentirte enseñándote unas imágenes falsas? —preguntó Mina que no concebía la idea demasiado inverosímil.

—Imposible, podrían mentir pero yo lo detectaría. Cabría la posibilidad de que alguno de mis congéneres hubiera manipulado mi mente, aunque muy pocos pueden hacerlo sin levantar sospechas. Debería ser alguien muy experimentado y entrenado en esa habilidad. Además, podría leer discrepancias en cualquier otra mente así que, al final, sin duda lo descubriría.

Mina agachóla cabeza estrujándose los sesos para seguir con el interrogatorio. Era su oportunidad, presentía que después de esa tarde Marco no estaría tan abierto a responder sus dudas.

—¿Me quieres decir que no hay un solo raseliano que haya incumplido alguna vez las normas, que haya hecho algo malo, o que haya perdido el juicio y causado daño a alguna persona? —preguntó Mina dudosa de que la naturaleza raseliana fuera tan perfecta.

—Normalmente cuando alguien hace algo incorrecto suele ser causado por algún tipo de enfermedad mental. Se intenta curar al sujeto para que pueda reinsertarse en la sociedad y, si no es posible, se le ejecuta.

—Pero eso es horrible. ¿Matan a la gente que no es capaz de seguir las reglas impuestas? ¿Es una dictadura! —A Mina dejaron de parecerle tan idóneos.

—Es la forma de velar por el bien común. Una persona disfuncional puede acarrear muchos daños, así que optamos por el mal menor. Además, es algo que no suele pasar.

—No, claro. ¡Cualquiera se salta las normas! —repuso Mina irónica.

—Raselanis tiene una incidencia de, como mucho, treintamuerdes al año en todo el planeta por esos motivos. ¿Cuánta gente muere en la Tierra a causa de la pena de muerte? ¿Y cuánta gente hay privada de libertad?

—Ya sabes que nunca he estado de acuerdo con la pena capital. Pero, lejos de entrar en ese debate, se supone, si no hay ningún error, que la gente ejecutada aquí lo es porque ha asesinado a alguien.

—Estás mal informada. Hay países que asesinan a gente únicamente porque han cometido adulterio, o por tráfico de drogas, o por delitos de índole económica. Incluso hay países que someten a esa ejecución a personas menores de dieciocho años, algo que constituye una violación de vuestro derecho internacional. Está claro que no conoces la verdadera naturaleza humana, piensas que toda la Tierra es España —dijo Marco.

—Vale, de acuerdo, tienes razón, somos horribles —reconoció Mina con resignación—. Y en Raselanis, ¿qué delitos son castigados con la muerte?

—En Raselanis, robar, asesinar, violar y maltratar está penado con la muerte.

—¿Cómo los ejecutáis? —preguntó Mina

—Vuelves a usar la segunda persona del plural —dijo Marco enfadado.

—Perdoona —Mina puso los ojos en blanco. No lo hacía para herirle, era una manera de hablar, simple y llanamente.

—Los duermen y posteriormente les inyectan un veneno.

—¿Es eso lo que harán a la gente de nuestras cárceles? —preguntó Mina.

—No, y no sé si es una buena idea que lo sepas —dijo Marco removiéndose incómodo en el banco. Mina empezaba a tener complejo de culo cuadrado también, y se giró doblando una

pierna sobre el asiento.

—Necesito saberlo —imploró Mina.

—Hay demasiada gente descartada. Si los eliminaran en este planeta generarían un montón de residuos. Lo que han resuelto hacer es deshacerse de ellos en el espacio exterior. —Marco miró con atención a Mina, esforzándose en interpretar su reacción.

—Es espeluznante, una muerte horrible. —Mina estaba aterrada, representó en su cabeza a miles de personas asustadas, expulsadas, en un momento dado y después de mucha incertidumbre, desde una nave al espacio, y se imaginó la forma en que sus cuerpos se hinchaban, sus ojos explotaban y, bueno, en realidad, lo que hizo fue evocar imágenes de la película de Arnold Schwarzenegger, *Desafío Total*.

—Lo sé, pero es rápido —declaró Marco.

Mina apoyó su cabeza en la pared y miró hacia arriba. Todo era como una pesadilla. Cada nueva confianza hacía la experiencia más espantosa.

—Sabes, lo que más me cuesta entender es por qué no nos han dado una oportunidad para defendernos. Nos han atacado de una manera muy sucia y sibilina. —Mina juzgaba más justo que las dos especies hubieran tenido una guerra limpia por su supervivencia.

—¿Hubieras preferido que destruyéramos el planeta entre todos con armas nucleares y biológicas? Entonces no quedaría nada, ni para nosotros ni para vosotros. Ha sido una manera inteligente de proceder. Primero han eliminado el sistema armamentístico y después han cortado las comunicaciones. De esa manera, evitan que los recursos del planeta sufran.

Mirándolo así... pensó Mina. Reconocía que los terráneos hubieran muerto en el intento por defender su planeta, destrozando todo a su paso.

Mina se quedó pensativa unos minutos mientras se miraba sus zapatillas. Había tantas cosas que quedaban en el aire.

—¿Cómo trasladan a la gente a la prehistoria? —interrogó de nuevo Mina con curiosidad.

—Existen portales. Pueden ser agujeros negros naturales, o puertas creadas con nuestra tecnología.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Estiman que en unos cinco años ya habrán podido desplazar a todos los terráneos.

Mina se mostró sorprendida, aquello iba para largo.

—¿Y una vez allí? —preguntó Mina con tristeza. Se imaginaba a toda esa gente, su miedo al ser depositados en un lugar totalmente desconocido.

—Tendréis que adaptaros para sobrevivir.

—Bueno, no me has dicho nada nuevo, ¿sabes? ¿Qué pasa con los homo sapiens? ¿Aún existen dinosaurios? No sé, ese tipo de cosas...

—Los homo sapiens podrían resultar una amenaza, por supuesto. Piensa que para ellos sois unos seres de origen desconocido.

—Sí, seremos nosotros sus invasores. Tiene gracia.

—Tal vez pueda existir una convivencia pacífica, no lo sé. Lo que es seguro es que cambiaréis el curso de la historia. Tendréis muchos más años para evolucionar.

—¿Y el tiranosaurio rex? —A Mina no le hacía mucha gracia sentirse como un personaje de *Parque Jurásico*.

Marco sonrió.

—Extinguídos. Habrá mamuts y dientes de sable, creo. Tampoco sé si ese mundo ha tenido la misma evolución que este.

—Bufff, ¡qué complicado es todo!

Mina pensó en su familia. Su abuela no sobreviviría en el Neolítico. ¡Por el amor de Dios! ¿Tendrían que cazar con piedras para alimentarse?

—Yo intentaré que tú y tu familia os quedéis en la Tierra conmigo. No albergo ninguna otra opción —afirmó Marco con decisión. Miró a Mina y le acarició un brazo. Ella le sostuvo la mirada y después se deslizó en el banco para abrazarle.

—No sé si puedo quedarme contigo. Sería como traicionara toda mi gente. Pensar en vivir

en la Tierra rodeada de extraterrestres, considerándome un ser inferior y sabiendo que mucha gente está viviendo un horror en otro mundo...—Se separó de Marco—. Tengo mucho que meditar. Tú, ¿qué harías en mi lugar?

—Yo elegiría establecerme contigo. Aquí, allí. —Marco hizo una pausa y le agarró la cara con las manos—. Pero siempre contigo, y eso haré. Dime si quieres quedarte o irte, y yo te apoyaré.

Mina le abrazó y se desahogó llorando contra su pecho. Le conmovió que se mostrara tan generoso y dispuesto a todo por ella. De todas formas tenía claro que, si decidía estar del lado de los suyos, jamás permitiría que Marco se sacrificara de esa manera. Era muy posible que no sobrevivieran en esa nueva vida.

—Mina, iría contigo al fin del mundo. —Marco la separó de su pecho para poder mirarla a los ojos—. Piensa bien lo que quieres hacer. Pero ten por seguro que no habrá nada, ni siquiera tú, que pueda separarme de ti. —Marco la miraba con intensidad, y ella fue incapaz de desviar sus ojos.

Marco le pasó un dedo por la mejilla en una caricia perturbadora. De su mejilla bajó a la barbilla, y de allí a su cuello. Mina le atrapó el dedo sin apartar los ojos de los suyos y se lo llevó a la boca para probarlo, descubriendo un sabor salado. Marco alejó sumano y sustituyó el dedo por su boca, ávido de cariño y deseo.

Mina correspondió, permitiéndole que sus manos resbalaran por su torso hasta detenerse en sus pechos.

Mina se distanció con ojos enloquecidos y se desprendió de su jersey con fiereza hasta tirarlo al suelo. Marco retiró la tela del sujetador, provocando que los aros alzarán sus senos de manera que quedaran expuestos a su boca. Marco se deleitó succionando los pezones, y Mina enredó los dedos en su pelo, instándole a que se arrimara más y más. Cuando la necesidad empezó a acuciarles, se levantaron para despojarse de sus ropas, quedándose desnudos y exhibiéndose el uno al otro.

Mina sintió que un instinto primitivo se apoderaba de su ser, y cogió el miembro de Marco, que se izaba desafiante, para acariciarlo con dedicación.

Marco, con un movimiento sutil, indicó que se detuviera y señaló el banco para que se sentara. Él tomó asiento a su lado, al tiempo que rozaba con los dedos su intimidad para prepararla.

Cuando Mina estuvo a punto de no resistirlo más, tomó el mando. Se sentó a horcajadas sobre él y cabalgó con mirada lasciva. El orgasmo llegó casi al mismo tiempo y, cuando todo terminó, se abrazaron como si fueran mutuamente uno el salvavidas del otro.

Mina empezó a tiritar. Se separaron a regañadientes y sacudieron el polvo que había instalado en sus ropas para vestirse. Ella tenía nuevas preguntas.

—No me puedes dejar embarazada, ¿verdad? Por eso no necesitamos protección.

—En realidad, no lo sé. —Marco sonrió con tristeza—. No se sabe si es viable un embrión terráqueo-raseliano.

—Entonces, ¿cuál es el secreto? O, ¿acaso de lo que acabamos de hacer podría salir un bebé? —Mina estaba perpleja, quedarse embarazada no entraba dentro de sus planes a corto plazo.

—No, yo sé cuando estás en periodo fértil. Tu mente lo sabe y me lo dice. Pero de todas formas retroeyaculo, es más limpio.

Marco se pasó las manos por el pelo para adecentárselo un poco. Parecía irritado.

—¿Retroeyaculas, qué significa eso? —Ariesgo de recibir una mala contestación por su parte, siguió con su cuestionario particular. Se lo debía.

—Pues que la eyaculación vaya hacia dentro en vez de hacia fuera. —Hizo un gesto con las manos para hacer más evidente el significado.

—Ah ¿y es igual de placentero? —se interesó Mina, quería que su chico disfrutara al máximo, como ella.

—Nunca he probado a eyacular normal, así que no sé qué contestar.

—Pues si estás seguro de cuándo no soy fértil, deberías probarlo la próxima vez. —Su media sonrisa puso a mil a Marco, entendiéndolo como una invitación.

—Está bien, me encanta la perspectiva de que haya una próxima vez —susurró atrayéndola hacia su pecho y besándole el cuello.

Mina se dejó llevar de nuevo, no entendía por qué le afectaban tanto sus besos y caricias. Hacía unos minutos estabarecelosa y, en un abrir y cerrar de ojos, sus sentimientos habían cambiado. ¿Estaría usando parte de su influencia, o como fuera que se llamara, para que ella se comportara de esa forma? —No vuelvas a pensar una cosa así —expresó Marco dolido y separando de mala gana sus labios de su cuerpo—. Jamás he intervenido en tu mente, lo que sientes por mí es genuino.

Mina estaba confusa. Nunca había sido consciente de en qué medida le repercutía el hecho de que pudiera leer sus pensamientos. No era nada agradable no poder guardarse nada ante otra persona. Le dotaba cierto poder sobre ella. Siempre conocería sus emociones, para bien o para mal. Ella, en cambio, debería confiar ciegamente en él.

—Será siempre así, ¿verdad? —preguntó Mina alicaída.

—Siempre sabré lo que piensas acerca de mí, sí. Siempre conoceré tu estado de ánimo. Cuando te sientas triste o enfadada, yo podré comprenderte mejor que nadie. No hará falta que me expliques tus miedos más ocultos pues los haré míos también. —Se miraron a los ojos sin parpadear.

—¿Y si alguna vez tengo miedo de ti?

—Entonces seré capaz de demostrarle que no hay nada que temer —contestó Marco con seguridad.

Mina le abrazó, no podía evitar quererle. Marco le correspondió, apretó bien fuerte porque sabía que era lo que Mina más necesitaba en ese momento. Y, a pesar de su deseo, no intentó encender otra vez la pasión. Estaba caminando sobre una cuerda muy débil que, en cualquier momento, se podría romper. Era mejor no tentar demasiado a la suerte.

Mina estaba indecisa, debía aclarar sus ideas. Había recibido demasiada información y no sabía cómo manejarla. Por la noche, en su habitación, se hizo muchas preguntas. No sabía si su deber era informar a la Resistencia. Tampoco si eso supondría alguna ventaja frente a la guerra que se estaba librando. Tan solo la idea de traicionar a Marco hacía que se le revolvieran las tripas. Además, se había ofrecido a seguirla fuera adonde fuera, ¿significaba eso que sería capaz de luchar a su lado contra su pueblo?

Egoístamente, se daba cuenta de que la única posibilidad de quedarse en la Tierra junto a su familia era su unión con Marco, la alianza con los extraterrestres. Si optaban por unirse a la Resistencia terminarían todos en la edad de piedra, o formando parte de la basura espacial. Y no podía permitir que Marco se arrastrara al abismo junto a ella. ¿Era eso lo que le frenaba a luchar, o simplemente era cobardía?

También tenía miedo de lo que pensarán los raselianos acerca de su relación con Marco. Ella era de otra especie, ¿no era eso como mezclar a un hombre con, por ejemplo, un gorila? ¿La considerarían una paria entre los suyos?

El único alivio que sentía, era el pertenecer a una familia pequeña. Decidiera lo que decidiera, solo tenía el lastre de tres personas más. Era la primera vez que se sentía afortunada porque sus padres fuesen hijos únicos, y de que el resto de sus abuelos estuviesen muertos.

Era mucha la responsabilidad que pendía sobre su cabeza y sabía que, tomase la decisión que tomase, se equivocaría.

Capítulo 6. DECISIÓN

La relación de Marco y Mina no pasó desapercibida para la familia de la chica. No mostraron ni rechazo ni aprobación, solo indiferencia y permisividad. Lo aceptaron, qué remedio tenían. Cierto que sospechaban de sus tardes locas de sexo en el desván, ¿para qué si no se iban a esconder tanto? Y aunque no era fácil aceptar que su hija y nieta se había convertido en una mujer con unas necesidades físicas cada vez más exigentes, por acuerdo tácito decidieron obviar la situación, no estaban los tiempos para represiones absurdas.

Mina agradecía ese respiro, ya que cuando estaba con Marco, se olvidaba de todas sus miserias. Todavía no había tomado una decisión. Se engañaba pensando que lo que hacía con Marco era aprovechar el tiempo y ganar en experiencia. Justo lo que habían estado haciendo hacía unos minutos y que los había dejado exhaustos, desnudos y abrazados en el banco del desván.

—Todos esos incidentes extraños, ya sabes, el Triángulo de las Bermudas, el caso Roswell...¿qué pasó en realidad? —preguntó Mina mientras se acomodaba sobre el hombro de Marco, y se tapaba hasta las orejas con la manta que habían tomado prestada del almacén.

—Tú ¿qué crees que pasó? —Marco parecía divertido, seguro que llevaba un rato esperando esa pregunta, pensó Mina.

—Creo que es posible que se trate de algún ser de otra galaxia —bromeó Mina a la vez que le daba un beso cariñoso en el cuello.

—Eres una chica muy aguda. —Marco sonrió y la besó en los labios con intención de reavivar la llama.

—Si quieres más —dijo Mina con voz melosa y una mueca insinuante—, tendrás que contestar primero.

Los dos se rieron, era asombroso cómo el amor podía hacer que se relativizasen las cosas.

—No, en serio. ¿Tuvo algo que ver con vosotros? —preguntó Mina adoptando una actitud más seria.

—Hay más seres inteligentes en el universo, ¿sabes? Y algunos también han venido a estudiaros, aunque no con las mismas intenciones. En Roswell se trató de una nave que se accidentó. Llevaba dos tripulantes, uno murió en el acto, el otro sobrevivió lo suficiente para que los vuestros lo sometieran a un pequeño infierno mediante sus experimentos —explicó Marco mientras acariciaba distraído la cabeza de su chica.

—¿Y por qué no los invadisteis a ellos?

—Porque ellos pueden sobrevivir en este planeta, pero ni los terráqueos ni los raselianos podemos en el suyo. Tienen una fisiología diferente capaz de adaptarse a diferentes medios. Además, nos lo hubieran puesto mucho más difícil —confesó Marco muy serio.

—¡Vaya! Gracias por menospreciarnos de esa manera.

—No te enfades, no quiero decir que seáis menos inteligentes, aunque es cierto. —Marco recibió una colleja como amonestación—. Me refiero a que ellos muestran diferencias externas. No nos hubiéramos podido confundir entre ellos, lo cual ha sido la base de nuestro éxito hasta ahora. —Marco intentó apaciguarla estrechándola contra su cuerpo.

—¿Y qué querían de nosotros?

—Simplemente estudiaros, comprender vuestro modo de vida, investigar vuestros recursos...no pretendían causar ningún daño. Si no hubiese sido por el accidente, jamás os hubieseis percatado de su existencia.

—Pues vaya ignorantes que somos aquí en la Tierra, seguro que somos el hazmerreír del espacio —bromeó Mina—. ¿Vosotros habéis tenido contacto con otros alienígenas en vuestro planeta?

—Por supuesto. Algunos han estado estudiando nuestro planeta y nos han ayudado a evolucionar como especie. Otros han experimentado con alguna de nuestra gente, pero de eso hace ya miles de años.

—¿Cómo lo que pasó en las Bermudas?

—Eso es. Son seres hostiles que someten a las personas a todo tipo de pruebas. Ellos nunca han pretendido compartir sus conocimientos con otras civilizaciones.

—Entonces, ¿existen extraterrestres buenos y malos? —preguntó Mina con los ojos bien abiertos, el morbo se había despertado en ella ante la idea de un universo repleto de peligros.

—Más o menos.

—¿Por qué a nosotros no nos ha ayudado ninguna especie a evolucionar?

—Porque aún no estáis preparados para un contacto de ese tipo. ¿Eres capaz de imaginar a tu presidente de gobierno dialogando con un extraterrestre?

—No todos los terráqueos somos como nuestro presidente de gobierno —bromeó Mina divertida al imaginar a José María Aznar discutiendo de política con un hombrecito verde y cabezón—. Y, volviendo a las Bermudas, ¿qué pasó con esa gente? ¿Están muertos?

—Es muy probable.

A Mina le dio un escalofrío al pensar en esas personas. Marco la tapó mejor con la manta, que le estaba resbalando poco a poco por los hombros. Ella se acurrucó contra su cuerpo. Era increíble las sensaciones que experimentaba a su lado. Su vida era una completa paradoja. Por un lado estaba más feliz que nunca y, por otro, un sentimiento de culpabilidad empañaba, por momentos, ese estado.

—No te sientas mal por estar feliz a mi lado —suplicó Marco dolido. Mina le miró con mezcla de ternura y asombro. Seguía sin acostumbrarse a que Marco supiera en todo momento lo que estaba pensando.

Todavía no había decidido qué hacer, si aceptar quedarse en la Tierra con Marco, o rendirse y marcharse. Fuera lo que fuese tenía claro que sus padres y su abuela deberían permanecer a su lado. Era la única petición que no tenía discusión posible.

Conocía la opinión de Marco. Él consideraba que lo mejor era continuar en la Tierra. La vida en el Neolítico era incierta. Los terráqueos actuales estaban más desarrollados y superaban en número a los *homo sapiens*, sin embargo los últimos jugaban con ventaja, les llevaban años de adaptación. También le había dejado constancia de que, incluso en esas condiciones, Marco estaba dispuesto a dejarlo todo por ella. Por lo visto, los raselianos eran de ideas fijas, cuando escogían pareja era para toda la vida. ¿Sería eso verdad? Los humanos no eran fieles por naturaleza. La monogamia en su especie era algo cultural. Si naces en España es lo que se lleva, aunque no todos adopten esa modalidad. En cambio, si tu cuna está en una tribu africana o en un país de religión islámica el tema en cuestión es bien diferente. A Marco se le llenaba la boca afirmando que sin ella no sería capaz de ser feliz. También le había contado los infructuosos esfuerzos de su madre, durante el último año, para buscarle pareja. Le había presentado hembras raselianas muy exuberantes, que hubiesen estado encantadas de aparearse con su chico. Ya veía ella que la relación con su suegra no empezaba con buen pie...

—¿Y el matrimonio Hill? —preguntó Mina retomando el tema. Desde que había leído sobre ese suceso estaba intrigada por saber si estaban los dos para encerrar o si, por el contrario, era verdad que habían sido abducidos por unos extraterrestres.

—Eso fueron los martelianos. Son originarios de un planeta perteneciente al sistema estelar binario de Zeta Reticuli llamado Martel. Creo que podría decir, sin equivocarme, que son los seres más desarrollados e inteligentes del Universo. A nosotros nos han aportado muchos conocimientos.

—Así que ¿sois colegas? —ironizó Mina.

—Sí, podría decirse que sí. Necesitaban estudiar a los terráqueos y eso fue lo que hicieron, pero sin causar ningún daño.

—Bueno... daño físico a lo mejor no, aunque está claro que una experiencia así te marca de por vida —recalcó Mina pensando que era una vivencia difícil de asimilar.

—En cierto modo yo los considero unos privilegiados. —En los ojos de Marco se adivinaba un brillo de admiración.

—¿Debería preocuparme si aparece en tu vida una marteliana? —bromeó Mina nerviosa.

—Son unos seres maravillosos pero muy feos. —Marco sonrió a su chica—. No tienen tus ojos, ni tus labios, ni tus pechos...—Besó esas partes de su anatomía a medida que las nombraba. Mina empezó a sentir un cosquilleo en el estómago.

—¡Para! —ordenó Mina con una sonrisa de oreja a oreja—, para una vez que tengo delante de mí a alguien capaz de darme todas las respuestas...quiero más.

—¿Quieres más? —Marco la besó en los labios separándolos para poder introducir su lengua. Ella le correspondió consciente de que cada vez se lo estaba poniendo más difícil.

—Me refiero a las respuestas. —Puso su frente contra la de él, no podía apartar la mirada de su boca.

—Dispara —suspiró Marco insatisfecho.

—¿Existe Dios? —Mina cruzó los dedos, deseaba que su respuesta fuese positiva. Necesitaba creer en algo más allá de la muerte. A pesar de que no seguía ninguna religión, ya que creía que estaban creadas por el hombre como un medio de represión, tenía fe en su Dios particular, uno bondadoso que, según ella, era el creador del universo.

—Podría existir. Nadie lo sabe. Nadie lo descarta tampoco. Ningún científico de ningún planeta conocido tiene una explicación para lo que había antes del Big Bang —respondió Marco con indiferencia. Desde bien pequeño se había postulado agnóstico, no rechazaba la existencia de Dios pero tampoco abrazaba ninguna religión.

Mina soltó el aire que, sin darse cuenta, había estado conteniendo. No estaba mal, pensó, no había descartado su existencia, así que seguiría pudiendo dormir por las noches. Decidió que ya había recibido demasiada información, era momento de satisfacer otro tipo de inquietudes.

Se volvió hacia Marco dejando caer la manta al suelo, quería mostrarse en todo su esplendor. Marco no se tomó demasiado tiempo en reaccionar, se abalanzó sobre su boca como si se le fuera la vida en ello. Sus cuerpos se encendieron al momento. El frío que reinaba hasta entonces se convirtió en un calor abrasador capaz de fundirlos a los dos.

Los chicos, una vez satisfechos, abandonaron su nidito de amor para dirigirse a la cocina. Carmina había invitado a Marco a comer. Le apenaba verlo siempre solo y, para ella, ya era uno más de la familia.

—Mmm fabada. —Mina se acercó a oler el guiso. Le encantaba la fabada que hacía su abuela.

—No sé que tal saldrá, me falta el lacón —dijo su abuela mientras echaba un susto de agua a la olla.

—Seguro que sale delicioso —dijo Mina dando unas caricias a su abuela en la espalda. Estaba orgullosa de cómo se esforzaba para que estuvieran bien alimentados.

En momentos así, era cuando el verdadero carácter de las personas salía a flote. Su abuela miraba hacia delante, no permitía que nada la amilanara a la hora de seguir con su vida diaria. Sumadre era otro cantar. Le preocupaba que, un día, tanta fragilidad acabase por resquebrajarse del todo. Y, respecto a su padre, reconocía su mérito a la hora de apoyarlos a todos. Se adaptaba a todas las circunstancias. Si tenía que hacer compañía a su mujer mientras leía, lo hacía, si le pedían que viera alguna comedia romántica de las que se sabía los diálogos de memoria, también lo hacía. Y, por supuesto, si su madre quería regar el jardín, aunque no fuera recomendable, allí estaba, solícito, con la escopeta preparada. Mina suponía que agradecía que Marco la mantuviera ocupada, por más que hubiera preferido que se dedicaran a jugar al tute, y por más que Marco no le cayera del todo bien.

Marco la cogió de la mano y la apartó del lado de Carmina. Por la mirada que le dedicó era obvio que había estado leyendo sus pensamientos. Mina le sonrió y le siguió hasta sentarse en una silla. Pensó “¿en Raselanis se come así de bien?”. Era la primera vez que se comunicaba con él, adrede, de esa manera. Reconocía que tal vez tuviera sus ventajas a la hora de formular una pregunta que no quería que nadie escuchara.

Marco sonrió y se acercó a su oído.

—La comida raseliana no sabe a nada. Mi pueblo ha perdido el gusto por comer bien, para ellos la comida es gasolina, algo que sirve para que el organismo funcione. Su dieta está llena de cosas tan saludables como poco apetecibles.

Mina puso cara de asco. Con lo que disfrutaba ella de la grasa y los dulces.

—Aunque he de añadir que superamos vuestra media de vida en cuarenta años —susurró Marco con una sonrisa de suficiencia en los labios.

“No sé si compensará”, pensó Mina, que no concebía una vida de sacrificios a cambio de unos cuantos años más de vejez.

Degustaron la fabada como el manjar que era. Todos se sentían agradecidos, y más sabiendo que no debía haber muchos asturianos, a esas alturas, saboreando un potaje de la tierra. Durante la sobremesa sonó el timbre de la casa. Nacho se levantó de prisa y se dirigió con premura a la despensa a coger su escopeta. Los demás le seguían a una distancia prudencial, no tanto por miedo al visitante, sino por el peligro de tener cerca un arma cargada.

Mina opinaba que su padre estaba volviéndose demasiodoparanoico, el hecho de tener todo el día una escopeta pegada al cuerpo no iba a evitar que los extraterrestres se los llevaran, en cambio, sí podía dar lugar a algún accidente.

Nacho miró por la mirilla.

—Es tu amigo—dijo Nacho a la vez que quitabalos cerrojos—, el informático. —Miró hacia su hija esperando alguna reacción por su parte—. ¿Quieres que le abra, no? —preguntó impaciente.

Gabriel entró, por primera vez, en la casa de Mina. Qué pena que fuese en esas circunstancias, pensó. Mierda, ¿qué hacía allí el rubiales de dos metros? ¿Estarían juntos? Bueno, la forma protectora de ponerse al lado de Mina reflejaba que algo había.

Gabriel carraspeó incómodo. Allí estaban, los que suponía eran los padres de Mina y su abuela, mirándole como si de un animal extinguido se tratara. ¿Es que no le iban a dejar pasar de la entrada?

Mina dio un paso hacia él y le sonrió.

—Me alegro de que estés bien —dijo Mina

—Yo también —bromeó Gabriel nervioso—. ¿Puedo pasar?

Mina miró a su padre pidiéndole permiso. No se lo reprochaba, hoy en día todos desconfiaban de todos. El hombre asintió y la familia se hizo a un lado para permitirle el paso. Cojonudo, pensó Gabriel. ¿Hacia dónde me dirijo? Siguió el pasillo todo recto hasta casi entrar en lo que parecía la cocina.

—Gabriel —le llamó Mina—, ven por aquí, estaremos más cómodos.

Gabriel retrocedió y entró en una sala pequeña. Respiró aliviado al constatar que la familia de Mina se había dispersado por la casa, ahora solamente le sobraba una persona.

Mina se sentó en un sillón orejero para ceder el sofá de tres plazas a los varones. Estupendo, pensó Gabriel irritado ante la idea de la proximidad de Marco.

—¿Qué tal ha ido todo por aquí? —preguntó Gabriel ignorando a su acompañante masculino, el cual, por suerte, se había sentado en el otro extremo del sofá.

—Bien —dijo Mina—. Bueno, dentro de lo que cabe, claro.

—Ya. —Gabriel miró hacia Marco con cara poco amistosa. No le gustaba tenerlo allí, le estorbaba.

—Tenemos mucha comida almacenada, más o menos para unos dos meses —dijo Mina forzada. Se notaba que tampoco estaba cómoda con la situación—. Lo peor es que mi padre no nos deja salir si no es en su compañía y con la escopeta. Y tú ¿cómo te apañas?

Gabriel miró a Marco de nuevo. Tenía muchas cosas que hablar con Mina pero no quería hacerlo delante de ese tipo.

—Me gustaría hablar contigo a solas —dijo Gabriel centrando su mirada en los ojos de Mina.

La chica miró hacia Marco con expresión de súplica. A Gabriel le dio la sensación de que

también prefería prescindir de la compañía del dichoso vecinito.

Marco se levantó sin mediar palabra, y salió de la salita cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno, ya estamos solos —evidenció Mina gesticulando con las manos.

—Hubiera venido antes, pero no he podido —se disculpó Gabriel.

—Tranquilo, con todo lo que ha pasado...ha sido de locos. Por suerte estamos todos bien, por el momento. —Mina le sonrió de nuevo, parecía nerviosa. Algo en ella era diferente.

Gabriel se levantó y se sentó en uno de los apoyabrazos del sillón donde estaba sentada la chica. Ella se apartó un poco para que hubiera espacio entre ellos. Gabriel no pudo evitar adoptar un gesto de disgusto.

—Apenas he podido dormir pensando en que jamás volvería a verte. —Gabriel le cogió una mano con delicadeza y la puso entre las suyas.

Mina agachó la mirada y Gabriel suspiró. Era obvio que ocultaba algo.

—Estás con él, ¿verdad? —Gabriel la miró a los ojos con intensidad.

—Lo siento. —Mina apartó su mano.

Gabriel, herido, se sentó en el sofá y se apoyó en el respaldo mirando al techo.

—Mi padre ha desaparecido —anunció cambiando de tema.

—¿Cómo? —se interesó Mina con sincera preocupación.

—Lo detuvieron unos policías al verse envuelto en un altercado en un supermercado. No sé dónde lo llevaron, nadie me da ninguna respuesta. —Gabriel cambió su postura y se inclinó hacia delante posando los codos en sus piernas—. A veces pienso que la policía está compinchada, o peor, que son todos unos extraterrestres.

Mina se sentó a su lado en el sofá y le pasó una mano por la espalda acariciándole con dulzura para ofrecerle consuelo.

—Ya lo doy por perdido —continuó Gabriel con su vista en el suelo—. Al menos mi madrastra y mi hermana están a salvo.

Permanecieron en silencio unos minutos. Ella no intentó darle falsas esperanzas y eso le gustó. Demostraba coherencia.

—Me gustaría pedirte una cosa —dijo Gabriel irguiéndose para poder ver su rostro—. Quiero que vengas conmigo.

—¿Irme contigo? —preguntó Mina a la vez que parpadeaba con insistencia, casi parecía un tícnervioso.

—La Resistencia está aglutinada en la Universidad Laboral. Allí tenemos una pequeña ciudad protegida. Tenemos de todo y, lo que vaya faltando, nos lo proveerán. —Gabriel observó su reacción a la noticia. La cara de Mina se había tornado más pálida que de costumbre—. Hay camas suficientes y, ¡hasta tenemos un teatro para distraernos un poco! No veo el sentido a que os quedéis aquí aislados, ¿no comprendes que sois una presa fácil?

Gabriel sabía que tenía que conseguir llevársela consigo si quería salvarla. Aunque le hubiera confesado que estaba con el tipo ese, seguía considerándola como algo suyo, su responsabilidad. Quedándose allí conseguirían que un día algún grupo de vándalos asaltara la casa y les mataran a todos, o algo peor. No podía permitirlo. La Universidad Laboral era un buen refugio. Se había creado hacía muchos años como un orfanato para niños cuyos padres habían sido víctimas de accidentes laborales en la minería. Y, gracias a eso, tenía múltiples dependencias: residencia, escuela, granja, instalaciones deportivas y campos de cultivo, entre otras. Podía albergar a miles de personas. Era la mejor alternativa.

—Quiero permanecer en mi casa llevando una vida lo más normalizada posible hasta el final —dijo Mina con rotundidad.

—¿No vas a luchar por sobrevivir? —Gabriel no daba crédito a esa actitud, la Mina que él había conocido le pareció ser enérgica, tenaz, en definitiva, una guerrera. Sin embargo, la chica que tenía al lado estaba resignada, se había rendido. No podía permitir que las cosas quedasen así, no quería perder a nadie más—. Se trata de él, ¿verdad? No quieres dejarlo atrás.

Mina se removió inquieta en el sofá.

—Si es eso, donde caben dos caben tres. —A Gabriel no le hacía gracia llevarse a Marco

con ellos. Por otro lado, ¿no debía amparar a todo el que lo necesitase?

—No es eso —titubeó Mina—, tengo la certeza de que, al final, todos claudicaremos. Prefiero estar el tiempo que me quede lo más feliz y tranquila posible.

—Allí estarías tranquila y podrías ser feliz —aseveró Gabriel acariciándole una rodilla amistosamente.

—No, no sería lo mismo —dijo Mina con hastío.

—No estás pensando con claridad. —Gabriel se enfadó apartando su mano. Le desesperaba su tozudez—. Tal vez debería hablar con tu familia a ver qué opina.

—¡No! —gritó Mina—. No hagas eso por favor. Dame un día para pensármelo bien. Mañana te daré mi respuesta.

—¿No entiendes que no hay tiempo que perder? —preguntó Gabriel pesaroso—. Mañana tal vez sea demasiado tarde.

—Sabremos cuidarnos. Lo prometo. —Esa vez fue ella la que le colocó una mano en la rodilla. Gabriel siguió el gesto con la mirada.

—Mañana vendré a por vosotros. Estaría bien que guardarais lo necesario en una maleta. —Gabriel se levantó del sofá y se dirigió a la puerta. Mina le siguió.

Al salir de la sala Nacho se acercó a ellos.

—¿Ya te vas, chico?

—Sí, mi familia me espera. En estos tiempos no es muy ético preocuparles —respondió Gabriel mirando hacia Mina.

—¿Dónde estáis escondidos? —preguntó Nacho.

Mina lanzó una mirada significativa a Gabriel y este se pensó seriamente qué contestar. Decidió, por fin, que lo más sensato sería decir la verdad.

—Estamos alojados en la Universidad Laboral, junto a cientos de supervivientes. —No pudo mirar a Mina a la cara, podía sentir su decepción. En ese momento notó la presencia de Marco detrás de ellos—. Le he dicho a su hija que todavía queda espacio.

—Nosotros, de momento, estamos seguros aquí —afirmó Nacho.

—Quizáno haya retorno si cambia de idea. No puede entrar cualquiera si no va acompañado de un miembro activo de la Resistencia —constató Gabriel irritado. No entendía cómo podían todos tener el convencimiento de que estarían mejor allí que bajo la protección de un pequeño ejército.

—¿La Resistencia? ¿Qué ha hecho hasta ahora para salvar la situación? —Nacho escupió las preguntas en un estado de exaltación—. Nada, así que no voy a confiarles a mi familia.

—De momento hemos resistido, que no es poco. Y resistiremos mejor que ustedes en esta casa con la ayuda de una simple escopeta —se defendió Gabriel molesto por las palabras del hombre.

—Creo que ya es suficiente —interrumpió Mina—. Espero que te vaya muy bien Gabriel. Si alguna vez necesitas ayuda, no dudes en venir por aquí.

Gabriel la miró confundido. No parecía la chica dulce de siempre.

Nacho abrió la puerta para que Gabriel se pudiera ir. El chico avanzó desesperanzado, no había previsto que las cosas acabasen así. Había pasado noches enteras soñando con el reencuentro, imaginándose una situación que no tenía nada que ver con lo sucedido esa tarde. Apenas puso un pie en el exterior, un hombre con una navaja se abalanzó sobre él y se la colocó en el cuello.

—Salgan todos —ordenó el hombre con voz firme, siguiéndoles con la mirada a medida que acataban su mandato. Cuando vio a Nacho se tensó—. Deja esa escopeta en el suelo si no quieres que lo mate.

Nacho soltó la escopeta con cuidado, maldiciéndose por no haber tomado las precauciones de siempre antes de salir. Clara y Carmina permanecían en la cocina, ajenas a todo.

—He dicho todos —se enfadó el hombre que apretó la navaja contra el cuello de Gabriel provocando una fina hilera de sangre.

El pulso de Gabriel estaba acelerado. El hombre parecía actuar solo, así que, si le hacía

daño, saldría perdiendo por inferioridad numérica. Pero en los tiempos que corrían, la gente no tenía nada que perder. Eran capaces de cualquier cosa a cambio de un mendrugo de pan. Si les había estado observando, no era difícil adivinar que en esa casa no pasaban penurias.

En vista de que su padre aparentaba estar en estado de shock, Mina gritó a su madre y a su abuela para que salieran. Gabriel la miró agradecido, parecía que era la única de los presentes capaz de mantener la calma. Aparte del chico raro, claro, que parecía tan campante, como si lo que estaba sucediendo ante sus ojos no tuviera la mayor relevancia.

Carmina llegó con un cuchillo sucio en la mano, sin ni siquiera darse cuenta de lo que portaba. Ahogó un grito y puso el cuchillo en alto.

—Deja a mi familia en paz —gritó Carmina amenazante y envalentonada al saberse con un arma más grande.

Clara apareció por detrás de su suegra sin llegar a salir del todo. Se tapó la boca del susto ante el panorama.

El hombre del cuchillo pareció dudoso. De pronto, apartó el cuchillo de Gabriel, sorprendiéndolos a todos y echó a correr. —Será mejor que entremos antes de que vuelva con refuerzos —dijo Marco empujando a Mina hacia adentro.

—Mamá, no puedo creer lo que has hecho —dijo Nacho aún asombrado—. Has sido muy valiente.

Carmina soltó el cuchillo y se tapó la cara para que no la vieran sollozar.

—Calma Carmina, pasa para adentro. —Clara le puso una mano en la cintura y la acompañó al interior de la casa.

Mina miró a Marco con una pregunta en su mirada. A Gabriel el gesto le pareció muy sospechoso. Tenía sus dudas acerca de que ese hombre se viese asustado por una anciana con un cuchillo de cortar pan. De repente, sintió algo cálido resbalar en el interior de su jersey. Se tocó con una mano el cuello, estaba sangrando.

—Entremos a mirarte la herida. —Mina cogió la mano de Gabriel para dirigirlo al interior, y él se dejó hacer. Le sorprendía su preocupación, y más teniendo en cuenta que era un corte superficial.

Se dejó caer en una silla de la cocina mientras esperaba a que Mina fuese a la despensa por el botiquín. Miró a Marco sin disimulo. El chico estaba apoyado en la pared con las manos en los bolsillos de los pantalones, tan tranquilo. Todo había sido muy extraño. Podría jurar que, cuando el hombre le había puesto la navaja en el cuello, Marco se había mostrado inalterable. Vale, quede haber sido al revés él tampoco hubiera sentido demasiado temor porque le pudieran hacer daño al chaval, pero de ahí a mostrar esos nervios de acero... ¿Y ese hombre se había sentido intimidado por una anciana? No lo creía, la verdad. Además, era indudable que el golpe lo tenía preparado. Sabía cuantos eran en la casa, y que Nacho tenía una escopeta. No, lo más seguro es que una persona así no se dejase amedrentar por una abuelita. Asimismo, recordaba que días atrás le habían advertido de una posible actividad extraterrestre en aquella zona.

¿Era Marco un extraterrestre que había utilizado su manipulación mental para salvarles? Eso, dentro de lo surrealista de la situación, le parecía lo más probable.

¿Conocería Mina la verdadera naturaleza de su vecino? ¿Sería una de las aliadas de los invasores?

Era sabido por todos, a esas alturas, que algunos terráneos eran unos traidores que habían propiciado que toda la invasión fuera posible, permitiéndoles entrar en las más altas esferas de poder. No podía sentir sino odio por todas esas personas. ¿Qué les habrían prometido a cambio? Suponía que les habrían ofrecido su propia subsistencia junto a ellos, aunque seguro que no se habían planteado lo que eso supondría. Él, desde luego, nunca hubiera antepuesto su vida a la de toda la humanidad, y menos para vivir rodeado de seres extraños en calidad de subordinado, eso no compensaba la masacre. Aunque también existía la posibilidad de que hubieran sido hipnotizados, sugestionados, dominados o comoquiera que se denominase a lo que hacían con la mente de esas personas. En ese caso, no les guardaba rencor. Gabriel se preguntaba, con mucha preocupación, cuál sería el papel de Mina, el de víctima o el de verdugo.

Marco estaba al tanto de las sospechas de Gabriel, aunque no le parecía que fuese a delatarle. Era demasiado inteligente para eso. Sabía que si le acusaba de algo así ante la familia de Mina tenía todas las de perder, nunca le creerían.

Mina regresó con un algodón empapado en agua oxigenada en una mano, y un trozo de gasa y esparadrapo en la otra. Procedió a limpiar la herida con cuidado, bajo la atenta mirada de adoración de Gabriel. A Marco no le gustaba nada esa actitud protectora. ¿Quién era él en su vida para dispensarle esas atenciones? Apretó los puños dentro de los bolsillos de sus pantalones. Permitiría que le cuidara porque era evidente que, para ella, era una manera de purgar sus pecados.

Por otra parte le deleitaba conocer las deducciones de Gabriel. Sabía que Mina y él estaban juntos, de hecho se lo había esperado antes de venir. Lo más meritorio era que la perdonaba por eso. Marco no entendía esa actitud. Si él sospechara que Mina está con otro, enloquecería y nunca podría volver a mirarla a la cara. En cambio, para Gabriel, lo más inaceptable era que ella supiera y consintiera su naturaleza.

—Creo que deberías quedarte aquí esta noche. No es prudente que salgas a la calle después de lo que ha pasado —sugirió Nacho—. Además, está oscureciendo.

Marco percibió todos y cada uno de los pensamientos de Gabriel. Este sopesaba la idea de aprovechar su estancia para convencer a la familia de refugiarse en la Universidad laboral. Menudo oportunista, pensó Marco, después de lo sucedido, era justo el toque que Nacho necesitaba para largarse de allí.

—Está bien —accedió Gabriel mostrando seguridad—, son ustedes muy amables. —Miró a Mina con curiosidad. La chica estaba colocándole el esparadrapo y ni siquiera pestañeó.

—A lo mejor Marco también quiere quedarse esta noche a dormir —agregó Carmina con cautela—, no me gustaría que salieses a la calle tú solo.

Marco le dedicó una sonrisa, esa mujer le apreciaba de verdad. No sabía si sería un buen plan, aunque Mina deseaba que aceptara, no quería quedarse a solas con Gabriel.

—Si no hay ningún problema con eso —subrayó Marco interrogante en dirección a Nacho. El hombre no estaba muy de acuerdo, ¿dónde dormiría? Con su hija ni de broma, una cosa era que sospechara lo que hacían a solas, y otra muy distinta era facilitarles la tarea.

—Si no le importa a Gabriel compartir habitación contigo...—dijo Nacho pasándole la pelota al chico.

—No, claro que no —concedió Gabriel a regañadientes.

—Subiré a preparar las camas —informó Carmina contenta de que su vecino se quedara.

Mina terminó la cura y devolvió las cosas del botiquín a su sitio, su corazón latía a mil por hora. Marco supo entonces que la chica se temía las sospechas de Gabriel. Estaba aterrorizada porque se pudiera destapar la verdad esa noche.

Las horas que faltaban hasta la cena resultaron muy incómodas. Mina no quería conversar, así que optó por poner una película para matar el tiempo. Marco reprimió la risa al comprobar la manera en que Mina sopesaba cuál sería la más indicada para ver en compañía de Gabriel. Buscaba una que no fuera de amor, pero que tampoco tocara ningún tema escabroso como guerras, monstruos, asesinos... Lo tenía muy complicado, los gustos de Mina siempre se habían inclinado por esos géneros. *Dos mulas y una mujer* fue la decisión final, el único western de su colección.

La cena no transcurrió mucho mejor.

—Está delicioso güeli —afirmó Mina con deleite, que decidió abstraerse y disfrutar de sus huevos a la mimosa, procurando no sacar ningún tema de conversación relevante.

Marco asintió con la cabeza con una expresión de conformidad total. Sus padres le habían enseñado a comer para estar sano y vivir muchos años, lo que significaba mucha verdura, fruta, y poca carne y sal, eso sin contar los dulces que estaban prohibidos en la dieta raseliana. Y, para más inri, disponían de un aparato que medía la toxicidad de los alimentos. Todo era sometido a examen antes de meterlo en la boca y degluirlo. El gusto por saborear la comida se lo había enseñado esa familia, y tenía que admitir que los raselianos se privaban de un placer muy

importante.

Marco miró a Gabriel intentando no parecer descarado. Percibía su desconcierto ante la variedad de ingredientes. Incluso se estaba permitiendo juzgar a Carmina por el derroche que suponía hacer bechamel para mejorar el sabor de un plato de por sí nutritivo.

—¿Cuántas personas estáis en la Universidad Laboral? —preguntó Nacho, sacando a relucir el tema tabú.

—Unas setecientas, pero esperamos aumentar el número con nuevos supervivientes —dijo Gabriel con cautela—. Es impresionante la buena organización que tenemos, la solidaridad y el buen ambiente que se respira, todo lo contrario a cuando inspeccionas la ciudad. Mis ojos han visto de todo.

—¿De todo? ¿Qué quieres decir? —indagó Clara, que era curiosa por naturaleza.

—Bueno... estamos cenando, no creo que sea el mejor momento para hablar de eso.

—No nos impresionamos con facilidad. Además, llevamos varios días sin salir y no tenemos ni idea de lo que pasa en el exterior —expuso Nacho invitando a Gabriel a que continuara.

El chico dejó el tenedor en el plato y bebió un trago de agua mientras intentaba decidir cuál de todas las escalofriantes anécdotas que había vivido saciaría la curiosidad del matrimonio.

—He visto sexo en plena calle, puñaladas a la más mínima disputa y suicidios en masa. —Gabriel se paró a observar las reacciones de sus interlocutores. Cuando hubo comprobado con regocijo su asombro, cogió de nuevo el tenedor y terminó su plato.

Marco sintió hervir una ira en su interior. Todo formaba parte de su estrategia para convencerles de que allí no estaban seguros. Y parecía que estaba funcionando.

—¿Qué ha hecho la Resistencia para evitar esas situaciones? —inquirió Marco intentando devolver a Nacho su desconfianza inicial.

—Al menos no han sido ellos los causantes —retó Gabriel con mirada desafiante.

—Claro, ellos no han roto nunca un plato, ¿verdad? —hostigó Marco deseando que toda la verdad saliera de una vez por todas, no le gustaba que Gabriel pensara que lo tenía bajo su yugo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel hastiado de tantos juegucitos.

—Por favor chicos, ¿no podemos disfrutar de la cena tranquilos? —invitó Mina atemorizada ante el inminente desenlace.

Marco miró a Mina, ella no quería que su secreto saliera a la luz ante su familia. En parte la comprendía, pero era doloroso advertir que se avergonzaba de él. La creía más inteligente para darse cuenta de que, tarde o temprano, sus padres y su abuela lo tendrían que saber. Decidió callarse por el momento.

—¿Qué tienes en contra de la Resistencia? —preguntó Nacho receloso.

—Sí, Marco. ¿Qué te pasa con ellos? —insistió Gabriel con regocijo. Mina lo miró con censura, instándole a que no continuara por ese camino.

—He oído que tienen ciertas prácticas bastante sancionables —dijo Marco encarando a Gabriel.

Hubo un silencio incómodo en la mesa, todos estaban pendientes de Marco excepto Gabriel, que tenía la mirada fija en su plato.

—Explícate —incitó Nacho con impaciencia.

—Tengo entendido que su sistema de organización social es el patriarcado, ¿verdad Gabriel? —preguntó Marco en tono acusatorio—. Son los hombres los que tienen el control de todo, incluso de las mujeres. Parece que se han vuelto un poco primitivos.

—Entiendo que sean los hombres los que lleven la batuta, somos más fuertes y servimos mejor para la lucha —dijo Nacho—. No veo dónde está el problema.

—El problema radica en la manera en que ejercen el control sobre las mujeres. Por lo visto, pretenden repoblar la tierra a pasos agigantados o, al menos, pasarlo muy bien entre tanto —delató Marco con la esperanza de que fuera el estímulo definitivo para que Nacho rehusara aceptar.

—Las cosas no son cómo tú las pintas —interrumpió Gabriel con mirada colérica—. Es

cierto que algunos de los mandatarios son unos crápulas, pero eso no nos convierte a todos en lo mismo.

—Aún no, pero con el tiempo, quién sabe, cuando los abusos se conviertan en costumbre, a lo mejor decides que tú también quieres participar —vaticinó Marco, que no tenía demasiado buen concepto de la naturaleza humana.

—Yo tengo tres mujeres conmigo, una de ellas muy jovencita, ya los abes, ¿correrían peligro si fuéramos contigo? —preguntó Nacho, que estaba barajando en serio la posibilidad de buscar otro refugio que no fuera su casa.

—Nunca le hubiera propuesto tal cosa de ser eso posible —contestó Gabriel.

Marco observó a Gabriel con curiosidad. Indiscutiblemente sus palabras eran sinceras. Nunca expondría a Mina a ningún peligro, pero conocía ciertos rumores que no pensaba compartir con el resto de comensales. Tenía su propia salvaguardia. Creía que se minimizaría el riesgo si Mina se hacía pasar por su novia. ¿Qué se creía?

—Explícame que se esperaba de nosotros en el caso de que decidiésemos ir —solicitó el padre de familia.

—A usted es posible que le asignen labores de vigilancia, tenemos hombres apostados a lo largo de todo el perímetro. Estamos seguros de que los extraterrestres no van a atacarnos, están esperando a que estemos dentro de su área de influencia para convencernos de que montemos en sus diabólicas naves y poder así exterminarnos. Nunca emplearán armas para provocar una masacre, porque saben que ellos también recibirían bajas. Mientras permanezcamos unidos y alerta nada nos pasará. Tenemos nuestros propios campos de cultivo, generadores y, de momento, si el agua corriente se agotara, disponemos de grandes reservas. En el futuro esperamos ser una gran ciudad resistente a la invasión. —Hizo un paréntesis para captar las impresiones de sus rostros, todos le miraban con atención a excepción de Marco—. Las mujeres se ocupan de la cocina, la limpieza, el entretenimiento y cuidado de los niños y, en algunos casos, trabajan mano a mano con los hombres en los cultivos.

—Parece todo un poco troglodita —sugirió Mina horrorizada al pensar que su padre estaba casi convencido.

—Bueno hija, situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas. —Nacho miró a Gabriel unos instantes meditando que diría a continuación—. Si accedemos a ir allí, y una vez dentro, cambiáramos de opinión, ¿qué pasaría?

—Podrían irse sin problemas. Pero no cambiarán de opinión. Allí estarán todos protegidos y podrán dormir sin pensar si vivirán el día de mañana. —Gabriel disimuló una mueca de satisfacción.

—En ese caso, mañana cogeremos nuestras cosas y nos iremos contigo —sentenció Nacho convencido.

—Papá —protestó Mina atónita ante tan rápido cambio de actitud. La chica miró a Marco con espanto, no quería irse de allí, no quería renunciar tan pronto a una felicidad que después quizá le fuera negada.

—Tranquila Mina, Marco y su familia también pueden venir, ¿verdad Gabriel? —preguntó inocente Clara, que no intuía las sospechas del muchacho.

Gabriel sopesó la respuesta. Marco sabía que no tenía ninguna intención de llevarle con ellos, y menos con la duda acerca de su procedencia carcomiéndole la cabeza todo el rato. Pero no era estúpido. No podía negarse sin explicar el por qué de su decisión. La familia de Mina se pondría en su contra si no argumentaba sus razones de una manera satisfactoria.

—Por supuesto, aunque solo me esperan a mí y a cuatro supervivientes más. No nos dejarían entrar a todos por motivos de seguridad. Yo les explicaré la situación y vendré a buscarlos en unos días —afirmó Gabriel simulando conformidad.

Todos los presentes miraron hacia Marco, estaban expectantes por saber su decisión.

—Yo no confío en ti ni en tu gente —declaró Marco soltando el tenedor y recostándose en su silla.

—Yo me quedo con Marco —dictaminó Mina levantándose de la mesa—. Y no intentes

impedírmelo papá, tú mismo has dicho en muchas ocasiones que en tiempos de guerra la gente es vil y mezquina, ¿de verdad crees que allí estaríamos mejor? Aquí estamos bajo la seguridad de nuestro hogar. Allí tendríamos que someternos a unas normas impuestas por unos hombres que probablemente no estén del todo capacitados para gobernar.

Nacho escuchó a su hija con indulgencia.

—Todas mis decisiones las tomo pensando en el bien familiar. No podemos pasarnos la vida entera encerrados en esta casa, es posible que lográramos prevalecer pero, ¿a qué precio? Allí hay más proyección de futuro, la vida dentro de una comunidad. —Nacho se levantó de la mesa y se dirigió hacia su hija para cogerle la mano y hablarle con suavidad—. Sé que tú estás aquí muy feliz con tu novio, pero lo podrás disfrutar allí igual, en un entorno mucho más propicio.

—Tú no lo entiendes papá —le interrumpió Mina con lágrimas en los ojos, sin desvelar nada más.

—Piénsalo bien esta noche, cariño. Mañana hablaremos de nuevo, ¿de acuerdo? —dijo Nacho para calmar sus ánimos, pero con vacías intenciones.

Continuaron la cena en silencio. Marco intentaba por todos los medios buscar una salida, estaba dispuesto a escaparse con Mina si era necesario, no permitiría que nadie le separase de ella.

Mina, por su parte, también pretendía idear una solución alternativa, intuía que Marco no se iría con ellos, y por nada del mundo quería renunciar a él. Al menos eso le quedaba a Marco, el saber que, aunque tarde, ella ya se había decidido al fin.

Marco esperó paciente a que todos estuvieran dormidos para escabullirse a la habitación de Mina. Salió sigiloso intentando evitar que la madera crujiera bajo sus pies.

Mina le estaba esperando despierta, ansiosa por hablar con él y abrazarle. Era consciente de que la decisión de su padre era inexorable.

Marco se introdujo en la cama junto a su chica y la abrazó con fuerza, soportando a duras penas el deseo de poseerla en ese momento.

—No te preocupes, todo saldrá bien —la consoló Marco mientras le acariciaba el pelo.

—No veo cómo va a salir bien —susurró Mina desesperada—. Mi padre me llevará a rastras si es necesario, ya lo conoces.

—Hay una opción si quieres evitarlo, podría cambiarles a todos de idea.

Mina lo sopesó. Esa era, sin duda, la medida más fácil y efectiva. Sin embargo, su conciencia no podía dejar que hiciera eso a su familia.

—¿Y si les contamos la verdad? Seguro que verían que contigo estamos todos más seguros. Si supieran lo que has hecho hoy con aquel tipo —sugirió la chica con esperanza.

—Con el odio visceral que tiene tu padre a los extraterrestres y la antipatía que siente por mí...estoy seguro de que sería la manera más efectiva de conseguir que os llevara a todos corriendo lejos de aquí. Además, ¿qué haríamos con Gabriel?

—Quizá si le ofrecieses la salvación de su familia también...

—No te puedo mentir, aún no sé cómo os podré ayudar a vosotros. Es imposible que pueda hacer algo por ellos también. El Comité de Sabios está muy pendiente de mis actos, no consentirían más terráneos a mi alrededor.

—Entonces, ¿lo vas a dejar a su suerte? —preguntó dolida Mina.

—Yo no soy nadie, ¿sabes? Soy un simple muchacho que no tiene ningún papel importante en esta conquista, soy prescindible. ¿Quieres que nos ponga en peligro a todos por ayudar a un chico que casi no conoces? —preguntó enfadado.

—Aunque casi no lo conozca, mi conciencia me impide abandonarlo.

—Sin embargo estabas dispuesta a abandonar a tus amigas de la universidad, a tus vecinos de toda la vida, a toda la gente conocida y desconocida de tu entorno —acusó dolido por esa doble moral.

—No es lo mismo, tengo claro que no podemos salvar a todo el mundo pero...Gabriel está aquí dispuesto a ayudarnos a todos y no puedo darle la espalda después de su generosidad

—explicó Mina intentando que entrara en razón.

—¿Todavía sientes algo por él? —En su cabeza sabía que no era así, pero su corazón le decía lo contrario, que tanta obstinación por salvarlo debía de significar algo.

—¿Cómo puedes preguntar eso? ¿Acaso no puedes leer en mi mente la verdad? ¿No te demuestro a diario lo que siento por ti? —Las lágrimas empezaron a resbalarle por la mejilla—. Es el mismo problema de siempre. Si me quedo contigo tengo que renunciar a toda mi familia y a mis ideales. Si me voy, te perderé. No hay ninguna manera de conservar todas las cosas.

La abrazó, la conocía demasiado bien para saber que sufría por su inminente resolución. Comprendíalo que pasaría a continuación, Gabriel había ganado, había sido muy inteligente al no delatarle y ponerse en su contra.

—Si es algo que tienes que hacer, entonces vete. Pero prométeme que si cambias de ideavolverás. Yo siempre te estaré esperando. —Marco se esforzó por no sucumbir al llanto, no le gustaba esa sensación de vulnerabilidad en la que se encontraba.

Mina le abrazó, estaba desolada y no podía evitar sollozar contra el pecho de su chico. Era la decisión más difícil de su corta vida.

—Quiero ser tuya por última vez —musitó Mina.

—No digas eso, no digas que será la última —dijo Marco. Después la besó, acariciando sus labios con suavidad y pretendiendo transmitirle todos sus sentimientos a través de su cuerpo. No era capaz de imaginarse lejos de ella, así que se prometió una cosa. La vigilaría de cerca, haría lo que fuese necesario para comprobar que todo estuviera bien y la recuperaría, algún día la recuperaría.

Capítulo 7. TRANSICIÓN

Mina se despertó con un mal presentimiento. Buscó a tientas la presencia de Marco, descubriendo el hueco que delataba su ausencia. Halló en su lugar un sobre que contenía una carta y un diminuto y extraño objeto en forma de anillo. Se dispuso a leer la carta con celeridad, antes de que alguien la sorprendiera.

*Me he ido temprano porque creo que no sería capaz de despedirme de ti.
Te dejo mi localizador. Llévelo siempre contigo, de esa manera podré escuchar todo lo que suceda a tu alrededor. Si perciboque algo va mal iré, no lo dudes.
No dejes que nadie lo descubra. Te sugiero que lo coloques en un dedo, o que lo ensartes en una cadena y lo cuelgues al cuello, así pasará desapercibido.
Te quiero y espero que algún día nos volvamos a ver.
Siempre tuyo.*

Marco

Mina sintió humedad en su mejilla, hubiera jurado que ya no le quedaban lágrimas, pero estaba visto que, en su caso, poseía una fuente ilimitada. Aún tenía muy fresco el recuerdo de la pasada noche, los besos, los abrazos y las palabras de amor. Había confiado en volver a ver a Marco esa mañana, no le había dado tiempo a verbalizar todo lo que sentía por él, aunque, bien pensado, a Marco no le hacía falta para saberlo.

Se probó el localizador a modo de anillo, pero no encontró ningún dedo en el que pudiera encajar. Se levantó a coger su joyero, allí tenía una cadenita de oro de cuando era niña. Fue al espejo a comprobar el resultado. No estaba mal, combinaba bien con el tono dorado del aparato. A continuación rompió la carta en mil pedazos, no quería arriesgarse a que nadie la leyera.

Abrió con sigilo la puerta para comprobar dónde estaban los demás. Atisbó a su madre en su habitación con una maleta encima de la cama, estaba tarareando su manida canción mientras colocaba con mimo la ropa. Bueno, pensó con amargura, al menos a alguien le hacía feliz la situación.

En el cuarto de enfrente, el de Gabriel, había luz. De su padre y su abuela no había ni rastro. Cogió ropa y bajó al cuarto de baño para darse un ducha, algo le decía que allí donde iba no podría hacerlo con demasiada frecuencia e intimidad.

El agua resbalaba por su piel mezclada con el sabor salado de sus lágrimas. Se preguntaba una y otra vez que, si era verdad que estaba haciendo lo correcto, ¿por qué se sentía tan desdichada?

Se secó y se aplicó una buena cantidad de loción hidratante, su ánimo no estaba para muchos acicalamientos, pero su razonamiento le decía que sería la última vez que iba a disfrutar de esa sensación reconfortante en la piel.

Cuando salió del baño se encontró frente a Gabriel.

—¿Qué tal estás? —preguntó el chico.

—He tenido días mejores —contestó Mina haciéndose a un lado para dejarle la vía libre al baño.

Mina era consciente de que estaba siendo cínica, pero no podía evitar culparle. En unos días se le pasaría, estaba segura, pero por ahora prefería guardar las distancias.

Gabriel la miró con tristeza y posó sus ojos en el localizador.

—¿Un regalo de despedida? —preguntó Gabriel con la duda en el rostro.

Mina se metió el colgante por debajo del jersey.

—En realidad no, ya lo tenía —contestó mientras le daba la espalda esperando haber sido convincente.

Se fue en busca del resto de su familia. Al entrar en la antigua cuadra se topó con Luna y se arrodilló para recibir sus lametazos y abrazarla. De repente cayó en la cuenta, ¿qué pasaría con ella? ¿se verían obligados a abandonarla?

Sintiéndose culpable por no haber pensado en ello hasta ese momento, se dirigió con rapidez al almacén, donde estaba oyendo con claridad hablar a su padre y a su abuela.

—Los congelados los dejaremos donde están, si nos arrepentimos y volvemos no quiero que pasemos hambre —decía Nacho a Carmina mientras preparaban para llevar todos los alimentos perecederos.

—Papá —interrumpió Mina—, ¿qué pasará con Luna?

Su padre la miró con ojos lastimosos y se dirigió hacia ella.

—Ayer le pregunté a Gabriel si aceptaban animales. —Le cogió las manos—. Está prohibido, tienes que comprender que, con el racionamiento de comida, no se pueden permitir alimentar a ninguna mascota.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—La dejaré fuera de casa. Llenaré un balde de agua y lo situaré en una zona donde se pueda rellenar por sí solo con el agua de la lluvia. El resto de su supervivencia dependerá de ella.

—¿Dónde dormirá?

—En el antiguo establo. Lo dejaré abierto y pondré cartones para que no pase frío.

Mina asintió conforme, pensó que allí estaría bien. Era un establo pequeño, adyacente al garaje, y con la debida adaptación podría estar confortable y protegida. Además, confiaba en que Marco la alimentase.

—¿Y las gallinas? —No es que Mina les tuviera cariño a esas sucias aves, aunque tampoco le gustaba la perspectiva de que muriesen de inanición.

—Nos las llevaremos en la furgoneta. Aquí, o morirán o nos las robarán, no hay manera de conservarlas por si regresamos.

Mina sintió el hocico de Luna en la palma de su mano. Se agachó para abrazarla y despedirse de ella.

—Ya lo tengo todo preparado —informó Clara irrumpiendo en el almacén con energía renovada—. Mina, deberías hacer tu maleta.

A Mina no le extrañó que su madre tuviese esa prisa por marcharse. Clara era un ser sociable, necesitaba gente alrededor, tener alguna ocupación y saberse útil. La Universidad Laboral prometía concederle todas esas cosas.

La chica fue cabizbaja a hacer los preparativos del viaje. Nunca le habían gustado los cambios, y menos de esas características. Guardó en una bolsa un popurrí de ropa para todas las estaciones. Le amargaba pensar que estarían tanto tiempo allí, aunque no le quedaba otro remedio que ser previsor.

Bajó con sus pertenencias y se acercó a la furgoneta. Su padre estaba metiendo a todas las gallinas en la parte de atrás.

—Deja la maleta en el coche de Gabriel. Iréis con él, así no tendré que hacer dos viajes —ordenó su padre.

Mina obedeció y le tendió su equipaje al chico. Después se volvió a despedir de Luna sin poder reprimir el llanto. La perra emitía un aullido lastimero, era obvio que intuía lo que iba a suceder. Eso desgarró aún más el interior de Mina, que volvió a repetirse que no podía tratarse de una decisión correcta, si la misma era causa de tanto dolor.

En cuanto Nacho se cercioró de que la casa quedaba bien cerrada, todos se subieron a sus respectivos vehículos. Mina tuvo que luchar muy fuerte contra su deseo de salir corriendo hacia la casa vecina. Decidió, poco convencida, aceptar la voluntad de Marco de conservar como recuerdo su última noche juntos.

Su abuela la abrazó al percibir su tristeza. Mina se obligó a sonreír y le dio un beso en la mejilla, no era justo acaparar toda la compasión. En esa casa Carmina había sido feliz con su marido, y había criado a su hijo y a su nieta. La mayor parte de su vida la había pasado allí, trabajando la tierra, criando gallinas y, hasta hacía pocos años, ordeñando vacas. Mina se

figuraba el dolor que para ella suponía abandonar su hogar. Sin duda, era la que peores posibilidades tenía de adaptarse. Su abuela estrechó a Mina contra su cuerpo. Era muy duro partir dejando atrás tantos recuerdos.

La primera impresión de Mina al ver el recinto que les acogería fue de grandiosidad. Ella ya había estado allí en una ocasión, una vez que había ido con sus compañeras de trabajo social a conocer su cafetería, aunque, esa vez, se habían introducido por otra entrada ubicada junto al Convento de las hermanas Clarisas.

Aparcaron los coches al lado del acceso principal y desmontaron dejando su equipaje en los vehículos.

La puerta que se hallaba ante ellos era enorme y le llamó la atención que, sobre el arco de entrada, había esculpidos dos ángeles que parecían llevar un escudo coronado con un águila.

—Gabriel Lorna García —gritó Gabriel en dirección a la puerta, donde dos hombres les estaban observando a través de sus rejas de hierro forjado. Al escuchar la contraseña, los vigilantes abrieron una de sus hojas para permitirles el paso.

La familia entró con cautela. Carmina abrió la boca con asombro al ver un bonito espacio semidescubierto rodeado de columnas. A Mina le recordó a un atrio romano. Observó también que los capiteles de las columnas eran corintios. Mina pensó con ironía que, por fin, podía darle uso a los conocimientos adquiridos en la asignatura de Arte del instituto. No sabía por qué, pero sin duda debía ser importante diferenciar los órdenes clásicos.

Cruzaron un enorme arco para llegar a un patio que se asemejaba a una plaza mayor.

—Eso de ahí es la iglesia. —Gabriel se dirigió a Mina a la vez que señalaba el edificio que tenían en frente—. Es la iglesia de planta elíptica más grande del mundo. Y eso de la derecha el teatro, el más grande de Asturias.

Mina lo miró incrédula, daba la impresión de que estaba disfrutando haciendo de guía turístico. ¿Acaso no era consciente de su verdadera situación? Estarían condenados a pasar allí dentro el resto de sus vidas, y eso, con suerte. Era posible que la Universidad Laboral fuera una obra arquitectónica impresionante, pero para visitarla o quizás estudiar allí, no para encerrarse hasta la sepultura. Además, ella no tenía el cuerpo para admirar las vistas.

—¿No te conocen los hombres de la entrada? —preguntó Mina, a la que le había parecido un tanto rocambolesca la bienvenida.

—Claro.

—Entonces, ¿por qué diste tu nombre y apellidos?

—Es para cerciorarse de que la gente que llevo conmigo no me está influyendo de alguna manera. Una especie de salvoconducto contra el intrusismo mental. Si digo la contraseña me abren, sino...—Gabriel se llevó el índice al cuello para sugerir que la muerte sería lo que cabría esperar en ese caso.

Un hombre se acercó a Gabriel y ambos se apartaron para hablar algo en privado. Mina sintió escalofríos al advertirla mirada descarada y lasciva del hombre clavándose en todo su ser.

Gabriel gesticuló con una mano a la familia para indicar que se acercaran a su posición.

—Os presento a Andrés, será vuestro supervisor de planta. —El hombre torció una sonrisa en señal de saludo. Su apariencia era corriente, de unos cuarenta y tantos, escasa estatura, orondo y con una calvicie que ocupaba toda su coronilla—. Comunicarle cualquier cosa que necesitéis. Él os acompañará a vuestro nuevo hogar y aclarará todas vuestras dudas. Yo me tengo que reunir con Orlando, os veré luego.

Mina sintió el alma caer a sus pies, ya era todo demasiado complicado como para que el único enlace con esa nueva vida les abandonara ante un hombre tan siniestro.

—Seguidme por favor —ordenó el hombre dándose la vuelta, y no sin antes mirar hacia los pechos de Mina de manera subrepticia.

—¿Y nuestras cosas? —preguntó Clara.

—Más tarde las subiremos —contestó Andrés sin girarse.

Una intensa sensación de desdicha la envolvió y, a su pesar, siguió los pasos de aquella persona junto con el resto de los miembros de su familia. Todo le resultaba demasiado

surrealista. El simple hecho de estar con sus padres y abuela en la Universidad Laboral, detrás de un hombre que parecía el malo de una película de serie B, le ponía los pelos de punta. Sin otro remedio, le acompañaron en silencio a través de una galería hasta llegar a un ascensor. Andrés pulsó la segunda planta y, al cabo de unos instantes, aparecieron ante un largo pasillo. Continuaron el recorrido de forma automática, como si una cuerda invisible les atara a su guía. Mina pensaba, abatida, que si tuviera que volver a la entrada, no recordaría el camino.

Para concluir su trayecto entraron en un cuarto que contenía cuatroliteras, un armario diminuto y una ventana.

—Este será vuestro dormitorio —sentenció Andrés.

—¿El de los cuatro? —preguntó Nacho confuso.

—Si se preocupa por la intimidad que tendrán usted y su esposa...

—No sea impertinente, me preocupa que somos cuatro y no nos cabeni la mitad de nuestras cosas —replicó Nacho exasperado.

—Verá, la conversión de las aulas en habitaciones es lenta. Por el momento esto es lo que hay, otros están en la misma situación y no han ofrecido queja alguna —dijo al tiempo que sus mejillas adquirían un tono rojizo—. No obstante, si no están conformes, siempre pueden volver por donde han venido. —Y, tras esas últimas palabras, los abandonó sin dar más explicaciones.

Carmina se sentó en una de las camas exhausta, con una mueca de desesperación marcada en su rostro.

Mina estaba estupefacta. Parecía que la gente no era demasiado amable por allí. Tendría que pedir explicaciones a Gabriel, que había expuesto todo como una comunidad idílica. Se sentó al lado de su abuela y le pasó una mano por la espalda. Enternecía verla tan indefensa y asustada.

Por el rabillo del ojo pudo ver que varias personas les observaban. Estaban en la puerta, sin atreverse a entrar y con caras amigables. Mirándolos mejor, comprobó que se trataba de una familia, el parecido de los niños con los padres hacía indudable el parentesco. El cabeza de familia tendría la edad de su padre, y no era para nada el prototipo de hombre español. Parecía irlandés o, al menos, la imagen que tenía Mina de los ciudadanos irlandeses: pelirrojos, de ojos claros y un poco corpulentos. Su mujer era una belleza, alta, delgada, rubia, le recordó al instante a las suecas de las películas de Alfredo Landa.

—Hola —saludó el hombre aproximándose un paso—, vivimos en el cuarto de al lado.

—Hola. —Nacho se acercó a darle la mano al hombre y, a continuación, hicieron las presentaciones.

Sus nombres eran Jaime y Lina y, a pesar de las deducciones de Mina, hablaban español con un ligero acento asturiano. Su hija mayor, Andrea, aparentaba la edad de Mina, y daba la impresión de ser muy tímida, pues evitaba mirarlos a la cara. A Mina le recordó a Pipi Calzaslargas, aunque de belleza más delicada y sin coletas, por supuesto. El pequeño, Dani, de unos doce años, era muy vivaracho y parlanchín.

Antes de que todo se fuera al traste, el matrimonio trabajaba en el Hospital de Cabueñes, ambos enfermeros. Cuando sucedió lo de la isla de El Hierro se afiliaron a la Resistencia sin pensárselo dos veces. Además, su experiencia laboral era muy útil en el complejo, ya que no contaban con muchos enfermeros y médicos.

Admitieron que la actitud de su supervisor de planta no era muy afable, sin embargo ellos estaban encantados con las relaciones entre el resto de vecinos. Afirmaban que eran una colectividad muy unida, y que todos estaban dispuestos a ayudarse unos a otros.

Mina observaba sus reacciones a la par que escuchaba sus palabras. No le parecía que Andrea estuviese muy de acuerdo con esa descripción. Le daba la sensación de que estaba asustada, que ocultaba algo. Pensó que, con seguridad, se harían amigas, no tenían demasiado donde escoger. Tendría tiempo de indagar en sus vivencias y sonsacarle información.

En medio de la conversación llegó Gabriel, sus ojos se relajaron aliviados en cuanto vislumbró a Mina. Andrea se sobresaltó, aunque no de miedo precisamente. Mina dedujo la razón de su cambio de actitud. La chica se había sentado en una de las camas cruzándose de piernas al tiempo que se afeitaba el pelo y lo miraba de reojo. No podían ser más claros sus

sentimientos.

Gabriel le hizo un gesto para que se acercara hasta él, no quería interrumpir la animada conversación entre Nacho y Jaime.

—En un rato os traerán vuestras cosas —informó feliz—. Orlando se ha alegrado mucho por las gallinas, ha dicho que si necesitáis algo que os haga la vida más cómoda me lo digáis. Se siente agradecido.

—Bueno, no estaría mal otra habitación...

—Supongo que sabes que aquí se impartían clases. Estamos reestructurando, a marchas forzadas y con escasos recursos, todo el edificio para que dé cabida al mayor número de gente posible —interrumpió nervioso—. Me temo que eso no te lo podré conceder, al menos, por el momento. Pero habéis tenido suerte, esta planta albergaba habitaciones, en otras han dividido las aulas con tabiques mal contruidos, y algunas no disponen ni de puerta ni de ventana.

—Ya —contestó la chica desviando la mirada al suelo—, no me gusta el supervisor.

—¿Andrés? ¡Pero si es un pedazo de pan! Es un hombre muy campechano. El problema es que al principio es un poco tímido y puede parecer hosco. —Gabriel sonrió nostálgico—. Cuando le conocí, a mí también me cayó fatal. En seguida te acostumbrarás a él y comprobarás que es encantador.

—Puff, no sé, me parece que el cuento va a tener que cambiar mucho. No me gusta su forma de mirarme —susurró con temor a que alguien le pudiera escuchar.

—Tranquilízate, no permitiré que nadie te haga daño —musitó cogiéndole las manos.

—Lo que dijo Marco acerca de las relaciones sexuales en el recinto...

—¿Es una proposición? —preguntó el chico con picardía.

—Me refiero a la insinuación de los abusos —contestó sonrojada, lo último que le apetecía era lidiar con las pretensiones de Gabriel.

—Se oyen rumores, es verdad —confirmó sin soltarlas manos de la chica—. Pero solo entre las chicas solteras. Si decimos que nosotros... bueno, que somos pareja, el peligro descenderá.

—¿Y si descubren que no lo somos?

—No lo harán. Fingiremos algún arrumaco de vez en cuando y ya está —sugirió adoptando una sonrisa a medias.

—Creo que prefiero correr el riesgo —dijo categórica, simulando no darse cuenta de la mueca de dolor que adoptó Gabriel al instante de oír sus palabras. No quería dar motivos de preocupación a Marco.

El chico soltó sus manos, le había quedado claro que cualquier vestigio que hubiese quedado de su relación se había esfumado.

—Bien, tú misma, si prefieres luchar sola contra ese peligro, no te lo voy a impedir —manifestó enfadado—. Me voy, tengo cosas que hacer, si me necesitas estaré en la torre de control.

Mina observó con disgusto la forma en que Gabriel se daba la vuelta y alejaba a toda prisa. Había rechazado su ofrecimiento con desprecio y eso no estaba bien. ¿Qué importancia tenía fingir que estaban juntos?

En realidad sí la tenía, ceder a eso sería como traicionar a Marco. Le debía fidelidad pero, ante todo, lealtad. Ella sabría defenderse, intentaría no estar sola para no tentar a la suerte y solucionado. Había unas setecientas personas en el edificio, no sería difícil escapar a la soledad.

Pasaron los días inmersos en una rutina soportable. Dormían hasta las siete y media, que era cuando despertaban al oír el revuelo en las otras habitaciones. Se aseaban y bajaban al comedor a desayunar. Después, daban un paseo por los jardines y visitaban, por insistencia de su abuela, la iglesia. A la una en punto tenían el turno en el comedor, y una vez alimentados, subían a su habitación a intentar echar la siesta, aunque en realidad, era una excusa para pensar en lo que sería de ellos en un futuro, ya que ninguno de los cuatro era capaz de pegar ojo. Por la tarde se reunían con los vecinos Lina y Jaime y sus hijos, los jóvenes en un cuarto y los adultos en el otro. Por

último, bajaban todos a cenar a las ocho, acuciados por un hambre de mil demonios ya que las cantidades de comida no eran demasiado abundantes y la merienda era inexistente.

Estaban esperando a que alguien les ofreciera alguna ocupación. Aún no les habían asignado ninguna tarea, y Mina suponía que era por cortesía de Orlando, que seguro continuaba agradecido por el regalo de las gallinas.

No había vuelto a hablar con Gabriel desde el día en que se marchó enfadado, y sentía la necesidad de disculparse. Se había comportado de forma muy egoísta con la única persona que se arriesgaba a ofrecer su ayuda. Además, seguro que tras esa máscara de optimismo se escondía un chico destrozado por la desaparición de su padre.

Aprovechó uno de los paseos matinales para informar a su padre de que iba a hacer una visita a Gabriel a la torre de control. Nacho mostró alegría al comprender que su hija intentaba tomar la amistad. ¿Pensaría que, de esa manera, se libraría de Marco? Mina resopló indignada y fue en busca de su amigo. Al llegar al ascensor de la torre, un hombre uniformado le cerró el paso.

—¿Tienes permiso para estar aquí?

—Soy amiga de Gabriel —se justificó nerviosa—, me dijo que si alguna vez lo necesitaba le buscara aquí.

—En ese caso te acompañaré —dijo introduciéndose en el ascensor.

Mina le siguió al interior con cautela, no le inspiraba mucha confianza aquel tipo.

Subieron en silencio, evitando mirarse. A la chica le pareció un trayecto eterno, ¿qué altura tendría esa torre? Se bajaron en la planta diecisiete, en el mirador.

Nada más ver a Mina, a Gabriel se le iluminó la mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gabriel acercándose a la chica.

—Hace días que no te veo y necesitaba hablar contigo —dijo Mina.

—¿Necesitáis algo?

—No, no es eso. Quería disculparme. —Mina le miró a los ojos para demostrar su sincero arrepentimiento—. No solo no te he agradecido lo que has hecho por nosotros, sino que me he comportado como si tú... tuvieras la culpa de todos mis males.

Gabriel sonrió y la miró con ternura. Mina supo entonces lo mucho que significaba para él, y se dijo que nunca más le haría daño de forma deliberada.

—Es normal dadas las circunstancias, aquí todos estamos un poco susceptibles —agregó Gabriel quitando importancia al asunto.

Mina se sintió aliviada por recuperar a su amigo, había esperado más hostilidad, se la tenía merecida. Por fortuna, no era un chico rencoroso.

—¡Desde aquí hay una vista impresionante! —exclamó Mina forzando un cambio de tema.

—Ofrece una vista de trescientos sesenta grados de todo el complejo —explicó Gabriel exultante a causa de la cercanía de la chica y de su visible interés.

—¿A qué altura estamos?

—A ciento treinta metros. Es el edificio más alto de Asturias, y el edificio en piedra más alto de España —informó sin apartar sus ojos de ella.

—¡Vaya! ¿Cómo es que sabes tantas curiosidades sobre este sitio? ¿No te habrás comido a uno de sus guías? —bromeó Mina.

—Samuel estudió aquí bachillerato y, ya lo conoces, sus ansias de comunicar todos sus conocimientos...

—¿Está aquí también? —preguntó Mina.

—Sí, fue el primero en meterse en toda esta historia. También es vigilante, pero ahora anda metido en la biblioteca creyendo que en los libros pueda estar la clave de... bueno, de lo que sea que esté buscando.

—Ya, un libro que revele el talón de Aquiles de los extraterrestres, ¿no? —Mina le guiñó el ojo divertida.

—Sí, algo así. —Gabriel sonrió exponiendo una dentadura perfecta.

—Y, ¿hay alguien más que yo conozca? —Mina pensaba en Noelia, pero no quiso

preguntarlo directamente por no ser desconsiderada hacia el resto de amigos de Gabriel.

—Nadie más. Ya hemos ido en su busca, pero ni rastro.

—Lo siento, yo tampoco sé nada de Noelia desde que se cortaron las comunicaciones. —Mina se sentía culpable por no haber ido a buscarla. Su padre se había negado a que fuera a socorrerla porque lo creía peligroso y ella no había insistido. A veces se preguntaba por qué no se lo había pedido a Marco. Él lo hubiese hecho por ella, seguro.

Gabriel miró hacia uno de sus compañeros de vigilancia y le hizo una señal con la mano, el otro asintió.

—Es mi hora de descanso, ¿quieres que demos una vuelta y te enseñe un poco el recinto? —preguntó Gabriel.

—¡Sí, por favor! Necesito salir un poco de la monotonía —Mina asintió con efusividad.

—¿Tan malo es? —preguntó Gabriel a la vez que le ponía una mano en la espalda instándola a que se dirigiera al ascensor.

—Peor, aquí las horas no pasan, a veces me quedo mirando el reloj porque dudo si funciona. Necesitamos alguna ocupación. —Mina echó un rápido vistazo al mirador antes de salir y comprobó que todos estaban armados, todos menos Gabriel.

—Eso está hecho, hablaré con Orlando. —Gabriel pulsó el botón de la planta baja.

—Tú ¿no tienes armas? —curioseó Mina en cuanto se cerraron las puertas y quedaron a solas.

—No, son para los altos cargos. Yo vigilo y aviso si veo algo raro. Ya sabes, cuatro ojos ven más que dos. Además, mi responsabilidad principal es rescatar supervivientes, salgo una vez a la semana. Entonces sí que me dan una pistola.

—¿Sales solo? —se interesó Mina. No le gustaba la idea de que pudiera pasarle algo.

—Sí, siempre.

—¿Y yo no podría acompañarte?

—Me gustaría. —Gabriel sonrió y Mina advirtió cierto brillo en sus ojos—. Lo consultaré.

Iniciaron el paseo sumidos en una conversación agradable. A Mina le dio la sensación de que todo lo relativo a la invasión formaba parte de una terrible pesadilla de la que ya se había despertado. Parecía que no hubiese pasado el tiempo desde su primera cita.

Gabriel la llevó de visita a las cocinas. Le advirtió que era un acceso restringido pero que, por un día y por tratarse de ella, abusaría de su permiso de libre circulación.

Mina se mostró maravillada ante la visión de los hornos, balanzas de alimentos, mezcladoras y batidoras gigantes. Además, el hecho de estar en un lugar prohibido sumaba emoción a la excursión.

—¿Quieres que te enseñe cómo están reestructurando las aulas para convertirlas en habitaciones?

Mina se encogió de hombros, no estaba segura de querer ver aquello. Si ella estimaba que las condiciones de su cuarto no era buenas ¿para qué martirizarse pensando en la gente que tendría que pasar penurias mayores?

—¿Para qué preparáis tantas habitaciones? ¿De verdad tenéis esperanza de que aparezcan más personas? —preguntó Mina.

—Seguro que hay mucha gente escondida, el problema es que nos lo ponen igual de difícil a nosotros que a ellos. —Gabriel miró hacia arriba, dando a entender que se refería a seres del espacio exterior—. Pero la verdadera razón es que esperamos que el núcleo de resistencia de Oviedo se una a nosotros. Allí están en peligro. Oviedo está tomada por los extraterrestres.

—Ah ¿sí?

—Sí, todas las universidades están invadidas.

Mina pensó que eso era lógico teniendo en cuenta que ella sabía, de primera mano, que el principal hospital raseliano estaba ubicado en la Universidad de Magisterio. Determinó guardarse esa información, no quería perjudicar a Marco.

Por último visitaron los jardines árabes. A Mina le encantaron, a pesar de que necesitaban una buena rehabilitación.

—¿No estaremos poniéndonos en peligro? —preguntó la chica al darse cuenta de que estaban en frente de la fachada sur.

—No te preocupes, estamos vigilados —la tranquilizó señalando a la torre.

A Mina le preocupó saber que cualquier persona extraña paseando por los alrededores era susceptible de ser disparada. Era peligroso para los extraterrestres, pero también para otros posibles supervivientes. Se inquietó al pensar en Marco. ¿Y si algún día decidía que la separación era demasiado dolorosa e iba a buscarla? Rezaba para que ese aparato funcionara y hubiese oído toda su conversación con Gabriel. Aunque Marco fuese una especie desuperman, allí había demasiada kryptonita.

Gabriel cumplió con lo prometido. Al día siguiente un hombre alto, fornido y vestido de militar, se acercó hasta su habitación para darles las instrucciones de sus futuros trabajos. A Carmina le tocaría ayudar en los cultivos, cosa que le entusiasmó saber, a pesar de que solo estaría ocupada tres días a la semana. Nacho ayudaría con la remodelación de las aulas, y Clara trabajaría en la lavandería dos mañanas a la semana, para su consternación, pues ella era feliz hasta el momento. A Mina le habían concedido lo que había pedido, un día a la semana acompañaría a Gabriel en su búsqueda de personas desamparadas.

Todo ello conllevó como contrapartida una cosa, su estancia en ese lugar pasaría a ser permanente, es decir, no habría retorno. La furgoneta de Nacho se confiscaría como material de guerra y nunca podrían recuperarla. La explicación a esas instrucciones no era otra que la propia seguridad de los miembros de la Resistencia. No podían arriesgarse a que, una vez familiarizados con la organización y el funcionamiento del recinto, pudiera caer esa información en manos del enemigo.

Nacho se quedó pensativo al oír las condiciones, era un trato poco ventajoso para ellos. Miró a su familia, las tres ofrecían un aspecto vulnerable. Se dirigió al armario y cogió las llaves de la furgoneta. Después de un suspiro se las entregó al militar.

Mina se sintió acorralada, no le gustaba imaginarse allí el resto de su vida. ¿Cómo es que su padre había aceptado tal cosa?

Menos mal que una vez a la semana traspasaría esos muros. No veía el momento de recorrer su ciudad natal respirando aires distintos. La cara de su padre al oír ese punto fue todo un poema. Que su hija se expusiera no le hacía gracia. Lo extraño es que aceptara sin más, que no hubiera intentado discutir esa parte del acuerdo. ¿Y si llegara a saber que el origen de la idea había sido suya? En ese caso, estaba segura de que hubiera puesto objeciones. Al pensar que se trataba de una orden directa del “generalísimo” Orlando lo aceptó, qué remedio. Daba igual, pensó Mina, de todas maneras no pensaba sacarlo de la ignorancia.

Y lo mejor de todo era que ese día iba a ser el primero como rescatadora oficial. No veía el momento de marcharse de allí, aunque fuera a ser algo efímero. Estaba muy agradecida con Gabriel, seguro que no le había sido fácil conseguir algo así. Se lo compensaría, no sabía cómo, pero lo haría.

Al llegar el momento de atravesar la enorme puerta percibió que le flaqueaban las piernas, los nervios siempre la atacaban cuando afrontaba algo importante. Vislumbró a Gabriel apoyado en el coche que les llevaría a la ansiada libertad y tuvo la sensación de un déjà vu. Respiró aliviada y olvidó sus preocupaciones, no quería estropear la ocasión pensando en que tendría que regresar.

—¿Dónde se supone que vamos? —preguntó la chica con una sonrisa mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Hoy vamos a ir al barrio de La Arena, llamaremos a algunos timbres, visitaremos el Centro Municipal... improvisaremos un poco —contestó Gabriel riéndose al comprobar lo prudente que era Mina al ajustarse el cinturón—. Tranquila, nadie nos va a poner una multa.

—Y si formásemos parte de una persecución mortal a doscientos por hora...

—Con o sin cinturón estaríamos jodidos, este coche no creo que coja ni los ciento cincuenta.

Gabriel condujo despacio, saboreando cada momento fuera de los muros de su prisión.

Mina lo comprendía, era lo más parecido a uninyección de adrenalina que podían experimentar, estaba eufórica. Estacionaron al lado de la plaza de toros El Bibio.

—No quiero que te separes de mí en ningún momento, recuerda que vas desarmada —le advirtió Gabriel antes de apearse del coche.

—¡Señor, sí señor! —se burló Mina llevándose la mano a la frente.

Gabriel se fijó en que la plaza de toros estaba abierta. Le hizo una señal a Mina para que le siguiera en esa dirección.

Entraron con cautela, si había algún extraterrestre o alguna persona peligrosa estarían muy expuestos al meterse en el coso.

—¿No habrá ningún toro por aquí, verdad? —preguntó Mina preocupada.

—No es época de corridas —aseguró Gabriel muy seguro—, de ningún tipo —añadió sarcástico.

Llegaron al centro de la plaza y echaron un rápido vistazo a las gradas. Parecía que estaban solos. Gabriel se introdujo en el interior, seguido de Mina, que temía que alguien pudiese estar acechando. Pasaron por la barra del bar y los baños públicos sin pena ni gloria, la presencia de alguna paloma fue su única compañía. A Mina le resultó muy cómica la imagen de Gabriel esquivando los pájaros, le hacía gracia que le asustaran las aves. Subieron las escaleras hasta la última planta, Gabriel quería enseñar a Mina la vista privilegiada desde los palcos.

El chico hizo una mueca servicial para indicar a Mina que tomara asiento. Esta le siguió el juego intentando mantener un gesto señorial, fingiendo que era alguien importante.

—Es el mejor asiento, mi señora —bromeó Gabriel acomodándose a su lado.

—Sería aún mejor si pudieras conseguirme unos anteojos, no consigo ver nada...

Gabriel se rio con ganas y Mina se sintió feliz de estar a su lado. Con él todo era más fácil. No había cargo de conciencia, remordimientos ni dudas. ¿Qué hubiera pasado de no haberse producido la invasión? se preguntó Mina mientras observaba a Gabriel. Él sostuvo la mirada unos instantes, hasta que Mina la apartó para fijarse en los edificios que sobresalían detrás de la plaza.

—La gente que vivía allí debió de ser muy afortunada —comentó Mina intentando romper el momento de intimidad que se había creado entre ellos. Gabriel asintió en silencio.

Permanecieron unos minutos admirando el panorama. En su situación, les resultaba sencillo imaginar que todo estaba bien, que estaban en la plaza de toros esperando ver algún espectáculo y que, después, se irían a sus casas para volver a sus rutinas. Pero si observaban con más detenimiento, el peso de la realidad regresaba golpeándolos con fuerza. Bastaba con percatare del silencio, con contemplar las ventanas de los pisos aledaños, que tenían sus persianas bajadas con el propósito de fortalecer sus hogares.

Era triste descubrir a una ciudad, antaño hermosa y vital, derrotada.

Gabriel fue el primero en levantarse consciente de que, si seguían allí, no serían capaces de regresar a sus penurias.

Mina le imitó con gesto de fastidio, pensando en que no le importaría volver allí en otra ocasión.

Gabriel continuó la exploración del edificio.

—Siempre tuve curiosidad por ver un recinto público así, sin limitaciones —expresó mientras agarraba lo que quedaba de la puerta que llevaba a los toriles.

Mina le siguió divertida al interior, tenía su punto el poder ver Gijón así, sin barreras, sin nadie que te prohibiera la entrada a ningún sitio.

—Mira que como salga un toro... —susurró Mina con recelo ante la idea de morir bajo las astas de uno de esos animales. Sonrió al pensarlo irónico que sería ese final.

—Relájate y disfruta. —Gabrielle lanzó una sonrisa a Mina, y esta sintió que algo se le removía en el interior.

Les resultó fascinante ver los toriles por dentro, a pesar de que estaba todo muy descuidado. Las paredes necesitaban una mano de pintura, y el suelo una limpieza en profundidad. Estaba claro que, hasta la nueva temporada de verano, no habían planeado

adecentarlo. Se permitieron el lujo de ver las instalaciones desde arriba, proyectando en su mente cómo sería aquello lleno de toros. Mina estaba pletórica, le encantaba su nueva ocupación. Y de la compañía tampoco se podía quejar.

—¿Cómo será el lugar donde esperan los toreros a salir? —preguntó Mina muy animada ante la idea de satisfacer al completo su curiosidad.

—¿El patio de cuadrillas?

—¡Vaya! Conoces la jerga ¡No me digas que te gustan los toros! —exclamó Mina sacando su vena más antitaurina.

—A mi abuelo le encantaban y de pequeño me trajo una vez —evocó Gabriel con añoranza—. Vamos a ver si está abierto.

Para desilusión de Gabriel, que quería ante todo agasajar a Mina, la enorme puerta que llevaba al patio de cuadrillas estaba bien cerrada y no mostraba ninguna fisura.

—Podemos intentarlo por la puerta de atrás —propuso Gabriel dando media vuelta.

Mina le acompañó, le resultaba muy estimulante estar allí con Gabriel, era un excelente compañero de aventuras. Parecía que estuvieran en un libro de *Los Cinco*. Al salir a la entrada principal, Gabriel se detuvo en seco. Las alarmas de Mina se activaron y levantó la vista para comprobar qué era lo que había provocado ese estado de estupefacción. Mina abrió mucho los ojos, sorprendida al ver a Marco tan cerca de nuevo. Corrió hacia él y se fundieron en un abrazo.

—Te he echado tanto de menos —musitó Mina antes de besarle con toda la pasión y el amor que tenía contenido.

—¿Qué hace este aquí? ¿Me has manipulado para encontrarte con él? —cuestionó Gabriel señalando a Marco, y sin dejar de mirar a Mina con el ceño fruncido.

Mina se separó de Marco al darse cuenta de qué era lo que parecía aquello. Normal que Gabriel pensara que había sido todo algo premeditado. No se podía atribuir a la casualidad el hecho de que Marco se encontrara justo en ese lugar. Mina pensó en la mejor de manera de justificarse sin revelar nada del aparatito que llevaba al cuello.

—Sé que es difícil de creer, pero yo no sabía que él vendría —dijo Mina acercándose a un enfadado Gabriel que, a pequeños pasos, cada vez se alejaba más.

—Ella no sabía nada —constató Marco serio y cogiendo de la cintura a su chica en señal de protección y propiedad.

—Entonces llegaste por casualidad, ¿no? —ironizó Gabriel iracundo.

—Admito que no fue casualidad, pero te aseguro que ella se ha sorprendido de verme aquí tanto como tú —aseguró Marco.

—¿Cómo sabías que íbamos a estar aquí? —insistió Gabriel.

—Eso no te lo puedo decir. —Marco apretó más fuerte a Mina contra su cuerpo.

—¿Has convertido a Mina en una espía? —acusó Gabriel con la duda en su rostro.

—¡Gabriel! ¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Se ofendió la chica dolida por la falta de confianza.

—Ella está en medio, ¿de acuerdo? Nunca haría nada para perjudicar a ninguno de los dos —explicó Marco.

Gabriel entrecerró los ojos, dudando aún.

—Gabriel, cuando propuse acompañarte en tus labores de rescate, en ningún momento pensé que pudiese encontrarme con Marco, lo juro. —Era verdad, ella sabía que Marco conocía todos sus movimientos, pero jamás pensó que haría una exposición de su persona tan peligrosa. Gabriel tenía un arma, y estaba enfadado y celoso, no era buena combinación.

—Ya hablaremos luego. Te espero en el coche —dijo Gabriel alejándose con paso rápido—. Cinco minutos —gritó señalando el reloj de su muñeca.

Mina miró con preocupación al chico que marchaba decepcionado por su culpa. No se merecía aquello. Cualquier chica estaría dispuesta a darle lo que ella no le podía dar.

Marco carraspeó interrumpiendo los pensamientos de Mina. La chica le miró y le sonrió.

—¿Hubieras preferido que no viniera? —preguntó Marco con aparente serenidad.

—No, claro que no. Me alegro de verte solo que... todo están difícil. —Mina le acarició la

mejilla con suavidad.

—Necesitaba verte y abrazarte. —Marco la miró con persistencia—. Y sé que si te digo que Luna está bien, te quedarás más tranquila. Me paso tres veces por semana a hacerle compañía y alimentarla. No tienes que preocuparte de nada.

—Gracias. —Mina miró a Marco a los ojos, sobraban las palabras. Sabía que podía ver lo que estaba sintiendo. Le besó con ternura, demostrándole lo mucho que le importaba y lo agradecida que estaba de que cuidase de Luna. Él cambió el carácter y el ritmo del beso, lo volvió lascivo, urgente, devastador. Ella se separó, si continuaban por ese camino no sabía cómo podían terminar.

—Te quiero Mina. Te espero y te llevo en mi mente todo el día —aseguró Marco reafirmando sus palabras con la mirada. Le dio un beso a su chica en la frente y se fue sin mirar atrás.

Mina observó cómo se iba. Había sido todo tan efímero...se arrepintió de no haber demostrado más agradecimiento por el esfuerzo de ir a verla. Juzgó que su comportamiento no había sido acorde con sus ansias de estrecharlo entre sus brazos. ¿Por cuánto tiempo sería esa despedida?

Gabriel esperaba impaciente en el coche sin querer mirar a la parejita. Pero ¿qué se habían creído? Confiaba en que Mina le diese una explicación convincente. Por lo menos, la delirante situación le había confirmado sus sospechas, Marco era un extraterrestre. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía mencionarlo a la Resistencia, lo único que conseguiría sería que les fusilasen a los dos.

Observó el modo en que la chica se dirigía hacia él, limpiándose las lágrimas con la manga del jersey. Le daba mucha lástima verla así. Estaba convencido de que Marco había jugado con su voluntad de alguna manera.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Mina una vez se sentó en el asiento del copiloto.

—Tenemos una conversación pendiente, ¿no crees? —preguntó Gabriel sin perder de vista los movimientos de Mina. Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano por no echarse a llorar.

—Supongo que es fácil que hayas pensado lo peor de mí —repuso la chica encogiéndose de hombros.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? Me das la razón y solucionado, ¿no? —Gabriel no quería presionarla, pero le estaba exasperando verla con esa actitud tan derrotista.

—No sé qué decir para convencerte de la verdad. Es que poniéndome en tu lugar yo...no me creería nada. —Mina le miró con los ojos vidriosos.

—Vale, supongamos que te creo, que tu intención era disfrutar de mi adorable compañía. ¿Cómo sabía Marco que estarías aquí? —Vamos Mina, pensó Gabriel, es tu oportunidad de resarcirte.

—Ya lo has oído, no puedo decírtelo. —Mina volvió a mirar al frente cerrándose en banda.

Gabriel puso las manos y la cabeza sobre el volante, desesperado. ¿Es que acaso él tenía que tener fe ciega en ella sin recibir reciprocidad?

—Mina, no creo que estés con nosotros para pasar información al enemigo. Con lo poco que te conozco sé que nunca harías algo así. —Gabriel se giró para poder mirarla a los ojos, algo difícil ya que ella seguía empecinada con su vista en el horizonte—. Quid pro quo. Yo confío en ti, confía ahora tú en mí y cuéntame cómo. No saldrá de aquí.

Mina bajó la vista al suelo. Se lo estaba pensando. Gabriel apenas respiraba esperando la resolución.

—El colgante. —Mina señaló el aparato que colgaba de la cadena—. Me lo dio para protegerme. Por si algún día necesito que venga a por mí.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Gabriel cauteloso.

—Oye todo lo que sucede a mi alrededor —reveló Mina mirándolo al fin a la cara.

—Pero, ¿estás loca? ¿Has entrado en la Resistencia con un aparato que puede desvelar al enemigo información importante? —Gabriel estaba fuera de sí, ¿cómo podía ser tan ingenua?

—Marco no es el enemigo. Nunca delatará nada de lo que oiga, no es partícipe de esta guerra injusta —defendió Mina con vehemencia.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Esos seres son capaces de engañarte, de hacerte creer cosas que no son.

—¿Intentas decirme que Marco no me ama, que solo me utiliza para ganar una guerra cuyo final ambos sabemos que está escrito?

—No sé si te ama, no le conozco. En cambio sí te conozco a ti. Lo que teníamos era algo real. No entiendo cómo se ha esfumado tan rápido cambiándolo por esa devoción a un ser de otro planeta.

Mina permaneció callada y Gabriel se maldijo por sus últimas palabras. Había confesado sus sentimientos con total claridad. Pues sí, Mina, te quise, te quiero y no entiendo cómo has podido olvidarme tan rápido. Qué estúpido, ahora la espantaría de su lado.

—Regresamos, por hoy ya hemos tenido suficiente —dijo Gabriel poniendo el motor en marcha.

—¿Cómo que regresamos? No hemos acabado de explorar el barrio. —Mina parpadeó confusa.

—Creo que no ha sido buena idea traerte conmigo. Será mejor buscarte otra ocupación.

—¿Qué? No, por favor —suplicó juntando las manos y vertiendo nuevas lágrimas—, necesito salir de allí o me volveré loca. Te prometo que no volveré a ver a Marco.

—¿Cómo lo vas a evitar? —interrogó Gabriel colérico.

—Si me quiere, no volverá a buscarme. Dame otra oportunidad —imploró llorosa.

—Si le veo la próxima vez, juro que te abandonaré con ese desalmado y no miraré atrás —amenazó muy serio.

—Gracias —susurró la chica intentando calmarse.

Gabriel arrancó el coche mientras intentaba dar respuesta a sus dudas. ¿Por qué actuaba de una forma tan benevolente con una chica que le había dado la espalda a la primera de cambio? ¿De dónde venía esa necesidad de protegerla y de mantenerla a su lado? Supuso que, su caso, haría las delicias de cualquier psicólogo.

Mina estaba harta de las preguntas acerca de su estado de ánimo. Convivir las veinticuatro horas con su familia, sin posibilidad de escaparse a ningún sitio a disfrutar de un poco de soledad, la estaba volviendo loca. Ya se le estaban agotando las excusas para su decaimiento. De haber estado en casa, se hubiese encerrado en su habitación para desahogarse con la almohada.

Ideó una mentira de coartada y se fue rumbo a las piscinas, sus padres siempre se quedaban tranquilos cuando les decía que estaba en compañía de Gabriel. Era algo que le daba qué pensar. Nada que ver con la falta de alegría que veía en sus caras cuando se quedaba a solas con Marco.

Mina inspiró el aire fresco aliviada, era un placer disfrutar del silencio, eso le brindaba la posibilidad de poner en orden sus pensamientos sin preguntas incómodas incordiándola todo el tiempo.

No podía alejar de su mente el semblante herido de Gabriel advirtiéndole que, la próxima vez, la dejaría tirada. No creía que hablara en serio, aunque por otro lado, tampoco le disgustaba la idea de quedarse con Marco. La verdad es que le encantaría volver a la vida que llevaba antes y la expectativa de dormir cada noche con él. Asimismo, le preocupaba lo que había sentido en la plaza de toros. Temía que los sentimientos hacia Gabriel renaciesen. Odiaría ser de esas personas incapaces de vivir su vida al margen de una pareja.

Tenía claro que esperaría a Marco, el chico al que había amado desde siempre. Aun así debía ser realista, de momento Gabriel quedaría relegado al papel de amigo pero, ¿si el tiempo en ese sitio se alargaba demasiado y se difuminaba el recuerdo de Marco? No podía negar lo vital y segura que se había encontrado con Gabriel.

Mina se sobresaltó al oír a alguien carraspear justo a su espalda. Se dio la vuelta con lentitud esperando ver a su padre con semblante enfadado. Su estómago se contrajo de angustia al ver a Andrés con una sonrisa ladeada admirándola sin ningún tapujo.

—¿Qué haces aquí tan sola? —preguntó Andrés acercándose un paso hacia la chica.

—Espero a un amigo —mintió echándose para atrás, evitando en lo posible la cercanía.

—Se ve que necesitas a alguien que te entretenga. —Andrés se relamió los labios en un gesto muy obsceno.

Mina miró hacia otro lado, intranquila.

—¿Dónde están tus padres?

—No lo sé, la última vez que los vi estaban paseando. —Mina señaló con su rostro a la derecha, dándole a entender que, en cualquier momento, podrían aparecer.

—Es peligroso quedar a solas con un chico en este lugar tan abandonado, —Andrés avanzó otro paso hacia Mina—, podría dar lugar a malos entendidos.

—No veo qué tiene de malo quedar aquí con un amigo. —Mina levantó la barbilla pretendiendo parecer desafiante, no obstante los nervios traicionaron su voz, que se oyó temblorosa.

—Vamos, una chica tan guapa como tú, en un sitio apartado...

—Este no es un sitio apartado, veo gente por aquí muy a menudo.

—¿Aquí? —Andrés fingió buscar gente por los alrededores—, yo no veo a nadie.

A Mina le empezaron a sudar las manos. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Buscó en la lejanía la presencia de alguna persona hacia la que echar a correr pero, lamentablemente, Andrés tenía razón, no solía haber gente por allí. Todo el mundo se congregaba en la plaza mayor, daba más sensación de seguridad. Solamente unos pocos paseaban por los extramuros. El pánico había calado hondo en toda la población, que pensaba que los extraterrestres eran omnipresentes.

—Si alguna vez necesitas entretenimiento, puedes contar conmigo —dijo Andrés dándose la vuelta para marcharse.

—Aunque fueras el último hombre —susurró Mina entre dientes.

Andrés se detuvo y giró la cabeza para mirarla. Mina se inquietó, maldiciendo para sus adentros por su manía contestataria.

—He conocido a muchas como tú, y a todas he conseguido bajarles los humos —replicó Andrés acercándose de nuevo hacia Mina con el rostro contraído en una mueca de rabia.

Mina retrocedió temerosa de que, en el siguiente paso, el hombre lograra establecer contacto. Nada le repugnaría más, pensó.

—Te crees mejor que yo, ¿verdad? Con tus ropas apretadas y esa larga melena que llama la atención de los hombres. ¿Te gusta provocar, eh? —Andrés estaba a unos centímetros de la cara de Mina, que se había quedado petrificada. Levantó la mano con la intención de acariciarle la mejilla pero la chica apartó a un lado su rostro. Andrés cerró su mano en un puño y la bajó a la vez que adoptaba una sonrisa cínica. Abrió la boca con la intención de decir algo más, pero alguien se le adelantó.

—¡Mina! —Gabriel se hizo visible en la retaguardia de Andrés y este se dio la vuelta contrariado.

—Deberías advertir a tu novia que no es aconsejable pasear sola por estos lugares —dijo Andrés con falsa amabilidad.

Gabriel posó sus ojos en la chica para comprobar que todo estuviera bien.

—Mi amiga sabe arreglárselas —repuso Gabriel respetando el deseo de Mina de no alegar que eran pareja.

Andrés echó un último vistazo a la chica y se marchó con una escueta despedida. Mina espiró aire de puro alivio.

—¿Me buscabas? —preguntó Gabriel.

—No, pero me alegro de verte. —Mina contempló la forma en que Andrés desapareció por una de las entradas al edificio.

—Te fui a buscar a la habitación y tu padre me dijo que habías quedado conmigo. —Gabriel intentó juntar las cejas adoptando una expresión acusatoria.

—Es que me agobian con preguntas todo el rato y quería estar sola —respondió Mina evitando encontrarse con su mirada.

—Andrés tiene razón, no es conveniente que pasees sola por aquí. —El rostro de Gabriel se relajó, comprendía a la perfección las razones de la chica. A veces, estar rodeado de gente no hacía más que acrecentar el sentimiento de soledad.

—Para protegerme de gente como él, ¿no? —Mina le miró con desafío.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, tonterías —respondió Mina, que sabía de sobra la opinión que tenía su amigo de Andrés—. ¿Para qué me buscabas?

—Bueno —Gabriel titubeó—, por la forma en que nos despedimos ayer... quería decirte que no estoy enfadado contigo.—La miró a los ojos y ambos sonrieron con timidez—. Me repateó ver a tu vecino pero, ahora que he meditado las cosas, me doy cuenta de que lo debes estar pasando muy mal.

Mina suspiró, Gabriel podía ser encantador cuando se lo proponía. Tendría que activar sus resistencias frente a ese chico, no quería sembrar dudas respecto a su relación con Marco. No era justo para él, que no estaba en condiciones de demostrarle su afecto.

Disfrutó del resto de la tarde con Gabriel. Y, después del incidente con Andrés, le había quedado claro que nunca más debía buscar la soledad. Era preferible la rutinaria incomodidad familiar.

La mañana siguiente Mina la pasó con Andrea y Dani. Era de los pocos días que no había ningún adulto disponible junto a ellos, todos trabajaban. A Mina le gustaban esos momentos, era una forma de romper con la rutina, de relacionarse como una persona normal ante gente casi desconocida. Se acordó de su amiga Noelia, ¿qué habría sido de ella? Si estuviera allí seguro que hacía de una mañana aburrida toda una diversión. Andrea era una buena chica, pero no era lo que se podía decir la alegría de la huerta.

—¿Vosotros no tenéis ninguna tarea? —preguntó Mina como forma de entablar conversación. Sabía que los jóvenes podían estar exentos si querían, aunque siempre era preferible disponer de un entretenimiento, incluso fregando los baños.

—Antes teníamos —contestó Dani mirando de reojo a su hermana. Mina percibió una nota de advertencia en los ojos de la chica y decidió seguir indagando.

—¿Qué pasó?

Andrea se encogió de hombros y miró para otro lado, a Mina le dio la sensación de que se le habían humedecido los ojos.

—A ella no le gustaba trabajar en las cocinas —informó el chico con inocencia—. A mí me encantaba ayudar a mi padre en la enfermería, desempeñaba una labor importante. Era el que comunicaba a todo el mundo sus citas médicas, me ocupaba de la distribución de los turnos y, a veces, ponía algún que otro esparadrapo. Pero ella dijo que no quería trabajar más y, por carambola, me dejaron a mí también en el paro.

Mina sonrió al chico, le resultaba muy simpático. A veces pensaba que no era consciente del motivo de su reclusión. Quizás sus padres no le hubieran explicado con claridad la gravedad de las circunstancias. O tal vez Mina se precipitaba en sus conclusiones, y se trataba simplemente de que era un chico alegre, de esas escasas personas que ven el lado positivo de todas las cosas. Sin embargo, la chica le preocupaba. Había permanecido pensativa mirando por la ventana todo el tiempo, y no había añadido ni corregido nada del relato de su hermano. Había algo detrás, eso era evidente. La curiosidad y la lástima por la chica le hicieron intentar descubrir la verdad, y era obvio que con Dani allí sería difícil que confesara nada. ¿Cómo le decía al chico que las dejara a solas sin hacerle sospechar?

—Dani, ¿me harías el favor de ir a la enfermería a pedirme una aspirina? Me duele horrores la cabeza —ideó Mina llevándose una mano a la frente.

—Veré que puedo hacer, tienen racionados también los medicamentos. Aunque yo tengo enchufe...—Dani salió de la habitación llevándose toda su ingenuidad infantil.

Mina se acercó a Andrea y se sentó a su lado, sobre la cama.

—¿Qué pasó? —Mina puso una mano sobre su hombro y apretó en señal de apoyo. La chica se echó a llorar, se levantó y cerró la puerta. Permaneció unos segundos apoyada en la

puerta como sopesando si contar o no lo sucedido. Por último, se sentó de nuevo junto a Mina y se serenó.

—A mí me gustaba limpiar las cocinas. Me relajaba retirar la mugre, ya sé que suena extraño pero... tenía una compañera y nos llevábamos bien. Era de mi misma edad, y fingíamos que teníamos una misión importante, ¿sabes? Nos reíamos mucho. —Andrea miraba al suelo abstraída.

Mina esperó, no quería apremiarla e intuía que la chica necesitaba expresar en voz alta lo que tanto la atemorizaba.

—Una tarde Andrés nos pidió a Lucía y a mí que nos quedáramos un rato más, que debíamos limpiar los fogones de la cocina a fondo. —Andrea levantó la cara pero permanecía esquiva—. Nos extrañó, ya que de eso se ocupaban las cocineras, pero nos sentimos valiosas. Nos pareció que apreciaban nuestro trabajo. —Andrea miró al fin a los ojos de Mina.

—Estábamos solas, no había nadie más, no hasta la hora de la cena. —Andrea se tapó la cara con las manos y sollozó.

Mina la miraba horrorizada suponiendo el desenlace.

—El bestia de Andrés y su compañero Luis nos violaron. —Andrea había cogido fuerzas para decir esto último. Después, se abrazó a Mina en busca de alivio.

Mina se estremeció. Así que era verdad lo que había dicho Marco. ¿Lo sabría Gabriel?

—¿Los habéis denunciado? —preguntó Mina.

—Claro, mi padre se puso como loco. Amenazó con irse si no expulsaban a esos malnacidos. —Andrea escupió las palabras con un gran rencor y con la mirada perdida en el horizonte.

—Y, ¿qué pasó?

—Pues nos dijeron que teníamos que comprender. ¡Nosotros teníamos que comprender! —exclamó Andrea levantando un poco el tono de voz para arrepentirse al instante y bajarlo—. Orlando en persona vino a hablar con nosotros. Nos imploró que nos quedáramos, que éramos importantes para ellos. Claro, como apenas hay enfermeros... Pero dijo que tampoco podía prescindir de ellos, que eran unos de sus mejores hombres y que no podía echarlos. Sus mejores hombres...

—¿Y eso es todo? ¿No dijo nada más, ni que les pondría una sanción o algo por el estilo?

—Nos dijo que hablaría con ellos para que no volviera a pasar. Pero sigue pasando, no a mí, a otras con familias menos importantes para ellos. Mi padre me sacó de las cocinas y puso a Dani de guardián para que no me quedara sola, y ahora él me odia por haber sido privado de su mayor entretenimiento.

—Vamos, —Mina le acarició la espalda—, él no te odia. Yo creo que es muy inteligente y que, en realidad, sabe que no se trata de un capricho tuyo.

Permanecieron un rato abrazadas, en silencio, cada una ensimismada en sus propios pensamientos.

—Me gustaría irme, no soporto estar aquí encerrada. Cualquier cosa sería mejor que estar con estos salvajes —expresó Andrea con rabia.

—¿Tus padres se quieren quedar después de lo ocurrido? —preguntó Mina desconcertada. Si eso le hubiera sobrevenido a ella, seguro que su familia hubiese insistido en marcharse.

—¿Cómo nos vamos a ir? Todo está vigilado, no nos lo permitirían.

—Bueno, salís a dar un paseo por los jardines y os vais alejando poco a poco...

—Y nos dispararían —interrumpió Andrea tajante.

—¡Por el amor de Dios! ¿Tan terribles crees que son?

—Es lo que le pasó a Luci —informó Andrea de forma mecánica y con la vista perdida—. Ella estaba sola aquí, vivía con unos amigos de sus padres que, por lo visto, decidieron no dar importancia a lo sucedido.

—¡No! —Mina se llevó las manos a la boca. Siempre había tenido la posibilidad de marcharse de allí como algo a lo que agarrarse si eran incapaces de ser felices con su nueva vida. La revelación de que no había escapatoria la conmocionó. El conocimiento de lo que esos

hombres eran capaces de hacer la aterrorizó. ¿Dónde se habían metido?

Las confidencias de Andrea sumieron a Mina en un estado de estupor. Pasó los días siguientes deambulando como una sonámbula, sin ganas de hablar con nadie ni mucho menos de explicar su estado emocional. ¿De qué serviría decir a sus padres que lo que la atemorizaba era el hecho de saber que era imposible escapar de allí? Primero, no la hubieran creído, dirían que todo eran leyendas urbanas creadas por mentes adolescentes ávidas de un poco de entretenimiento. Después, seguro que le hubieran preguntado que por qué iban a querer salir de allí. Era inútil, mejor mantenerse callada.

A Gabriel tampoco podía contárselo, Andrea le había rogado que guardase silencio.

Luego estaba el miedo a quedarse sola. Ya el primer día Andrés no le había gustado, había notado cómo se quedaba mirando hacia sus pechos, con muy mal logrado disimulo, en varias ocasiones. Pero nunca hubiera supuesto que fuese una persona capaz de hacer tal cosa, incluso después de su desagradable encuentro la pasada tarde. Gabriel le había contado que, antes de ser invadidos, trabajaba de carnicero en un centro comercial, y que siempre había sido soltero. Por lo visto, según fuentes fidedignas, nunca se le habían dado bien las mujeres, y sentía cierta congoja cuando se le acercaba alguna. Estaba claro que el cambio en la escala de poder y la amnistía total por parte de sus superiores le había hecho perder la timidez a pasos agigantados.

Mina estaba tumbada en la cama en compañía de su abuela, que intentaba ojear una revista, cuando llegó Gabriel a buscarla. Era una tarde de domingo afortunada. Sería su primera obra de teatro, y por nada del mundo podían dejar pasar la oportunidad de un poco de divertimento.

—¿Damos una vuelta antes de la función? —preguntó Gabriel.

Mina lo miró de arriba abajo. Se había puesto de tiros largos para la ocasión. Ella no tenía ropa elegante, así que vestiría más o menos como siempre, vaqueros y un jersey, todo ello muy apropiado para ir a una obra de teatro en pleno apocalipsis.

Mina se sentó en la cama, puso la cabeza boca abajo entre sus piernas y ahuecó un poco el pelo con los dedos para dar un aspecto más presentable.

—Vamos —dijo pasando al lado de Gabriel, y pensando en cuánto tiempo hacía que este no la buscaba para hablar.

Desde su excursión al exterior, Gabriel se había mostrado esquivo. Cierto que le había asegurado que no estaba enfadado, pero Mina intuía que no se fiaba al cien por cien, al menos no mientras llevara su colgante.

Salieron a pasear por las zonas más apartadas, buscando intimidad.

—¿Tú crees que la gente puede ser de una manera y luego, cuando cambian las circunstancias, comportarse de otra manera totalmente distinta? —sondeó Mina, que no podía dejar de darle vueltas a la cabeza a la idea de que los terráqueos solo eran buenas personas en función de las posibilidades que tenían de no serlo y salir impunes.

—Claro, “Yo soy yo y mi circunstancia”, Ortega y Gasset —citó Gabriel orgulloso.

—Entonces nunca puedes saber cómo es una persona si eso puede variar dependiendo de la coyuntura —dijo Mina mirando a Gabriel y percibiendo en él una mueca de extrañeza—. Quiero decir, que las personas pueden solamente cumplir las normas por miedo a las represalias. Sin embargo, si no hubiera castigo...

—Me das miedo, ¿dónde quieres ir a parar? —preguntó Gabriel con curiosidad.

—A ningún sitio. Solo quería saber si crees que toda esta gente, tus compañeros, especialmente los que llevan armas son...buena gente ¿Crees que estamos en buenas manos? —Mina le miró con fijeza, casi sin respirar. Suponía que él se haría preguntas, que querría averiguar a qué venían todas esas cuestiones. Antes de satisfacer su curiosidad tenía que saber a que atenerse, si tenía fe ciega en ellos o si albergaba ciertas dudas.

—Creo que estamos en las mejores manos posibles —contestó Gabriel con cautela.

—Y eso ¿qué narices quiere decir? —bufó Mina exasperada.

—Pues que hacen lo que tienen que hacer para protegernos y yo, en tanto que los míos y yo estemos a salvo, no pienso cuestionarme qué clase de personas son en su intimidad. Me importa un pito si les gusta vestirse de mujeres por la noche o si les va la zoofilia, el caso es que

cumplan con su cometido de una manera correcta.

—A mí también me dan igual sus preferencias sexuales, siempre y cuando no me afecten...

—¿Qué insinúas? —preguntó Gabriel con el entrecejo fruncido.

—Oh, vamos, los rumores. ¿Te da igual que abusen de chiquillas?

—Yo jamás he visto a ninguno abusar de nadie —afirmó Gabriel con aplomo.

—Entonces las chicas que afirman ser violadas, ¿mienten?

—No, puede que sea verdad, supongo que es el precio que deben de pagar por estar aquí.

—Gabriel se encogió de hombros como si el tema no tuviera la más mínima importancia.

—No puedo creer que digas eso. Entonces si algún día te apetece echar un polvo, ¿debería concedértelo tan solo por haberme traído hasta aquí? —Mina se sentía impotente.

—Yo prefiero que las chicas que se acuestan conmigo lo hagan de motu proprio —dijo Gabriel enfadado—. Pero comprendo que un hombre solo, con miedo, desamparado, en medio de una gran guerra, a veces debe evadirse de alguna manera.

—Ya, violando a una jovencita que también está sola, tiene miedo y está aún más desamparada —interrumpió Mina de mal humor, no podía creer que Gabriel intentase justificar lo injustificable.

—Yo no tengo muy claro que las violen, yo creo que ellas de algún modo los provocan para luego arrepentirse. No está bien calentar la bragueta de un hombre si después no vas a aliviarle de alguna manera.

—¡Mi madre! Nunca pensé que tuvieras esos pensamientos de troglodita, no me lo esperaba de ti, la verdad.

Gabriel miró hacia el suelo, incómodo.

—Supongo que hace unos meses jamás hubiera pronunciado esas palabras —dijo Gabriel en un intento de apaciguar los ánimos entre ellos—. Solo digo que hay que ponerse también en el lugar de esos hombres. A diario lidian con la posibilidad de tener que luchar contra unos seres superiores, sabiendo de antemano que es una guerra perdida. Muchos no tienen ningún familiar que les consuele porque lo han perdido todo. ¿Tan malo es que una chica le entregue su cuerpo durante unos minutos para poder aliviar su carga? ¿Tanta importancia tiene el sexo frente a la extinción total?

Mina le sostuvo la mirada. Era evidente que nunca se pondrían de acuerdo. Planteando las cosas de ese modo parecía todo muy sencillo. Seguro que él no se ponía en el pellejo de las chicas indefensas, ¿es que ellas no contaban?

—La gente debe estar entrando ya, ¿vamos? —Mina le animó a avanzar tocándole el brazo. Por su parte el tema estaba zanjado. Estaban en un empate técnico. Ella simpatizaba con un extraterrestre y él comprendía a los violadores, ¿qué era peor?

Gabriel asintió con poco entusiasmo y se dirigieron al teatro. Era una pena que hubiesen arruinado la posibilidad de disfrutar del espectáculo.

Los días pasaban y Mina se sentía cada vez más apática. Nada ni nadie le ofrecía motivación alguna para que su día fuese más llevadero. Su relación con Gabriel había adquirido sutiles cambios. Mina ya no se atrevía a tocar según que temas con él, pero se sentía cómoda a su lado. Era con el único con quien no tenía que fingir, conocía todos sus secretos y no la juzgaba. ¿Qué pensaría su familia cuando supieran la verdad acerca de Marco? No pensaba que fueran a ser tan benevolentes, en especial su padre. Al menos, Gabriel era un apoyo en ese lugar, no la había delatado y creía que nunca lo haría. ¿Sería que aún le gustaba, o que se sentía solo en ese lugar? A veces, Mina se descubría fantaseando con que Gabriel estaba enamorado de ella. Después se reprendía por albergar tales ideas. ¿En qué iba a ayudarle eso? Reconocía que de haber elegido a Gabriel todo hubiera sido más sencillo. Pero ahora era demasiado tarde. Ella amaba a Marco y, aunque en el fondo de su ser sabía que no le sería difícil volver a querer a Gabriel también, no podía ser. Ellos dos nunca podrían estar juntos, al menos no físicamente. Era muy irónica la situación. Marco no estaba allí para leer en su mente lo que sentía por Gabriel, sin embargo podía estar tranquilo, tenía la fidelidad asegurada. Ella era una especie de mantis religiosa, no

devoraba al macho después del coito pero... casi.

Aquella mañana se había levantado soñolienta. Se había pasado la noche girando en la cama de un lado para el otro sin encontrar una postura que le ayudara a relajarse. Bajó a desayunar con la idea de regresar a su habitación para recuperar horas de sueño.

Era de esos raros días en los que su familia trabajaba al completo, así que se aseguró de que Dani y Andrea permaneciesen en la habitación contigua, para mayor seguridad. Sin esa condición, nunca se hubiera atrevido a quedarse sola.

Soñó que Marco y ella estaban en un mundo en el que no existía la guerra, y en el que lo único que tenían que hacer era estar uno en brazos del otro. Evocó caricias, besos, casi pudo sentir su contacto, cómo le acariciaba las piernas con sus dedos con suavidad, dibujando círculos a medida que subía hacia su intimidad. Algo cambió en el sueño. De repente todo se volvió desagradable, sórdido, en el lugar de Marco se encontraba un monstruo verde que babeaba y le arrancaba el pantalón con violencia. Se despertó sobresaltada para descubrir a Andrés en su habitación colocándose encima de ella. No sabía cómo, pero sus bragas y pantalón estaban por debajo de las rodillas. Intentó gritar, pero Andrés le tapó la boca y puso su otra mano sobre el cuello, cortándole la respiración.

—Yo quieto no gritaría, nadie te va a oír. La planta entera está vacía —susurró bajando la mano que tenía en su cuello a la entrepierna—. ¡Vaya! Te has humedecido para mí, ¡qué consideración!

Mina comenzó a sollozar. ¿Y Andrea y Dani? No era posible que la chica la hubiera dejado sola, no después de lo que ella misma había vivido. Seguro que ese cerdo les había echado de allí.

¿Y Marco habría oído que estaba humedecida? Qué humillación que lo que su bonito sueño había provocado en su cuerpo, se confundiera con algo tan falso y deshonesto.

—Tranquila pequeña, seré bueno contigo —prometió echándole su apesadumado aliento en la cara a la vez que se introducía sin permiso en su cuerpo.

Mina comprobó en sus carnes lo que era el odio. De haber podido, hubiera matado a ese hijo de puta con sus propias manos. Por suerte o por desgracia, su ira sirvió de catalizador de su humillación. Dejó de llorar y miró para otro lado. Tuvo que ahogar un grito de dolor cuando empezó a embestirla con violencia, no quería darle esa satisfacción.

Cuando terminó se desparramó unos segundos sobre ella y le lanzó una advertencia.

—Espero que seas lo suficientemente inteligente y no te vayas de la lengua. De todas formas, tienes las de perder.

—Y yo espero que hayas disfrutado mucho, porque será la última vez —dijo Mina con toda la serenidad que fue capaz.

—Cariño, eso lo decidiré yo —apuntó Andrés arrogante mientras se levantaba y se abrochaba los pantalones.

Mina le miró a los ojos con desafío, él no había entendido la amenaza velada. Lo único que le consolaba y que le había hecho soportable la traumática experiencia, era el convencimiento de que ese pedazo de cabrón iba a morir pronto.

Capítulo 8. REVANCHA

Después de que su abusador se hubo marchado, Mina lloró en silencio presa de la humillación y la deshonra. Pensó en su colgante. ¿Qué pensaría Marco de todo lo sucedido? ¿Intentaría ponerse en contacto con ella? O, al contrario, ¿le daría asco pensar que había estado con otro aunque hubiese sido de forma involuntaria? Ella también sentía repulsión de sí misma, tenía la sensación de que le había traicionado, que debería haber opuesto más resistencia. ¿Y si Marco pensaba lo mismo? No había gritado, ni siquiera le había intentado golpear o marcharse.

Se levantó, incapaz de pensar en Marco por más tiempo, tenía que intentar recuperarse para poder poner su mejor sonrisa. Se fue a las duchas antes de que nadie pudiese percibir lo sucedido. Necesitaba borrar el recuerdo de su agresión, hacer desaparecer el hedor que el cuerpo de Andrés había dejado en sus ropas y en su piel. Restregó con fuerza el jabón contra todo su cuerpo mientras lloraba con rabia. La culpa era lo peor, intentaba asumir que no había podido hacer nada por evitarlo, que era un víctima más, pero algo le impedía aceptarlo del todo, la creencia de que su pasividad había significado de alguna manera consentimiento.

Pese a que sabía que un cambio de vestuario a esas horas podía producir suspicacias en su familia, determinó que le sería imposible seguir adelante con la pantomima de que nada había pasado, con el olor de la profanación a cuestras. Otro tema era el cambio de sábanas, eso era algo que no podía hacer sin autorización puesto que, semanalmente, eran reemplazadas por el personal de la lavandería. Ideó verter parte de su escaso perfume para camuflar el olor, pero en seguida desechó su ocurrencia. Clara tenía muy buen olfato y se preguntaría el porqué de tal desperdicio.

Había decidido ocultar a sus padres lo sucedido, le daba demasiada vergüenza y, además, solo serviría para meterlos en problemas. Sospechaba que su padre no consentiría que Andrés y ella permaneciesen bajo el mismo techo y, conociendo los antecedentes, a lo único que llevaría la situación sería a que todos intentasen huir y pereciesen en el intento. Pero ella no se quedaría allí, ya no. Le dolía abandonar así a su familia, sin explicaciones. Si hubiese una alternativa en la que todos pudiesen permanecer unidos fuera de esa prisión, sin duda lo haría.

Tendría que recurrir a Gabriel. ¿Debería relatarle todo lo ocurrido? Tenía miedo de lo que pudiera pensar. Después de que le hubiese dejado claro su punto de vista sobre que las violaciones eran consecuencia de un coqueteo previo, ¿pensaría que había intentado seducir de alguna manera a aquel hombre? No, lo mejor sería mantener silencio y escapar durante una de sus labores de rescate. Tal vez, cuando se encontraran lejos de esos muros, sería capaz de explicarle lo sucedido.

Pero antes de todo, antes de marcharse, quería asegurarse de que Andrés se muriera. Eso, al menos, le proporcionaría satisfacción. ¿En qué clase de persona se estaba convirtiendo?

Permaneció en estado catatónico en su habitación esperando a que llegara la hora de reunirse con su familia en el comedor. Se preguntaba qué habría sido de sus vecinos. Se imaginaba que Andrés les habría echado de la planta con alguna excusa. Supuso que Andrea se imaginaría el desenlace, la verdadera causa de su exilio inesperado. Daba igual, de todas formas no pensaba revelar la verdad, era demasiado arriesgado. Por nada del mundo quería que llegara a oídos de su familia.

—Hola. —La voz de Gabrielle llegó muy lejana, casi proveniente de un sueño. Estaba en la puerta, dudando si entrar o no. Mina le miró y se esforzó por aparentar normalidad.

—Hola —respondió Mina con un amago de sonrisa.

—¿Está todo bien? —dudó Gabriel ceñudo, acercándose a la cama y sentándose a su lado.

—Sí, claro. Todo bien. —Se obligó a decir despacio, aunque le salió artificial, mecánico.

—Me encontré con Andrea en la iglesia. Dijo que te habías quedado durmiendo y me

extrañó. Ella parecía...preocupada. ¿Seguro que está todo bien? —reiteró Gabriel desconcertado ante la actitud de Mina.

—Sí, seguro. He dormido demasiado y estoy un poco atontada —respondió Mina fingiendo serenidad.

—Tienes el pelo húmedo, ¿te has duchado? —preguntó desconfiado. Si alguien se enteraba de que había usado las duchas fuera del horario establecido podría caerle alguna sanción, y a él por encubrirlo.

—Verás, es que...vomité, vomité la ropa y el pelo, tuve que lavarme de nuevo —inventó con monotonía—. ¿He cometido alguna infracción? —cuestionó Mina con fingido interés, le importaba un rábano haber desobedecido las normas, solo le faltaba eso.

—¿Estás bien, tienes fiebre? —se preocupó Gabriel al tiempo que le posaba una mano en la frente para comprobar su temperatura.

Mina se apartó de manera involuntaria, con cierta aprensión al sentir su contacto. Gabriel bajó la mano, herido en el orgullo.

—Todo bien, no debí acostarme recién desayunada, eso es todo —explicó Mina para tranquilizar a su amigo antes de que intentara llevarla a la enfermería.

Gabriel asintió con la cabeza y miró al cielo a través de la ventana.

—¿Cuándo será nuestra próxima salida? —preguntó Mina.

—Creo que pasado mañana. Pero, si estás muy ansiosa, puedo adelantarlo a mañana.

—No, no es necesario, podré esperar —dijo Mina mientras intentaba calcular el tiempo que le llevaría a Andrés morir.

—Te noto rara, ¿seguro que no estás enferma? —Gabriel receló por la conducta de la chica.

Mina se obligó a sonreír y a mirarle a los ojos. No sabía si prefería que se tragase la mentira, o que pudiese leer en su mirada la terrible verdad. Necesitaba desahogarse, no era nada buena fingiendo y se sentía muy sola.

—Me parece que estás a punto de empezar tu turno en el comedor, ¿no? —agregó Gabriel después de un rato de silencio desagradable.

—Es verdad —dijo Mina decepcionada mirando su reloj. Le hubiera gustado que Gabriel hubiese sido más perceptivo con sus sentimientos aunque, por otro lado, era mucho mejor dejar las cosas de esa manera.

Ambos se levantaron y se encaminaron al comedor. Mina agradeció en silencio que la acompañara, no le apetecía atravesar ese pasillo sola ya que, en cualquier momento, podría aparecer su asaltante. Intentó animarse y suprimir su recuerdo, tenía que interpretar un buen papel frente a las personas que mejor la conocían.

Su familia no se dio cuenta de nada. Únicamente su madre hizo un comentario acerca del cambio de vestuario, pero su improvisada coartada aclaró las cosas. De nuevo se sintió frustrada entre su deseo de compartir su dolor y el deber de ocultarlo. No obstante, se consideró afortunada de estar arropada por los suyos, y logró olvidar por momentos el motivo de su desdicha.

A última hora de la tarde, Mina estaba junto a su familia en la habitación esperando a que llegara el momento de la cena. Tumbada en la cama fingía que leía una novela que le había prestado Gabriel de la biblioteca. Era una manera muy eficaz de eludir cualquier tipo de conversación. De repente, se oyó un revuelo de voces en el pasillo.

Sus padres salieron a intentar enterarse de las novedades. Su abuela permaneció con ella en la habitación mientras se limaba las uñas de las manos. Mina intentó aparentar indiferencia, pero por dentro estaba hecha un amasijo de nervios. Intuía el tema de conversación. Esperó lo que le pareció una eternidad hasta que Andrea llegó a la habitación para informarla.

—Se trata de Andrés, se ha desplomado en el suelo y no son capaces de reanimarlo —relató animada—, lo han llevado a la enfermería, pero temen que se trate de algo contagioso y han advertido que cualquiera que note síntomas extraños acuda a urgencias para evitar posibles propagaciones.

Carmina miraba a Andrea con desaprobación, no le gustaba que hablaran alegre de una

desgracia ajena.

—Seguro que se trata de algo del corazón, estaba obeso, y eso es una de las mayores causas, según tengo entendido —objetó Mina aparentando desidia.

—No lo creo —dijo Nacho interrumpiendo la conversación—, hay otro caso. —Su padre acababa de llegar, sin duda preocupado por la información y la posible relación con Mina.

—¿Quién? —preguntó Mina contrariada.

—Una niña que trabaja en las cocinas, Alma, con retraso mental.

No era posible, ¿tan crápula era como para abusar de alguien tan indefenso? Y, además, ¿dos violaciones en un mismo día? Mina tuvo lástima por la chica, a saber las veces que había pasado por ello. Además, si se trataba de la bacteria alienígena no había remedio, ambos perecerían.

—Deberemos mantenernos aislados hasta que se sepa qué es lo que ocurre, es lo mejor —dijo Nacho a su mujer en cuanto esta entró en la habitación.

—¡Pero es absurdo! Seguro que es casualidad, algo que ingirieron en mal estado, ¿cómo va a tratarse de un virus si no salimos nunca de este maldito sitio? —se quejó Clara que veía descabellado ese encierro voluntario.

—¿Y si los extraterrestres han desatado una pandemia para aniquilarnos más fácilmente? —propuso su marido poniéndose en la peor de las posibilidades.

—Calladlos dos —ordenó Carmina enfadada—. Haremos lo que nos digan, y no hace falta tampoco pensar en eso, hijo. Podría tratarse de cualquier cosa.

Andrea y Mina los observaban en silencio. La primera abandonó la habitación al sentirse fuera de lugar.

Mina se sintió culpable, sin proponérselo había sido la causante de todo ese lío. Barajó la posibilidad de confesar la realidad para calmar a su padre, que estaba al borde del colapso nervioso.

—Mina, ¿estás mejor, te ha sentado bien la comida? —preguntó Carmina con la alarma dibujada en su rostro.

—Sígüeli, estoy perfecta —contestó mientras pensaba en la ironía de que su vómito falso fuera el causante real de la epidemia.

—Hija, creo que sería conveniente llevarte a la enfermería, nos han advertido de que cuanto antes se trate la enfermedad, mejor. Ese tipo, el vigilante, tiene pinta de estar muy grave. Es mejor prevenir que lamentar —argumentó Nacho con practicidad.

—Pero si lo de ella fuese una simple indigestión, lo único que conseguirás será exponerla al contagio. ¿No ves que ya se encuentra bien? —receló Clara.

—No creo que la vayan a ingresar junto a los enfermos, espero —contestó Nacho irritado.

—Bueno, ¡basta ya! —exhortó Mina que se estaba cansando de presenciarcómo discutían por una absurdez—. Yo me encuentro bien, aunque si papá va a estar más tranquilo iré a la enfermería —se ofreció. Una parte de ella quería estar presente en el declive de su violador, y no se le ocurría otra coartada mejor.

—Creo que será lo mejor —opinó Nacho tendiéndole la mano a su hija para ayudarla a levantarse.

A lo largo del camino, Nacho mantuvo aferrado el brazo de su hija temiendo que pudiera desmoronarse en cualquier momento.

Mina comprobó, con aprensión, que el pánico había cundido en el lugar. Todo el mundo se encontraba confinado en sus respectivas habitaciones. Sintió un nudo de culpabilidad en el estómago y se preguntó si esa noche habría servicio de cenas. Esperaba que la gente no pasase hambre por su culpa.

Al llegar se encontraron las puertas cerradas, algo inusual. Descubrieron la existencia de un timbre y Nacho no se demoró en pulsarlo. Esperaron unos minutos hasta que salió una mujer de mediana edad que llevaba unas gafas de pasta negra colocadas en la punta de la nariz. Les miró por encima de los cristales con una expresión de fastidio a la espera de que ellos dijeran la primera palabra.

—Esta mañana mi hija ha vomitado —informó Nacho con determinación.

—¿Qué síntomas tiene ahora? —preguntó de mala gana la mujer obviando la presencia de Mina.

—Ella dice que está bien, pero yo le veo mala cara —confesó Nacho revelando que había percibido el deterioro en su estado de ánimo.

—Verá, estamos un poco colapsados en este momento. Como sabrá, hay pacientes en estado crítico así que...—dijo con ademán de cerrar la puerta.

Nacho impidió el movimiento de la enfermera colocando su mano en la manilla y empujando con brusquedad.

—Nos han dicho que cualquier persona que sienta malestar informe a la enfermería, y eso es justo lo que estamos haciendo —recalcó Nacho enfadado.

—A ver niña, ¿tienes fiebre, escalofríos, te sientes mareada? —sondeó con desinterés.

Mina se cuestionó la respuesta que debía dar. ¿Quería realmente quedarse para contemplar con sus propios ojos el fin del hombre que la había ultrajado? Si su intención era estar presente, debería mentir.

—Estoy algo mareada.

La mujer dudó, le importunaba el ingreso de la chica. Si bien, por otro lado, no podía arriesgarse a no atenderla y que más adelante empeorara. Sus superiores se le echarían encima si cometía tal negligencia.

—Está bien, pasa —accedió dejándole paso a Mina—. Pero usted debe permanecer aquí fuera. Ya le iremos informando —advirtió cerrando la puerta con cara de satisfacción.

La mujer guió a Mina hasta una camilla y la invitó a sentarse.

—Espera aquí, te mandaré a una enfermera para que te examine —informó abandonando a la chica sin esperar respuesta.

Mina observó la habitación con detenimiento. Había vitrinas llenas de instrumental médico y medicamentos. Poseía una sola camilla, lo que le hizo suponer que, al otro lado de la puerta que había traspasado la mujer, habría más infraestructura. El cuarto emanaba un aire deprimente, de decadencia. Al menos parecía que lo mantenían todo en unas correctas condiciones de higiene.

Le extrañó el silencio, denotaba que el personal y los enfermos se encontraban muy alejados de allí.

Al cabo de unos diez minutos apareció Lina, cubierta con una bata blanca y una mascarilla ocultando su boca y nariz.

—¡Mina! ¿Estás bien? No tenía ni idea de que fueras tú, sino, hubiera tratado de estar aquí antes —se disculpó nerviosa. Mina se encogió de hombros restándole importancia—. Así que esta mañana has vomitado y ahora estás mareada —interrogó a la par que le depositaba un termómetro en la axila.

Mina le brindó un gesto afirmativo con la cabeza, prefería hablar lo menos posible por miedo a contradecirse.

—¿Diarrea, escalofríos, calambres, adormecimiento de las articulaciones? —preguntó Lina con un bolígrafo y un cuestionario en la mano.

—Solo un ligero mareo y mucha debilidad —dijo sintiéndose culpable.

El termómetro emitió un pitido y acto seguido la enfermera comprobó la temperatura.

—Estás bien, vamos a mirar la tensión —añadió mientras le colocaba un tensiómetro y se liberaba de la mascarilla con un suspiro de alivio—. Un poco baja. Quizá por eso te encuentras mareada.

Apuntó los resultados en su libreta y le palpó los ganglios del cuello y de detrás de los oídos.

—Dices que has vomitado...¿cuándo has tenido el periodo por última vez?

—Hace quince días.

—¿Crees que podrías estar embarazada?

Mina palideció. Hasta ese instante no se le había ocurrido pensar en las posibles

consecuencias de la violación. ¿Y si Andrés la hubiese dejado embarazada, o si le hubiese contagiado algo? Ahora sí sintió un ligero mareo. Lina esperaba su respuesta con semblante serio. Mina intentó serenarse, recordó que lo del vómito había sido una invención, no debía preocuparse, por el momento.

—Imposible —mintió Mina evitando la mirada escrutadora de la enfermera.

—En ese caso parece que está todo correcto, aunque sin un análisis de sangre tampoco podemos asegurar nada. Te dejaremos aquí en observación para ver cómo evolucionas. Puedes salir tú misma a informar a tu padre si quieres —concedió con una sonrisa y un apretón en el brazo.

En ese momento llamaron al timbre. Lina se encaminó a abrir pero no llegó a tiempo. Gabriel y Samuel entraron llevando a rastras a un hombre inconsciente. Gabriel, al ver a Mina, adoptó una mueca de preocupación. Esta le sonrió y movió los labios de modo exagerado para que pudiera leer “estoy bien”. Ambos chicos continuaron llevando el peso muerto precedidos de Lina hasta salir por la otra puerta.

Mina se puso en lo peor. Recordó la confesión de Andrea en la que explicó que habían sido Andrés y un tal Luis los que la habían violado. ¿Abusarían los dos hombres ese mismo día de la pobre niña? De ser así se lo tenían bien merecido. No obstante, le costaba concebir la existencia de tanta maldad.

Pasó una hora sin tener noticias de nada. Convenció a su padre para que regresara a su habitación asegurándole que se encontraba bien. Al principio, el buen hombre no tuvo intención de moverse, era bastante obstinado y no le gustaba la idea de dejar a su hija sola, pero finalmente recapacitó y fue a descansar junto al resto de su familia.

Habían arrastrado al moribundo por la puertecita de la enfermería, por donde desaparecía todo el mundo a no se sabe dónde. Mina sentía impulsos de transgredir las reglas y acercarse a husmear. Quería ver la cara de esos dos violadores y comprobar cómo poco a poco se iban apagando sus vidas.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Gabriel irrumpiendo en la habitación con cara de agobio.

—Bien, —Mina le sonrió—, consciente aún.

—No sabía que estuvieras aquí. Cuando te vi ahí sentada pensé que habías pillado el virus —confesó sentándose a su lado en la camilla—. Más tarde Lina me explicó que estaba todo bien. —La miraba a los ojos, provocando en Mina turbación.

—Estoy como una rosa ahora mismo. ¿Qué tal todo ahí dentro? —indagó Mina intentando ocultar su impaciencia.

—Pinta mal, los tres están inconscientes y no tienen ni idea de lo que les ocurre —reveló con aspecto cansado—. Ver a una adolescente así da verdadera lástima.

Mina le dio un apretón en el brazo para animarle. Desde luego que era una pena lo que esos dos mal nacidos habían hecho con ella. Catorce añitos, menudos cabrones, ojalá se murieran de una vez por todas, pensó.

—Nunca había visto a mis superiores tan nerviosos, los médicos hablan de una nueva enfermedad que han traído los extraterrestres —comentó Gabriel decaído—. ¿Tú no sabrás nada de esto, verdad?

Mina desvió su mirada, ¿hasta qué punto sería capaz de mentirle? Si le contaba la verdad, se relajaría, quizás incluso se alegraría de que Andrés y Luis estuvieran camino de una muerte segura. Por otro lado, ser del todo sincera implicaba hablar de su violación y confesar que con Marco, su odiado enemigo, había llegado a algo más que unos cuantos besos.

—Si eso fuera verdad, ¿no crees que Marco hubiera intentado sacarme de aquí? —preguntó Mina.

—No sé hasta qué punto deberías confiar en ese, ¿no te das cuenta de que pertenece al bando contrario? ¿Cómo puedes apreciar a un ser que ha venido para exterminar a la raza humana?

—Y tú ¿crees que la raza humana merece sobrevivir? —cuestionó Mina airada.

—No puedo creer lo que acabo de oír, ¿qué pasa, te ha lavado el cerebro? ¿Acaso te ha convencido de que ellos son los buenos? —La cara de Gabriel rozaba el asombro y el enfado a partes iguales.

—No, no es eso. Sé que lo que ellos hacen no les convierte en mucho mejores que nosotros, pero...¿no te das cuenta de cómo se comporta la gente cuando no tiene nada que perder? Violan, asesinan, hacen cualquier cosa que vaya en su beneficio —razonó intentando que, por una vez, fuera capaz de comprender su punto de vista.

—¡Oh, vamos! No generalices, ¿tienes algo que objetar al trato que has recibido aquí dentro? —preguntó Gabriel enfadado.

—¡Pues sí, bastante! —exclamó con las lágrimas a punto de brotarle por los ojos—. Tú no sabes nada, crees que todos son como tú, pero no es así. Esos dos hombres moribundos por los que tanta lástima sientes son... —Mina se calló, pero en realidad lo que quería era gritar a Gabriel todo lo que esos hombres habían sido capaces de hacer.

—Continúa —le instó Gabriel con impaciencia.

—Unos violadores. —Un alivio le recorrió todo el cuerpo al poder compartir con alguien lo que había sufrido.

Gabriel la miró con la duda en sus ojos. Se quedaron un tiempo así, diciéndose todo con la mirada, hasta que Mina estalló en llanto.

Gabriel la abrazó y le depositó tiernos besos en la cabeza. Ella estaba contra su pecho, empañándole la camiseta con sus secreciones.

—Chissst—Gabriel susurró a su oído intentando que se calmara y se irguiera—. ¿Cuándo ha sido? —preguntó con los ojos vidriosos.

—Olvida lo que he dicho, por favor —suplicó separándose de él.

—No diré nada a nadie si eso es lo que quieres pero, por favor, cuéntamelo todo, desahógate —imploró Gabriel intentando tocarla, pero sin atreverse, no quería presionarla.

Mina se limpió las lágrimas con la manga intentando mantener cierta distancia de Gabriel. En ese momento, la puertase abrió.

—Hola Mina —dijo Samuel sonriendo con timidez. Al fijarse en el rostro de su amigo se le congeló la sonrisa—. ¿Interrumpo algo?

Gabriel miró a Samuel con desaprobación y este dio un paso hacia atrás, violento ante la situación.

—Hola Samuel, ya había pensado que me estabas evitando —dijo Mina intentando poner buena cara.

—Es que me paso todo el día en la biblioteca —dijo Samuel en voz baja, pasando la mirada de Gabriel a Mina, incómodo.

—¿Has descubierto algo interesante?

—Muchas cosas. —Samuel miró con cara interrogante a su amigo, casi pidiéndole permiso para hablar. Gabriel miró hacia el suelo—. Pero nada que pueda ser útil.

—Bueno, el saber no ocupa lugar, nunca se sabe...—Mina le sonrió, aunque era imposible disimular sus ojos rojos e hinchados—. Un día me tienes que contar tus deducciones.

—Claro, cuenta con ello. Bueno...me están esperando. —Samuel señaló a la puerta de salida—. Espero que nos veamos pronto, Mina.

Mina asintió y le observó marcharse con azoramiento.

Gabriel la miró y le cogió una mano. Mina se dejó hacer, consciente de que ya había pasado el momento de las confesiones. Él no la presionó, lo único que hizo fue empujarla contra su cuerpo y abrazarla. Estuvieron así un tiempo, agusto, sin decir una sola palabra.

El resto de la noche Mina la pasó en su habitación. Uno de los médicos del complejo le dio el alta convencido de que se había tratado de una bajada de tensión.

Dormitó a ratos, preocupada por la vida de aquella pobre niña que había sido el juguete de esos hombres tan ruines, y cuyo final no merecía compartir. Por la mañana se despertó en medio de un jaleoso ruido. Sus padres estaban en el pasillo, conversando con alguno de sus vecinos. Su abuela estaba sentada observándola, sumida en Dios sabe qué pensamientos.

—¿Qué ocurre? —preguntó somnolienta desde la cama.

—Han muerto, la pobre criatura y los dos hombres —informó Carmina con un profundo pesar.

Mina no sintió la alegría que cabría esperar, en cambio sí sufrió un creciente resentimiento. En su mente se manifestó la cara de Andrés, riéndose de ella al no poder sentir satisfacción por su venganza. Ella jamás podría vanagloriarse de que, por su culpa, aunque fuera de manera indirecta, hubiese muerto una chica inocente.

Se levantó y se dirigió hacia el pasillo. Allí escuchó retales de varias conversaciones.

—Esos hombres se lo tenían merecido —comentaban unas mujeres de mediana edad.

—Sé de buena tinta que abusaron de esa niña, Dios la tenga en su gloria —dijo una de ellas intentando bajar el tono de voz.

—Solo lo siento por la mujer de Luis, seguro que estará sufriendo —dijo otra con malicia.

Mina estaba estupefacta, ¿todo el mundo sabía lo que estaba pasando y nadie hizo nada para evitarlo? Si era así, no eran mucho mejores que los difuntos pederastas. En ese momento, y más que nunca, ansiaba salir de allí. Ya había comprendido que la raza humana no valía la pena, la cobardía era un mal que abundaba entre ellos. Ahora podría estar con Marco sin ningún cargo de conciencia. Echaría de menos a su familia, por supuesto, y a Gabriel, y se prometió intentar hacer todo lo posible por ellos, por poder unirse de nuevo en un futuro, fuera en ese universo o en uno paralelo, no le importaba.

Se fue a duchar antes de que todo el mundo tuviese la misma idea. Su cuerpo y su mente requerían de una purgación completa, y no se le ocurría mejor manera que abandonarse a la calma que le proporcionaba meterse bajo el fuerte chorro de agua caliente.

Regresó a su habitación envuelta en una toalla, pasando a través de los ríos de gente que aún se congregaban en el pasillo. Era curioso comprobar cómo los males ajenos unían y animaban a todo el mundo, cualquiera pensaría que estaban hablando de un festival en vez de tres funerales. Pero tenía que admitir que ya no le dolía, había asumido su papel en esa guerra y estaba aprendiendo a vivir con ello.

Se cruzó con su madre y su abuela que se dirigían a los baños a asearse. Comenzó a vestirse aprovechando la soledad. No sabía si tenía lógica o no, pero desde que Andrés la había violado no quería desnudarse delante de nadie, ni siquiera de su madre. Temía que, con tan solo un vistazo a su cuerpo, se descubriera la verdad.

A falta de ponerse el jersey, llamaron a la puerta y abrieron sin esperar respuesta. Era un hombre de unos treinta años vestido de militar.

—¡Eh! ¿Acaso ha oído una invitación? —preguntó Mina enojada a la vez que se tapaba los pechos con el jersey.

—En diez minutos todos en la iglesia —ordenó obviando la amonestación de la chica y dejándola con la palabra en la boca.

Se puso el jersey con rapidez y salió en busca de su madre, no quería que ese sargento de pacotilla la pillara en paños menores también. Por suerte la encontró de regreso, junto al resto de su familia.

—¿Estás ya lista? Tenemos que ir todos a la iglesia —informó su padre.

—Lo sé, me ha llegado la notificación —repuso Mina indignada.

—¿Qué querrán? —preguntó Nacho a su mujer, que se encogió de hombros despreocupada.

Tomaron asiento en la iglesia, donde ya se encontraban cientos de personas congregadas. Todo el mundo susurraba asustado, desconocían los motivos de esa asamblea extraordinaria.

Gabriel estaba sentado junto a los suyos unas filas más adelante, e intentaba vislumbrar a Mina entre la muchedumbre. Cuando la encontró se puso de pie para que ella pudiera verlo. La chica no estaba atenta a lo que pasaba a su alrededor, así que levantó las manos y las agitó para hacerse más notable. Después de unos segundos llamando la atención de varias personas que lo miraron con caras juiciosas, Mina contestó al saludo. Él le hizo una señal para que le esperara al salir de la conferencia y ella asintió con la cabeza.

Mina se acomodó en el banco, recordando todas las veces que había ido a escuchar misa

de niña. Nunca fue capaz de prestar atención a los sermones del cura. En su mente reproducía historias inventadas, mundos imaginarios que le hubiera gustado vivir. Nunca pensó que se hallaría en uno de esos bancos, impaciente ante las novedades que se revelarían en el púlpito.

Se hizo el silencio cuando Orlando penetró en el local. Iba seguido de cuatro hombres armados. Se colocó en el altar y cogió un micrófono.

—Buenos días a todos. La mayoría de vosotros ya me conocéis, para los que no, soy Orlando, el responsable mayor de que todos estéis a salvo y en las mejores condiciones. Lamento mucho confirmaros lo que supongo ya sabéis, han muerto tres hermanos esta madrugada a causa de una enfermedad desconocida. Ignoramos si es algo enviado por los extraterrestres para diezmannos, si es contagioso o no, o si se trata de algún tipo de intoxicación alimentaria. Nuestros científicos lo investigarán todo lo más concienzudamente posible dadas las circunstancias. Entre tanto, creemos que lo mejor será repartir unas mascarillas que deberéis llevar puestas en todo momento. —Hizo una pausa para colocarse una a modo de demostración—. La comida se repartirá por habitaciones, para intentar evitar en lo posible concentraciones masivas. Excepto las labores de cocina, lavandería y defensa, se suspenderán todas las tareas hasta previo aviso. Queda prohibido todo contacto entre vecinos, solo podréis relacionaros con vuestros compañeros de habitación. Para usar las duchas se establecerán turnos en cada planta, con el fin de impedir las reuniones clandestinas lo máximo posible. Para lo demás, pedir prudencia, es por el bien común. ¿Alguna pregunta o sugerencia? —preguntó con amabilidad.

—¿También habrá turnos para usar el váter? —preguntó un hombre cincuentón en tono de mofa.

—Confío en vuestro sentido común, que solo uséis el váter para el fin que se creó —contestó Orlando con cierto tono de amonestación, cual padre sermoneando a sus hijos.

—¿No podremos salir a tomar el aire? —preguntó una mujer que se hallaba rodeada de niños.

—En unos días no, es lo mejor. Confíemos que el tiempo de espera sea corto. Si se alargara demasiado se tomarán nuevas medidas, no se preocupe. Sé la importancia que tiene el Sol y el aire en el desarrollo de los pequeños —manifestó Orlando con el propósito de sosegar los ánimos—. ¿Alguna aportación más? —Esperó unos instantes hasta comprobar que no había más dudas—. Esperen sentados a que sus compañeros repartan las mascarillas.

Mina reparó en lo mucho que Orlando había cambiado. Ya no parecía el hombre carismático y afable que había conocido en la universidad de Gabriel. Ahora emanaba arrongancia y desdén. Bueno, no era tan raro, todos los que llegaban a las esferas de poder acababan por el mismo camino, pensó Mina.

De dónde sacaron tanta cantidad de mascarillas era algo que se preguntaba todo el mundo. Era de suponer que su abastecedor principal había sido el Hospital de Cabueñes pero, ¿desde cuándo las tenían?

El reparto comenzó por las filas de atrás para así poder abandonar el local según fueran entregadas, sin que nadie entorpeciera el trabajo de los distribuidores.

Mina esperó paciente a que saliera Gabriel en vista de que en unos días no podría comunicarse con él. Su padre se opuso a que le aguardara, temía que recibiese la reprimenda de algún guardia.

—¡Vamos papá! Hay demasiado caos, nadie va a reparar en mí. Además, ¿qué van a hacerme? —protestó Mina con insolencia.

Nacho optó por ser permisivo, su hija tenía razón.

Mina pasó desapercibida entre la multitud de personas con mascarilla que salían de la iglesia. Se preguntó qué aspecto ofrecería allí parada y con eso puesto. Atisbó el pelo de punta de Gabriel e intentó resaltar entre la gente, no quería perder la oportunidad de estar un rato en su compañía. Gabriel pronto la reconoció y se encaminó hacia ella.

—¿Qué tal me queda? —preguntó Gabriel señalando su mascarilla.

—Te resalta el blanco de los ojos —bromeó Mina que se sintió feliz con ese momento de normalidad.

—Tengo algo que comentarte, aunque ahora no es el mejor momento. Cuando todo este rollo del aislamiento termine te iré a buscar, ¿de acuerdo? —Gabriel le cogió las manos casi sin darse cuenta—. ¿Te encuentras mejor?

Mina asintió con la cabeza, un nudo de emoción le impedía articular palabra.

Deseaba que esos días de enclaustramiento acabaran pronto. No quería prescindir de su confidente, de la única persona ante la que podía mostrar sus verdaderos sentimientos. Gabriel se despidió con un emotivo abrazo. Mina se sintió desconcertada. ¿Por qué le costaba tanto separarse de él?

Fueron dos días de absoluta incertidumbre. Mina echó de menos todos y cada uno de los minutos a Gabriel. No sabía qué pensarse. Apenas se había acordado de Marco, cosa que le preocupaba. Ella aún le amaba, pero estaba empezando a necesitar el abrazo y la complicidad de un amigo, y el único que estaba allí cerca era Gabriel.

El final de su aislamiento llegó con un nuevo aviso de concentración en la iglesia. Por fortuna, la notificación llegó acompañada del permiso para prescindir de las mascarillas.

Resultó vivificante salir al aire libre, ver a otras personas y respirar un aire de normalidad, dentro de lo que cabía, claro.

Para asombro de Mina, la gente ocupó los asientos con más celeridad de la acostumbrada. Era posible que la curiosidad por saber qué ocurría fuera la causante de esa actuación ciudadana responsable. Esa vez no se oyeron cuchicheos, ni siquiera por parte de los niños.

Mina buscó a Gabriel entre las personas que cruzaban las puertas, le extrañó que no se le hubiese adelantado, siempre era tan puntual... Con alivio vio aparecer junto a Lara y su madrastra.

No hizo falta hacer gestos descarados que llamasen su atención, bastó con ponerse de pie para que él se percatara de su presencia. Con sus miradas constataron el acuerdo tácito de verse después de la sesión.

Mina se fijó en Lara, nunca había tenido oportunidad de verla. Gabriel tenía razón, era una preciosidad de niña. Su hermano la llevaba en brazos, sin duda por miedo a que se perdiera entre la muchedumbre. Mina advirtió el cariño que la niña le profesaba, abrazándose bien fuerte a su cuello.

Orlando se hizo esperar un buen rato y, cuando apareció, fue escoltado por ocho personas armadas. Mina se dijo que eso no podía traer nada bueno, ¿para qué tanta protección si todos los que se encontraban allí estaban a su merced?

—Buenos días a todos. Debo felicitarles por lo bien que han llevado estos dos días la reclusión. Sé que no se ha producido ningún altercado y, francamente, es más de lo que yo esperaba. Comprendo que no ha sido fácil para ninguno desterrarse de sus habitaciones, pero ha merecido la pena, sin duda se han evitado más bajas. Hemos descubierto el origen de la enfermedad que causó la muerte de nuestros tres hermanos. Se trata de una bacteria de procedencia extraterrestre. —Se oyeron murmullos de fondo y Orlando esperó a que se apagaran antes de proseguir—. Esto sirve para confirmarnos, una vez más, la naturaleza maligna de esos seres. El dilema está en el modo en el que han introducido esa bacteria, es algo que todavía está pendiente de estudio. Pero una cosa es segura, no se contagia por el aire, así que podéis estar tranquilos. Se restablecerán todos los trabajos y retomaremos las antiguas rutinas de la vida diaria. ¿Alguna pregunta?

Casi todos susurraban a oídos de su compañero de banco, pero nadie formuló ninguna pregunta. Era un impacto constatar que allí dentro tampoco estaban seguros.

La reunión se disolvió al abandonar Orlando y sus hombres la iglesia. Cuando Mina salió, divisó a Gabriel esperándola frente al teatro. Se despidió de sus padres y fue con él.

—Escalofriante, ¿no? —preguntó Gabriel evitando la mirada de Mina.

—Un poco, la verdad —contestó nerviosa y buscando el contacto visual con los ojos esquivos del chico.

—Ven, busquemos un sitio más apartado —dijo Gabriel dirigiéndose hacia las piscinas vacías del complejo.

Ella le siguió un paso por detrás, caminaba demasiado deprisa e intuyó que estaba algo molesto, así que le concedió un poco de espacio. Al alcanzar su destino Gabriel se sentó en el suelo y dio unos golpecitos en el mismo instándola a imitarle.

—Orlando ha estado hablando conmigo. Me ha preguntado por la posibilidad de que uno de los dos podamos ser los portadores de la bacteria. —Gabriel tenía la vista fija al frente, pero cuando terminó de hablar se giró para observar su reacción.

Mina abrió la boca para responder, sin embargo Gabriel la interrumpió con brusquedad.

—Dice que es posible que la única forma de contagio sea la vía sexual —continuaba taladrándola con la mirada—. Yo le he asegurado que ninguno de los dos hemos tenido relaciones en nuestras salidas al exterior.

—¿Y te ha creído? —preguntó bajando la mirada a las piscinas.

—Sí, tiene mucha confianza en mí —afirmó admirando el perfil de la chica—. La cuestión es que, si no hemos sido nosotros quienes la hemos traído del exterior, es posible que haya un extraterrestre entre nosotros.

Mina se giró de nuevo para encontrarse con su mirada. Permanecieron un rato contemplándose en silencio. Era obvio que Gabriel esperaba una explicación.

—El contagio ha sido una cuestión accidental —confesó Mina intentando mantenerse serena—. Soy portadora de esa bacteria porque previamente he padecido yo la enfermedad.

—¿Existía un remedio? —preguntó Gabriel con un tono acusador.

—Yo estuve a las puertas de la muerte y fueron ellos los que me trataron —manifestó Mina desviando de nuevo la mirada de su interlocutor.

Gabriel se quedó callado pensando. Intentaba atar cabos pero no llegaba a ninguna conclusión satisfactoria.

—Marco desconocía el peligro que conllevaba el que nosotros estuviéramos juntos —confesó Mina con la esperanza de que eso bastara y no tuviera que ser más gráfica. No se atrevía a mirarlo.

—¿Quieres decir que enfermaste después de follar con él? —preguntó confuso y dolido.

Mina dobló sus piernas y las abrazó. No sabía qué más decir, esperaba que fuera Gabriel quien rompiera el silencio.

—Sabes, me cuesta asimilarlo. Pensaba que eras diferente —dijo Gabriel mirando al horizonte.

—¿Diferente? Quieres decir que, como no me acosté contigo, esperabas que permaneciera pura y virginal. Es eso, ¿no? Me estás juzgando. ¿Acaso tú eres virgen? —preguntó Mina enfadada.

—Joder no, pero se suponía que tú y yo estábamos juntos cuando pasó. En ningún momento me dejaste claro que ya no querías saber nada de mí.

—En el momento en que sucedió la invasión, cuando pensé que probablemente no pasaríamos de mañana, dejé de pensar que te debía fidelidad.

Gabriel la miró con desconcierto.

—¿Sabías que era un extraterrestre cuando lo hiciste?

—No, pero tampoco creo que importe eso.

Gabriel fijó su vista en la chica, que miraba hacia las piscinas abrazando sus piernas con fuerza.

—Entonces Luis y Andrés...—dijo Gabriel cuando llegó a la conclusión de cómo había sucedido el contagio.

—Solo Andrés —dijo Mina—. Aproveché cuando dormía. Quizá pienses que lo tomé como una provocación. —Mina le desafió con la mirada.

—Oh, joder Mina. —Gabriel se acercó a ella y la abrazó.

Mina buscó consuelo acurrucándose en sus brazos. Le había visto tan enfadado, que llegó a pensar que lo había perdido como amigo.

—Chissst—susurró Gabriel—, es mejor que no le cuentes nada a nadie, incluido tus padres. Mina asintió con la cabeza y empezó a calmarse.

—Orlando me ha pedido que investigue a todas las que dicen haber sido víctimas de violación. Quiere saber también si alguna mujer se ha prostituido o ha tenido relaciones consentidas con alguno de los difuntos. Sabe que esa ha sido la vía de contagio —informó Gabriel—. ¿Comprendes por qué no puedes decir nada a nadie?

—Me relacionaría con las muertes —musitó Mina.

—Además, al ser nueva, ya estás bajo sospecha.

Mina se separó y miró a los ojos de Gabriel con pánico.

—No tengas miedo, Orlando confía en mí. Le he hecho creer que entre tú y yo...ya sabes.

—Gabriel sonrió con tristeza a Mina—. Y de momento estoy vivo, así que...

Mina sonrió también. Agradecía a Gabriel que fuera tan comprensivo.

—Mina, —Gabriel se puso serio—, lo que te dije el otro día sobre las violaciones...no pienso que una violación sea justificable en ningún caso. Es que me recordaste a tu vecino, con sus acusaciones sobre que los de la resistencia éramos unos crápulas y...

Mina tapó con un dedo la boca de Gabriel.

—Sé perfectamente que tú nunca harías nada parecido. Me demuestras día a día lo buena persona que eres.

Y, en ese momento, cuando los dos se estaban mirando con cariño, o puede que algo más, el peso de la verdad cayó en la mente de Mina. Entre Gabriel y ella se había roto toda esperanza como pareja. Y, lo que es peor, Mina lo lamentaba.

Capítulo 9. ESPERANZA

—Mina, —Clara zarandeo a su hija para que se despertara—, hay un chico de gafas preguntando por ti.

Mina se sentó en la cama un poco aturdida, tomó unos segundos para despejarse y miró con los ojos achinados hacia la puerta. Allí estaba Samuel, esperando con las manos en los bolsillos y aspecto nervioso a que ella le invitara a entrar.

—Hola Samuel. —Mina le hizo una señal para que se acercara.

—¿Es demasiado pronto? —preguntó el chico acercándose con paso lento.

—No, tranquilo, estaba medio despierta —mintió Mina preguntándose qué hora sería—.

¿Pasa algo?

—No, es que...quería compañía para desayunar. Pensaba que ya estaríais vestidos —dijo Samuel justificándose.

—¿Me das diez minutos?

—Vale, te espero abajo.

En cuanto el chico desapareció de su vista, se estiró y se puso en pie lo más rápido que pudo para vestirse. En otra ocasión, que el amigo friki de Gabriel quisiera hablar con ella hubiese sido casi una pesadilla, en ese momento, era su mejor distracción. Además, tenía curiosidad por saber qué quería. Por lo que le había dicho Gabriel, en los últimos tiempos se mostraba muy esquivo y huraño con la gente. Tampoco era de extrañar, era huérfano de padre, y su madre había enloquecido cuando sucedió lo de las Islas Canarias. Desconocían qué había sido de ella. Gabriel no había encontrado el momento oportuno para sacar el tema, no era un trago agradable preguntar por la madre desquiciada de un amigo.

Mina se dirigió con premura al comedor, pero detuvo sus pasos en cuanto divisó a Samuel. Le preocupaba su comportamiento, denotaba un punto de histerismo. Estaba mordiéndose las uñas con saña, a la vez que miraba a uno y a otro lado temeroso de que alguien le sorprendiera. Mina se cuestionó su estado mental, estaba claro que algo le afectaba. Quizás ese fuera el motivo de su encuentro, el poder desahogar sus penas con alguien dispuesto a escuchar.

Decidió acercarse y acabar de una vez con sus conjeturas.

En cuanto Samuel la vio, dejó tranquilos sus dedos y entraron a desayunar. Permanecieron en un mutismo cómodo mientras cogían una bandeja y la llenaban con café y galletas. Después escogieron una mesa apartada.

—¿Sueles desayunar solo? —preguntó Mina mientras mojaba una galleta en el café.

—Sí, siempre. —Samuel evitó la mirada de Mina y se centró en revolver el azúcar.

—Pues nosotros desayunamos en el segundo turno, puedes venir siempre que quieras —se ofreció Mina.

—Desayunar solo está bien, me gusta la soledad.

Mina se removió en su asiento con incomodidad. Si le gustaba la soledad, ¿para qué narices había ido a buscarla? Empezaba a arrepentirse de haber aceptado su propuesta.

—He estado leyendo libros de Fabio Zerpa —dijo Samuel después de unos minutos de silencio.

—¿Quién es ese? —preguntó Mina aliviada por tener al fin una conversación.

—Es un ufólogo e historiador uruguayo.

—Ah. —Mina desvió los ojos a otro lado. Casi prefería el silencio.

—Este tipo afirma que, solo en España, hay dos ciudades subterráneas donde viven los alienígenas que visitan nuestro mundo.

—¿Sí? —Mina dio un sorbo a su café, no le apetecía en absoluto escuchar las invenciones de ese tal Fabio Zerpa.

—Sí. Y dice que no son hostiles para el hombre.

Mina se irguió y puso la espalda sobre el respaldo de la silla. ¿Dónde demonios quería llegar a parar? Observó al chico con curiosidad, esperando una explicación.

—Yo creo que necesitan algo de nuestro planeta, y que sería mucho más inteligente una negociación que una confrontación —dijo Samuel.

—¿Se lo has dicho a Orlando? —preguntó Mina evitando dar su opinión.

—Sí, pero cree que son tonterías.

—De todas formas, si lo piensas, tampoco es que nos estemos enfrentando a ellos, nos escondemos sin más.

—Ya, pero quizás ese sea un error. Pienso que deberíamos mostrar buena fe.

—Ellos no han mostrado demasiada hasta el momento. ¿Crees que si pretendiesen negociar hubiesen empezado secuestrando a miles de personas?

Samuel bajó la vista al suelo. Era indudable que había esperado de ella una aliada.

—Mira, tal vez no sean tan malos como parecen. A lo mejor están haciendo un campeonato de mus con todas esas personas. Pero yo no tendría todas mis esperanzas puestas en eso. —Mina continuó comiendo su desayuno, dando por finalizada la conversación.

—También habla de universos paralelos.

Mina dejó de masticar sorprendida. Ahora sí que había captado toda su atención.

—¿Y qué pasa con eso? —preguntó Mina deseosa de saber más.

—¿Te has parado a pensar en lo que hacen con todas esas personas desaparecidas?

—Matarlas, supongo —mintió Mina sin parpadear.

—¿Y si las transportaran a otro universo?

—¿Para qué? —preguntó Mina intentando disimular su asombro.

—Eso es lo que no sé. No encuentro la explicación. —Samuel negó con la cabeza con la mirada distraída—. Pero estoy tranquilo. No creo que nos estén exterminando.

Mina lo miró perpleja, le maravillaban sus deducciones.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Gabriel, que apareció sigiloso detrás de Mina.

Samuel miró a Mina suplicando en silencio que no dijera nada acerca de su conversación.

—Desayunando —dijo Mina con gesto inocente.

—Sí, eso ya lo veo. —Gabriel miró una vez más a la extraña pareja y desistió ante su silencio—. Necesito hablar contigo, Mina.

La chica apuró su desayuno y se despidió de Samuel. Le daba lástima del chico, era un incomprendido. Mina entendió entonces que nunca más debería subestimar a nadie. Quién le hubiera dicho aquel día, en aquella fiesta, que Samuel acertaría en sus predicciones.

Mina siguió a Gabriel expectante, su semblante serio le hacía temerse lo peor. Se preguntó dónde tenía intención de llevarla, se estaban alejando.

—Me gustaría sacarte de aquí —dijo Gabriel una vez comprobó que no tenían gente alrededor.

Mina se paró, no había esperado esa declaración. La noche anterior había tardado en dormirse pensando en la manera de pedirle ayuda. Había supuesto que él insistiría en que se quedara. El entusiasmo se reflejaba en su cara.

—¿No creerías que iba a permitir que te quedases aquí después de todo? —preguntó Gabriel ceñudo.

—La verdad, no sabía qué pensar. —Mina reanudó el paso despacio—. ¿Podré llevarme a mi familia?

—Me he roto la cabeza pensando en la forma de sacaros a todos de aquí, pero no he encontrado nada que pudiera dar resultado. —Gabriel la miró a los ojos mientras caminaba—. Es difícil salir. Orlando no lo permitiría, y menos dadas las circunstancias.

—Cuando pasó todo me quería ir a cualquier precio, no me importaba irme sola con tal de dejar esto muy lejos —confesó Mina mientras bajaba por unas escaleras de piedra hacia lo que parecían unas pistas de baloncesto—. Pero ahora lo veo desde otra perspectiva. ¿Cómo voy a dejar a mi familia preguntándose qué me habrá pasado? Es demasiado cruel.

—Contamos con ayuda externa, ¿no? —preguntó Gabriel al tiempo que se sentaban en el

suelo.

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que sí, pero no lo puedo saber con seguridad. —Mina se encogió de hombros y miró hacia el suelo.

—Explícate —dijo Gabriel exhalando un suspiro.

—Él puede escuchar todo lo que pasa a mi alrededor. —La chica señaló su colgante—. Pero funciona en una sola dirección.

—Ya. —Gabriel se quedó pensativo mientras observaba el extraño artefacto—. Pero confías en él, ¿no?

—Sí —contestó Mina buscando los ojos de Gabriel.

—Entonces habrá que fiarse. —Gabriel se puso en pie con agilidad y tendió una mano a Mina para ayudarla a levantarse—. Ahora oscurece muy pronto. Si consiguiera un fallo en el circuito eléctrico que nos dejase sin luz mañana a eso de las siete de la tarde, sería fácil que pudieseis escapar bajando esa cuesta. —Señaló el camino que bajaba al lado de las pistas de baloncesto. Era fácil saltar desde allí al exterior, Gabriel sabía de algún amigo que se había colado en esas pistas antes de que les invadieran. Solamente había un portillo cerrado de menos de un metro de altura.

—No parece convencida —dijo Gabriel preocupado al ver que Mina se había cruzado de brazos.

—Sí, es un plan seguro y sencillo, pero no sé cómo se lo va a tomar mi familia. —El corazón de Mina palpitaba muy deprisa. Ella nunca había previsto la posibilidad de tener que relatarles todo lo sucedido. Sin embargo, no había otra forma de que accedieran a irse de allí por voluntad propia.

—Ven aquí. —Gabriel la cogió entre sus brazos—. Estoy seguro de que todo va a salir bien, tu familia lo comprenderá y te apoyará.

Mina se permitió descansar la cabeza en su hombro, era muy reconfortante. De repente se dio cuenta de algo. En ningún momento Gabriel había hecho referencia a su intención de huir con ellos.

—Tú también vendrás, ¿no? —preguntó separándose lo suficiente para verle la cara.

—No puedo dejar a mi hermana aquí sola —respondió Gabriel con la voz quebrada.

—Tráela también, aquí no estará segura —sugirió Mina con los ojos humedecidos.

—Pero... ¿dónde la llevaría?

—Con nosotros estaréis seguros.

—No creo que al extraterrestre le hiciera mucha gracia que yo me quedara —dijo Gabriel apartándose de Mina y desviando la cara hacia otro lado.

—Él te ayudará, es bueno.

—¿Bueno?, ¿de verdad? —preguntó Gabriel arrugando sus facciones.

—Jamás haría daño a alguien a quien aprecio.

—Ya, ahí está el problema, que me aprecias. Yo no me conformo con eso. —Los ojos de Gabriel brillaban y la miraban con persistencia.

Mina intentó acariciarle una mejilla pero él se apartó.

—Nosotros aquí estamos bien. Mi hermana es demasiado pequeña para desatar la lujuria de los hombres, y mi madrastra está en estado de shock desde que perdimos a mi padre.

—Pero yo no quiero perderte. —Mina le cogió las manos y le suplicó en silencio con los ojos húmedos.

—¿Como amigo? —preguntó acariciándole las manos y llevándose una a los labios.

Mina le miró. ¿Qué sentía por él en realidad? No soportaba la idea de perderle para siempre, ¿eso era amor o solo amistad? Pero no podía, no quería renunciar a Marco tampoco.

—Lo siento —dijo Mina conteniendo las lágrimas. Gabriel le besó la mano y se la soltó. Se dio la vuelta y se fue, no sin antes decirle unas palabras.

—Por la tarde concretaremos los detalles.

Mina estuvo pensando en la mejor manera de dar la noticia a su familia. Lo que más temía era la reacción de su padre, debía evitar a toda costa que montara un numerito.

Aprovechó la hora de la siesta para soltar la bomba. Cerró la puerta para que nadie pudiera oírles, y les hizo permanecer sentados en sus camas mientras relataba los acontecimientos.

En el momento de confesar su violación, Clara se echó a llorar de impotencia, Carmina se santiguó varias veces y Nacho se tensó, apretando los dientes y los puños en un intento de reprimir su ira.

—Me alegro de que esté muerto —dijo Nacho con rabia.

Mina sopesó la conveniencia de explicar su implicación en las muertes. No era necesario para justificar su interés en marcharse de allí. Ya lo explicaría una vez fuera de ese sitio, cuanta menos información comprometida recibieran mejor.

Les habló de su deseo de escapar y de la idea de Gabriel, aunque no dijo que la ayuda provendría de un extraterrestre. Inventó que un amigo de Gabriel boicotearía el sistema eléctrico. Era suficiente asimilar que habían violado a su hija-nieta delante de sus narices, como para añadir una historia sentimental con un alienígena.

—Pero, ¿dónde vamos a ir? —preguntó Clara cruzando las piernas y agitando el pie nerviosa—. Además, ese hombre está muerto, ya no puede hacerte nada.

—Vamos Clara, no digas tonterías, ¿crees que es el único que abusa de su posición aquí? —Nacho lanzó a su esposa una mirada de amonestación.

Carmina permanecía en silencio, bastante tenía la mujer con no perder la compostura.

—Lo que no entiendo es por qué tenemos que esperar a mañana. Podemos irnos ahora mismo si queremos —dijo Nacho levantándose de la cama.

—¡No! —gritó Mina alzando la palma de su mano para indicarle que permaneciera quieto—. Nunca lo permitirían, créeme. Es mejor que nadie sepa nuestras intenciones.

—Está bien. —Nacho levantó las manos rindiéndose a las sugerencias de su hija—. El problema es qué haremos una vez escapemos de aquí. No tengo las llaves de la furgoneta así que... ¿cómo iremos a casa?

—No te preocupes por eso papá, algo se le ocurrirá a Gabriel —contestó Mina. Ella suponía que Marco iría a su encuentro en algún punto cercano pero oculto de la vigilancia, concretamente el Jardín Botánico. Al menos era lo que había susurrado al aparato en un momento de intimidad. Si el apagón se producía significaría que accedía a ayudarles así que, en teoría, les llevaría de vuelta a casa.

Ahora que su familia conocía la verdad, solo le quedaba una cosa. Mina se acercó a su abuela y le colocó el colgante de Marco al cuello. Sabía que él se daría cuenta pero no le importaba. Esa tarde sería la última que pasaría con Gabriel. Le debía un momento de intimidad, y se debía a sí misma la posibilidad de dejar aflorar sus sentimientos. Quizá nunca más volviera a ver a ese chico que tan bien se había portado con ella, a pesar de todo.

El plan era muy simple. A las seis y media la familia saldría a dar un paseo y, a medida que se fuese acercando la hora, se posicionarían en las pistas de baloncesto. De esa forma, cuando quedaran a oscuras, podrían salir rápido de allí en busca de la libertad. Gabriel insistió en que deberían darse prisa, pues preveía que el caos provocaría la exigencia de que todo el mundo ingresara en el edificio y la clausura del mismo.

Gabriel estaba apoyado en una de las paredes del exterior del teatro, con una pierna flexionada y posando la planta del pie en el tabique. Quería demostrar normalidad, no era bueno que la gente los observara siempre juntos y aislados. No era bueno para él, claro. Si iba a permanecer allí encerrado, no podía permitir que sospecharan que había tenido algo que ver en la fuga de Mina. También había otra razón, ese sería el último rato que pasarían juntos y no quería que la despedida se volviese demasiado melodramática. Su máxima era que cuando había que hacer algo desagradable o doloroso, había que hacerlo rápido y sin demasiadas ceremonias. No es que no lamentara perder a esa chica, ella era lo mejor que le había pasado y le dolía tanto que a veces le costaba respirar. No sabía que haría para sobrellevar esa falta de emoción y alegría en su vida cotidiana. Pero ella nunca iba a tener nada con él así que, ¿para qué flagelarse? De todas

formas el mundo se estaba yendo a la mierda así que, ¡qué carajo! No tenía pensado derramar ni una sola lágrima, ni mucho menos suplicarle que se quedara, que la necesitaba para poder sostener su día a día. Sería estoico, aguantaría todos los avatares con resignación.

Mina estaba situada de pie frente a él. La pobre parecía estar pasándolo muy mal. Bueno, es lo que había. Si le pidiera que se fuera con ella sabía cuáles serían las condiciones, nada de alienígenas alrededor.

—Entonces ¿mañana no nos veremos? —preguntó Mina con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo e intentando que sus ojos se encontraran.

—Es lo mejor para mí. —Gabriel la miró apenas unos segundos, esquivando con rapidez su mirada.

—Que sepas que te voy a echar mucho de menos —dijo Mina desviando su vista al suelo.

—Estarás bien —dijo Gabriel forzándose a sonreír.

—Ya, pero me gustaría saber que tú también lo estarás.

—Lo estaré —aseguró Gabriel a la vez que se permitía admirar su silueta de abajo arriba, deteniéndose en sus ojos.

—Gabriel. —Mina pronunció su nombre y se le quedó mirando titubeante.

Gabriel aguantó su mirada preguntándose qué es lo que le estaba costando tanto decir.

—Te quiero —dijo Mina con los ojos vidriosos.

—Yo también, aunque de manera diferente. —Gabriel sonrió para disimular su tristeza.

—No lo sé —dijo Mina.

—No sabes ¿el qué? —preguntó Gabriel con el corazón bombeándole a una velocidad vertiginosa.

—Si es de manera diferente. —Una lágrima se deslizó por la mejilla de Mina y Gabriel se la limpió con suavidad. Entonces cayó en la cuenta de que no llevaba su colgante, el abrigo estaba desabrochado y su jersey era bastante escotado, no había posibilidad de confusión.

—No llevas tu colgante. —Gabriel creía saber el significado—. No quieres que él lo sepa.

—Estoy confundida, no sé si es posible amar a dos personas. —Mina le miraba suplicante.

Gabriel le acarició la mejilla. Joder, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora? Quería besarla pero, ¿de qué serviría? Tan solo para añorarla más después. Era tan injusta. Si se iba a marchar con su extraterrestre, ¿por qué le confesaba sus verdaderos sentimientos? ¿Pensaba que así se lo pondría más fácil? Sí, Gabriel, me voy con otro pero tranquilo, a ti también te quiero. Apartó su mano enfadado. No sabía qué hacer ni qué pensar.

—Gabriel, no quiero dejarte atrás —imploró Mina cogiéndole las manos.

—Tienes que hacerlo. —Le estaba costando un triunfo no derrumbarse—. No puedes tenernos a los dos.

Mina le abrazó y Gabriel, aunque en un primer momento quiso empujarla, correspondió apretándola contra su cuerpo. ¿Cómo había sido tan estúpido de permitir que esa chica egoísta se le metiera tan dentro de su cabeza? Le iba a pasar por segunda vez, lo volverían a abandonar. A la mierda todo, se dijo. Iba a concederse unos segundos de alegría, quién sabía cuándo volvería a tener una oportunidad así. Despacio, y con mucha suavidad, Gabriel cogió a Mina de la barbilla y acercó sus bocas. Necesitaba ese beso, se lo había ganado. Y, por la forma en que sus lenguas se acariciaban, quedaba claro que Mina también lo había anhelado. Le encantó la forma en que las manos de la chica se aferraban a su pelo, significaba deseo y desesperación. Pero bastaba, no quería prolongarlo más o le suplicaría que no se fuera. Y eso no podía ser, demasiadas sospechas se cernían sobre su persona. Era probable que, en unos días, decidiesen interrogarla, y los hombres de Orlando no se andaban con chiquitas. La apartó con delicadeza.

—Es hora de despedirnos —dijo Gabriel separándose de ella.

—Si alguna vez estás en problemas, ¿nos buscarás? —preguntó Mina.

—Claro —contestó Gabriel pensando en lo mucho que le repateaba que hubiera empleado la primera persona del plural. No recurriría a la ayuda de ese hijo de puta en la vida—. Adiós Mina, espero que seas muy feliz. —Y que no te equivoques, pensó. Después, se fue sin mirar atrás.

Mala persona, egoísta, infiel, desleal. Todos esos adjetivos se atribuía Mina en su último día de encierro. Marco no la perdonaría, lo había estropeado todo. ¿Qué explicación le daría acerca del colgante? Y cuando le dijera que había besado a Gabriel... no quería ni pensarlo. Aunque lo más seguro era que no tuviera esa necesidad, Marco leería en su mente la traición. ¿Por qué tenía esa gran habilidad de estropear siempre las cosas? Y total, para qué. Si al menos hubiera disfrutado de la compañía de Gabriel en las semanas que había pasado allí. Pero no, tuvo que ser en el último momento cuando se percatara de que aún tenía sentimientos por él. Estaba claro que poseía el don de la oportunidad.

Y todo eso después de una violación. ¿No se suponía que las víctimas de agresiones sexuales experimentan tal sensación de vulnerabilidad, que llegan a evitar la compañía de cualquier persona ajena a la familia? Pues ella el caso contrario. ¿Qué le pasaba? Debía de tratarse de algún gen erróneo o algo así, no era normal.

Y ahora a esperar a que Marco cumpliera con su parte del plan. ¿Y si tenía compromisos ineludibles? Los suyos estaban en medio de una invasión planetaria, había que comprender que, tal vez, su agenda estuviera algo ocupada. Pero, ¿y si no quería? ¿Y si estaba tan enfadado con ella que decidía dejarla allí a su suerte? No, Marco nunca haría eso, lo conocía, o por lo menos eso creía.

Y, para más inri, la preocupación añadida por lo que pensarían sus padres y su abuela sobre la verdadera naturaleza de Marco. Porque era inevitable por más tiempo, había que decírselo. Suponía que su padre se pondría furioso y en plan moralista, seguro que pasaría por los mismos dilemas por los que había pasado ella tiempo atrás.

Mina consultó su reloj de pulsera. En diez minutos deberían bajar todos al patio, el gran momento se iba acercando despacio pero inexorable.

Súbitamente tuvo una sensación de fatalidad. Parecía todo demasiado fácil. Se cogió de modo inconsciente su colgante, el cual le confería seguridad. Miró hacia la puerta a cámara lenta, había oído un ruido extraño. Dos chicos armados irrumpieron en la habitación. Mina miró asustada a su padre.

—Mina de Lucas, tienes que venir con nosotros. Orlando quiere verte —dijo el más joven de los dos. Su cara le era familiar, posiblemente se hubiera cruzado con él en alguna ocasión. Desde que murió Andrés no habían asignado a un responsable fijo de planta y se habían establecido turnos para solventar el problema.

—¿Pasa algo? —preguntó Nacho levantándose de la cama con preocupación.

—No estamos autorizados a hablar, vamos chica —ordenó con brusquedad el mismo chico.

Mina miró de nuevo a su padre, ¿para qué querían hablar con ella? ¿Habrían descubierto su plan de huida? Pero, ¿por qué solo la requerían a ella?

Nacho apretó el brazo de su hija cuando pasó a su lado para tranquilizarla y se acercó a su oído.

—No nos iremos sin ti —susurró.

Mina le dedicó apenas una sonrisa. Cuando llegó a la puerta los chicos la flanquearon para que no pudiera escapar.

La acompañaron y guiaron a través de escaleras y pasillos al despacho del gran jefe. Cuando entró y lo vio allí sentado en su silla de cuero rotatoria como si se tratara de alguien importante sintió asco. Él no era más que nadie, al contrario, era un hombre mediocre que había tenido que aprovechar una ocasión de miseria para sobresalir. Los chicos la colocaron de malos modos en frente de su mesa. Daba la impresión de que, para obtener su beneplácito, tenían que mostrar brutalidad. Mina les miró con desprecio, había que ser pusilánime para obedecer las órdenes de semejante monigote.

—Por favor, siéntate —dijo Orlando con una sonrisa amigable.

Mina obedeció y ocupó la silla que parecía más estable, era curioso que para los invitados dispusiera de un mobiliario tan ruinoso. Los dos hombres se situaron uno a cada lado.

—La razón por la que estás aquí es un poco... delicada. Me incomoda tener que preguntarte

algo así pero, no hay otro modo de saber la verdad. —Orlando hizo una pausa para levantarse y situarse frente a Mina. Así de cerca no intimidaba tanto, su escasa estatura y sus entradas le hacían parecer un hombre normal y corriente en vez de un líder de masas.

—Adelante —dijo Mina, que se sentía obligada a decir algo para que el hombre soltase de una vez el motivo de su encuentro. Tenía prisa por volver cuanto antes, la hora se aproximaba.

—¿Alguna vez has estado de forma íntima con Andrés o con Luis? —preguntó Orlando mientras observaba atento las reacciones de la chica.

—¿Yo? ¡Claro que no! —gritó Mina furiosa intentando que su lenguaje corporal no delatara su estado de nerviosismo. Procuró mantenerse rígida y sin desviar la mirada de su interlocutor.

—¿De verdad? —insistió Orlando acercándose todavía más a ella.

Mina desvió su cabeza a un lado, ¿hasta qué punto era bueno ocultarlo? Sabía que reconocerlo la podría relacionar con sus muertes pero, ¿no era peor negar lo evidente? ¿No les haría pensar con mayor motivo que estaba ocultando algo? Un acceso de ira invadió a la chica.

—¿Por qué habría de haber tenido yo algo con alguno de esos dos vejestorios? —dijo Mina levantándose de la silla y encarando a Orlando. Eso provocó que sus perros guardianes la cogieran por los brazos y la obligasen a sentarse otra vez.

—¡Qué poco respeto por los difuntos! —se burló Orlando—. O acaso ¿tenías algún motivo para odiarles?

Mina bajó la vista al suelo. ¡Mierda! pensó, se había delatado sin pretenderlo. Orlando le puso el dedo índice en la barbilla y lo empujó hacia arriba para poder verle la cara.

—Creo que no nos estás contando la verdad. ¿Quieres cambiar la versión?

Mina creyó que la mejor opción era no contestar. Pensó en la cantidad de películas en las que se aconsejaba al acusado no hablar sin la presencia de su abogado. Sería mejor pensar bien lo que debía decir, no podía permitirse otro paso en falso. No obstante, le mantuvo la mirada, no quería acobardarse ante nadie.

—Ya veo —dijo Orlando apartando su mano de la cara de la chica y dirigiéndose a su silla—. Encerrarla con la otra —ordenó haciendo una señal con la mano para que se fueran.

Los hombres de Orlando la cogieron por los brazos y se la llevaron de allí. Mina no opuso ninguna resistencia, sabía que era una pérdida de tiempo, no tenía nada que hacer. Bajaron un piso y fueron directos a una puerta que estaba cerrada con llave. La abrieron y la empujaron a la oscuridad. Mina cayó al suelo ante el fuerte envite, aunque no tardó en recuperarse y en aporrear la puerta. La habitación no tenía ventana y no podía ver nada de lo había allí adentro. A Mina le pareció que estaba viviendo una pesadilla.

—¡Dejarme salir, yo no he hecho nada! —gritó con toda la fuerza que le dieron sus pulmones. Se sentía desesperada, no solo su plan se había ido al traste, sino que estaba encerrada donde con probabilidad nadie la encontraría, podría morir allí sin que su familia o Gabriel pudiesen evitarlo. ¿Y Marco? Él no podría acercarse al edificio sin que le dispararan. Estaba en un callejón sin salida, dependía por completo de sus captores.

—De nada sirve gritar —dijo una vocecilla de chica que sonaba angustiada.

—¿Andrea? —preguntó Mina creyendo reconocer su voz.

—Lo siento mucho Mina. —Andrea se abrazó a Mina con un llanto desgarrador—. He tenido que contárselo, si no lo hacía ellos...

—¿Contarles qué? —Mina no entendía nada, nunca le había contado nada a Andrea, ni su violación, ni su intención de fugarse, ni nada de nada.

—Que Andrés abusó de ti.

Poco a poco Mina fue comprendiendo. Andrea le explicó que, días atrás, la habían interrogado acerca de sus abusos pasados. Orlando en persona le pidió disculpas y le preguntó si sabía de algún otro incidente parecido. En ningún momento sospechó que se tratara de una encerrona, pensó que de verdad intentaban enmendar sus errores. Reconoció que las violaciones se siguieron produciendo, aunque en ningún momento sacó a relucir ningún nombre, no era algo que le correspondiera a ella contar. Ellos no insistieron en saber nada más y la dejaron regresar a

su habitación.

Sin embargo, se había tratado de una farsa. El día anterior la habían llevado a un cuarto aislado y exigido que dijera todos los nombres de las agredidas. Ella se negó alegando que era demasiado personal, que era muy humillante que llegara a oídos de la gente una cosa así, que ella como víctima comprendía la necesidad de anonimato. Entonces la colocaron a la fuerza encima de una cama y le dijeron que como no les diera los nombres, la violarían una y otra vez todos y cada uno de los días que le quedaran por delante.

Andrea confesó el nombre de Mina, pues le pedían las víctimas recientes. Después la llevaron y encerraron en el cuchitril donde se encontraban y ni siquiera le habían servido comida alguna.

Mina se mostró compasiva y la perdonó. Ya era bastante castigo estar encerradas allí, en un cubículo que, con total probabilidad en el pasado, habría sido destinado a cuarto de limpieza. Parecía que no albergara suficiente aire para las dos, era claustrofóbico.

—Y ¿cómo lo supiste? —preguntó Mina después de unos minutos de silencio.

—Vamos, ese día estabas dormida y sola, y Andrés nos echó de allí de malos modos, así que... —Andrea estaba en el regazo de Mina, acomodada en el suelo como podía—. ¿Sabes por qué les importa tanto a quién hayan violado Andrés y Luis?

—No —mintió Mina a la vez que acariciaba el pelo de su compañera. Estaba sentada en el suelo, apoyada en una pared y con las piernas semiflexionadas mientras soportaba el peso de la cabeza de Andrea. Pensó en lo incómodo que iba a resultar dormir allí. Se resignó pensando que se darían calor la una a la otra, el sitio no era para nada cálido a pesar de sus dimensiones.

—¿Crees que nos dejarán aquí sin comida y sin agua? —preguntó Andrea encogiéndose un poco más alrededor de Mina.

—Podría ser peor, al menos tenemos un cubo para nuestras necesidades —bromeó Mina, que no podía sino sentir ternura por esa chica.

—No sé, desde que llegué no lo han vaciado —se quejó Andrea sin ningún sentido del humor. Los olores eran demasiado nauseabundos.

—Bueno, si no comemos ni bebemos no necesitaremos darle demasiado uso —dijo Mina con un suspiro.

Andrea rompió a llorar. Era demasiado, ellas no habían hecho nada malo para ser tratadas de esa manera. Mina también necesitaba desahogarse. Gritar y llorar era lo que le apetecía, aunque por alguna razón que no comprendía, sentía la obligación de ser fuerte y cuidar de Andrea. La chica lo había pasado muy mal y no se merecía ese trato. Claro que ella tampoco pero, ¿a quién iba a reclamar?

Se durmieron en esa postura, como si Mina fuera la hermana mayor de Andrea y hubiera estado acunándola hasta caer exhausta.

Poco a poco fueron despertando de su letargo a consecuencia de un extraño sonido. Se sintieron seducidas por su atrayente musicalidad y ambas se pusieron en pie y se acercaron a la puerta. Mina intentó abrirla pero no fue capaz. Andrea lo intentó también para alcanzar el mismo fracaso. Las dos tenían la imperiosa necesidad de acudir a la misteriosa llamada, era como si todo lo demás no importara. La puerta que se interponía en su camino no era obstáculo para dejar de intentarlo. Las dos permanecieron en silencio, pegadas a la puerta, escuchando ese runrún tan agradable hasta que, después de un tiempo imposible de determinar, cesó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Andrea aturdida buscando la mano de su amiga.

—No tengo ni idea —musitó Mina intentando encontrar en sus pensamientos alguna lógica.

Oyeron unos pasos acercarse y, por instinto, las dos se separaron de la puerta pegando sus espaldas a la pared del fondo.

Mina recelaba de los hombres de Orlando. Ahora que ya sabían que ella, con total seguridad, había sido la vía de contagio, ¿qué les impedía eliminarla?

La puerta se abrió dejando pasar la luz. Mina intentó ver quién estaba al otro lado, pero sus pupilas todavía no se habían acostumbrado a tanta claridad.

—Hola Mina —dijo una voz muy familiar.

—¿Marco?

Mina y Andrea salieron de su prisión despacio y cogidas de la mano. Andrea le apretaba muy fuerte, no del todo segura de la inocencia de su salvador. Mina iba en primer lugar, y tenía la mano libre encima de sus ojos a modo de visera. En cuanto confirmó la identidad de su protector se abrazó a él permitiéndose unas lágrimas por todo lo que había pasado desde que se separaron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Mina admirando su rostro. Cada vez que lo veía le parecía más hermoso.

Marco sonrió y le dio un beso en los labios. Después miró a la chica que los estaba observando estupefacta y carraspeó para que Mina hiciera las presentaciones.

—Esta es Andrea —dijo separándose de él. Por un momento se había olvidado de su compañera de fatigas.

—Encantado de conocerte Andrea. —Marco le estrechó la mano y volvió a dirigirse a Mina—. Debemos irnos de aquí, nos están esperando.

—¿Quiénes? —preguntó Mina. Marco hizo un gesto casi imperceptible hacia la otra chica y entonces comprendió, no era algo de lo que pudieran hablar delante de ella.

Caminaron los tres juntos, Andrea pegada a su amiga y sin decir una palabra. Mina la miró de reojo y comprobó que estaba temblando. Supuso que estaba aterrada por la extraña aparición de Marco, y por lo insólito que resultaba no encontrarse con nadie en todo el recorrido. Le pasó una mano por la espalda y sonrió para transmitirle tranquilidad.

Mina estaba feliz de que Marco estuviera a su lado. Y pensar que se había preocupado de que sus sentimientos por él hubiesen cambiado... Pero no, continuaban igual de fuertes que siempre. Marco le agarró los dedos de la mano con sutileza. Mina supuso que había podido adivinar lo que acababa de pensar. Hasta era posible que hubiera tenido los mismos temores. Claro, después de lo del colgante. ¡Mierda!, se dijo Mina, que lo único que quería era apartar de sus pensamientos cualquier cosa que hiciera referencia a Gabriel. Quería posponer el duro momento lo más posible. Marco la soltó. Genial, pensó Mina con un nudo en el estómago.

Atravesaron la plaza mayor y el arco de entrada. Era extraño el silencio y la quietud que se respiraba.

Al cruzar la puerta de entrada, Mina iba tan ensimismada en sus pensamientos, que no fue hasta que oyó chillar a Andrea cuando cayó en la cuenta de lo que había delante de sus narices.

A unos treinta metros sobre el suelo se elevaba una especie de nave elíptica. Sus dimensiones eran grandiosas. Aparentaba tener una superficie mayor que la Universidad Laboral, aunque desde su perspectiva de visión, era difícil de determinar. Estaba suspendida en el aire esperando algo, o a alguien. Como por arte de magia Andrea suspendió sus chillidos.

—¿Has venido ahí? —preguntó Mina señalando el extraño vehículo.

—No, yo he venido en mi coche —dijo Marco mirando hacia Andrea que se estaba alejando de ellos en dirección a la nave.

En ese momento, el enigmático sonido volvió a envolverles. Mina dio un paso adelante pero Marco la frenó cogiéndola del brazo. Entonces Mina pudo ver con claridad cómo Andrea caminaba hacia una especie de compuerta que se encontraba encima de sus cabezas y desaparecía sin más.

—Oh no, no, no. Tienes que traerla de vuelta, no dejes que se la lleven, por favor —suplicó Mina llorando e intentando dirigirse al punto donde había desaparecido su amiga.

—Mina, cálmate, no puedo hacer nada. —Marco la sujetaba por ambas manos, impidiendo que se moviera.

—¿Y mi familia y Gabriel? —preguntó Mina de forma apenas audible. Las lágrimas le caían a borbotones por sus mejillas. Ella seguía forcejeando, nerviosa, a pesar de que sabía que no serviría de nada.

—Tu familia está bien, están esperando en el coche —dijo Marco intentando calmarla empleando un tono de voz suave y neutro.

—Pero, ¿cómo...?

—Tranquila —dijo Marco estrechándola entre sus brazos—, estabas en peligro y he venido a por ti. No hay nada de lo que preocuparse, todo está bien. Tus padres y tu abuela están bien. Tú estás bien.

—¿Y qué pasará con toda esa gente? —preguntó Mina más sosegada, permitiendo que la envolviera con su robusto cuerpo.

—Alcanzarán su destino, como todos, aunque un poco antes de lo que se había previsto —susurró Marco a la vez que le acariciaba su suave pelo.

—¿Y mis amigos? —Mina pensaba en Gabriel, le apenaba mucho que, por su culpa, hubiese acabado en una nave extraterrestre. Se acordó de su hermanita pequeña, a quien no había tenido oportunidad de conocer. Le parecía muy injusto que esa niña y el chico que había hecho lo imposible para que ella estuviera a salvo estuviesen en esa situación.

—Estarán bien, no he podido hacer nada por ellos. Hubieran acabado allí de todos modos. Como decís vosotros, he removido cielo y tierra para poder sacarte de aquí. Aún no me creo que se hayan mostrado dispuestos a ayudar. —Marco le cogió la cara y la movió para poder ver su rostro—. Lo importante es que tú estás bien, que estamos juntos y que te voy a llevar a casa.

Mina echó un último vistazo a la nave. En ella se marchaba para siempre Gabriel. Deseó con todas sus fuerzas que las cosas le fueran bien, que consiguiera sobrevivir y, sobre todo, que fuera capaz de ser feliz. Ella, por su parte, lo intentaría también.

Cuando llegaron al coche, Mina no estaba preparada para semejante visión. Los tres miembros de su familia estaban sentados en los asientos de atrás, con la vista fija al frente y sin responder a ningún estímulo. Parecía que hubiese pasado por allí algún brujo y les hubiese congelado en el tiempo.

—¿Qué les pasa? —preguntó Mina, que miraba desconcertada a su familia desde fuera del vehículo. Les había intentado saludar llamando su atención al golpear el cristal de la ventana trasera, pero estaban petrificados como estatuas.

—Están en fase de disociación.

—¿Qué? —Mina se giró con brusquedad.

—Para que lo entiendas, algunos componentes de su conciencia están en stand by, no tienen control de su mente consciente.

—¿Por qué están así? —preguntó Mina cruzándose de brazos.

—Era necesario —respondió Marco abriendo la puerta del copiloto y gesticulando para que entrara—, no creo que hubieran accedido a venir si los hubiera sacado del trance.

—No veo por qué no, te conocen de toda la vida. —Mina se resistía a entrar en el coche hasta haber aclarado todo el asunto.

—Te creía más perceptiva. —Marco miró con fijeza a Mina y esta, con un gesto de desdén, se sentó airada en su asiento. Marco le cerró la puerta resoplando y tomó asiento al volante.

—Sabes tan bien como yo, que después de ver la nave gigantesca que se elevaba sobre sus cabezas, hubieran desconfiado de mí —razonó Marco mientras accionaba la llave de contacto y ponía el coche en circulación.

—Sí, tal vez —reconoció Mina mirándolo arrepentida—. Perdona, es que estoy algo nerviosa.

—¿Por tu reciente secuestro o por Gabriel? —Marco la miró muy serio, sin parpadear.

—No creo que hablar de eso ahora sea el momento más oportuno —dijo Mina mirando al frente.

Marco no objetó nada al comentario y Mina se sintió muy incómoda. Era un asco estar en esa situación de desventaja. Lo que daría por conocer sus pensamientos, pensó.

—No estoy enfadado. —Marco no apartó la vista de la carretera.

Mina respiró aliviada pero se abstuvo de decir nada al respecto.

—¿Cuándo se espabilarán? —preguntó Mina echando un vistazo a los asientos de atrás.

—Creo que lo mejor será esperar a llegar a casa. Cuando vuelvan en sí habrá que dar muchas explicaciones.

Mina asintió. Sí, era lo más conveniente, sus nervios ya estaban bastante alterados.

Disfrutaría de lo que quedaba de trayecto para respirar algo de tranquilidad.

—¿Qué era ese ruido tan cautivador? —preguntó Mina.

—Un sonido con mensaje subliminal. La mente consciente percibe una simple melodía, mientras que la mente subconsciente recibe la orden de acudir a la llamada. Es una trampa para reclutaros en las naves.

—Les resulta fácil, ¿verdad? Acudimos como borregos a su llamada.

—Bueno, son años de ventaja evolutiva, no debes sentirte mal por eso.

Mina miró hacia otro lado. No era grato constatar la superioridad de esos seres. Los terráqueos no habían tenido ninguna posibilidad desde el principio.

A través de su ventanilla comprobó que la ciudad estaba echa un desastre. Quedaba claro que la gente oculta se dedicaba al pillaje. A su paso divisó establecimientos destrozados, señales y semáforos tirados por el suelo, coches siniestrados e, incluso, gente desparramada por las calles en un estado que podía ser de embriaguez o de locura. Pensó en su amiga Noelia, ¿cómo le habrían ido a ella las cosas? ¿Seguiría en este mundo, universo o lo que fuera?

Cuando aparcaron en frente de su casa, a Mina le dio una especie de subidón. Había imaginado, inconscientemente, que su hogar habría sido víctima de algún asalto, o que estaría llena de okupas. Pero no, allí estaba su casita pintada en blanco, con su frontal de azulejos granates y crema. Le pareció más bonita que nunca. Hasta apreció la belleza de esa palmera gigantesca que tanta lata daba a su padre siempre que tocaba poda.

Por la puerta enrejada se asomó un hocico. Mina salió corriendo del coche al encuentro con su perra. Luna casi la tumba al poner las patas delanteras en su barriga.

Mina giró la cabeza y se encontró con la mirada de Marco. Estaba apoyado en su coche observándola con una sonrisa. Ella dio un par de arrumacos más a su perra y volvió al coche junto a él.

—Y ahora, ¿qué?

Marco abrió una de las puertas traseras del coche y Carmina, Clara y Nacho salieron uno detrás del otro como si una fuerza invisible los impulsara a abandonar el vehículo. El chico los precedió hasta la puerta de la casa, empujó, y se abrió.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Mina sorprendida de que hubiera conseguido entrar sin usar la llave.

—Para nosotros es fácil mover toda clase de objetos con la mente, una cerradura no me supone ninguna dificultad añadida —dijo Marco cediendo el paso a los demás.

Mina pasó por su lado mirándolo con incredulidad. Desde luego, era una caja de sorpresas. ¿Telepatía, telequinesis? ¿Qué más cosas sería capaz de hacer? Su corazón dio un vuelco al ver a su familia colocando tres sillas en el centro de la cocina y sentándose en ellas como si estuvieran esperando instrucciones.

—Marco, por favor... —dijo Mina señalando a su familia.

—Sabes que, en cuanto despierten, habrá que explicarles todo, ¿verdad? —preguntó Marco acercándose a ella y cogiéndole las manos.

—Sí.

—Y que me van a repudiar.

—Entra dentro de lo posible, pero no pretenderás dejarlos así...

Marco agachó su cabeza y la besó. Ella enroscó sus brazos alrededor de su cuello disfrutando cada segundo de ese beso.

—¿Qué pasó con Gabriel? —preguntó Marco sin separar su cara de la de Mina—. Me preocupa que mantengas tu mente tan hermética.

—¿Qué? ¿Quieres hablar de eso ahora? ¿Delante de mi familia? —Mina parpadeó en una mezcla de confusión y alivio. Era una suerte que sus esfuerzos por no pensar en Gabriel estuviesen dando resultado.

—No recordarán nada —insistió Marco restando importancia a la presencia de público.

—Yo no puedo hablar con mi familia así. —Mina les señaló con la mano—. Despiértalos, por favor.

Marco asintió y se separó de Mina.

—Está bien, los despertaré, pero tú y yo tenemos una conversación pendiente.

Nacho se levantó de la silla asustado. ¿Qué hacía en su cocina? La cabeza amenazaba con estallarle, por más que intentaba reconstruir el modo en que había llegado hasta allí, no conseguía recordar nada. Miró hacia su hija y su vecino. Ellos parecían estar más serenos, sobre todo él. En cambio, su mujer y su madre parecían igual de atemorizadas. Clara se tapaba la boca con sus manos, y tenía los ojos anegados en lágrimas. Carmina, cuyo rostro estaba demasiado pálido, parecía desorientada. Nacho se acercó y le cogió la mano. La pobre mujer le miró a los ojos.

—¿Qué hago aquí?

Mina se acercó con un vaso de agua y se lo ofreció a su abuela. Carmina lo bebió obediente, tragando pequeños sorbos con actitud de desconcierto.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Nacho a su hija.

—Yo se lo explicaré todo —dijo Marco aproximándose a su lado.

Nacho se giró para encararle. Nunca le había gustado ese muchacho, y menos en ese momento.

—Por favor, siéntese. —Marco indicó la silla. Nacho acató la sugerencia, lo cierto es que no se encontraba demasiado bien.

Mina se posicionó junto a Marco y le tendió la mano. Se demoraron unos instantes mirándose a los ojos y, después, el chico comenzó su relato.

Nacho miraba a su interlocutor perplejo. No podía ser cierto. El chico que había visto crecer, el que siempre había hecho compañía a su hija, con el que su hija se había acostado, ¿un extraterrestre? ¿Y ella lo sabía y consentía? Debía de tratarse de una broma de mal gusto. No era posible. Mina nunca les hubiera traicionado de esa manera. Seguro que la estaba obligando de algún modo.

—Quiero a su hija —alegó Marco al percibir los pensamientos nada halagüeños de su vecino.

—¿Por qué tengo que creer una cosa así? —preguntó Nacho elevando el tono de voz. En la Resistencia le habían explicado que los extraterrestres podían jugar con la mente y voluntad de las personas.

—Papá, Marco nos ha salvado la vida —intervino Mina visiblemente emocionada.

—O eso dice. ¿Cómo puedes saber que es verdad?

—Vamos papá, me acuerdo de todo. Los hombres de Orlando me habían encerrado en una habitación, seguramente con intención de matarme.

—Pero, ¿cómo sabes que todo eso no es lo que Marco quiere que recuerdes? Por el amor de Dios, míranos. Casi no podemos digerir que estemos aquí ahora mismo. —Nacho señaló a su mujer y a su madre, vivo retrato de la confusión y la desesperanza.

—Señor, entiendo su desconfianza. No es fácil asumir que un ser de mi naturaleza sea amistoso. Lo comprendo. —Marco se acercó un paso a sus vecinos—. Pero, créame. Mis intenciones son buenas. Si de mí dependiera, ningún terráqueo sería desterrado.

—Ya, seguro que estás dispuesto a sacrificarte por todos nosotros...—Nacho miró para otro lado al tiempo que resoplaba—. Y tú, ¿desde cuándo sabes todo esto? —preguntó a su hija.

—Marco me lo contó cuando la invasión se hizo evidente. Papá, él no tiene nada que ver con los demás, es bueno. —Mina se agachó para ponerse a la altura de su padre. Nacho ni siquiera podía mirarla a los ojos. Le había decepcionado.

—Creo que está siendo muy injusto. Mina nunca se ha puesto de parte de los invasores, se lo aseguro. Ella quiere lo mejor para su familia, y yo puedo proporcionárselo —dijo Marco con el semblante serio.

¿Sería verdad? ¿Ese chico podía ayudarles para que no corrieran la misma suerte que el resto de la población? No le gustaba, lo admitía. Sin embargo, tenía que pensar en el bien de la familia. Que ellos repudiaran a Marco no iba a hacer que el mundo se salvara. En cambio, quizá podrían beneficiarse al tener un extraterrestre como aliado.

—¿Hay algún caso parecido? —preguntó Nacho reacio a mirar a Marco a los ojos.

—Bueno, unas diez mil personas serán enviadas a Tu...

—No me refiero a eso —interrumpió Nacho iracundo—. Digo si entre esas personas que vais a salvar, hay algún caso como el vuestro, el de Mina y tú.

—Las personas destinadas a Tuvalu son colaboradoras, así que, de un modo u otro, sí que son como Mina y yo. Ella ha estado con la Resistencia y no nos ha delatado.

—Ya, pero no es lo mismo. Lo que os une a Mina y a ti es...amor o algo parecido, ¿no? ¿Se han dado más relaciones entre especies? —insistió Nacho mirando a su hija con desaprobación.

—Lo desconozco —respondió Marco—, aunque las relaciones raseliano-terráqueas están prohibidas.

—¡Ahh! ¿Entonces no contamos con su aprobación, no? —dijo Nacho levantándose de la silla con tanto ímpetu que casi la tira para atrás.

—Conocen nuestro caso y, de momento, no se han pronunciado ni a favor ni en contra —dijo Marco ocultando su conversación con Pitrae.

—Eso ¿qué cojones quiere decir? —preguntó Nacho volviéndose a sentar en la silla.

—Que no lo desautorizan. Nos permiten seguir adelante con la relación —dijo Marco mirando a Mina con una sonrisa cómplice.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? —preguntó Nacho.

—El siguiente paso lo daremos Mina y yo. —Marco se aproximó a la chica, que estaba de pie acariciando el pelo de su abuela, y le pasó un brazo alrededor de la cintura—. Visitaremos al Comité de Sabios.

Capítulo 10. DERROTA

Marco estaba en la habitación de Mina. La chica estaba enseñándole diversos modelitos para pedirle consejo, quería causar buena impresión al Comité. Sobrestimaba la importancia que tenía su inminente reunión, creía que sería decisivo para su futuro en común y el de su familia. Nada más lejos de la realidad, su porvenir ya estaba decidido. La entrevista era un mero trámite, la manera que tenía el Comité de delimitar sus funciones.

Aunque Marco sabía que el vestuario era anecdótico para su pueblo, accedió al pase de modelos para infundirle seguridad y, de paso, obsequiarse con unas buenas vistas.

—Entonces, ¿nos va a recibir uno de ellos? —preguntó Mina mientras se probaba un vestido de invierno color morado, bastante recatado, de espaldas a su novio.

—Exacto, el Comité tiene muchos asuntos que atender últimamente. Si comparecieran los tres no sería muy buena señal. —Marco estaba sentado en la cama de Mina, intentando captar cada milímetro de piel al desnudo.

—¿Por qué? —preguntó Mina dándose la vuelta y comprobando su apariencia en el espejo.

—Pues porque significaría que le dan mucha importancia a nuestra historia, demasiada. —Marco levantó el pulgar en señal de aceptación.

—Oh, ¿así que no lo consideran importante? —Mina se sentó sobre las piernas de Marco y le pasó un brazo por detrás de su cuello.

—Lo suficiente como para que tengamos que entrevistarnos con Lione. —Se arrimó para oler el cuello de Mina, el aroma que expandía era muy sensual para él, muy diferente de los raselianos que, por lo general, no olían a nada.

—Y, ¿es simpático ese tal Lione?

Marco sonrió. Ella era tan ingenua. Lione era peligroso, el más peligroso de los tres. Si lo deseaba, podría hacer que Marco rechazase a Mina. Preguntar si era simpático equivalía a cuestionar si un león era cariñoso. Pero le gustaba esa capacidad de creer en la bondad de las personas, en parte conseguía contagiarle ese optimismo.

—No creo que te vaya a caer bien. —Marco la abrazó con ternura—. Te va a imponer bastante.

—¿Por qué?

—Ya lo verás. —Marco la tumbó sobre la cama y la besó. Hacía mucho tiempo que deseaba tenerla en esa postura, a solas, cuerpo contra cuerpo, boca contra boca. Era una pena que no pudieran hacer nada más. La impuntualidad sería una imprudencia grave, eso sin contar con que Nacho subía cada poco para comprobar que todo estuviera bien.

—Vamos, —Marco se levantó y le tendió la mano—, no debemos retrasarnos.

Se acercaron al salón para despedirse de los demás, interrumpiendo una partida de parchís a tres en la que ninguno parecía poner mucho entusiasmo. Al verlos, Nacho se limitó a adoptar un gesto de censura. Mina estaba tan nerviosa que intentó dilatar el momento de la partida al máximo entablando conversación con su madre. Marco la apremió para marcharse y se dirigieron al garaje.

—¿No deberías aconsejarme qué decir o cómo actuar? —preguntó Mina una vez el coche estuvo en marcha.

—Cariño, —Se giró para mirarla con una sonrisa—, no hay manera de ocultar ni de disfrazar nada de lo que hemos hecho o de nuestras intenciones. Tranquila, sé tú misma y todo irá bien.

—¿Cariño? —Mina se rio nerviosa—, no te pega para nada.

—¿Amorcito mejor? —Esa era la forma en que Nacho se dirigía a su esposa. Mina siempre había criticado esa manera cursi de tratar a su madre. Pero la chica no captó la sutileza del comentario, estaba absorta en sus propias inquietudes.

—¿Qué es lo peor que nos puede pasar? —preguntó Mina.

—¿Lo peor? —Marco meditó la respuesta, no quería ponerla más nerviosa—. Supongo que lo peor es que nos envíen a todos al Neolítico —mintió, siendo su mayor temor que les separaran.

—Bueno, si es así, correremos la misma suerte que el resto de la humanidad, lo cual no es tan malo. Nos taparemos con pieles de animales nuestras partes pudendas. ¿Te acuerdas del año que me disfracé de troglodita? Estaba muy mona.

Marco posó una mano en la rodilla de Mina. Su chica era muy valiente, de eso no había duda. Pasase lo que pasase, lo superarían juntos.

—¿Qué pasó entre Gabriel y tú? —preguntó Marco volviendo su mano al volante.

Marco sintió la mirada escrutadora de Mina observando su perfil. Podía leer a la perfección todos sus pensamientos. Arrepentimiento, miedo, culpa y, por último, su devoción por los dos. Eso no le gustó, podía combatir con un calentón vespertino, en cambio no soportaba pensar que su corazón estaba dividido. Mina empezó a hablar pero Marco le puso un dedo sobre los labios. Ya no hacía falta que dijera nada.

La miró con indulgencia, quería demostrarle que no le guardaba rencor, que las cosas seguían siendo iguales para él. En parte había sido su culpa. Nunca debió permitir que la arrancaran de su lado. Ella había vivido una situación de fragilidad. La violaron, y el único que estuvo a su lado fue Gabriel. Era de esperar que las cosas se desarrollaran de ese modo.

Llegaron al Ayuntamiento de Oviedo y aparcó de cualquier manera, algo inusual en él.

—¿Preparada?

Mina nunca había estado antes en el Ayuntamiento de Oviedo. Curiosa forma de conocerlo, pensó. Había un raseliano apostado en la entrada que, después de unas miradas dedicadas en exclusiva a Marco, les permitió el acceso.

Observó sin disimulo la majestuosidad del edificio, ¿es que todos los ayuntamientos tenían que exhibir tanta ostentación? Siguió a Marco a un ascensor y se mantuvo a su lado con seriedad, imitando su manera de actuar. Era como si al atravesar la puerta de entrada su chico se hubiera transformado en un ser diferente. Su actitud era fría y altanera. ¿Estaría metiéndose en el papel? Recorrieron un pasillo hasta llegar a una habitación enorme, muy señorial. A Mina le pareció que era el lugar idóneo para celebrar bodas civiles.

Se sentaron en dos sillas situadas frente a una mesa colocada sobre una tarima, y esperaron lo que le pareció a Mina una eternidad. Quedaba claro que la puntualidad era solamente esperada por parte de los plebeyos, dedujo Mina indignada. Ambos estaban rígidos en sus asientos, tensionados, al menos en el caso de Mina, que comenzó a sentir vestigios de dolor en el cuello.

—Bienvenida Mina —dijo una voz que se materializó en un hombre de presencia imponente. Lione se acercó por detrás y se dirigió con paso seguro a la silla de la mesa central—. Eres una privilegiada. La primera y, espero, última terráquea en comparecer ante el Comité.

Mina intentó que su cara no denotase su asombro. Ahora entendía por qué Marco había pensado que la intimidaría. Además de su enorme complexión, algo que ya se esperaba, su piel era oscura. Mina había dado por supuesto que en Raselanis todos tendrían el mismo tono de piel. Era mucho más intimidante ver a un raseliano negro, emanaba un aura de superioridad amenazadora.

—Raselanis tiene la misma inclinación de su eje que la Tierra, y la distancia de nuestro sol es muy aproximada. Allí también hay polos, y hemisferio norte y sur. También nosotros debimos adaptarnos al medio —dijo Lione señalando su piel.

Mina se inquietó. Aunque sabía de sobra que los raselianos podían leer sus pensamientos, Marco casi nunca había evidenciado ese hecho, no solía responder a preguntas no verbalizadas. No era fácil acostumbrarse a esas circunstancias.

—Pertenece a una civilización mucho más avanzada. Aunque biológicamente tenemos

una asombrosa similitud con vosotros, nuestro organismo está más desarrollado y optimizamos todos nuestros recursos —dijo Lione erguido desde su silla y con las manos apoyadas boca abajo sobre la mesa.

Lione miró a Marco en silencio. Mina supo que mantenían una conversación privada, podía notar la tensión en el rostro de su chico y la manera en que apretaba sus manos, cerradas en un puño.

—Marco dice que eres especial. —Lione centró de nuevo su atención en Mina—. Dime por qué crees que deberíamos dejarte permanecer entre los nuestros, y por qué permitir que seas consorte de un raseliano.

—Bueno yo... —Mina titubeó mirando de reojo a Marco, y recordó el consejo de que fuera ella misma—, no creo que merezca más que cualquier otro ser humano quedarme en este planeta. Me gustaría perdurar y vivir junto a las personas que amo.

—Por esas personas te refieres a Marco, ¿no?

—Sí, y a mis padres y abuela. Ellos son todo lo que tengo —añadió Mina entrelazando su mano con la de Marco. Pensó en Gabriel, en Noelia, y en el resto de amigos y conocidos que se quedarían en el camino. Se sintió muy egoísta por no pedir la indulgencia para ellos también, pero sabía que era algo imposible.

—Bien. Toda nuestra estrategia de colonización sigue un plan bien estructurado. Nunca permitimos salvedades. —Lione apartó sus ojos para centrarlos en Marco a modo de reproche—. Vuestro caso nos entenece, una historia de amor interplanetaria nunca se había dado. —Hizo una pausa para levantarse y acercarse a los chicos—. Mi veredicto está decidido. Permitiremos que vivas como pareja fiel de Marco a condición de que os mantengáis estériles. Podréis estableceros en cualquier punto del planeta excepto Tuvalu, ¿serás capaz de vivir rodeada de raselianos?

—Sí. —Mina sonrió, era una noticia fantástica. Sobrevivirían todos juntos.

—¿Y su familia? —preguntó Marco apretando la mano de Mina.

—Será enviada junto al resto de terráqueos, no podemos alterar la población establecida de ninguna manera —dictaminó Lione dirigiéndose a la puerta.

—Pero...—Mina se levantó de la silla y se puso unos pasos detrás de Lione—, podrían vivir con nosotros, no molestarán a nadie.

—Eso es del todo imposible niña. —Lione se dio la vuelta—. Tu padre nos odia. Ese es un sentimiento que no podemos tolerar en nuestra especie, ¿por qué habríamos de tolerarlo en la vuestra? —Se giró de nuevo—. Lo siento, la decisión es indiscutible.

Mina palideció. Se había quedado sin fuerzas. Ese hombre sabía que ella no se quedaría sin su familia, de alguna forma estaba invitándola a quedarse cuando sabía que nunca lo haría. Una buena estrategia para quedar bien con su congénere. Quería gritar, destrozarse el bonito mobiliario, arañarse la cara, no sabía qué hacer salvo llorar. Cayó exhausta sobre sus rodillas.

Marco acudió a consolarla. Permanecieron un rato en el suelo, abrazados, con la sonatina de los sollozos de Mina.

—Algo se me ocurrirá —susurró Marco al oído de la chica.

Marco conducía con aparente calma. Decidió permitir unos minutos de silencio a Mina para que asimilara las cosas. Ella se sentía estafada, había puesto demasiadas esperanzas en ese encuentro. Marco se sintió culpable por no haberle advertido de la probabilidad de que las cosas no salieran como habían esperado. Los raselianos eran impredecibles, y más en tiempos de guerra. Aunque, para ser sinceros, a él también le había tomado por sorpresa la sentencia.

Lione había sido muy inteligente, dando y quitando. Sabía que, de esa manera, la decisión dependía de la chica. Tampoco es que le sorprendiera demasiado su táctica, era todo un estratega.

Todo el camino lo pasó intentando buscar una solución, en parte porque apreciaba a la familia de Mina, y también porque no soportaba verla tan desolada. Había algo que quizá pudiera funcionar.

—Creo que deberíamos luchar —dijo Marco comprobando si Mina le escuchaba.

—¿Luchar? —preguntó con desgana mientras seguía mirando por la ventana.

—Puede que haya dado con la solución.

—¿Una bomba nuclear? —sugirió Mina sin prestar atención a los esfuerzos de Marco.

—Deberíamos intentar tener un bebé. —Marco notó la forma en que Mina lo miraba con la boca abierta.

—Claro, estamos en un contexto de lo más apropiado, ¿sabes si hay guarderías en el Neolítico? —Mina volvió a su pose esquiva de antes.

Marco estaba convencido de que en la prohibición de reproducirse estaba la clave. ¿Por qué les era negado? Tenía claro que, de ser posible la creación de ese nuevo ser, los suyos estarían más fascinados por estudiarlo que decepcionados porque no se hubieran cumplido sus normas. Lo pasarían por alto, para ellos la ciencia estaba por encima de todas las cosas. Simplemente no se atrevían a intentarlo porque, ¿y si mejoraba ambas razas? Marco no veía el dilema en eso, aunque para su pueblo quizá fuera interpretado como una amenaza. Si un futuro embrión suyo y de Mina fuese llevado a término, no dudaba que les abriría las puertas a la negociación.

—Lione dijo que nos permitiría estar juntos a condición de que no tuviéramos descendencia. ¿Es que no lo ves? Si demostramos que un híbrido terráqueo-raseliano puede ser viable no nos dejarán marchar —explicó Marco con entusiasmo.

—Ya, creo que a pesar de toda esa telepatía que tienes de fábrica, no te has enterado tan bien como yo de lo que ha dicho tu jefe —dijo Mina con los brazos cruzados y el ceño fruncido—. Nosotros podemos quedarnos pero mi familia no. ¿En qué ayudaría que me quedase embarazada? ¿Crees que permitirían que escogiera babysitter?

—Vamos, es perfecto. Podríamos hacerles chantaje, si quieren al bebé, tu familia se queda.

—¿Y por qué iban a querer al bebé si dejaron bien claro que no debíamos reproducirnos?

—Porque sé que, por una parte, tienen miedo de ese ser pero, por otra, no rechazarían la oportunidad de descubrir sus habilidades.

—¡Pero yo no quiero que experimenten con un hijo mío! —Mina gesticuló con las manos con indignación.

—No le harían ningún daño, créeme.

Mina miró hacia sus pies negando con la cabeza.

—Esto no está bien. Tener un hijo es una responsabilidad muy grande. Y eso contando con que nos salga un bebé normal... No sé si es una buena idea traer un niño a este mundo. —Mina le miró con preocupación.

Marco aparcó el coche en frente de la casa de Mina.

—Saldrá normal, tendrá la belleza y la bondad de su mamá, y demostrará a todos que la unión de los dos mundos es posible. —Marco le acarició una mejilla con delicadeza—. Incluso puede que brinde oportunidades a otros terráqueos.

Mina le sonrió con desgana.

—Déjame pensarlo —dijo Mina colocando su cabeza en el reposacabezas del asiento—. Será mejor que mis padres no se enteren de tus intenciones o podría peligrar tu futura descendencia —dijo señalando su bragueta y riéndose con ligereza.

—No tenía pensado decir nada, pero gracias por tu consejo —dijo Marco fingiendo protegerse la entrepierna.

Mina se le echó a los brazos y se acurrucó en su pecho, concentrándose en los latidos de su corazón.

—Nunca nos abandonarás, ¿verdad? —susurró Mina.

Marco sopesó la pregunta. No quería abandonarles pero, ¿podría optar por vivir en el Neolítico? ¿Permitirían los suyos que un raseliano ayudara a la evolución de una nueva especie desde los orígenes, pudiendo promover un desarrollo futuro mayor que el suyo propio? Se guardó las dudas, no era momento para pensar en ello.

Nacho no se tomó nada bien la noticia. Estaba caminando de un lado a otro de la cocina cual león enjaulado.

—Quizá logre hacer que cambien de idea —alegó Marco desde su silla—, no nos han puesto plazos para abandonar esta era, seguramente nos dejarán para el final y ¡quién sabe!

—¿Para el final? —La mirada de Nacho estaba encendida—. Háblame en cristiano. —Nacho se situó al frente del chico.

—La evacuación de todo el planeta está prevista en un tiempo total de cinco años. Por mucha infraestructura que tengan los raselianos y por muy avanzados que estén, no deja de ser pura matemática. Hay mucha gente que evacuar. —Marco se encogió de hombros, para él era muy sencillo.

—¿Cinco años? ¿Qué piensan hacer con nosotros hasta entonces? —Nacho se dejó caer agotado en una banqueta.

—Coexistir. Si nosotros no les causamos problemas, ellos tampoco.

—¿Por qué no quieren que nos quedemos aquí? —preguntó Carmina desde uno de los rincones de la cocina—. No lo entiendo.

—Su cupo de terráqueos está agotado —contestó Nacho iracundo—, ¿no lo has oído?

—¡No hace falta que te pongas así con ella! —Mina se encaminó a consolar a su pobre abuela—. Además, si no fuera por tu animadversión, quizá nos hubiesen permitido quedarnos a todos.

—¡No!, si voy a tener la culpa yo, ¡encima! —dijo Nacho levantándose de nuevo y saliendo de la habitación.

Clara fue detrás de su marido. Había permanecido en silencio toda la conversación. No se había esperado esa respuesta de los raselianos.

—Güeli, no llores, tenemos a Marco. —Mina abrazó a su abuela con ternura—. Él sabrá qué hacer, tranquila.

—Pero, ¿él vendrá con nosotros? —preguntó Carmina entre lágrimas mirando a su nieta.

—Por descontado, nunca las dejaré. —Marco se acercó a ellas y puso una mano sobre el hombro de la anciana—. Pase lo que pase, yo cuidaré de vosotras, sois mi auténtica familia. —Un brillo delator se instaló en los ojos de Marco.

Mina pasó uno de sus brazos alrededor de la cintura del chico. Lo que había dicho era una gran verdad. Sus padres nunca se habían comportado como tales, al menos de la manera en que los humanos entendían las relaciones paterno-filiales.

—No, tú debes quedarte aquí con Mina —dijo con determinación Carmina—. Ella es una chica joven, tiene toda la vida por delante. —Cogió la cara de su nieta entre las manos y la miró muy seria—. Cariño, yo ya soy una vieja, y tus padres ya han vivido su vida también, no te hundas con nosotros, por favor, ¡vive!

Mina no pudo reprimir las lágrimas. Era tan bonito que alguien la quisiese de forma tan desinteresada, que pensara en ella en primer lugar, sacrificándose para que tuviera una vida mejor. Pero nunca lo permitiría, no podría vivir con ello, mirando al cielo y pensando en qué sería de su familia mientras ella estaba a salvo en su planeta.

Estuvieron un rato abrazadas mientras Marco las observaba apoyado en la pared a pocos centímetros de ellas. Mina podía sentir su impotencia, cómo estaba calibrando cada posibilidad, cada alternativa para cambiar las cosas. Decidió que lo haría, intentaría cualquier cosa con tal de salvar a su familia. Nunca se le había pasado por la cabeza ser una madre tan joven, pero uno tenía que adaptarse a las circunstancias. Si existía una remota posibilidad de que engendrando un hijo pudiese dar esperanzas a los suyos, así sería.

Mina se sentía frustrada. No entendía por qué sus padres tenían esa aversión hacia Marco. Consentían que conviviera bajo su techo, sí, pero porque pensaban que era mejor tenerlo a favor que en contra, no porque le apreciaran de verdad. Le apenaba ver cómo Marco se esforzaba por cambiar esos sentimientos sin conseguir el resultado deseado. Al final iba a ser verdad, la raza terráquea no era mejor. Solo habían aceptado con alegría a Marco cuando creyeron que sería la respuesta a sus plegarias. Qué vergüenza le daba el que sus propios padres no fuesen capaces de demostrarle la bondad humana, o la terráquea, o la que fuera.

Mina esperaba acostada en la cama. Marco iría en su busca en cuanto se hubiese asegurado

de que todos dormían. Se escaparían al almacén. Ya consideraba que era suficiente acto de rebeldía acostarse con su novio en la casa familiar, no hacía falta añadirle emoción extra al asunto.

Mina temblaba. El hecho de que su propósito fuera intentar concebir un hijo desencadenaba un torrente de emociones difusas. ¿Y si no fuese posible? ¿Y si lo fuera? No creía estar preparada para ser madre a los dieciocho. Dios mío, sería de esa clase de chicas descocadas que no usaban protección en sus relaciones. Bueno, qué carajo, a decir verdad nunca la había usado. Se movió y encendió la luz de la mesita. Estar a oscuras la estaba volviendo loca, un poco más y se echaría para atrás. Inspiró y exhaló despacio, intentando serenarse. Al poco de medio conseguirlo percibió que la puerta se abría unos centímetros.

—Ptse, vamos —musitó Marco.

Mina se levantó con sigilo y bajaron las escaleras de puntillas como si fueran dos adolescentes a punto de hacer algo prohibido. Bueno, de algún modo lo era. Lo más prohibido imaginable, de lo que iban a hacer esa noche podría salir cualquier cosa.

Marco le había dicho que en dos días sería su momento de mayor fertilidad, aunque esa noche también podría suceder. De todas maneras, no iban a perder la oportunidad de intentarlo, ambos deseaban estar juntos, ya habían esperado demasiado tiempo.

Marco saludó a Luna al entrar en la cuadra, y estuvo muy ágil al abrir la puerta permitiendo solamente la entrada a Mina. Ella fue directa al armario a sacar la manta de su abuelo, estaban en enero y las temperaturas eran muy bajas. La extendió sobre el sofá y se acercó a Marco, que estaba observando cada uno de sus movimientos. Él la atrajo hacia su pecho, abrazándola con ternura primero, para besarla con pasión después.

—Tranquila —susurró Marco mirándola a los ojos—, todo saldrá bien.

Sin duda, había escuchado la voz interna de Mina que le gritaba en su cabeza que no era una buena idea.

Marco la guio al sofá y la instó a que se tendiera allí junto a él, haciendo la cucharilla.

—¿Y si no sale bien? —preguntó Mina de espaldas a Marco.

—Eres la chica de los ¿y si? —se burló Marco—. Lo peor que puede pasar es que tu cuerpo lo rechace. —Marco le acariciaba el lóbulo de la oreja provocándole un agradable cosquilleo.

—¿Cuánto durará? Quiero decir, ¿serán nueve meses, más, menos?

—Seguramente sean nueve, la mujer terráquea está programada así.

—Bueno...yo conozco a una mujer que no dio a luz hasta los diez meses.

—¿Diez meses, y seguro que era terráquea?

—Creo que sí, —Mina sonrió ante la idea—, cuarenta y dos semanas de gestación.

—Bueno, supongo que ni en un embarazo normal se puede predecir el alumbramiento. Te prometo que estaré pendiente de ti las veinticuatro horas del día hasta que llegue el momento.

—Y, ¿después? —preguntó con coquetería dándose la vuelta y encontrándose cara a cara con su chico.

—Después te dejaré limpiando pañales mientras yo traigo el dinero a casa, mujer —dijo imitando la voz de Nacho.

—Mi padre se va a enfadar.

—Lo sé, y no me importa si conseguimos nuestro objetivo.

—Y, ¿si no es así?

—Tendremos un bebé a quien querer y proteger en este mundo o en el otro.

Mina se quedó pensativa mirando a los ojos de Marco. Le recordó a un peligroso depredador, parecía que estuviera esperando el momento perfecto para saltar sobre ella. Sus sentidos se estaban despertando, todo su ser clamaba por una caricia y un beso suyo. Marco acercó, con una sonrisa ladeada, su boca a la suya y, justo antes de rozarla, le dijo:

—Esto quiere decir que seguimos adelante, ¿no?

Mina puso los ojos en blanco y sonrió, pensó “no estropees el momento o te quedarás con las ganas” y, después, le besó.

Intentaron la concepción dos veces y, después, se fueron a sus respectivas habitaciones.

Mina rememoró, en su cama, cada momento. Había sido muy dulce, más que en otras ocasiones. Para ella fue tan romántico y bonito, que se dijo que nada malo podía salir de esa unión tan maravillosa.

Marco y Mina se escabullían cada vez que podían para hacer el amor. Ella se había vuelto más audaz, y le gustaba probar toda clase de posturas y caricias. Era una especie de vía de escape a la realidad, en esos momentos se olvidaba del mundo y de sus miserias.

Los días transcurrieron con normalidad, en casa de su abuela y conviviendo en una armonía a veces forzada. Era evidente que Nacho no estaba a gusto con su nuevo huésped, aunque aceptaba y compartía su hogar y su comida con generosidad. Claro que, en este último punto, debía mucho a Marco, que les abastecía de todo lo que les iba escaseando.

Una mañana, Mina se levantó de la cama con una sensación de malestar. La cabeza le daba vueltas y su estómago parecía una hormigonera. Bajó las escaleras con cuidado, bien agarrada al pasamanos para no caerse, y se dirigió a la cocina para beber un poco de agua. Carmina estaba en la mesa dando cuenta de un desayuno bastante inusual para ella. Como la leche estaba pendiente de reposición, se encontraba ante una taza de café solo y unos huevos fritos. Mina sintió desde la puerta el fuerte olor y tuvo que reprimir una arcada. Dio unos pasos hacia atrás alejándose y entró en el baño. Se miró en el espejo, su aspecto era bastante mejorable, las ojeras se le marcaban como nunca y el tono de piel era macilento. Tomó una ducha rápida y se volvió a poner el pijama, ya que no había bajado ninguna muda. Se sentó en el taburete a pensar. “Ya está, esto debe de ser el embarazo”. Sus sentimientos oscilaban entre la alegría y el pánico. Desde el principio había deseado secretamente que ese fruto no fuera posible, que la mezcla entre dos razas tan diferentes no fuese viable, que pasara como el agua con el aceite, que pudiesen tocarse pero nunca fusionarse. Pero ahora, con la sospecha en su mente, sentía auténtico alivio. Podía ser su última esperanza, demostrar que algo prodigioso puede salir de la unión de los dos mundos. Tenía que hablar con Marco sobre lo que harían a continuación, ese asunto nunca había quedado claro. ¿Cuándo deberían anunciarlo, una vez hubiese nacido o antes? Estaba hecha un manojo de nervios y se sobresaltó cuando su padre llamó a la puerta.

—Necesito entrar —gritó Nacho.

Mina se levantó y quitó el pestillo.

—¿Estás bien? —le preguntó dándole un repaso de arriba abajo y poniendo cara de extrañado al descubrir que aún llevaba puesto el pijama—. Llevas una hora aquí dentro, ¿qué hacías?

—Me duché, pero olvidé bajar la ropa —dijo Mina alejándose por las escaleras sin más explicaciones.

Se metió en la habitación de Marco.

—¡Vaya, mira quién viene a darme los buenos días! —Marco estaba poniéndose una camisa justo cuando se abrió la puerta. De repente, dejó lo que estaba haciendo y se dirigió hacia ella con mucha alegría. La levantó en sus brazos como si fuera una muñeca liviana y le estampó un beso en los morros—. ¡Lo hemos conseguido!

Mina no dejaba de sorprenderse las pocas veces que se anticipaba a sus palabras. Se puso un dedo en los labios en señal de silencio.

—No te preocupes, tu madre duerme como un lirón —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué vamos a hacer a partir de ahora? —susurró Mina mientras se sentaba en una de las camas de la habitación.

—Esperaremos y, cuando el embarazo se haga notorio, se lo diremos a tu familia. —Marco se sentó a su lado y la empezó a besuquear por el cuello.

—¿Y el Comité? —dijo Mina intentando esquivar a Marco porque le hacía cosquillas, y no tenía el estómago para tales menesteres.

—¿Te encuentras muy mal? —preguntó Marco preocupado al darse cuenta de que la había molestado.

—Un poco, pero no cambies de tema.

—Al Comité se lo anunciaremos de la mano de nuestro hijo, de lo contrario temo que quieran evitar que el asunto progrese.

—¿Qué? —gritó asustada.

—Tranquila, solo es por si acaso. Ya sabes que no quieren que nos reproduzcamos.

—Entonces ¿serían capaces de asesinar a nuestro bebé? —Mina puso las manos de modo protector sobre su vientre.

—Eso nunca, ya ves lo reacios que son a la hora de sacrificar a los terráneos. Pero un aborto es una cosa diferente para ellos.

—¿Incluso cuando el embarazo esté avanzado?

—Incluso, nuestra política de abortos es diferente. Los fetos con problemas se descartan.

—En mi pueblo eso también es asesinato.

—Es una forma de controlar la población y de purificar la raza.

—¿Tú estás de acuerdo con esas medidas hitlerianas? —preguntó Mina con cara de indignación.

—Bueno, tampoco veo bien que se utilice el aborto como método anticonceptivo.

—Claro, para vosotros es muy fácil, nunca tenéis embarazos no deseados, ¿no?

—Y vosotros tendríais muchos menos si usarais bien los métodos contraceptivos.

Mina le miró iracunda. No sabía por qué le molestaba tanto, se daba por ofendida cuando, en realidad, ella tampoco estaba de acuerdo con el aborto indiscriminado.

Permanecieron un rato callados. Mina intentó relajarse, no le gustaba discutir con Marco.

—Creo que no deberíamos esperar mucho para decírselo a mis padres —dijo Mina más calmada y enterrando el hacha de guerra.

—Como quieras.

—Bien, de todas formas no veo el modo de esconder estas náuseas matutinas —bromeó.

Marco la miró con ternura y le pasó un brazo por la espalda.

—Se hará como tú digas.

Pasaron dos meses y Mina comenzó a encontrarse mejor. Marco había abandonado por completo su implicación en la invasión para dedicarse a la que ya era su familia. El chico consideraba peligroso mezclarse con los raselianos, no quería que descubriesen su futura paternidad antes de tiempo.

Una tarde, Mina y Marco estaban en el desván retomando sus prácticas sexuales, las cuales se habían visto suspendidas por el malestar de la chica. Ella retozaba sentada encima de él como si fueran dos animales salvajes y alcanzó el clímax más impresionante de su vida.

—Ha sido increíble —dijo Mina tapándose con la manta.

—Desde luego, aunque espero que estén todos en el salón viendo la tele...

—¿He gritado mucho?

—No, lo imprescindible —dijo Marco entre risas estrechándola contra su cuerpo.

—Ya me siento con fuerzas para dar la noticia. —Mina se irguió para mirarlo a los ojos—. Además, mi abuela debe de creer que estoy deprimida a causa de mi falta de apetito.

—Sí, lo cree —admitió Marco—, de hecho todos lo creen. Es asombroso que no sospechen de otra cosa.

—Seguramente porque creen que es algo imposible, como cruzar un gato con un perro. —Sonrió ante la idea.

—¿Cuándo exactamente tienes pensado soltar la bomba?

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —repuso Mina separándose de Marco y empezando a vestirse.

—Tienes razón, no hay mayor gratificación después del acto sexual que una charla familiar comprometida —bromeó Marco vistiéndose también.

—¡Vaya! Vas progresando adecuadamente con esa ironía —se burló Mina.

Una vez listos, Mina se asomó por la puerta del salón para tantear el panorama. Nacho y Clara estaban viendo una película en dvd, *Y si no, nos enfadamos*, de Bud Spencer y Terence Hill. Muy prometedor, pensó Mina. Carmina dormitaba en uno de los sillones, las películas

solían provocarle somnolencia.

Mina pensó en retroceder y esperar a que su abuela se despertara pero, en cuanto comenzó a dar marcha atrás, Carmina abrió los ojos.

—Ven cariño, estamos viendo una película —invitó su abuela con voz perezosa.

—Y, ¿de qué va?, güeli —preguntó Mina mirando a Marco con complicidad.

—Sale este chico rubio tan guapo, y el gordo. No se caen muy bien —contestó Carmina ignorante de la hilaridad que estaba causando.

—Chissst, si vais a entrar cerrad el pico, que tu madre y yo queremos terminar de verla —protestó Nacho enfadado.

Mina puso los ojos en blanco. Sus padres habían visto cientos de veces esa película, si el mundo se acabara justo en ese momento, no se quedarían con la incógnita del final. Mina ocupó el sillón que estaba frente a su abuela y Marco se colocó en el sofá, al lado de sus padres. Mina suspiró por su precipitada elección. Su sitio hubiese sido mucho más adecuado para Marco, cuanta mayor distancia entre su padre y su novio, mejor.

Los créditos finales no se hicieron esperar mucho rato, y Clara apagó el reproductor con el mando produciéndose un silencio incómodo.

Mina carraspeó un poco para aclararse la garganta y se irguió en el sillón para hablar.

—Hay una cosa que hace unos días os quería comentar. —Mina miró a todos los presentes con timidez y, por último, se fijó en Marco. Sabía que no tenía nada de lo que preocuparse, por muy indefenso que pareciera, su padre no podría hacerle daño. De todos modos, se alegró de que su madre mediara entre ellos—. Habréis notado que últimamente he estado un poco...extraña.

Todos la miraban con atención, esperando que continuara. Marco le dedicó una sonrisa tranquilizadora y asintió con la cabeza instándola a proseguir.

—Primero de todo quiero decir que ha sido algo premeditado, que lo hemos hecho porque pensamos que puede ser una ventaja para todos nosotros —dijo Mina nerviosa y sin decidirse en quién fijar la vista.

—Hija, vete al grano —ordenó su padre más molesto por los rodeos que preocupado.

—Está bien, —Bajó la vista al suelo y la subió para mirar a su abuela—, estoy embarazada.

—¿¿Qué?! —Su padre se levantó y miró a Marco con todo su odio. Clara se levantó para impedir que su marido se abalanzara sobre el chico e intentó tranquilizarlo.

—Siéntate por favor, deja que se expliquen —rogó Clara consiguiendo que se volviese a sentar.

—Cuando Mina se enteró de que vosotros no podréis...—dijo Marco viéndose interrumpido por Nacho.

—A ti no quiero ni oírte —protestó Nacho sin mirarle.

—Lo que Marco quiere decir, es que yo no seré capaz de quedarme aquí sin vosotros, y hemos pensado que tener un hijo, quizá, pueda ofrecernos alguna posibilidad de negociación.

—¿Negociación? ¿Vais a canjear a vuestro hijo por nosotros? —Nacho estaba indignado.

—¡Claro que no!, pero podemos demostrar lo que la unión de las dos razas puede conseguir, quizás así se evite que se repudien a más humanos —intentó razonar Mina asustada ante la reacción de su padre.

—Cuando el bebé nazca querrán comprobar sus cualidades, no le harán ningún daño, y eso nos permitirá negociar —añadió Marco con voz relajada.

—Pero ellos son más y mucho más fuertes, ¿no se os ha ocurrido pensar que podrían quitaros al bebé a la fuerza? —preguntó Clara preocupada por su hija—. Además, no sabemos qué saldrá de esa unión, la mezcla entre razas no siempre es posible.

—Somos casi genéticamente iguales —explicó Marco.

—Como los burros y las yeguas, ¿no? Aunque no sé si sabéis que las mulas son estériles, por algo será. La naturaleza es sabia. —Nacho se levantó de nuevo de su asiento—. Creo que es un error tener ese niño, no contéis conmigo —dijo mientras abandonaba el salón.

Mina observó con disgusto la partida de su padre. ¿Por qué tenía que ser tan obstinado? Le

molestaba que ni siquiera pudiera escuchar sus explicaciones.

—¿Estás segura de querer tenerlo? —preguntó Clara acercándose a su hija y cogiéndole la mano.

—Sí, estoy segura.

Clara acarició la mejilla de su hija con ternura.

—Pues entonces todos te apoyaremos, hablaré con tu padre.

Clara estaba preocupada por su hija. Su embarazo no llevaba ningún tipo de control y algo podría salir mal y comprometer la vida de Mina. De algún modo la noticia sirvió para que abriera los ojos a la realidad y volviera a ser la misma madre entregada de siempre.

Mina se alegraba de tenerla de vuelta. Ya se había cansado de verla deambulando por la casa como alma en pena. Su futuro nieto le daba la esperanza que necesitaba para salir a flote.

El embarazo transcurrió con toda normalidad. A los cinco meses empezó a notar los movimientos del bebé y, desde ese momento, empezó a estar más tranquila respecto a que su futuro hijo estuviera bien.

Su padre, poco a poco, fue aceptando la idea de tener un nieto y mostraba interés por tocar el vientre de su hija para sentir al bebé.

Todos se comportaban como una familia unida y feliz. En el fondo sabían que aquello no era más que una tregua y querían disfrutarla.

Mina temía el momento en que tuviera que enfrentarse a los raselianos con la noticia, ¿y si querían arrebatarles a su hijo? Lo que antes solo era una vía de escape, se había convertido en algo vital para ella.

Sería un niño o, al menos, eso había asegurado Marco. Parecía una locura que fuera capaz de saber ese tipo de cosas. Mina juzgaba imposible que pudiese leer hasta ese punto en su mente. De todos modos se fiaba de él y se dedicaban a barajar nombres de varón. Hugo era su favorito.

Y, por fin, a los nueve meses y medio de embarazo, cuando todos empezaban ya a preocuparse, Mina rompió aguas. Ocurrió en el salón, mientras veían *Grease*.

—Creo que he roto aguas —anunció Mina asustada mirando la mano mojada después de tocarse los muslos.

—Vamos, rápido, traed agua y paños —ordenó Nacho ayudando a recostar a su hija sobre el sofá.

Carmina se dirigió a la cocina a cumplir órdenes, y Clara se arrodilló al lado de su hija sosteniéndole una mano.

Mina buscó con la mirada a Marco mientras permitía que su padre le colocara las piernas a lo largo del sofá.

—¿Dónde está Marco? —preguntó con inquietud.

—Olvídate de Marco ahora y respira. ¿Recuerdas cómo te enseñó tu madre? —contestó Nacho.

—Pero papá —protestó Mina indignada—, si todavía no han empezado las contracciones, ¿voy a tener que estar aquí tumbada hasta entonces?

Mina no daba crédito, por lo que tenía entendido un parto podía llevar horas, ¿para qué tanta prisa? ¿Pensaban que, por ser medio extraterrestre, iba a salir propulsado de su útero?

—Mina tiene razón, el momento del parto todavía está lejos —dijo su madre mientras miraba a su hija con preocupación.

La chica se recostó y se levantó lentamente del sofá, aquello era ridículo, caminaría un poco por la casa y buscaría a Marco. Entonces, el futuro padre apareció en el salón con una bolsa de deporte en la mano.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó Mina recelosa.

—Te llevo al hospital —dijo Marco cogiéndole la mano e instándola a acompañarle.

Mina apartó la mano con brusquedad y miró a su madre, que estaba a su lado. La mujer se encogió de hombros, era obvio que no le parecía una buena idea que tuviera a su hijo en casa.

—Los hospitales no funcionan. —Mina dio un paso para atrás.

—Al que te voy a llevar sí, —Marco se acercó a su chica—, ¿no pensarás que voy a

permitir que tengas al bebé sin asistencia médica?

—Sí, eso era justo lo que acordamos. —Mina se sentó en el sofá, empezaba a darle vueltas la cabeza y sintió un fuerte retortijón, con probabilidad su primera contracción. Se agarró la barriga y apretó los ojos con fuerza. El dolor era insoportable.

—Mina, cariño. —Marco hincó una rodilla en el suelo para poder hablarle a su altura—. Ellos evitarán los dolores. Además, ¿qué ocurrirá si hay algún problema? No quiero que te pase nada ni a ti ni al bebé.

—Me mentiste, dijiste que tú me ayudarías, que sabías lo que hacías. —Mina empezó a llorar sin remedio, demasiadas emociones y carga hormonal.

—Te mentí para que estuvieras tranquila. Sabía que nunca accederías a que ellos te asistieran pero, en realidad, yo no tengo ni idea de cómo traer a un niño al mundo. —Marco miró a Mina con la esperanza de que entrara en razón—. No tengo rayos x para adivinar si va a ser un parto sencillo.

—Marco tiene razón, es mejor que te atiendan expertos, si hay complicaciones nosotros no podríamos hacer nada —reconoció Nacho.

—¿Y si no quieren que nazca? ¿Y si lo matan en el proceso? Tú dijiste que para ellos el aborto no es asesinato. —Mina estaba desesperada, creía que toda esa conversación le estaba acelerando el parto, volvía a tener otra contracción.

Marco contempló con angustia la manera en que Mina contraía el rostro en una mueca de dolor.

—Eso no pasará, no en el momento del parto, confía en mí. ¿Crees que os expondría a ti o a mi hijo a algún peligro?

Mina miró a Marco con el rostro enrojecido. Quería que sus dolores cesaran de una vez.

—Vale. —Mina cogió la mano que Marco le tendía.

—Es mejor que os quedéis aquí —dijo Marco a Nacho, que lo miraba con cara de desafío.

—Ni lo sueñes. Nos has engañado durante años y has dejado embarazada a nuestra hija, ¿crees que voy a dejarte ir tan tranquilo? —Nacho se aproximó a la cara de Marco.

—Como quieras, pero no os dejarán pasar —accedió Marco ante la determinación del hombre.

En el coche, Mina intentaba no quejarse, pero el dolor era cada vez más intenso. Se encogió todo lo que pudo en su asiento, pero ni con esas pudo mitigar el dolor. Rezó por llegar pronto. Tenía el presentimiento de que algo saldría muy mal.

Marco tenía la mirada perdida en la pared de la cafetería del hospital. Se culpaba por el desarrollo de los acontecimientos. Si algo malo le pasaba a Mina jamás se lo perdonaría. Y, por lo visto, Nacho tampoco. No se lo reprochaba, era su única hija.

La última imagen de Mina entrando en el quirófano le había dejado desolado. La chica había abrazado la inconsciencia antes de que le pusieran la mascarilla de oxígeno.

Le tendrían que practicar una cesárea porque el niño tenía el cráneo duro, y la vagina de una terráquea no se podía expandir tanto como la de las raselianas. Se lamentó por no haber previsto eso, por haber pensado que el feto se desarrollaría para adaptarse a su madre. Era algo común a todos los bebés raselianos, una manera de aumentar la supervivencia en recién nacidos.

Tampoco se quitaba de la cabeza las caras juiciosas de los médicos, que se preguntaban que por qué no la había llevado antes. Deseaba que no fuera tarde.

Asimismo, sus paisanos pensaban que había ido demasiado lejos al engendrar un niño con una extranjera. No le iba a ser fácil salir airoso. No podía achacar la concepción a un error de cálculo. Había sido una violación de las leyes con premeditación y alevosía.

—Están tardando mucho, ¿no? —preguntó Carmina interrumpiendo las elucubraciones del muchacho.

—Eso Marco, ¿están tardando? —preguntó Nacho con retintín.

—Una cesárea lleva su tiempo, supongo. Apenas ha pasado media hora. —Marco miró a su suegro sin amilanarse.

—Pero para los supermédicos extraterrestres media hora es mucho, ¿no? —insistió Nacho

con ganas de pelea.

—Cállate, ¿quieres? Mina está en el quirófano ahora mismo y lo que menos me apetece es ser testigo de una discusión que no lleva a ninguna parte. —Clara miró a su marido con severidad, cansada de que no pudiera dejar las rencillas a un lado.

Nacho agachó la cabeza, no quería alterar todavía más a su esposa. Pero el odio hacia Marco bullía en su interior.

—Voy a ver si me entero de algo. —Marco se levantó de la mesa. No soportaba ni un segundo más el desdén de Nacho.

Salió de la cafetería y se apoyó en una pared del pasillo. No podía subir a quirófano, se lo habían prohibido expresamente. Le aterraba ser excluido de esa manera, bloqueado en sus mentes. Era como si pretendieran hacerle sentir su desaprobación aislándole de la comunidad.

Levantó la vista del suelo y vislumbró a uno de los médicos que había atendido a Mina acercándose con paso firme.

“Mina y tu hijo están a salvo, puedes subir a verlos”.

Marco siguió al médico omitiendo, con deliberación, el paso de informar a los demás. Ahora lo prioritario era zanjar los asuntos importantes. Quería ver con sus propios ojos cómo se estaban ocupando de su bebé y de Mina.

Al llegar a la sala de observación, pudo ver la cara de felicidad de su chica mientras sostenía a su hijo. Le estaba amamantando.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Marco acercándose a besar a su recién estrenada familia. El niño era lo más hermoso que había visto en su vida.

—Muy bien, han sido muy amables conmigo. —Mina le miró con una sonrisa—. ¿No es guapísimo?, y ¡qué hambre tiene! Se parece a su bisabuela.

Marco estaba demasiado nervioso, arrimó una silla para sentarse al lado de la cama.

—Me han dicho que he tenido suerte, que si la cesárea me la hubieran practicado los terráqueos, ahora mismo empezaría a tener fuertes dolores y no me podría mover de la cama.

—No hay mal que por bien no venga. —Marco acarició la cara de su hijo.

—Creo que has estado demasiado tiempo cerca de mi abuela.

—¿Qué? —preguntó Marco contrariado, le costaba seguir la conversación.

—Has dicho un refrán... —Mina le miró con ternura.

—Ya ves, me habéis humanizado —repuso Marco con la mirada distraída.

—¿No estás feliz? —preguntó Mina con el ceño fruncido.

—Sí, mucho ¿Por qué preguntas eso?

—No sé, algo falla. Yo estoy eufórica, y a ti te noto pensativo, más que de costumbre.

—Estoy, como dices tú, flipando —mintió al omitir la causa de su preocupación.

—No lo vuelvas a decir, no te pega nada. —Mina puso el semblante serio para luego guiñarle un ojo y sonreír.

—Parece que te hayan inyectado algún estimulante. Te veo pletórica.

—Y ¿cómo no voy a estarlo? ¿Has visto la preciosidad que tengo entre los brazos? —Mina miró a su hijo con devoción.

—¿Ya te has decantado por un nombre? —preguntó Marco dejando claro que iba a dejar que la decisión la tomase ella sola, qué menos.

—Mientras me estaban operando pensé en llamarle Jonathan, como en la novela de Drácula. —Mina observó con detenimiento la cara de su pequeño—. Pero tiene cara de Hugo.

—Yo también lo creo. —Marco le acarició la cabecita a Hugo.

El médico, que hasta entonces les había permitido privacidad, entró para avisar de que Mina necesitaba reposo. Marco besó a Mina en los labios y tocó una de las manos del bebé a modo de despedida. En realidad, el motivo del reposo de Mina era que el Comité le estaba esperando.

Marco salió de la sala y cogió aire, lo que pasara en esa reunión sería decisivo.

Marco se hallaba, por segunda vez, en el sofá de cuero blanco esperando a que la pantalla cobrara vida. Tenía un mal presentimiento. No solo se trataba de la seguridad de que habría un

castigo, era algo más. ¿Por qué, en su día, había tenido la absurda idea de contradecir una orden directa al pensar que sería la solución a sus problemas? Él no se caracterizaba por ser un tipo arriesgado, su experiencia personal avalaba esa teoría. Por poco deja escapar al amor de su vida con tal de no contravenir las normas. Marco intentaba encontrar la palabra que mejor definiera el estado de ánimo en el que se encontraba. Estafa. Eso era, se sentía estafado. No había sido propio de él tomar la decisión de tener un hijo, y menos sin tener en cuenta el peligro que Mina podría correr en el intento. ¿Por qué había estado tan seguro de que ella no moriría? ¿Habría sido resultado de una sugestión?

La duda le incordiaba, no podía creer que ninguno de los sabios hubiese sido capaz de hacer o consentir tal cosa. Era una violación de sus derechos como raseliano. Además, ¿para qué querían un híbrido raseliano-terráqueo?

En el momento en que Marco estaba intentando aclarar sus dudas, los tres sabios aparecieron majestuosos en la gran pantalla. A Lione y a Pitrae ya los conocía. A Usur nunca lo había visto en persona, ni tampoco impreso en los panfletos que, a veces, repartía su madre. Sabía que era el más joven y el que mejor manejaba la telequinesis. Si Pitrae era hermosa y Lione se caracterizaba por su robustez negra, a Usur se le podía clasificar dentro de la población que pasaba desapercibida. Lo único destacable en su físico era su corta melena pelirroja.

—No ha pasado mucho tiempo desde la última vez —dijo Lione desde su asiento al otro lado de la pantalla—, no esperaba verte tan pronto.

—¿No? —preguntó Marco ceñudo.

—No esperaba que osaras transgredir la ley raseliana. —Lione se irguió solemne en su trono.

—Pues yo creo que es justo lo que esperabas que sucediera. —Marco se levantó asqueado. No le gustaba la idea de haber sido un títere.

Lione abrió la boca para contestar, pero Pitrae ordenó silencio con un gesto de su mano.

—¿Por qué crees eso? —preguntó Pitrae.

—Nunca se me habría ocurrido hacer algo que implicara poner la vida de Mina en peligro. Hace nueve meses, en el Ayuntamiento, estoy convencido de que él me obligó. —Marco señaló a Lione. Era probable que todos estuvieran al tanto de la artimaña pero, ahora, el que exigiría una explicación sería él.

Los sabios se miraron entre sí, contrariados.

—Es una teoría absurda, ¿no crees? —replicó Pitrae—. ¿Por qué Lione iba a hacer tal cosa?

—No lo sé. —Marco volvió a sentarse en el sofá, derrotado. No podía asegurar que tuviese razón en sus deducciones, pero algo en lo más profundo de su mente le advertía que no se equivocaba.

—Marco, de lo que me acusas carece de fundamento. No intentes defender tu inocencia culpando a otros de tus erróneas decisiones. —Lione hablaba con un ligero tono de burla.

Usur miró a Lione con una mueca de diversión antes de ponerse en pie. Los otros dos imitaron su movimiento.

—Has desobedecido una orden directa del Comité y eso tendrá consecuencias —dijo Pitrae que, por ser la mayor, era la portavoz—. Mina y su familia serán desterrados junto al resto de los terráneos. Tú te quedarás, nunca has tenido la opción de irte. Sin embargo, el futuro de tu hijo lo pongo en tus manos. Si se queda será adoctrinado como uno de los nuestros, y nunca podrá tener descendencia.

Marco se mantuvo impertérrito, no quería demostrar el daño que le estaban haciendo.

—Os damos el plazo de un año para la evacuación. Espero que, en ese tiempo, no haya ningún movimiento subversivo más. —La comunicación se apagó.

Marco permaneció en su sitio unos instantes, confuso. ¿Qué significaba que nunca había tenido la opción de irse? ¿No se suponía que todos los raselianos eran libres para tomar sus propias decisiones? Eso era, creían que tener un hijo era la única opción de que Marco no opusiese resistencia. Pensarían que renunciaría a Mina con tal de que Hugo estuviera a salvo.

Todo era una mentira. Los raselianos no eran libres y anárquicos, los hilos de sus vidas pendían de tres despiadados manipuladores.

Pero se equivocaban. No iba a arrancarlo de los brazos de su madre. Mina se merecía ser feliz. Hugo sería el único nexo de unión entre ellos dos, el vestigio del amor que habían compartido.

Durante el embarazo, Mina había pensado en la posibilidad de que los enviaran a todos al mundo paralelo. Ella no tenía demasiada fe en el plan de Marco, aunque tampoco perdían nada por intentarlo.

Ahora que era madre, pensaba que habían cometido la mayor irresponsabilidad imaginable. No quería ni pensar que su bebé no fuera a tener una vida feliz y duradera. Así que, en cuanto Marco le explicó que Hugo tenía la opción de quedarse, no se lo pensó.

—Hugo se quedará contigo —dijo Mina con firmeza, levantándose con la intención de prepararse una tila. Sus manos estaban temblando y sus ojos a punto de desbordarse. No quería transmitir esa inquietud al bebé cuando se despertara.

—No puedo separarte de tu hijo, Mina, me odiarías el resto de tu vida. —Marco estaba sentado en una de las sillas de la cocina. Había aprovechado un momento en el que los demás estaban arriba contemplando cómo dormía Hugo.

—Ya no se trata ni de ti ni de mí, hay que pensar en nuestro hijo, ¿qué clase de futuro le esperará conmigo? —Mina intentaba con todos sus medios no flaquear, aunque le costaba hacerse a la idea de no volver a ver a ninguno de los dos.

—Se adaptará, los niños siempre lo hacen. —Marco se acercó a su chica y la abrazó. Mina se derrumbó sobre su pecho.

—¿Y si no consigo comida para él? ¿Y si no puedo darle una vivienda digna? —preguntó entre lágrimas—. Viviremos en cuevas, no creo que sea lo mejor para él.

—Pero tendrá a su madre —respondió Marco acariciándole la espalda.

—Aquí tendrá a su padre.

—¿Te vas a negar ver crecer a tu hijo y sentirte orgullosa? —Marco la separó de su cuerpo para mirarla a la cara. Le limpió las lágrimas.

—No viviré tranquila sabiendo que mi hijo está condenado en ese nuevo mundo, no puedo —consiguí decir ya más serena—. Me aferraré al año que tenemos por delante y disfrutaré cada día, es lo único que me queda. —Mina le empujó con suavidad y se sentó en un taburete—. ¿Nunca te has parado a pensar por qué nos envían allí, de entre todas las épocas posibles?

—Es la era menos poblada, en la que mejor pasaréis desapercibidos.

—Y en la que menos posibilidades tenemos de sobrevivir. —Mina levantó la cabeza para mirarle a los ojos—. No te engañes Marco, nos envían al matadero. Es una forma de deshacerse de nosotros sin cargo de conciencia.

Marco hincó una rodilla en el suelo y le cogió las manos.

—No pienses eso, tenéis posibilidades. Sabéis todo lo que hay que hacer para sobrevivir.

—¿Lo sabemos?

—Claro que sí. Estaréis dentro de una comunidad, cada uno delimitará sus funciones de acuerdo con sus aptitudes.

—Eso me suena. —Mina ladeó la boca en un intento de sonrisa.

Marco se llevó una mano de Mina a la boca y la besó.

—Promete que hablarás a Hugo de su mamá, que no me olvidará. —La boca de Mina temblaba al pronunciar las palabras.

—Te recordará, yo me encargaré de ello —afirmó Marco con los ojos humedecidos. Acercó su cabeza al pecho de Mina. Esta le abrazó, consolando a un hombre que no tenía consuelo.

—No podré vivir sin ti —aseguró Marco emocionado.

—Lo harás. Además, tendrás a Hugo. Él te recompensará, estoy segura. —Mina se alejó para terminar de prepararse la tila, el agua ya estaba hirviendo.

—Les pediré que te envíen junto a Gabriel, seguro que pertenecerá a un grupo numeroso y,

para entonces, tendrá algunas claves para resistir —dijo Marco con las manos en los bolsillos traseros de su pantalón.

Mina ni siquiera lo miró, permanecía impassible revolviendo el azúcar en su infusión.

—¿No te gustaría? —preguntó Marco.

—No lo sé. No es tan fácil. Si lo que insinúas es que podría iniciar una nueva vida junto a él pues... lo veo difícil. No puedo tener relaciones, ¿recuerdas?

—No me alegro de eso —dijo Marco a la defensiva.

—Yo seré una viuda negra —bromeó cruzándose de brazos y apoyándose en la encimera.

—No sabes cuánto lo siento. —Marco le descruzó los brazos y la cogió por la cintura—. Si te sirve de consuelo, yo tampoco estaré nunca con otra mujer.

—¿Por qué no?

—Porque te he escogido a ti como compañera, y los raselianos no podemos ser infieles, es como una especie de código interno que consigue que nunca desees a otra persona.

—Pero podrías. —Mina no confiaba demasiado en que eso fuese del todo cierto. De todas formas, le deseaba lo mejor.

Mina se separó de Marco para coger su infusión y sentarse. Se la bebió a sorbitos porque todavía quemaba. ¿Qué sería de ella y de su familia en un año? Suponía que tendrían que aprender a cazar y a pescar y, por supuesto, a hacer fuego sin la ayuda de un mechero. Deberían construirse sus armas y confeccionarse su ropa. Vivirían bajo un peligro continuo. Sería bueno encontrarse con Gabriel, les ayudaría, sin duda, eso contando con que siguiera vivo. Y quizá también estuviesen Andrea y sus padres, y Samuel, y Orlando. Se estremeció al recordarlo, ¿se encontraría allí como presidente o algo así?

—Orlando era una mala persona, no forma parte de los elegidos —informó Marco sentándose al lado de su chica.

—Así que forma parte de la basura espacial...—A Mina no le causó pena, no en un hombre que había abusado de su autoridad permitiendo violaciones y asesinatos.

—Allí solo habrá gente buena, al menos esa es la teoría. —Marco le puso una mano sobre la rodilla.

—Solo la gente buena merece vivir la edad de piedra. —Mina sonrió sin ganas, era todo tan surrealista—. Hasta que se perturbe, claro.

Marco desvió la mirada al suelo. Mina había perdido toda la fe en la raza humana. Sabía que el que alguien abusara de su condición de poder era cuestión de tiempo.

Mina miró su cocina, y pensó en sus padres y en su abuela. Ellos ya tenían asumido que se tendrían que ir. Sin embargo, el hecho de que su hija tuviese que irse con ellos y sin Hugo no creía que se lo tomaran demasiado bien. Tendrían que aceptarlo. Habían jugado y habían perdido. Tendrían que resignarse y aceptar que el mundo conocido se acabaría muy pronto.

EPÍLOGO

El año pasó muy deprisa y dejó constancia de que Hugo era un niño único. Poseía los mismos dones que su padre, y los dos mantenían un vínculo muy especial. Mina intentó no ser imprescindible para él, no quería que sufriera su pérdida en exceso. Le dolía demasiado mirarlo y ver a un niño privado para siempre del cariño de su madre. Pero, pese a todos sus esfuerzos, el niño tenía hacia ella un fuerte apego. La despedida fue dura. Por la manera en que se aferró al cuello de Mina antes de partir, esta dedujo que su hijo sabía que sería la última vez.

Mina sostuvo entre sus manos el guardapelo que Marco le había regalado y lo abrió. Dentro había una foto de las dos personas más importantes en su vida. Su hijo era un fiel retrato de su padre, con sus dos enormes ojos amabarinos, pero era risueño como ella. Era el consuelo que le quedaba, saber que algo de la raza humana perduraría para siempre en ese mundo.

Su madre le puso una mano en la pierna a modo de condolencia y Mina lo cerró en un intento de ahuyentar las lágrimas.

La nave donde se encontraban era enorme. Estaba dividida en varios habitáculos repletos de sillas simulando a las salas de espera de un hospital. No había ventanas y todo estaba pintado de blanco, justo como se hubiera descrito en una película de marcianos.

Marco le había explicado que no notarían nada extraño en su viaje entre mundos paralelos. Se subirían en el año dos mil uno y se bajarían en el cuatro mil antes de Cristo, nada más notorio.

Era una suerte que su abuela ya no estuviera entre ellos. A ella no la habían vencido. Había sido enterrada en su casita de siempre, junto a las cenizas de su marido y un enorme abeto. Tuvo una muerte feliz, en su cama mientras dormía. Mina suspiró ante el recuerdo de Carmina.

Intentó cambiar de pensamientos y le vinieron a la memoria las últimas palabras que Marco le había dedicado. No lograba comprenderlas. Le había insinuado que había una forma de vencerles allí donde iba. Pero, ¿qué narices había que hacer? Eso no se lo dijo.

Una voz en un idioma desconocido habló y varias personas se levantaron abandonando la nave. Mina, sus padres, y el resto de pasajeros permanecieron a la espera, confusos. Una sensación de vértigo les indicó que la nave estaba en marcha de nuevo. Nacho y Clara miraron a su hija en busca de una explicación. Mina no pudo más que encogerse de hombros. Marco no le había explicado que sería un vuelo con paradas.

Un rato más tarde la nave se detuvo otra vez. En esa ocasión la voz hablaba un claro castellano. Mina y sus padres, junto a otro centenar de personas, fueron nombrados y exhortados a que desembarcaran.

La salida resultó peculiar. Según llegaban a un círculo marcado en el suelo, descendían no se sabe cómo al exterior. Era muy chocante aparecer casi por arte de magia en otro lugar. Lo único que te recordaba que no estabas loco era que, al mirar hacia arriba, la nave seguía allí, imperturbable, desalojando poco a poco al resto de los viajeros.

Les recibió un sol radiante y un paisaje verde. Mina se preguntó si se correspondería con Asturias. Extensiones de bosque frondoso se veían en la lejanía, y a su derecha se elevaba una montaña.

Cuando la nave partió, todo el mundo observó a la última esperanza de volver alejándose por el cielo. Después, se miraron unos a otros preguntándose qué deberían hacer a continuación.

—Atención —gritó un hombre alto y vestido de forma elegante, al tiempo que movía los brazos provocando el interés de la gente.

Todos se aglutinaron alrededor del individuo para averiguar qué tenía que ofrecerles. Su vestimenta inspiraba respeto y daba a pensar que, quizás en su lugar de origen, hubiera desempeñado un puesto importante.

—Deberemos permanecer juntos para aumentar las posibilidades de supervivencia. Estaría

bien buscar algún sitio donde cobijarnos y repartir tareas para que todo sea más llevadero.

La gente murmuraba entre sí, recelosa. Mina estaba cansada de líderes, al final todos ansiaban lo mismo, poder. Si algo había aprendido en la Resistencia, es que no siempre se estaba más seguro por pertenecer a una congregación. Mina apreciaba su libertad, era lo único que le quedaba. Y así se lo expresó a sus padres.

—No me fio —musitó Mina a su padre—, creo que estaríamos mejor solos.

Nacho la miró pensativo, sopesando sus opciones.

—Por el momento será mejor esperar a ver qué pasa. Cuando nos veamos capaces de valernos por nosotros mismos nos marcharemos. —Nacho acarició la cara de su hija—. No podrán obligarnos a que nos quedemos.

Mina asintió con la cabeza. Era la mejor alternativa, desde luego.

Clara se acercó a ella y le cogió una mano.

—Todo saldrá bien, no te dejaremos sola.

En ese momento, Mina sintió que un objeto rozaba su hombro y se giró buscando su procedencia. No había nadie a la vista, seguramente habrían sido imaginaciones suyas.

Los demás estaban discutiendo cómo dividirse para buscar un lugar donde pasar la noche. Mina y sus padres permanecían apartados. Acatarían las decisiones hasta que les conviniera, después Dios diría.

Una vez más, un objeto tocó a Mina, esta vez en la cabeza. Mina se dio la vuelta asustada. Alguien o algo estaba intentando captar su atención. Divisó un movimiento en uno de los arbustos que estaban justo detrás. Mina fue hacia allí con cautela, podía tratarse de un neandertal, y no sabía si serían hostiles o no.

El arbusto era más grande de lo que parecía en un principio. Lo rodeó pero no pudo ver a nadie. Entonces, una mano salida del interior agarró su brazo y tiró de ella.

Mina se vio dentro del enorme arbusto agarrada y amordazada por la mano de alguna persona.

—Chisss, no grites, ¿vale?

Mina creyó reconocer esa voz, apartó la mano que tenía en su boca, la cual ya no oponía resistencia, y se dio la vuelta para corroborar su identidad.

—¡Gabriel, estás vivo! —Mina se echó en sus brazos, encontrarse con él la hacía menos infeliz.

El chico la apretó con ganas contra su cuerpo, era evidente que ambos se habían echado de menos.

—¿Qué haces aquí escondido? —preguntó Mina una vez hubo saciado sus ganas de abrazarle.

—Cada quince días las naves traen nuevos pasajeros, tenía la esperanza de que algún día mi padre o tú llegarais.

—¿Has venido aquí cada quince días durante casi dos años? —Mina estaba perpleja, pero también conmovida.

—Así soy yo, ya ves. Tampoco es que tenga mucho más que hacer. —Gabriel sonrió al tiempo que se encogía de hombros.

—Gabriel —dijo Mina en un tono más apesadumbrado. Tenía que decirle toda la verdad, no soportaba ver sufrir a su amigo—, tu padre no va a venir. Marco me explicó que los encarcelados son ejecutados.

Gabriel presionó los labios con rabia pero no se derrumbó.

—Gracias por decírmelo. De todas formas, me lo imaginaba.

Mina le abrazó de nuevo acariciándole la espalda con suavidad.

—¿Por qué estamos escondidos? —preguntó Mina separándose a desgana.

—Yo vivo en un asentamiento no muy lejos de aquí. Pero no hay sitio para tantas personas. Si descubren que llevamos sobreviviendo casi dos años querrán apuntarse. Y sería un caos ahora mismo, vamos creciendo poco a poco.

—Así que los abandonaremos a su suerte —manifestó Mina mostrando cierta

disconformidad.

—En el poblado no hay comida para tantas personas, compréndelo. Tendrán que apañarse. De momento solamente aceptamos amigos y familiares.

—¿Quieres decir que hay más como tú en otros arbustos buscando a sus seres queridos?

—Tres nada más, los demás, o están al completo o han abandonado toda esperanza.

—Pero tú no lo has hecho, a pesar de que sabías que podría quedarme allí para siempre.

—Algo me decía que no podrías. —Gabriel la miró con compasión.

—Sí, es una larga historia —dijo Mina sin querer hablar del tema.

Se produjeron unos instantes de silencio en el que cada uno evitaba la mirada del otro. Mina sabía que no estaba siendo justa, pero no le apetecía lo más mínimo explicarle todas las vicisitudes de su vida en esos momentos.

—Sal con discreción y trae a tu familia —dijo Gabriel—. Ten cuidado de que nadie te vea.

Mina obedeció, aunque no sabía muy bien cómo conseguirlo sin llamar la atención del resto.

—Mina, ¿dónde te metes? —preguntó su padre en cuanto salió del arbusto. Sus padres estaban visiblemente preocupados.

Mina miró al frente para comprobar si alguien estaba presenciando la escena. La única persona capaz de descubrirles era el hombre que se había erigido líder. Los demás miraban y escuchaban embelesados sin prestar atención a lo que se producía a su alrededor.

—Gabriel ha venido al rescate —dijo Mina apremiándoles a que se escondieran tras el matorral.

Gabriel se hizo visible, explicó con brevedad que les acogería en su casa, y la familia partió tras él con alivio.

Caminaron un buen rato, adentrándose en un bosque espeso hasta llegar a un claro. Allí había montones de cabañas de madera que parecían bastante sólidas y seguras.

Mina se estremeció al comprobar el aspecto de la gente que habitaba allí. La mayoría vestía pieles y se les veía bastante desaliñados. De hecho, no sabía si eran imaginaciones suyas, pero juraría que eran demasiado peludos, incluso las mujeres. Claro que, después de meses sin depilarse, Mina supuso que, con probabilidad, ofrecería el mismo aspecto.

La cabaña que, de ahora en adelante, sería su hogar era pequeña. Constaba de un pequeño hall del que salían dos habitaciones sin puerta, separadas apenas por un tabique.

—La habitación de la izquierda será la vuestra, Ingrid, mi hermana y yo dormimos en esta. —Gabriel señaló a la derecha. En esa habitación había tres camas rudimentarias hechas con lo que parecía pieles de animales—. Os presentaré al resto del grupo y, entre todos, os procuraremos mantas para dormir. Es posible que hoy tengáis que dormir sobre el duro suelo, pero al menos conseguiremos algo para taparos. De noche enfría muchísimo.

Gabriel salió de la casa y los demás le siguieron hasta llegar a una especie de plaza mayor, donde ya se congregaban varias personas. Mina vio correr a una joven hacia Gabriel y echársele en sus brazos. Este le dio un beso en los labios que no tenía nada de inocente y la separó para presentarla a sus invitados. Era Andrea.

—Hola Mina, me alegro de verte —dijo Andrea con voz monótona. Se notaba a leguas que no le complacía en absoluto. La chica agarraba la cintura de Gabriel marcando así su territorio.

Entonces, un hombretón de unos cuarenta años, con barba y vestido como si fuera un troglodita se acercó a ellos.

—Bienvenidos, tú debes de ser Mina, Gabriel nos ha hablado mucho de ti.

Mina miró a Gabriel con incertidumbre, ¿le habría contado a todo el mundo su relación con un extraterrestre? Le dio la mano que el hombre le tendía.

—Me llamo Torá.

Mina sonrió nerviosa, ¿qué clase de nombre era ese? Además, tenía un acento que no lograba identificar. ¿Sería del norte de Europa? Parecía un vikingo.

El hombre empezó a dar gritos para advertir a todo el mundo que se acercara. Las personas acudieron a la llamada presurosas, y Mina se fijó en que solo unos pocos vestían ropas

contemporáneas. Clara, Nacho y Mina se miraron confusos.

—No os preocupéis, tengo mucho que explicar, pero estáis en buenas manos —susurró Gabriel, que observaba con atención las reacciones de Mina y sus padres.

Torá se alejó para subirse a una especie de colina y empezó a hablar en un idioma desconocido para Mina. Todos le escuchaban expectantes hasta que, de repente, centraron la mirada en ella. La gente empezó a separarse formando un camino desde Mina hasta Torá. La chica miró hacia Gabriel asustada, ¿qué demonios estaba pasando? Gabriel le dio un empujoncito en la espalda para indicarle que se dirigiera hasta él.

Mina obedeció a paso lento. Sus padres la seguían, cosa que agradeció porque estaba bastante acobardada. No tenía ni idea de lo que Gabriel les había contado, ni lo que pretendían de ella.

Cuando llegó hasta el robusto hombre, este le puso sus manos en los hombros y la miró con fijeza.

—Mina, eres nuestra esperanza, queremos que tú nos lideres, guíanos.

GLOSARIO

- (1) En Asturias abuelos se dice güelos, y güeli es un modo más cariñoso de referirnos a ellos.
- (2) Autobús nocturno.
- (3) Cacharro es como se denomina en Asturias a las consumiciones que combinan refresco con una bebida alcohólica.
- (4) Presunto choque de una nave extraterrestre en Roswell (Nuevo México, Estados Unidos) en 1947.
- (5) Avistamiento de origen desconocido ocurrido en 1979, que provocó que un avión de la compañía TAE, con 109 pasajeros, tuviera que hacer un aterrizaje de emergencia en el aeropuerto de Manises (Valencia).
- (6) Matrimonio estadounidense que afirmó, en 1961, haber sido secuestrado por extraterrestres.
- (7) Montones de hierba.
- (8) Lugar donde se guarda la hierba que sirve de alimento al ganado.